

ANA ALONSO Y JAVIER PELEGRÍN

# PROFECÍA

## TATUAJE II



Lectulandia

«Con el último puñado de tierra que arrojéis a este pozo, sellaréis también el Libro de la Creación, y vuestros ojos no volverán a posarse en sus sombras. La casa de Kuril se extinguirá, y con ella el arte de cabalgar en el viento. De rodillas, la orgullosa raza mágica se humillará ante los hombres; sus ciudades serán arrasadas, la magia perseguida, los tatuajes olvidados. El crepúsculo de los clanes se prolongará hasta la llegada de la quinta dinastía, el último linaje de los reyes medu. El primer monarca de esta estirpe devolverá a los clanes la gloria perdida. Y, solo entonces, el libro se abrirá de nuevo.»

Muchas cosas han cambiado desde que Erik murió en La Caverna Sagrada. Jana se encuentra en Venecia y la magia se ha repartido en el mundo, entre los humanos y los clanes. Jana se verá atrapada en una maraña de engaños y deberá poner en una balanza su ambición y su amor por Álex.

Lectulandia

Ana Alonso, Javier Pelegrín

# Profecía

Tatuaje II

ePUB v1.0

rodricavs 13.09.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Profecía*  
Ana Alonso y Javier Pelegrín, 2010

Editor original: rodricavs (v1.0)  
ePub base v2.0

# **LIBRO PRIMERO**

## **Invocación**

# Capítulo 1

La escalera de madera del palacio tembló ligeramente cuando resonó el tercer aldabonazo en la puerta principal.

Parecía que el visitante empezaba a impacientarse... Armand, que se estaba mirando en el antiguo espejo del rellano, inspiró hondo, se peinó hacia atrás con los dedos el ondulado cabello rubio, alisó cuidadosamente una de las solapas de su pretencioso traje azul y bajó sin precipitarse el tramo de escaleras que lo separaba del vestíbulo principal.

La puerta se abrió con un prolongado quejido de hierro. Armand retrocedió instintivamente al enfrentarse con la imponente silueta del recién llegado. Había envejecido de un modo alarmante desde su último encuentro... Y eso que solo habían transcurrido veinte días.

El anciano entró en el umbrío vestíbulo y contempló con desagrado los frescos ennegrecidos de la cúpula. Nadie sabía exactamente qué representaban... El tiempo había oscurecido las cuatro figuras centrales enlazadas entre sí hasta volverlas irreconocibles.

—Bienvenido a mi humilde morada, Argo —dijo Armand, ejecutando una ridícula reverencia—. Espero que hayas tenido un buen viaje...

El viejo clavó en él sus penetrantes ojos de color ceniza. Lentamente, se despojó de su capa, dejando al descubierto los negros y polvorientos muñones de sus alas.

—El mundo se ha vuelto ridículamente complicado desde que ese traidor nos vendió —saludó en voz baja, jadeando como si acabase de realizar un gran esfuerzo—. Y pensar que hace unos meses habría podido llegar aquí en cuestión de minutos... Esos trastos voladores son infernales.

—¿Te refieres a los aviones? —sonrió Armand, mirándolo con sus grandes e inocentes ojos azules—. Bueno, para los que no hemos conocido nada mejor, no están tan mal... Aunque es verdad que el catering ha empeorado mucho en los últimos tiempos, por lo menos en las aerolíneas que...

—Déjalo, Armand. Ya he tenido bastante charlatanería por hoy. Mi vecina de asiento... En fin —las arrugas que enmarcaban sus ojos se hicieron más profundas al mirar hacia la escalera—, espero que, esta vez, el esfuerzo merezca la pena.

Armand asintió con una sonrisa culpable.

—Esta vez iremos sobre seguro —dijo, invitándole con un gesto a subir las escaleras.

Argo comenzó a ascender despacio, peldaño a peldaño, deteniéndose a cada instante para tomar aliento. Armand, que le precedía, escuchaba sin volverse, pero

muy atento, la respiración cada vez más trabajosa del anciano. En su rostro excesivamente atractivo se dibujó una mueca burlona. La debilidad del antiguo guardián parecía haberle puesto de buen humor.

En el primer piso, se detuvo a esperar a su visitante con la vista obstinadamente fija en el suelo. La sonrisa que poco antes danzaba sobre su rostro desapareció sin dejar rastro. Estaba claro que Armand sabía fingir... y que, por mucho que despreciara a Argo, podía disimular a la perfección sus sentimientos.

—Es por aquí —dijo, señalando una puerta al fondo del pasillo de la izquierda.

Argo frunció el ceño y lo siguió sin decir nada. Cuando Armand abrió la puerta y se apartó para dejarle pasar, el anciano se limitó a pasear la mirada por el techo y las paredes con aire de desconfianza.

—¿Y este es, según tú, el lugar apropiado? —preguntó, fijando la vista en la ventana que daba a un estrecho y maloliente canal—. ¿De verdad era necesario obligarme a venir hasta aquí?

Con gesto teatral, Armand señaló el pequeño escenario montado junto a la pared opuesta a la de la ventana. Delante de la tarima de madera, alguien se había molestado en colocar dos pesadas cortinas de terciopelo rojo sujetas a sendas columnas mediante cordones dorados. Una guirnalda de bombillitas amarillas adornaba el borde de la tarima, como si fuese la pista de un circo en miniatura. Las tablas del estrado habían perdido el lustre del barniz hacía mucho tiempo.

Delante del escenario, entre la puerta y la ventana, el único objeto que había era un trípode de metal con una cámara de vídeo encima.

Eso era todo: una cámara, un escenario, un telón, un espejo antiguo al fondo del decorado. Pero Armand miraba su modesto teatrillo con una sonrisa de orgullo.

—Tendríamos que haber empezado por aquí —dijo, alisando con el dorso de la mano los pliegues de una de las cortinas—. Con esa clase de gente, la mejor forma de que te crean es fingir que los estás engañando.

—Una burda farsa para ocultar un engaño sutil —murmuró Argo, complacido—. Sí, con una bruja agmar podría funcionar...

Después de todo, su raza se alimenta de mentiras.

Las cejas de Armand se alzaron levemente y sus ojos se desviaron levemente hacia la ventana. A través de sus vidrios, gruesos y desiguales, se filtraba la luz cenicienta de un amanecer invernal.

La momentánea distracción del joven pareció irritar a Argo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, siguiendo la mirada de Armand—. ¿Algún problema?

Los párpados de Armand aletearon un instante sobre sus cándidos ojos azules.

—Lo siento —se disculpó, sonriendo—. Los magos tenemos la manía de comprobar la iluminación antes de dar comienzo al espectáculo...

—Déjate de pamplinas. —La voz de Argo resonó como un contrabajo resquebrajado en la desvencijada estancia, mientras sus ojos resbalaban con impaciencia sobre el cielo pintado de la bóveda—. ¿A qué esperamos para dar comienzo a la invocación?

—Perdona. —Armand puso una mano sobre el antebrazo derecho de Argo y lo guió hasta la parte posterior del escenario—. Aquí, frente al espejo. Ella solo verá un minúsculo reflejo, apenas nada... Pero es una princesa medu. Bastará para atraer su atención.

Dejando al antiguo guardián torpemente plantado ante el espejo, que tenía forma de rombo, se alejó caminando de espaldas, como un artista en busca del mejor ángulo para contemplar su obra.

—Perfecto —dijo, mirando a Argo con la cabeza ladeada—. Puedes empezar cuando quieras...

Las alas del anciano se desplegaron en toda su extensión, abofeteando el aire con sus plumas ennegrecidas.

Armand retrocedió; tenía el rostro crispado. Contemplaba con los labios entreabiertos la nube de polvo y cenizas que envolvía aquellos dos muñones todavía majestuosos. La voz de Argo había comenzado a desgranar una antigua y salvaje letanía. El sonido se alzaba para luego descender como una ola, quebrándose en mil ecos inhumanos.

A un mago deberían haberle interesado las fórmulas rituales, procedentes de un mundo ya desaparecido. Un mago habría intentado memorizarlas para retener algo de su poder y servirse de él en otro momento, cuando la ocasión lo requiriera...

Pero Armand no escuchaba. Una mueca de espanto ensombrecía su semblante, y su mirada fija era la de un hombre hipnotizado. No podía apartar la vista de aquellas dos alas... ni de los innumerables ojos calcinados que las cubrían, negros como tizones apagados, como rescoldos ciegos y silenciosos de un poder extinguido, destinado a no regresar jamás.



## Capítulo 2

Asomada al Gran Canal, Jana contemplaba distraída el ruidoso vaporetto que se alejaba en dirección a la Riva degli Schiavoni, dejando una estela blanca en las aguas verdosas. Junto a su butaca, en la mesa de mármol del balcón, reposaba una bandeja de plata con una taza de café vacía y los restos mordisqueados de una tostada.

Hacía frío, un frío húmedo y desapacible que obligó a la muchacha a subirse el cuello de su chaqueta de cuero mientras su vista se apartaba del vaporetto para fijarse en las ventanas de un lujoso hotel situado en la orilla opuesta.

Verdaderamente, Nieve sabía elegir alojamiento... El palacio que había alquilado, muy cerca del puente de Rialto, ofrecía algunas de las mejores vistas de la ciudad.

Jana suspiró. Pese a la amabilidad de su antigua enemiga, no le resultaba cómodo ser la invitada de Nieve. Si Álex hubiera accedido a sus ruegos, si la hubiese acompañado a Venecia como ella le había pedido, habrían podido buscar un apartamento para ellos dos y alquilarlo para las vacaciones de primavera. Nada tan lujoso como el palacio renacentista de los guardianes, porque no podían permitírselo. Pero tampoco les habría hecho falta... Estando con Álex, las vistas de la ciudad habrían quedado, para ella, en un segundo plano.

Lástima que él se hubiese empeñado en buscar excusas. Todavía no conseguía entender su resistencia a participar en la recogida del prisionero... Sobre todo cuando este había insistido tanto en hablar con Jana y en revelarles cierto secreto que solo ella debía saber.

Desde el principio, cuando Glauco, el señor de los varulf, se puso en contacto con ella para comunicarle las demandas de Argo, Álex se mostró escéptico. Según él, el antiguo guardián solo pretendía tenderles una trampa a sus antiguos enemigos, y había elegido a Jana porque la odiaba más que a nadie. Sus sospechas eran lógicas, pero no por ello irritaban menos a Jana. ¿Con quién diablos se creía que estaba tratando? Ella no era ninguna colegiala ingenua; nada de lo que pudiera decirle Argo conseguiría engañarla... Pero eso no significaba que estuviera dispuesta a renunciar a entrevistarse con el anciano. Aprovecharía aquella oportunidad para sonsacarle información, y él ni siquiera se daría cuenta. Según le había contado Glauco, Argo se encontraba al borde de la muerte. A diferencia de lo que les ocurría al resto de los guardianes, la decisión de Álex de liberar la magia de la Caverna Sagrada le había afectado físicamente. Desde entonces, según decían, no había vuelto a ser el mismo... Y, si las afirmaciones del jefe de los varulf eran ciertas, en los últimos días no había hecho sino empeorar. El que antaño había sido el más apuesto y orgulloso de los guardianes se había convertido en una sombra de sí mismo, un anciano decrepito que

apenas se sostenía en pie... En esas condiciones de debilidad, era mucho lo que Jana podía averiguar interrogándole.

Lo que la muchacha no podía aceptar era que Álex no sintiese curiosidad, que prefiriese quedarse en su casa para asistir a una absurda celebración familiar de Pascua en lugar de vivir en directo, junto a ella, aquel último episodio de la guerra entre los medu y los guardianes.

Claro que, para Álex, la celebración tal vez no fuese tan absurda. Después de todo, había pasado mucho tiempo alejado de su madre y de su hermana. Todos aquellos meses que estuvo entrenándose junto a los guardianes... Aquella separación le había resultado terriblemente dura.

El problema era que, a veces, a Jana le costaba trabajo recordar cómo era la vida cotidiana en una familia normal. Hacía demasiados años que había perdido a sus padres y David no era precisamente un hermano corriente. Los dos se habían acostumbrado a ir y venir sin dar explicaciones. Para Álex, en cambio, las cosas no eran así. Hacía tan solo algunas semanas que había recuperado a su familia y no le apetecía separarse de ella tan pronto. Era comprensible...

Pero, por otro lado, habría podido plantearle a su madre el viaje a Venecia como unas breves vacaciones, aprovechando los diez días de descanso que el colegio Los Olmos concedía cada año a sus alumnos al comienzo de la primavera. Helena lo habría entendido. Era una mujer abierta, y sabía que Álex estaba saliendo con Jana. No podía extrañarle que quisiesen pasar unos días juntos en una ciudad tan romántica como Venecia. Álex habría obtenido su permiso sin problemas... si lo hubiese intentado. Sin embargo, había optado por la salida más fácil. Iba a quedarse en su casa durante todas las vacaciones, ayudando a su hermana a preparar la recuperación de Matemáticas, después de un suspenso traumático que había desatado un pequeño drama familiar (era el primero que Alba recibía en su vida). Y eso era todo. Álex se había desentendido por completo de la entrega de Argo a los guardianes y de todo lo que aquella extraña transacción suponía.

¿Cómo era posible que no entendiese la trascendencia de aquel momento?

Mientras seguía con los ojos el vuelo rápido y espasmódico de una golondrina yendo y viniendo entre los aleros, la muchacha repasó mentalmente las noticias que le habían llegado en las dos últimas semanas. Primero fue solo un rumor; se decía que Argo había sido capturado, que había caído en manos de un cazarrecompensas. Luego empezaron a llegar los detalles: la ciudad de su captura (¿qué podía estar haciendo Argo en Venecia?), el nombre de su captor (un mestizo llamado Yadia, con sangre del clan varulf en sus venas), incluso el precio que habían pagado sus antiguos compañeros guardianes para conseguir que los medu les entregasen al prisionero, en lugar de someterlo ellos mismos a un juicio sumarísimo...

Ese último punto era quizá el más desconcertante de todos. ¿Por que habían

vendido los varulf a un prisionero tan valioso a sus antiguos rivales? La mayoría de los medu no veían con buenos ojos aquella transacción, que interpretaban como un signo más de la debilidad de su pueblo ante las nuevas condiciones creadas por el reparto de la magia. A casi todos les habría gustado ver a Argo recibir su escarmiento, poder participar en la venganza de los clanes hacia aquel enemigo que unos meses atrás todavía amenazaba con aniquilarlos.

Pero aún más extraño era que el antiguo guardián se hubiese dejado atrapar por un cazarrecompensas de poca monta sin ofrecer apenas resistencia. Jana había intentado informarse sobre el tal Yadia, pero nadie parecía saber nada acerca de su pasado. Se decía que su padre era un varulf de rango importante, y que nunca había querido reconocerle. El muchacho, según esos rumores, se habría criado con su madre humana... Pero, si todo eso era cierto, ¿cómo se explicaba que hubiese logrado capturar él solo a alguien tan peligroso como Argo? Aunque la liberación de la magia le hubiese arrebatado la inmortalidad y buena parte de sus poderes, como al resto de los guardianes, aún conservaba su capacidad para provocar visiones, unida a la infinita experiencia acumulada a lo largo de una vida que había durado milenios... ¿Cómo era posible que, con esas ventajas, Argo no hubiese sabido protegerse de Yadia?

Solo existían dos respuestas posibles a esa pregunta: o el viejo guardián se encontraba más debilitado aún de lo que sus enemigos habían supuesto, o el cazarrecompensas varulf era más hábil y poderoso de lo que todos pensaban.

Un chapoteo que provenía del muelle, acompañado de una risa ahogada, la distrajeron. Poniéndose en pie, Jana se asomó para comprobar si había alguien al borde del agua, delante del palacio. Estuvo a punto de retirarse al descubrir la presencia de dos adolescentes que flirteaban apoyados en el embarcadero... Pero, al ver que la pareja estaba demasiado absorta en su propio juego para prestarle atención a ella, decidió quedarse. Sin saber por qué, se dejó vencer por la curiosidad. Le atraía la idea de espiar sin ser vista a una pareja humana. Hacía tanto tiempo que Álex y ella no vagaban así por las calles, sin rumbo fijo, pendientes el uno del otro... Quizá necesitaba recordar lo que se sentía.

Los jóvenes cuchicheaban con las cabezas muy juntas, interrumpiéndose de vez en cuando para besarse o para intercambiar una apasionada caricia. Daba la impresión de que, para ellos, el tiempo se había detenido. No parecían conscientes de la increíble belleza que los rodeaba; probablemente les habría dado lo mismo estar en una escombrera o en una oficina, siempre y cuando se les hubiese permitido seguir con lo suyo...

Jana arrojó con brusquedad la servilleta sobre la mesa, se levantó del sillón de mimbre y, entrando en el dormitorio, se dirigió al tocador donde se encontraba, abierto, su portátil. Sin sentarse ante él, pulsó una tecla cualquiera del teclado y

observó con fijeza la pantalla que acababa de iluminarse. Tenía abierto un programa de videoconferencia, pero, en el recuadro del chat, el nombre de Álex aparecía en caracteres grises, lo que indicaba que seguía desconectado.

Con el ceño fruncido, Jana volvió al balcón y se dejó caer pesadamente en su asiento. Sus ojos se pasearon un instante por las fachadas de los palacios que tenía enfrente. Unos eran góticos, otros renacentistas, pero todos ellos compartían la misma mezcla de solidez y fragilidad en sus fachadas.

De repente se preguntó qué hacía ella allí, en aquella ciudad irreal, anclada en el pasado. Durante años había ansiado visitarla, pero eso había sido antes de que su mundo se viniese abajo. Cuando Venecia era todavía un refugio seguro para los medu, donde su magia podía ocultarse y resistir mejor que en cualquier otro sitio... En esa época, la misma vista que ahora estaba contemplando le habría hecho sentirse orgullosa. Porque detrás del pintoresco decorado de los canales y los puentes habría sentido latir el poder secreto de los hechizos agmar, la presencia inquietante de los varulf, los ecos apagados de los cánticos con los que los miembros del clan de los pindar se protegían de sus enemigos...

Pero todo eso era cosa del pasado. Gracias a Álex, Venecia había dejado de ser un santuario para los clanes medu. Ahora ya no necesitaban ocultarse, puesto que su magia era tan débil que podía pasar desapercibida en cualquier parte.

Gracias a Álex...

Un efecto extraño de la luz en el agua captó de pronto su atención, distrayéndola de aquellas tristes reflexiones. Algo estaba ocurriendo en el canal, aunque al principio no supo comprender qué era... Parecía que el nivel del agua hubiese descendido en la orilla opuesta mientras crecía en su propia orilla. Era como si el fondo del canal se hubiese torcido de repente, empujando el agua hacia el muelle que había bajo su ventana.

Oyó un breve aplauso y una explosión de risas que provenían del embarcadero. Los dos adolescentes seguían allí, y parecían encantados con el fenómeno que se acababa de producir. Solo entonces se dio cuenta Jana de que el pequeño milagro lo habían provocado ellos.

No era la primera vez que observaba esa clase de travesuras. Con un poco de concentración y alguna práctica, los humanos podían proyectar la magia de sus sentimientos sobre la materia, y algunos lo hacían con notable eficacia. Eso era justamente lo que acababa de pasar. Los dos enamorados se estaban besando un momento antes, y su beso había atraído el agua del canal hacia ellos como si se tratase de un imán.

Jana los observó con gesto contrariado. La forma en que Álex había cambiado el mundo al liberar el poder de la Caverna Sagrada le producía, en ocasiones así, una desagradable sensación de vértigo. Aún no se había acostumbrado a compartir la

magia con los seres humanos, y probablemente nunca se acostumbraría. Ellos experimentaban con los antiguos poderes sin comprender sus peligros, con una inconsciencia que la llenaba de indignación... ¿Cómo era posible que no tuvieran miedo, que ni siquiera fuesen conscientes de la magnitud de las fuerzas con las que estaban jugando?

Satisfechos del pequeño prodigio que acababan de provocar, los dos jóvenes se abrazaron una vez más y volvieron a besarse apasionadamente. Mientras sus labios permanecían unidos, Jana observó cómo el agua se hinchaba de nuevo junto al muelle, adquiriendo a la vez una intensa tonalidad púrpura.

Cuando los dos muchachos se separaron, la onda líquida estalló contra un pilar del embarcadero, formando un unicornio de espumas.

La figura flotó sobre el agua unos instantes, reflejando los rayos del sol en sus mil burbujas de color escarlata. Y luego, sin más, la espuma voló en todas direcciones, al tiempo que se oía un prolongado relincho.

Los adolescentes se echaron a reír. Jana se puso en pie, furiosa. Estuvo a punto de gritarles que lo dejaran, que estaban siendo unos irresponsables...

Pero otra risa, esta más cristalina y mucho más cercana que las anteriores, le hizo dar un respingo y volverse hacia la puerta del balcón.

Al ver a Nieve se le escapó un suspiro de impaciencia.

—¿Nunca te acuerdas de llamar a la puerta? —preguntó—. En serio, no sabes cuánto te lo agradecería.

—Perdona, siempre se me olvida —se disculpó Nieve sonriendo—. Los medusos tan quisquillosos con vuestra intimidad...

Jana arqueó las cejas.

—Sé que soy tu imitada, pero eso no te da derecho a invadir mi espacio —gruñó—. Precisamente ahora iba a hablar con Álex por videoconferencia...

Nieve echó una ojeada a la pantalla apagada del ordenador con una chispa de burla en la mirada.

—Ya —dijo, pasando una mano sobre el hombro de Jana para imitarla a entrar con ella en el cuarto—. Pues yo que tú dejaría de esperar.

—¿Qué quieres decir?

Jana se había puesto tensa, y Nieve lo notó.

—Seguramente ha habido un malentendido —contestó en tono ligero—. Hace un rato hablé con Álex por teléfono, y me dijo que se iba a acostar. Recuerda la diferencia horaria...

—¡Pero habíamos quedado en llamarnos! —interrumpió Jana sin molestarse en ocultar su irritación—. Por lo menos debería haberme avisado... ¿Lo llamaste tú? —añadió en tono suspicaz.

Nieve se echó a reír, como si todo aquello le divirtiese muchísimo.

—Llamó él —explicó—. No te preocupes, no quería hablar conmigo, sino con Corvino. Ya sabes que Corvino nunca se acuerda de cargar su móvil. Por eso llamó a mi número.

—También podría haber llamado al mío. —Jana cerró el balcón dando un portazo que hizo temblar los cristales de la puerta—. Sabe que estoy con vosotros. ¿Qué pasa, me está evitando?

—No creo que sea eso. —Nieve había dejado de reírse, pero a Jana le dio la impresión de que su tono no era demasiado sincero—. Está preocupado con todo este asunto de la captura de Argo, y quería preguntarle algo a Corvino; eso es todo.

—Pues si está tan preocupado, ¿por qué se negó a venir? —El enfado de Jana crecía por momentos—. Yo le pedí que me acompañara. Todo este asunto me da muy mala espina, y se lo dije. Estoy segura de que Glauco intenta tenderme una trampa...

—Entonces, ¿por qué has venido? —preguntó Nieve. Se había sentado sobre la cama deshecha, y la contemplaba con curiosidad—. Nadie te ha obligado...

—¿Y qué podía hacer? —estalló Jana—. Si Argo, el más poderoso de los antiguos guardianes, solicita una entrevista privada conmigo antes de ser entregado a sus antiguos compañeros, lo menos que puedo hacer es intentar averiguar qué es lo que se propone. Quizá tenga algo importante que revelarme...

—De todas formas, ¿no te extraña un poco que Argo quiera compartir contigo su secreto mejor guardado? Quiero decir... Tú sabes lo que opina de los medu...

—¡Claro que me extraña! —Jana se sentó junto a Nieve en la cama y la miró a los ojos—. Y además, esa insistencia en verme en territorio varulf, antes de que lo trasladéis aquí... Seguramente ha sido cosa de Glauco.

Nieve desvió la mirada hacia el balcón.

—Tú no conoces a Argo —suspiró—. Jamás se dejaría manipular por un medu, ni siquiera estando al borde de la muerte.

—Puede que Glauco accediera a vendérselo a vosotros a cambio de que me hiciese venir aquí. Glauco me odia a muerte. Me culpa de lo sucedido en la Caverna, de todo lo que los medu hemos sufrido desde entonces. Y es muy rencoroso: estoy segura de que le encantaría vengarse personalmente de Argo. Si, en lugar de hacerlo, ha accedido a vendérselo, debe de ser porque trama algo todavía peor.

—¿Vengarse de ti?

Jana se encogió de hombros.

—No lo sé —admitió—. Es una posibilidad...

—Te recuerdo que le hemos dado mucho dinero a cambio de Argo —dijo Nieve con suavidad—. Ese puede ser motivo suficiente para renunciar a una venganza personal, ¿no te parece?

—Está claro que no conoces a los varulf —contestó Jana con impaciencia—. A ellos no les tientan las cosas materiales. Son capaces de vivir con lo mínimo, incluso

presumen de ello. Ojalá ese cazarrecompensas no hubiese acudido a ellos, sino a nosotros.

—Por lo visto, su padre era un varulf. Eso explica que se lo entregase a la gente de Glauco.

—Un mestizo varulf derrotando a un guardián —murmuró Jana—. Reconocerás que no encaja...

—Argo estaba ya muy enfermo cuando ese tal Yadia lo capturó, Seguramente morirá pronto. Corvino lo vio antes de cerrar el trato con Glauco. Dice que parece un anciano y que tiene las alas quemadas. Algo terrible ha debido de sucederle... Pero no consigo imaginar qué.

De pronto, a Jana se le iluminaron los ojos.

—Escucha, Nieve, ¿por qué no vamos a verlo ahora mismo? —propuso—. Glauco todavía no ha llegado a la ciudad; no llegará hasta esta noche... Eso podría darnos cierta ventaja. Si es él quien está detrás de todo esto, seguramente querrá darle instrucciones a Argo antes de que se entreviste conmigo. Se supone que debo ir a verle mañana por la mañana, justo antes de que lo trasladéis aquí... Si voy ahora, los pillaré desprevenidos.

—Lo más probable es que no te dejen entrar. Glauco les habrá dado instrucciones...

—No perdemos nada con intentarlo. ¿Qué dices, me acompañas?

Una sonrisa traviesa se dibujó en el delicado rostro de Nieve.

—Por supuesto —dijo—. No me lo perdería por nada del mundo.

## Capítulo 3

La casa en la que los varulf custodiaban a su prisionero no tenía acceso desde la calle, sino únicamente a través del embarcadero situado en su parte trasera, sobre un estrecho y maloliente canal. El barquero que habían alquilado a la salida del palacio arrugó la nariz al oír la dirección. Por lo visto, no le gustaba nada aquella parte de la ciudad. Sin embargo, el billete que Nieve le deslizó en la mano bastó para hacerle olvidar sus objeciones. Las olvidó tan completamente que se dedicó a canturrear y a hacer chistes durante todo el trayecto, sacando a Jana de quicio con su exuberante buen humor.

Estaban llegando a su destino cuando el hombre, quizá en homenaje a sus elegantes pasajeras, quiso impresionarlas con un pequeño truco mágico que en los últimos tiempos se había puesto muy de moda entre los de su oficio. Dejando el largo remo con el que guiaba la góndola sobre su soporte, bostezó y estiró los brazos.

—Creo que ya he remado bastante por hoy —dijo—. Necesito un descanso...

Se inclinó sobre la corriente y, formando un cuenco con las manos, las hundió en las aguas tranquilas, profundamente verdes. Al momento volvió a sacarlas llenas de líquido, y, soplando sobre ellas, susurró una larga fórmula mágica, probablemente de su propia cosecha.

Quando devolvió el agua al canal, la góndola comenzó a deslizarse sola. Avanzaban sobre una alfombra de reflejos de fachadas de ladrillo con guirnalda de ropa tendida en las azoteas. Era imposible distinguir a través de ellos qué o quién guiaba la barca, pero Jana podía oír, sofocados por el chapoteo del agua, los murmullos risueños de las invisibles criaturas que habían acudido a la llamada del barquero.

Al ver la sonrisa complacida de Nieve, puso los ojos en blanco.

—Increíble —murmuró—. Incluso a ti te gusta...

—¿Y qué tiene de malo? —Nieve parecía disfrutar provocándola—. No es más que un poco de magia inofensiva. Y me parece maravilloso que la gente esté aprendiendo a utilizarla.

El barquero asintió vigorosamente y le dedicó una sonrisa a Nieve. Jana se encogió de hombros, pero no dijo nada. Notaba la hostilidad del barquero, que la miraba con manifiesta desconfianza. Probablemente habría detectado su sangre medu...

Pocos minutos después, cuando el hombre le dio la mano para ayudarla a desembarcar en el muelle de los varulf, Jana se dio cuenta de que sus ojos la evitaban. Ya en el embarcadero, junto a Nieve, siguió la góndola con la vista mientras se



alejaba en dirección a Cannaregio.

—Los humanos solo utilizan la magia para hacer tonterías —murmuró—. Me ponen enferma...

—No seas tan dura. —Mientras hablaba, Nieve levantó el llamador de bronce de la puerta y lo dejó caer con fuerza—. Solo intentan divertirse un poco.

Antes de que Jana pudiera responder, oyeron pasos que se acercaban atravesando un patio empedrado. Vieron alzarse una mirilla, y los cerrojos se deslizaron sobre sus engarces de hierro con un largo quejido metálico. La puerta se abrió, revelando la presencia de un ghul con hocico de chacal y ojos cobrizos bajo unas espesas cejas negras.

—Déjanos entrar —exigió Jana con voz imperiosa—. Tengo permiso para visitar al prisionero en su celda.

El abundante vello de los brazos del ghul se erizó al notar la proximidad de Nieve.

—Lo siento —dijo el esclavo con los ojos bajos—. Nadie entra aquí si no es con un salvoconducto firmado por mi señor Glauco.

Jana lo empujó a un lado y penetró en el patio con paso decidido.

—Idiota —dijo sin volverse—. Soy Jana, señora de los agmar. Nadie me dice dónde puedo o no puedo entrar...

—Esto es una prisión, señoras —balbuceó el ghul, observando impotente cómo Nieve seguía a la princesa medu—. No se puede entrar así como así. Hacen falta permisos...

—Entonces, avisa a tus superiores —dijo Nieve, volviéndose a mirarlo con tranquilidad—. Ellos te darán esos permisos que tanto necesitas.

—No... no lo entienden. No soy yo quien necesita los permisos, sino ustedes. Además, yo soy la máxima autoridad aquí. Ninguno de mis superiores se encuentra presente.

—¿En serio? —Jana miró con sorpresa a Nieve, que, de pronto, parecía extrañamente encolerizada. Se había puesto muy pálida, y el iris de sus ojos se había agrandado, volviéndose de un azul tan intenso como el de los zafiros. Un leve brillo azulado bañaba también su piel de mármol.

El ghul retrocedió, espantado.

—No intentes engañarme, estúpido —dijo la guardiana con una voz terrible, hecha de cristal y de viento enfurecido—. Sé que estás mintiendo. Aquí hay al menos un «sangre azul»... Noto la presencia de un príncipe medu.

El ghul tragó saliva.

—Está bien —murmuró—. Síganme; las llevaré hasta ellos, y que ellos decidan.

El ghul echó a andar con la cabeza baja en dirección a la oscura entrada que se abría en el muro de la izquierda. Era un muro de ladrillo carcomido por la humedad,

con manchas de moho verde y dorado en la parte baja, donde nunca le daba el sol. Una enredadera polvorienta trepaba por él, enganchándose a las rejas de las ventanas más altas... ¿Se encontraría Argo detrás de una de aquellas rejas?

Al entrar en la casa, Jana notó un fuerte olor a manteca y a hierbas medicinales. El vestíbulo era diminuto y daba acceso a una empinada escalera de piedra desgastada y protegida, en el centro, por una alfombra amarillenta cuyos dibujos geométricos apenas podían distinguirse.

El ghul guió a sus visitantes escaleras arriba y, una vez en el primer piso, las condujo hasta el final de un corredor de suelo ajedrezado, donde había una puerta blanca. Delante de la puerta, el sirviente dudó unos instantes, pero finalmente se decidió a llamar: tres golpes rápidos, dos lentos, y luego otros tres rápidos, en una secuencia probablemente convenida de antemano con sus patronos para avisarlos de cualquier imprevisto.

Jana y Nieve esperaron un buen rato hasta que la puerta, finalmente, se abrió. Apartando al ghul sin ceremonias, Jana penetró en la estancia, pero se detuvo, un tanto desconcertada, al reconocer a Eilat y Harold, dos de los líderes más importantes de su pueblo. El primero ostentaba la jefatura del clan de los íridos, y el segundo se había convertido en el regente de los drakul tras la muerte de Erik.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, mirando a Eilat con desconfianza.

El anciano llevaba un sombrero negro sobre sus cabellos grises, y una cuidada barba canosa que infundía respetabilidad a sus expresivas facciones. Jana nunca lo había visto bajo aquella apariencia, lo cual no era de extrañar, dado que los íridos más poderosos tenían por costumbre cambiar continuamente de aspecto con el fin de demostrar el alto rango que ostentaban dentro del clan. Sin embargo, lo reconoció al instante por el tatuaje en forma de camaleón que cubría el dorso de su mano derecha.

Harold, por su parte, llevaba la túnica púrpura propia de los sacerdotes drakul. Estaba más calvo de lo que Jana recordaba, pero sus labios finos y perfectamente delineados exhibían la misma sonrisa despectiva que la muchacha había sorprendido varias veces en su rostro durante la convalecencia de Erik, en la fortaleza de los drakul.

—Esa pregunta deberíamos hacértela nosotros a ti —repuso el regente con voz calmada—. ¿Qué haces aquí, princesa? No te esperábamos hasta mañana.

—Sí, ¿y por qué ha venido ella contigo? —preguntó Eilat con una sorprendente voz de barítono, armoniosa y agradable. Su dedo señalaba a Nieve, aunque sus ojos evitaban encontrarse con los de la guardiana—. A Glauco no le gustará cuando se entere...

—¿Qué sois, sus invitados? —inquirió Jana, sin molestarse en contestar—. No sabía que estuvieseis en tan buenas relaciones con los varulf... ¿Habéis participado en la captura de Argo?

Los dos jefes medu intercambiaron una rápida mirada.

—Solo hemos venido a ver al prisionero —dijo Harold con un brillo de desafío en los ojos—. Sentíamos curiosidad, eso es todo. Corre el rumor de que se ha convertido en un ángel, de que tiene alas... Y no todos los días puede uno contemplar la derrota de su más antiguo enemigo.

Al decir esto, se encaró con Nieve, que le sostuvo la mirada con aplomo.

—Ella tiene que irse —exigió Harold frunciendo las cejas, oscuras y bien delineadas, sobre sus ojos de halcón—. Sigue siendo nuestra enemiga, no pienso liarme de ella.

—Pero está previsto que Nieve y Corvino acudan mañana a recoger al prisionero —protestó Jana—. ¿Qué más da mañana que hoy?

Eilat se metió las manos en los bolsillos de su deformado traje gris.

—La terquedad de los aginar siempre me ha sacado de quicio —se quejó, rematando su afirmación con un profundo suspiro—. Glauco se pondría furioso con nosotros si supiese que la hemos dejado entrar.

—Escucha, yo he venido porque Argo exigió verme —explicó Jana, decidida a no perder la calma—. Glauco ya autorizó esta entrevista, de modo que no tenéis excusa para negaros a dejar que lo vea. Y, en cuanto a ella... No necesitáis temerla tanto. Creedme, solo ha venido a echar un vistazo, como vosotros.

—¿Piensas que le tenemos miedo? —dijo Harold, borrando la sonrisa de su rostro—. Qué estupidez. Ella ya no puede hacernos daño. Además, estoy seguro de que no querrá provocar un nuevo conflicto diplomático entre los guardianes y los medu... Ya tienen suficientes problemas entre ellos. Mira lo que ha pasado con Argo; y el otro, Heru, los ha abandonado hace tiempo. ¿No es cierto lo que digo, Nieve? —preguntó, mirando a la joven guardiana—. Solo quedáis Corvino y tú, y estoy seguro de que Corvino se irritaría mucho si, por culpa de tu visita, el trato al que habéis llegado con Glauco se rompiese.

—Él no sabe que has venido, ¿verdad? —preguntó Eilat con malicia.

La alusión a Corvino acabó de golpe con la paciencia de Nieve. Jana contempló sorprendida la transformación de su rostro, que en una fracción de segundo abandonó su habitual delicadeza para transformarse en una máscara terrible y vengativa, con una mirada tan despiadada como la de una antigua diosa.

—No te atrevas a meter a Corvino en esto —tronó. Incluso Jana sintió un escalofrío al notar el poder de su voz, capaz de estremecer incluso a las piedras—. ¿Crees que hemos perdido todo nuestro poder, que ya no podemos haceros daño? Puedo demostrarte ahora mismo que te equivocas. Si insistes en que me vaya, te arrepentirás...

El azul sobrenatural de sus ojos parecía haber dejado petrificado a Eilat. Como solía sucederles a los íridos en situaciones de extremo peligro, su rostro no tardó en

reflejar el miedo que sentía. Lentamente, la barba fue disolviéndose en un borrón difuso alrededor de su barbilla, y las arrugas de su rostro se desdibujaron mientras los rasgos se redondeaban, confiriéndole el aspecto de un niño de seis o siete años.

De no ser por la tensa escena que acababa de producirse, Jana se habría echado a reír. Realmente, Eilat debía de estar muy asustado para que su aspecto se transformase de esa manera...

Nieve, sin embargo, no parecía ver el lado cómico de la situación.

—Me quedaré aquí hasta que Jana regrese de su entrevista con Argo —afirmó, volviéndose hacia Harold—. ¿Algo que objetar?

El regente de los drakul, después de unos segundos de absoluta inmovilidad, negó lentamente con la cabeza.

—Acompaña a la princesa Jana hasta la celda del prisionero —murmuró, volviéndose hacia el ghul que esperaba tembloroso junto a la puerta—. Al fin y al cabo, no vale la pena provocar un altercado por esto... Ten cuidado con Argo, Jana. Lleva más de mil años sobre la Tierra, tiempo más que suficiente para aprender a no dejarse engañar.

## Capítulo 4

Mientras seguía al Ghul por un laberinto de subterráneos enmohecidos, Jana no dejaba de darle vueltas a una de las frases que había pronunciado Harold. El regente Drakul había asegurado que Heru, el antiguo guardián del fuego, había abandonado a sus propios compañeros... ¿Sería cierto? Últimamente Nieve nunca lo mencionaba, y parecía evidente que vivía en el palacio del Gran Canal con Corvino y con ella, ya que Jana no lo había visto nunca desde su llegada.

También le había llamado la atención la violenta reacción de Nieve cuando Harold aludió a su relación con Corvino. No era normal que la guardiana de la voz llegase a perder los estribos de aquella manera. ¿Tanto le irritaba la idea de que alguien pudiese enemistarla con el único aliado que parecía quedarle?

Quizá se tratara de eso, pero también era posible que hubiese algo más, Jana sonrió al recordar la velada de la noche anterior, en compañía de sus anfitriones. Nieve se había mostrado muy locuaz durante toda la cena, pero Corvino, en cambio, había estado muy callado casi todo el tiempo. Jana había sorprendido un par de miradas del muchacho (era lo que parecía, pese a su calculable edad) dirigidas a su compañera cuando creía que nadie lo observaba. Había una mezcla de inquietud y frustración en aquellas miradas; era como si, de pronto Corvino viese a Nieve de un modo diferente, y daba la impresión de que lo que veía le turbaba y le irritaba al mismo tiempo. ¿Por qué? Corvino era el guardián de los sentidos. Nadie en el mundo poseía tanto dominio como él sobre las reacciones de su cuerpo y de su espíritu. ¿No sería que, pese a su largo entrenamiento en el control de sus emociones, de pronto había empezado a sentir algo que no podía controlar?

Y ese algo, probablemente, tenía mucho que ver con Nieve...

—Hemos llegado —dijo el Ghul, señalando con su velluda mano el final de un lóbrego corredor iluminado por el fuego tembloroso de un par de antorchas—. Es ahí, la última puerta a la derecha. No hace falta que te acompañe... Yadia te abrirá.

Mientras el Ghul regresaba sobre sus pasos, Jana contempló con curiosidad la figura desmadejada del joven que hacía guardia ante la mazamorra de Argo. El muchacho debía encontrarse medio adormilado antes de la llegada imprevista. Al oír pasos en el corredor, se había incorporado con brusquedad.

Jana caminó hacia él. El muchacho sonrió al reconocerla. Por lo visto, no le sorprendía demasiado su visita.

Solo al llegar hasta él se dio cuenta de lo alto que era. Le sacaba la cabeza a Jana, y eso que tenía tendencia a encorvar ligeramente los hombros, como si fuera viejo. Y otro rasgo que recordaba el aspecto de un anciano era la blancura casi azulada de sus

cabellos, peinados en rígidos mechones puntiagudos alrededor de su cara.

Por lo demás, las facciones eran inequívocamente la de un muchacho de dieciséis o diecisiete años. Unas facciones bastante armoniosas, pero al mismo tiempo inquietantes. Quizá esa sensación la provocaba el brillo anormal de sus ojos azul claro, o a la sonrisa algo traviesa de sus labios.

Llevaba puesta una túnica marrón de aspecto anticuado sobre una camiseta negra con el logotipo de una banda de rock y unos ceñidos pantalones de cuero.

—La jefa del clan de los agmar —saludó, inclinándose ceremoniosamente—. Había oído hablar mucho de ti, princesa...

—¿Eres Yadia? —repuso Jana, examinándole con descaro de pies a cabeza—. No te imaginaba tan joven. Los cazarrecompensas suelen ser gente curtida...

—Lo tomaré como un cumplido —dijo el muchacho, tendiéndole la mano derecha.

Jana le ofreció la suya creyendo que se la iba a estrechársela, pero, en lugar de eso, Yadia se la llevó a los labios y la besó. Fue un beso protocolario, breve y respetuoso. Jana no intentó disimular su asombro. Los varulf no se caracterizaban precisamente por su cortesía, y Yadia pertenecía. Según había oído, al rango más humilde dentro de la jerarquía del clan, el de un mestizo medio humano... ¿Dónde le habían enseñado buenos modales?

Antes de que sus manos se separaran, Jana echó un vistazo a los anchos tatuajes geométricos en forma de brazalete que decoraban las muñecas del joven. No eran de muy buena calidad, y estaban muy descoloridos, pero, aun así, se notaba enseguida que no eran tatuajes varulf. Se decía que Yadia se había criado con su madre humana... en ese caso, ¿por qué llevaba tatuajes como los medu? Tatuajes de exiliado, sin marcas de clan... ¿Le habrían obligado a hacérselos?

—Argo no esperaba tu visita hasta mañana —dijo el muchacho, interrumpiendo las reflexiones de Jana—. Quizá no quiera recibirte... Aunque yo diría que está ansioso de entrevistarse contigo —añadió, desenganchando un pesado manojó de llaves de su cinturón—. Y, teniendo en cuenta cómo está empeorando su salud... tal vez se alegre de que te hayas adelantado.

—Pareces saber mucho acerca de tu prisionero —dijo Jana, observándolo con atención—. ¿Habla contigo?

—A veces. Pero también he aprendido a interpretar sus silencios. Ten en cuenta que tuve que espiarle durante semanas para conseguir atraparlo.

Yadia introdujo una llave en el cerrojo de arriba y la giró, emitiendo un breve chasquido. Luego repitió la operación con el resto de los cerrojos. Había siete en total. Una precaución que no parecía excesiva, teniendo en cuenta la identidad del prisionero.

—¿Lo hiciste por encargo? —preguntó Jana en voz baja. Yadia, que estaba a

punto de levantar la barra de hierro atravesada sobre la puerta, se detuvo un instante para mirarla.

—¿Capturar a Argo? No, lo hice por iniciativa propia —contestó, sonriendo con malicia—. Sabía que un golpe así me haría popular... Y fíjate, no me he equivocado. Ahora, hasta una princesa agmar recuerda mi nombre.

Jana le dedicó una fría sonrisa, y no dejó de observarle mientras él apartaba la barra de seguridad y abría la puerta.

Dentro de la celda reinaba un calor húmedo, provocado quizá por el fuego de las numerosas velas que ardían en las cuatro esquinas de la estancia, repartidas en cuatro candelabros. Olía a humo, a sudor y a cera derretida. Pese a la fresca brisa que penetraba a la mazmorra a través de un alto ventanuco enrejado, Jana tuvo la sensación de que le faltaba el aire, o de que este se encontraba tan viciado que le costaba trabajo respirar.

Argo yacía acostado en un camastro gris, arrebujado bajo una raída manta de cuadros escoceses. Ni siquiera se incorporó al oír abrirse la puerta.

—Argo ha venido a verte Jana, la jefa del clan agmar —anunció Yadia.

El guardián caído apartó la manta y muy despacio, como si cada gesto le costase un gran esfuerzo, deslizó las piernas hacia el suelo y se sentó en la cama. Sus alas negras eran dos muñones carbonizados que entorpecían todos sus movimientos. Jana sintió una oleada de repugnancia al enfrentarse con su rostro. Más que envejecer, era como si se hubiese corrompido, como si una blandura putrefacta hubiese invadido sus aristocráticos rasgos. El pelo le caía en grises mechones sin vida sobre las hundidas mejillas, y los ojos eran dos alfileres de oscuridad sobre una máscara cenicienta, infinitamente antiguos y malvados.

Al ver a Jana, su expresión se recompuso en una siniestra sonrisa.

—La joven que sacrificó a su pueblo a cambio de un abrazo —dijo. Su voz sonaba a papel crujiente y amarillo, a punto de deshacerse entre las manos—. Al menos, estabas dispuesta a hacerlo... ¿Por qué has venido?

Jana se obligo a sostenerle la mirada.

—Dijiste que querías verme, ¿no lo recuerdas?

Argo se sacudió la ceniza de una de las alas. Un intenso olor a quemado invadió la celda.

—¿Crees que he perdido la memoria? —replicó, chasqueando los dedos—. No te esperaba hasta mañana... ¿pensabas que podrías confundirme?

Jana seguía mirándolo sin pestañear. Sus aterciopelados ojos castaños permanecían atentos a cada cambio de expresión del guardián, por mínimo e insignificante que fuera.

—Me dijeron que estabas muy mal. Pensé que no valía la pena arriesgarse a esperar.

Argo lanzó una crepitante carcajada.

—Siempre sincera. Y, de paso, pensaste que podrías cogerme desprevenido si venías antes de la cita acordada... Retorcida y, a la vez, ridículamente ingenua. Soy demasiado viejo para dejarme engañar por una adolescente con aires de grandeza.

Jana ladeó la cabeza y desplegó una seductora sonrisa. Quería demostrarle al viejo guardián que no se dejaba intimidar con facilidad.

—En cualquier caso, los que me hablaron de tu enfermedad no mentían —dijo—. La verdad es que tienes muy mal aspecto... ¿Te han maltratado los varulf?

—¿Los varulf? —Argo emitió una risotada que se prolongó en un largo acceso de tos—. No seas ridícula. Su poder no es tan grande como para provocar... esto.

—Entonces no lo entiendo —confesó Jana, avanzando dos pasos en dirección a la cama para ver más de cerca al prisionero—. Tus compañeros se encuentran perfectamente. Nieve parece incluso más joven que antes de la muerte de Erik, allá en la Caverna. Tiene que haber alguna razón para que a ti te haya ocurrido esto...

—La hay. Hice algo que ellos nunca se atreverían a hacer. Desafié a la naturaleza. Intenté conquistar la inmortalidad... Y este ha sido el resultado.

Jana se estremeció.

—Quizá haya sido lo mejor —dijo con franqueza.

—¿Para ti y para los tuyos? Puedes apostar a que sí. —La voz de Argo se había vuelto agresiva y cortante como una hoja de cuchillo—. Me da igual lo que ocurriese en esa caverna, yo siempre os consideraré mis enemigos. Solo que ahora tengo a otros enemigos a los que odio más que a los medu.

—Te refieres a...

—Me refiero a ellos, sí; a mis antiguos compañeros. Me han abandonado, y ahora yo voy a pagarles con la misma moneda.

Jana frunció el ceño, intentando encajar las piezas del puzle.

—¿Por eso querías verme? ¿Quieres vengarte de los guardianes?

En el centro de las pupilas de Argo apareció una luz anaranjada, como el reflejo de un cigarrillo encendido.

—Por desgracia, no tengo tiempo para una venganza. Me estoy muriendo, Jana... Además, sigo siendo un guardián. Los guardianes no disfrutamos haciendo daño.

—Entonces, si no es venganza, ¿qué quieres de mí?

—Pronto moriré, y he estado pensando muy seriamente qué hacer con mi legado. No deseo compartirlo con mis antiguos compañeros, pero tampoco me gustaría que se perdiese en el olvido cuando yo desaparezca. Por eso pensé en ti: te he elegido para transmitirte esa pequeña información, que es toda mi herencia. Lo que hagas con ella es cosa tuya... Yo, al menos, moriré tranquilo.

Jana sonrió, incrédula. Quería que Argo notase lo poco que le impresionaban las palabras. Y adia, que había permanecido todo el tiempo junto a la puerta, se dirigió en



ese instante hacia uno de los candelabros que iluminaban la mazmorra y prendió con su mechero de bolsillo las dos velas que una corriente de aire acababa de apagar.

Jana siguió sus movimientos con expresión de desagrado.

—Creí que esta entrevista era entre tú y yo —dijo, volviéndose hacia el guardián—. ¿No puedes ordenarle que se vaya?

Una chisa de ironía bailó en los ojos de Argo.

—¿Que se lo «ordene»? —dijo, recalcando burlescamente la última palabra—. Querida, parece haber olvidado que soy un prisionero...

—Pero dijiste que querías una entrevista a solas conmigo —insistió la joven agmar—. Él puede vigilar la puerta desde fuera, no hay necesidad de que escuche nuestra conversación. Hablaré con Harold y con Eilat, si es necesario. No quiero testigos.

—Pierdes el tiempo —dijo Yadia. Seguía de espaldas a Jana y a Argo, ocupado en limpiar la cera caliente que una de las velas había derramado en el suelo—. Ni Harold ni Eilat te harán el menor caso. Tengo que asistir a la entrevista, son órdenes expresas de Glauco. Pregúntaselo a él, si quieres...

—Fue la condición que pusieron los varulf para permitirme hablar contigo —confirmó Argo en tono cansado—. No me fío de ti ni de los varulf. Y tengo muchas cosas que hacer como para seguir perdiendo el tiempo con esta pantomima.

Mientras hablaba, Jana se dio la vuelta y caminó decidida hacia la puerta, como para irse. Sus manos forcejearon con el pestillo. Estaba cerrado con llave.

—No puedo creerlo —protestó, girándose instantáneamente hacia Yadia, que ahora la observaba con aire de aburrimiento—. ¿Te has atrevido a encerrarme? ¿A mí, una jefa agmar? Estás loco...

—Solo estoy protegiendo la intimidad de la entrevista —se justificó Yadia arrugando levemente el entrecejo—. Fueron las órdenes que recibí.

—Ya está bien. Abre esa puerta y déjame salir. De lo contrario... Es cierto que nuestro poder ha decaído mucho, pero aún me queda el suficiente como para hacer volar esta sucia cárcel y el resto del edificio en pedazos.

Yadia se echó a reír, lo que no hizo sino aumentar la irritación de Jana. Pero entonces intervino Argo en un tono sorprendentemente conciliador.

—Vamos muchacha no te enfades. Te estás dejando dominar por tus prejuicios y tu rencor. Espera a oír lo que tengo que revelarte, en cuestión de un par de minutos... Después, Yadia te abrirá la puerta y todo habrá terminado.

Con una mueca de dolor, el anciano se puso de pie y se ajustó los pliegues de su harapienta túnica, que parecía tan vieja como él. Jana observó su rostro con atención. Ahora no parecía estar divirtiéndose. Al contrario, era evidente que sufría... Argo estaba muriéndose, y eso hacía que, fuese cual fuese el secreto que quería comunicarle, adquiriese una especial importancia.

—Está bien —suspiró Jana—; he venido a escucharte y te escucharé. Dime lo que tengas que decirme...

—Antes, tienes que jurar por el linaje agmar al que perteneces que no compartirás esta información con nadie.

Jana lo miró con fijeza.

—No puedes pedirme eso —murmuró—. Es un juramento peligroso...

—No mientras no intentes romperlo. Jura —le exigió Argo en tono apremiante.

Jana vaciló un momento, pero finalmente alzó la mano derecha, cerró los ojos y pronunció con voz firme la fórmula ritual del juramento agmar.

—Por la sombra oscura de la luna, por la negra profundidad del corazón. Por el vuelo secreto de los pájaros nocturnos, por la palabra y sus abismos, por el misterio eterno de los símbolos, juro no repetir a nadie lo que estás a punto de revelarme.

—Que el silencio de la eternidad nuble para siempre tu mente si no cumples tu juramento —contestó Argo con solemnidad—. Y que mi maldición caiga sobre ti y los de tu tribu hasta el fin de los días.

La última frase, ajena al ritual agmar, consiguió provocarle a Jana un intenso escalofrío. En ese instante se alegró de que la iluminación de la celda fuese tan escasa. Confiaba en que, al amparo de la penumbra, su inquietud pasase desapercibida.

—Bueno ya he jurado —dijo, mirando a Argo con ojos desafiantes—. Ahora, suelta lo que tengas que soltar. Ya me has hecho esperar demasiado...

Una sonrisa exaltada, de loco, Transformó por un instante el rostro agotado del guardián.

—Es solo esto: Calee dei Morti 2251 Santa Croce 30135.

Instintivamente, Jana puso en práctica las técnicas memorísticas que su madre le había enseñado en la infancia para grabar en su mente la secuencia de palabras y números que el guardián acababa de pronunciar.

Parecía tratarse de una dirección, una de esas crípticas direcciones que utiliza el servicio de correos para identificar un determinado edificio en el laberíntico plano de Venecia.

Cuando Argo se calló, lo miró inquisitivamente, esperando a que añadiese algo más. Pero el guardián, sonriendo de medio lado, se dio la vuelta y regresó despacio a su camastro. Una vez allí, se tendió trabajosamente de cara a la pared, tapándose con su sucia manta. Lo único que Jana podía ver de él eran los retorcidos muñones de sus alas, negros como los despojos carbonizados de un pájaro atrapado en un incendio.

## Capítulo 5

Al salir de la celda de Argo, Jana aspiró con fruición el aire mohoso del corredor, algo más fresco que la opresiva atmósfera que envolvía al viejo guardián. Apoyada en la pared opuesta a la puerta, observó en silencio cómo Yadia corría los cerrojos de hierro siguiendo el meticuloso ritual.

—Necesito hablar contigo —le dijo sin rodeos cuando observó que había terminado.

Yadia la miró sonriendo mientras se sujetaba al cinturón el oxidado manajo de llaves que acababa de utilizar.

—Mi habitación está justo encima de este pasillo —contestó—. Puedes acompañarme, si quiere.

El muchacho se echó a andar por el oscuro corredor en dirección a la salida, sin esperar a que Jana le contestara. Ella, finalmente, se decidió a seguirlo, prometiéndose a sí misma que antes o después le haría pagar cara su descortesía.

Subieron un tramo de peldaños desgastados por el tiempo y llegaron a un pasillo aún más angosto que el del piso inferior, con puertas de madera a ambos lados.

Yadia se detuvo frente a la tercera puerta de la izquierda y giró el picaporte. Un rectángulo de claridad se proyectó sobre el suelo del corredor.

—Tú primero —dijo, cediéndole el paso a Jana con una reverencia—. Después de todo, eres una princesa...

Más irritada de lo que estaba dispuesta a reconocer, Jana pasó majestuosamente a su lado.

El interior de la habitación tenía la misma forma y dimensiones que la celda de Argo, pero al menos contaba con una ventana bastante amplia que daba al canal. Una cama deshecha, una mesita repleta de libros y el desvencijado escritorio con una silla plegable frente a él componían el sencillo mobiliario de la estancia. Yadia señaló a Jana la silla, mientras él se dejaba caer pesadamente sobre el hundido colchón de su catre.

—Siento no poder invitarte a tomar té —dijo, mirando a Jana con una sonrisa—. El servicio de habitaciones, en esta casa, deja bastante que desear...

—No he venido a tomar té. Quiero respuestas —replicó con brusquedad la muchacha—. ¿Cómo diablos te las ingeniaste para atraparlo? Está débil, pero sigue siendo un guardián. Y tú no eres más que...

—¿Qué? ¿Un mestizo varulf? Dilo, estoy acostumbrado a que me lo echen en cara. He tenido que vivir con eso toda mi vida...

—¿También cuando vivías con tu madre humana?

Yadia emitió una risilla destemplada.

—¿Quién te ha contado esa historia? —preguntó, mirando a Jana con curiosidad—. Nunca llegué a conocer a mi madre, no sé quién era... Me crió una esclava ghul en una de las casas de mi padre, pero cuando llegué a la mayoría de edad él no quiso reconocermé. Me echaron del clan... las cosas se me pusieron bastante difíciles.

—Ya. Parece que la situación ha cambiado mucho —le espetó Jana clavándole una penetrante mirada—. Ahora te has convertido en el confidente de Glauco.

Yadia asintió complacido.

—No es tan idiota como para no reconocer el talento cuando lo tiene por delante —dijo—. Yo le he demostrado de lo que soy capaz... Supongo que he logrado impresionarlo.

—Justamente a eso me refería —insistió Jana, implacable—. ¿Cómo lo hiciste? A mí no puedes engañarme como a tu jefe. Para derrotar a un guardián hace falta algo más que talento: se necesita experiencia, y también poder... Pero es evidente que tú careces de las dos cosas.

—Es posible —admitió Yadia sin la menor turbación—. Pero te olvidas de un pequeño detalle: Argo no deseaba luchar... En realidad, me lo puso muy fácil. Yo creo que, en el fondo, deseaba que lo capturásemos nosotros. Sabía que sus antiguos amigos lo estaban buscando... Y lo último que quería era caer en sus manos.

Jana arqueó las cejas.

—Y sin embargo, tus jefes han aceptado entregárselo a Nieve y a Corvino...

—A cambio de una sustanciosa cantidad de dinero, sí. ¿Por qué no iban a hacerlo? Después de todo, Argo no tardará mucho en morirse, y, una vez muerto, a nosotros no nos serviría de nada.

Jana asintió. Sus ojos se desviaron un instante hacia la ventana.

—Eso tiene sentido. Lo que no encaja es que Argo prefiriere caer en las manos de un varulf antes de dejarse atrapar por Corvino y los otros guardianes. Al fin y al cabo, ellos lo siguen considerando uno de los suyos. Estoy segura de que no lo tratarán mal.

Yadia frunció ligeramente el ceño.

—¿Crees que a Argo le asusta el sufrimiento? —preguntó—. Se nota que no lo conoces ni lo más mínimo. En realidad, eso ya no tiene importancia. Mi padre murió hace seis meses. Su muerte no cambia mis planes.

—Glauco no es de fiar. Yo que tú no confiaría en sus promesas...

—No tengo nada que perder. Nuestra relación es puramente comercial. Él me da lo que quiero y, a cambio, yo le doy lo que él me ha pedido. No soy tan ingenuo como para dejar que me engañe... Antes, la ceremonia de admisión en el clan; después, le contaré a todo lo que averigüe contigo.

Jana se irguió, tensa.

—¿Qué quieres decir? Ya has oído a Argo. Tienes la misma información que yo,

seguramente más. No queda nada que averiguar... —Yadia bostezó con aparente indolencia, aunque sus ojos no se apartaban de Jana.

—¿Tú crees? —dijo—. Yo creía que sentirías curiosidad. ¿De verdad no piensas ir al lugar que te ha indicado Argo? En ese caso. Tendré que ir solo.

—Espera. —Jana tenía la sensación de que Yadia le estaba tendiendo una trampa, pero lo único que podía hacer, por el momento, era seguirle la corriente—. Yo no he dicho que no piense ir, el problema es que no quiero ir contigo. Argo me ha dado esa información a mí. De modo que me pertenece.

—¿Eso crees? Vamos, Jana no seas ridícula. Argo sabe que yo lo he oído todo, formaba parte del trato. Solo se le permitió hablar contigo a cambio de admitir mi presencia durante la conversación. Mi deber consiste en llegar al fondo de este asunto. Tengo que ir a esa dirección, ver lo que hay y elaborar el informe para Glauco. Y voy a hacerlo, tanto si te gusta como si no. Pero, si unimos fuerzas, todo será más fácil... Al fin y al cabo, no sabemos con qué nos vamos a tener que enfrentar. Quizá Argo nos haya guiado a ese lugar para vengarse de nosotros... Será menos peligroso si vamos juntos.

Jana meditó unos instantes con la vista fija en el joven semblante de Yadia.

—Está bien —dijo por fin—. Prefiero que me acompañes a que metas la pata yendo tú solo. Quién sabe, podrías estropear algo. Además, yo no conozco muy bien Venecia...

—Yo sí —la interrumpió Yadia, radiante—. Vamos, princesa, tú delante... Te guiaré hasta ese lugar, echaremos un vistazo juntos y, después, te librarás de mí.

## Capítulo 6

Yadia amarró su vieja góndola desteñida a uno de los postes de la orilla y saltó al muelle con agilidad. En lugar de ayudar a Jana a desembarcar, sus ojos se concentraron en el callejón que se abría al otro lado del estrecho canal, entre un viejo palacio de paredes de color teja y un ruidoso almacén con tapias de ladrillo salpicadas de hiedra.

—Esta es la Calle dei Morti —murmuró—. No parece muy prometedora...

Sin contestar, Jana retrocedió hasta el puentecillo de hierro que comunicaba el muelle con el callejón. Se trataba de un único acceso posible... Sobre la verdosa corriente, la muchacha se detuvo a contemplar los edificios que la rodeaban. Todos parecían ruinosos, abandonados. El sol arrancaba algunos destellos de los vidrios artesanales de las ventanas.

Al otro lado del puente, las sombras se alargaban sobre la Calle dei Morti, bañándola en una transparencia turquesa. En cuanto Yadia llegó a su altura, Jana se decidió a internarse en aquella oscuridad. Pronto se dio cuenta de que el callejón no tenía salida... Al final de la doble hilera de edificios (tres fachada traseras de antiguos palacios a cada lado) no había más un alto muro de piedra gris.

Yadia se había adelantado un poco y caminaba deprisa, mirando constantemente a derecha e izquierda.

—2250... 2252 —dijo al final, mirando los dos últimos edificios de la estrecha calleja, situados uno a su izquierda y otro a su derecha—. ¿Te das cuenta? La dirección que nos dio Argo no existe. En realidad, tendría que estar entre estos dos palacios... Justo ahí, donde se encuentra el muro.

Jana asintió sin mucha convicción. Llevaba poco tiempo en Venecia, y aún no había conseguido familiarizarse con la complicada numeración de los edificios de la ciudad. Por lo visto, allí no regía la norma de asignar números pares aun lado de la calle e impares al otro... Al menos, no regía en la Calle di Morti.

A su espalda se oyó un gruñido sordo, como de un animal pequeño y desconfiado. Jana se volvió con brusquedad, pero no captó ningún movimiento.

—Nos ha gastado una broma —dijo con un suspiro—. Ha sido una idiotez venir hasta aquí. Debí suponer que Argo no jugaría limpio.

—Espera —exclamó Yadia al ver que Jana se daba la vuelta para regresar al puente—. Espera, quizá no lo hayamos visto todo. Déjame que intente un experimento...

—¿De qué hablas?

Por toda respuesta, Yadia avanzó hasta la agrietada pared del fondo del callejón.

Sobre ella, alguien había trazado con spray rojo la tosca silueta de una cabeza de caballo. Jana se estremeció al fijarse en el dibujo, porque le recordó de inmediato el emblema del desaparecido clan de los Kuriles.

En cuanto Yadia posó una mano sobre el dibujo, la parte izquierda del muro se derrumbó, levantando una espesa nube de polvo amarillento. Lo curioso fue que el desplome de las piedras no provocó ni el más leve ruido. Jana observó como Yadia se dirigía al hueco que se había formado en la pared. Asombrada, vio que el muchacho comenzaba a ascender a partir de aquel agujero, como si subiera por una escalera invisible.

—Sígueme —le dijo Yadia, volviéndose a mirarla—. Aunque no los veas, los peldaños son sólidos. Confía en mí, no te caerás.

Un poco irritada consigo misma por haberle cedido la iniciativa a su acompañante, Jana comenzó a ascender la invisible escalera, asegurando el pie sobre cada escalón antes de dar el siguiente paso. Bajo sus pies, el húmedo empedrado del callejón, salpicado de malas hierbas, iba quedando cada vez más abajo. Era como si los peldaños estuvieran tallados en el más puro cristal. Como si el aire, bajo sus pies, se hubiese coagulado...

Solo cuando se encontraba a punto de alcanzar el borde de la tapia observó cómo esta, de pronto, se volvía más alta o, mejor dicho, cómo la parte superior del viejo palacio que cerraba el callejón, hasta entonces invisible, revelaba de pronto su presencia.

Era un edificio majestuoso, a pesar de la humilde ubicación y de la estrechez de su fachada trasera. Tres pares de ventanas góticas se superponían en armónico equilibrio sobre el nivel inferior, que era el que Yadia y Jana habían alcanzado, al término de las escaleras. Ambos se encontraban ahora de pie sobre un rellano semicircular, bajo un delicado tejadillo de mármol calado. Delante de ellos se alzaba una puerta de madera lisa y nueva, completamente negra.

Observando el llamador de bronce de forma de garra de león que decoraba la puerta, Jana se preguntó si debían utilizarlo. Pero antes de que pudiera formular su pregunta en voz alta, Yadia le tomó, una vez más, la delantera. Con gesto seguro, se plantó delante de la puerta y llamó fuertemente con los nudillos, descargando cada golpe en un lugar diferente. Jana siguió sus movimientos con creciente curiosidad. A la tercera llamada, se dio cuenta de que el punto exacto elegido por Yadia para golpear la puerta no era azaroso. Las zonas escogidas por el cazarrecompensas varulf para descargar la fuerza de sus puños componían, entre todas, el contorno de un dibujo bien definido. Pero ¿un dibujo de qué? Por el momento, Jana no era capaz de adivinarlo...

Un imperioso rugido interrumpió de improviso la monótona cadencia de los golpes. Jana miró por encima de su hombro y sintió que la piel se le erizaba de

inquietud. Allá abajo, al pie de la escalera, había una sombra densa e impenetrable con forma de animal: un perro enorme, o quizá un lobo. En medio de la negrura de su cabeza, dos ojos dorados miraban hambrientos hacia arriba. De las fauces invisibles de la fiera brotaba un ronco jadeo.

Jana sintió un doloroso tirón en el brazo. Enfadada, se volvió hacia Yadia.

—No mires —le dijo este—. Si te dejas atrapar por su mirada, estás perdida...

La oscura silueta seguía rugiendo por lo bajo a sus pies, de un modo claramente amenazador.

—¿Qué es? —preguntó Jana—. Parece un Ghul...

—Es peor que eso. ¿No ves que su cuerpo es solo un espejismo? Está buscando la manera de subir. Hay que entrar cuanto antes, pero tú me has desconcentrado... — Yadia reanudó sus llamadas sobre la puerta, trazando una vez más con sus golpes el mismo dibujo que había iniciado antes. Jana lo observaba con impaciencia. Los ruidos que emitía la fantasmal criatura junto al muro del palacio le sonaban cada vez más inquietantes.

Intentando tranquilizarse, la muchacha se concentró en la puerta que tenía delante. Para su sorpresa, la última llamada de Yadia pareció imprimir una mancha de moho sobre la madera a la que, de improviso, se unieron otras muchas. Entre todas componían una vez más la figura de una cabeza de caballo vista de perfil. El emblema de los antiguos Kuriles.

En cuanto la figura se perfiló sobre la puerta, esta se abrió con un chirrido apenas audible. Yadia entró y arrastró a Jana consigo asíéndola por el brazo derecho. Cuando ambos estuvieron a salvo en la penumbra del vestíbulo, el cazarrecompensas cerró la puerta con violencia.

Un instante después, oyeron a la salvaje criatura arañar la madera desde el exterior mientras gruñía con desesperación.

—Es un espectro —murmuró Jana, procurando controlar el temblor de sus piernas—. El espectro de un Ghul...

En el rostro de Yadia apareció una mueca escéptica.

—Para que un Ghul llegase a sobrevivir a su muerte bajo una forma espiritual, tendría que estar ligado al alma de un espectro medu muy poderoso. Y aquí no hay ningún medu, aparte de nosotros. Supongo que puedes sentirlo igual que yo.

—Sí —admitió Jana, echando una ojeada al oro desteñido de los estucos que adornaban la bóveda—. No capto señales de ninguna presencia Ghul por aquí en los últimos tiempos. Quienquiera que haya estado recientemente en este lugar, está claro que era un humano...

—O un guardián. Vamos a explorar un poco —propuso Yadia—. Si Argo nos ha traído hasta aquí, debe de ser por una buena razón.

Sin contestar, Jana lo siguió a través de una polvorienta escalera protegida por



una alfombra que parecía llevar siglos allí. El joven no había dudado ni un segundo; en lugar de prestar atención a las cuatro entradas que se observaban en el vestíbulo, había optado por subir directamente al piso superior. Por un momento, Jana tuvo la sensación de que Yadia conocía la casa...

Arriba hacía frío, y la humedad de las habitaciones mal ventiladas penetraba hasta los huesos. Las dos primeras estancias tenían las contraventanas cerradas, y Jana apenas pudo distinguir sus escasos muebles al cruzarlas. La tercera, en cambio, era completamente distinta... Un gran mirador bañaba el artesonado del techo en la luz cobriza del mediodía, revelando las poderosas figuras míticas pintadas al fresco sobre una de las paredes.

Un escenario semicircular ocupa el fondo del salón, con un viejo espejo como único decorado. Delante del escenario había dos pesadas cortinas rojas sujetas con cordones dorados, y también un trípode con una cámara.

En el suelo de aquel estado vacío, sobre las mugrientas tablas de madera, podía verse un enorme televisor de pantalla plana, un aparato de última generación.

—Quizá era esto lo que Argo quería que encontrases —murmuró Yadia—. Espera, está desenchufado...

El muchacho conectó el cable del aparato a un enchufe de la pared. Una desagradable efervescencia multicolor llenó la pantalla, acompañada de un prolongado chisporroteo, hasta que bruscamente surgió con total nitidez un titular en anticuados caracteres blancos sobre fondo negro. Parecía sacado de una vieja película de cine mudo.

El increíble espectáculo del gran Armand, rezaba la presentación.

Jana miró de reojo a Yadia, que se había apartado del televisor para sentarse un par de metros por delante, sobre el entarimado. Luego, avanzó silenciosamente hasta colocarse justo detrás de él, pero no se sentó.

Poco a poco, las letras blancas de la pantalla se fueron oscureciendo hasta fundirse con el fondo. Entonces, en medio de la negrura apareció una escena llena de luz: en el mismo escenario donde estaba el televisor, un hombre rubio y apuesto, vestido con esmoquin y sombrero de copa, saludaba sonriente a su invisible audiencia.

—Supongo que este será Armand —comentó Yadia sin volverse—. A ver que hace...

Después de terminar con sus reverencias, Armand fue hacia el fondo del escenario y extrajo de una vieja bolsa de viaje tres pelotas transparentes. Plantándose de nuevo ante la cámara, el mago comenzó a ejecutar malabarismos de escasa dificultad con las tres bolas. Unos segundos después de haber empezado, las esferas comenzaron a brillar, como si contuvieran fuego. Armand sonrió encantado y las lanzó a mayor altura. Al caer, una de ellas se le escapó y resbaló sobre la solapa de su

esmoquin, incendiándola.

Jana dejó escapar un grito.

A partir de ahí, todo sucedía muy deprisa... Distraído por el incendio de su traje, el mago se desentendía de las otras dos bolas, que a su vez caían sobre él. Las llamas envolvían el grotesco personaje en cuestión de segundos. Se le oía gritar, presa del más profundo terror. Iba hacia la ventana, como si pensara tirarse, y por un momento quedaba fuera de campo. Pero luego, algo o alguien giraba la cámara y la enfocaba de nuevo al suelo, sobre el lugar en el que las llamas consumían el cuerpo ya inmóvil y negruzco de Armand.

Era un espectáculo insoportable. Asqueada, Jana apartó la vista.

Durante unos segundos, en la pantalla no se oyó más que el rítmico crepitar de las llamas. La escena no se había interrumpido. Recordando el empeño de Argo en conducirla hasta allí, Jana volvió alzar los ojos hacia el televisor. El cuerpo calcinado de Armand yacía en medio del escenario, negro y solitario como un trozo de madera en medio de una playa. El único despojo de un naufragio. Ni siquiera podía adivinarse ya su antigua forma humana...

Y entonces, de pronto, sucedió lo imposible. Una corriente de aire barrió la escena, arrancando del cadáver cientos de escamas de ceniza que empezaron a girar sobre él formando un turbio remolino. El cuerpo carbonizado se fue deshaciendo rápidamente en lascas ligeras y polvorientas. Y el torbellino giraba cada vez más rápido, cada vez más turbio, alcanzando más y más altura. Cuando se detuvo, en la pantalla solo quedaba una nube de polvo gris que poco a poco comenzó a aclararse. Y en medio de la nube, completamente desnudo y sonriendo de oreja a oreja como un niño grande, se encontraba Armand. Sus manos se cruzaban a la altura de sus ingles en un gesto de pudor poco convincente, mientras él se inclinaba una y otra vez ante la cámara, agradeciendo la ovación de su futuro público.

Un prolongado fundido en negro puso fin a la grabación. Yadia se levanto rápidamente y, yendo hacia el enchufe de la pared, desconectó el aparato con brusquedad.

—Un truco estúpido —gruñó, descontento—. Cualquiera puede hacerlo si tiene un ordenador. Ni siquiera se necesita un software demasiado caro...

—Te equivocas —murmuró Jana. Caminó pensativa hacia la cámara situada sobre el trípode y la acarició con un dedo—. No sé qué es lo que hemos visto, pero no me ha parecido un montaje.

Yadia lanzó una risotada.

—¿Estás de broma? —preguntó, asombrado—. Ni siquiera los medu más poderosos han podido conseguir nunca una resurrección. No hay magia en el mundo que pueda lograr eso... Tú debes saberlo, eres princesa agmar. ¿De verdad te has tragado que ese mago humano de poca monta puede hacer lo que ningún medu ha

conseguido nunca?

Jana no contesto de inmediato.

—Me gustaría conocer a ese tal Armand —dijo, mirando distraída hacía el escenario—. Sería muy interesante...

—Argo te ha gastado una broma; no le des más vueltas. Seguro que el tipo ese no es más que un actor fracasado. Su forma de sonreír... Me recuerda a un presentador de televisión. Si quieres puedo intentar localizarlo, aunque no creo que siga en Venecia...

—Quiero volver a ver el vídeo —dijo Jana, alzando los ojos hacia Yadia—. ¿Puedes volver a conectarlo, por favor?

Yadia emitió un bufido de impaciencia, pero hizo lo que Jana le pedía.

Esta vez, la nieve multicolor llenó la pantalla durante largo rato, mientras el cazarrecompensas intentaba encontrar en la parte trasera del aparato un botón que permitiese rebobinar la grabación.

Finalmente, al tercer intento, tuvo éxito. La película en blanco y negro del mago comenzó de nuevo. Una vez más, Jana observó los torpes malabarismos de Armand con las tres bolas incandescentes, el instante que una de ellas resbalaba sobre su hombro, quemándole la solapa del traje...

—Un momento —dijo de repente—. Para la imagen.

Yadia que se había quedado junto al televisor, pulsó el botón de pause. El fotograma de Armand con cara de estupor mientras observaba su solapa incendiada quedó fijado sobre la pantalla.

—Estás mal de la cabeza —refunfuñó Yadia—. Así no conseguirás descubrir el truco...

—Fíjate en eso. —Jana se había arrodillado frente al televisor y señalaba una mancha brillante en el espejo, al fondo del decorado—. ¿Lo ves?

—Un reflejo. Un reflejo de la ventana del canal... ¿Qué tiene de raro?

Jana acarició suavemente la pequeña mancha de luz.

—No es un reflejo normal —murmuró—. He visto sombras, sombras que se movían. Ahí hay algo, estoy segura; algo importante.

Yadia la miró con perplejidad.

—¡Pero si es más pequeño que una uña! Estás flipando, te lo digo en serio. Aunque, si quieres, podemos agrandar la imagen en mi portátil, para que te quedes tranquila. Quien sabe, a lo mejor tienes razón y descubrimos al tipo que manejaba la cámara. Al autor de la película... Seguro que fue Argo.

Mientras Yadia hablaba, no perdía detalle de los movimientos de los dedos de Jana sobre la pantalla. Era como si estuviese tocando un instrumento en miniatura, un teclado invisible.

—Ponlo en marcha otra vez —dijo la muchacha, cerrando los ojos—. Creo que ya

lo tengo...

Yadia pulsó de nuevo el botón de pause, y la acción se reanudó en la pantalla del televisor. Un grito inaudible de Armand; llamas blancas. Las otras bolas cayendo sobre el traje oscuro, prendiendo una de las mangas y la pernera derecha. Pero Jana no parecía prestar atención a nada de aquello.

En realidad, daba la impresión de que ni siquiera estaba viendo lo que ocurría. Su rostro se había quedado tan inmóvil que casi parecía acartonado, y sus iris miraban con fijeza un punto indeterminado de la penumbra. Más allá del monitor.

Vista así, rígida y majestuosa como una estatua de piedra, parecía una criatura de otro mundo, una misteriosa princesa antigua.

Con un suspiro, Yadia retrocedió unos cuantos pasos y apartó la vista de Jana para fijarse obstinadamente en las fachadas que se veían a través de la ventana, al otro lado del canal. El trance no duraría mucho... Podía permitirse un respiro antes de que ella volviese a su estado de conciencia normal.

Pero, eso sí, tendría que ser un respiro muy breve; con una princesa agmar, uno nunca debía confiarse, ya que cualquier cosa podía suceder.

## Capítulo 7

Una bocanada de aire fresco y húmedo abofeteó el rostro de Jana, obligándola a abrir los ojos. Se encontraba en la Caverna Sagrada, el lugar donde unos meses antes Erik se había sacrificado para salvarles la vida a Álex y a ella. La misma bóveda de roca gris, el suelo lleno de objetos dispersos, irreconocibles en la penumbra...

Jana contuvo el aliento. Delante de ella, a apenas medio metro, se encontraba la tumba de Erik. Una lápida lisa, de mármol blanco, y sobre ella el cuerpo tendido del último jefe drakul, el muchacho que tanto la había amado.

Erik. Era la primera vez después de su muerte que se le aparecía en una visión. Su rostro se encontraba tan pálido como el mármol sobre el que se hallaba tendido. Incluso sus ropas parecían haberse desteñido hasta perder completamente el color. Y sin embargo, nada en aquellos rasgos firmes y nobles evocaba la rigidez de un cadáver. Parecía, más bien, que estuviese dormido...

Jana se estremeció de frío. El fino tejido de punto de su chaqueta negra apenas la protegía de la gélida atmósfera de la Caverna. Se miró los zapatos, unos mocasines negros elegantes, pero gastados por el uso. Pensó, de un modo bastante incongruente, que necesitaban una buena limpieza.

Y entonces, con un escalofrío, se dio cuenta de que incluso los zapatos formaban parte de la alucinación, ya que aquella mañana se había puesto unos botines de antes que acaba de estrenar.

Lentamente, sus ojos regresaron al rostro de su antiguo enemigo. Cuando Erik vivía, nunca se había permitido observarlo durante demasiado tiempo. No quería que él notase su interés... Pero ahora no podía verla, de modo que se permitió fijarse largamente en su semblante alargado y pálido, en su nariz perfecta, en el trazado de sus rubias cejas, en sus largos caballos claros. Sobre ellos, ciñéndole la frente, brillaba la corona de luz blanca que lo había matado: la Esencia de Poder... A otro menos valiente o más impuro lo hubiese reducido a cenizas. Pero a Erik había sido uno de los más grandes entre los medu, y la corona lo había respetado.

Si ella hubiese sabido verlo antes, si el odio que sentía hacia los drakul no la hubiese cegado tanto, quizá las cosas habrían podido ser distintas. Erik se habría convertido en el rey que todos los medu habían esperado durante siglos; y ella habría podido ser su reina. Él estaba loco por ella, más incluso que Álex; más que su antepasado Drakul por la princesa Agmar.

Erik. Probablemente era el chico más apuesto que había conocido jamás. Allí junto a su tumba, sin saber por qué, Jana sintió de pronto una necesidad insoportable de que él volviese. Era como si, desde algún lugar remoto e inaccesible, él la

estuviese llamando. Lo veía allí tendido, inmóvil y helado como la piedra, pero al mismo tiempo algo dentro de ella le decía que quedaba un rescoldo de vida en su interior, una fuerza que ni siquiera la muerte había conseguido doblegar, y que anhelaba protegerla.

—Erik —murmuró—. Erik, háblame...

Sabía que era silo una visión; pero Jana entendía bastante de visiones y podía distinguir con facilidad entre las meras alucinaciones provocadas por una invocación mágica y las que significaban algo más. Una visión tan poderosa como aquella, que había conseguido transportarla de nuevo a la Caverna Sagrada, era algo que ni siquiera sus antiguos poderes habrían podido provocar. No se trataba de un simple espejismo, sino de una conexión con una realidad situada más allá de las apariencias. Y también, quizá, de una anticipación de futuro... Le sorprendió comprobar cuánto deseaba que fuera así.

Habría dado cualquier cosa por estabilizar la visión, por evitar que aquel breve encuentro con Erik terminase. Deseaba ardientemente contarle todo lo que le había sucedido desde que él sacrificó su vida a cambio de la suya: la dispersión de la magia entre los humanos, la pérdida de poder de los medu; el entusiasmo inicial de Álex, y las seis semanas de amor que habían vivido mientras, a su alrededor, la gente intentaba adaptarse a las nuevas circunstancias. Seis semanas durante las cuales habían sido solo un par de adolescentes egoístas disfrutando de su felicidad, absortos el uno en el otro. Seis semanas perfectas...

Los problemas habían comenzado después.

Al principio solo fueron pequeños desacuerdos entre los dos, discusiones que, insensiblemente, iban subiendo de tono, reproches velados... No habían tenido ningún enfado verdaderamente importante, y en ningún momento se habían planteado romper, pero las cosas ya no funcionaban tan bien como antes. Los pequeños problemas de la vida cotidiana habían comenzado a infiltrarse en su relación, provocando roces que hasta entonces no existían. A veces, cuando estaba con Álex, Jana sentía que una barrera invisible la separaba de él. Y también sentía que ya no les bastaba estar juntos para ser felices...

¿Cuál había sido la causa? Jana frunció el ceño, sombría, intentando recordar para contarle mentalmente todo lo ocurrido a Erik, segura de que, a pesar de su frialdad de piedra, él podía oírla.

Quizá la culpable del distanciamiento había sido ella. A veces, cuando se ponía a pensar, echaba de menos el mundo en el que había crecido; el oscuro poder de los agmar, su influencia sobre ciertos aspectos del comportamiento humano, la belleza de la magia que su hermano David y ella cultivaban a escondidas...

Álex no podía compartir aquellos sentimientos. Prefería ignorarlos. Quizá, secretamente, se sentía culpable por haber despojado a los medu de la parte más

valiosa de su existencia. En cierto modo, los había traicionado...

Al principio, Jana intentó no pensar en ello. Pero después de algún tiempo no tuvo más remedio que enfrentarse a la nueva situación. Al fin y al cabo, seguía siendo la jefa suprema de uno de los siete clanes de medu, y no podía ignorar los sufrimientos de los suyos. Su deber era ayudar a todos los de su linaje a superar la pérdida de sus principales poderes y a encontrar una nueva forma de vida. Álex no quería entenderlo, era su problema. Jana empezó cada día a dedicarle más tiempo a la reorganización del clan y a informarse de cómo iban las cosas entre los otros clanes. Poco a poco, iba aproximándose de nuevo a su antiguo mundo. No podía evitarlo, y tampoco lo deseaba.

—Lo estoy perdiendo, Erik —murmuró en voz alta—. O él me está perdiendo a mí. Me pregunto si eso te alegrará, donde quieras que estés. Casi me gustaría que te alegrase...

Una imperceptible sonrisa afloró a los labios yertos del joven drakul. O quizá fue solo una impresión pasajera de Jana; después de todo, buena parte de lo que estaba experimentando sucedía únicamente dentro de su cabeza.

Sin embargo, podía sentir su presencia, ahora incluso más cercana que antes. Era absurdo, pero tenía la certeza de que Erik, por imposible que pudiera parecer, la estaba escuchando.

Podrían haber tenido un futuro juntos; y ella lo había sacrificado a cambio de su amor por Álex. Se sentía decepcionada, resentida; y anhelaba con todo su ser que Erik lo supiera. Que supiera que siempre, desde que tenía uso de razón, lo había considerado el chico más atractivo de cuantos había conocido; y que justamente por eso se había apartado de él; porque temía dejarse dominar por sus sentimientos y terminar dejándose atrapar en las redes del que ella consideraba su principal enemigo.

Con Álex, en cambio, no se había mostrado tan precavida. Ojalá lo hubiese hecho...

Pero era algo que ya no tenía remedio.

—Erik —repitió, disfrutando del sonido de aquel nombre prohibido—. Erik ¿puedes oírme?

Nada se movió en el rostro de mármol del último jefe drakul. Sus párpados seguían cerrados, sus rasgos mantenían su invulnerable serenidad. Jana suspiró, desalentada. Por un instante, había llegado a creer que Erik... que él... regresaría...

Cediendo a un impulso, la joven alargó el brazo derecho y rozó con la punta de los dedos la corona de fuego blanco. Quizá esperando que aquel leve contacto extinguiese las llamas, arrancando así a Erik de su eterna inmovilidad. Sin embargo, lo que sucedió fue algo muy distinto: el fuego ascendió por su piel produciéndole un delicado cosquilleo, suave como una acaricia. Jana contempló maravillada su mano bañada en luz, y luego cerró los ojos. El cosquilleo seguía avanzando por su brazo,

acariciándole el hombro y luego el cuello. Y colándose, como un ladrón, en el interior de su boca, despertando en ella las enloquecedoras sensaciones del más largo y tierno de los besos.

Fue como si el tiempo, de pronto, hubiese dejado de existir. Todo lo que Jana deseaba era que aquella sensación cálida y maravillosa no la abandonase nunca.

En algún momento, sus párpados se abrieron, y se dio cuenta de que estaba inclinada sobre Erik, con sus labios unidos a los de él. Contuvo el aliento. Acababa de notar la respiración del muchacho, cálida, cercana. Se separó unos centímetros de él y contempló su rostro. Vio agitarse las rubias pestañas, como si estuviese a punto de abrir los ojos...

En ese instante, la visión se desvaneció tan bruscamente como había empezado. Volvía a encontrarse en el viejo palacio veneciano de Armand, y sus dedos se dejaban acariciar por la estática del moderno televisor encendido.

Temblorosa, Jana miró a su alrededor. A un metro y medio de distancia, Yadia la contemplaba con una sonrisa cínica y desagradable. Sus ojos destilaban desconfianza.

—¿Qué ha sido interesante? —preguntó.

En contraste con el dulce momento que acababa de vivir, la voz del cazarrecompensas le sonó a Jana como un graznido.

—¿Qué has visto tú? —le preguntó ella a su vez, esforzándose por dominar su turbación.

Yadia señaló la nieve multicolor de la pantalla.

—¿Qué he visto? A un mago de pacotilla fingiendo que resucitaba. Solo eso... Bueno, y a una chica preciosa que sonreía como si, de pronto, estuviese en el paraíso.

Jana asintió, ignorando el piropo.

—He estado en un lugar muy especial, es cierto. He tenido una visión muy poderosa. Todavía no lo entiendo... Dale otra vez al play, por favor. Quiero ver ese reflejo una vez más. No es posible que tenga tanto poder...

Con un suspiro de fastidio, Yadia hizo lo que Jana le pedía.

Por tercera vez, ambos contemplaron el comienzo del espectáculo de Armand. La sonrisa de telenovela del mago, sus rizos rubios y engominados hicieron que Jana apartase la vista, asqueada. Pero al oír el chisporroteo de las llamas sobre el traje del mago, miró de nuevo.

—Páralo. Para la imagen. Ahí...

Tras la imagen fija de Armand con su esmoquin de feria medio consumido por el fuego, Jana señaló el reflejo blanco que antes le había llamado la atención. Seguía en el mismo lugar, sobre el antiguo espejo veneciano. Casi imperceptible a primera vista, debido a su escaso tamaño... Y, sin embargo, ahora que la imagen se había detenido, incluso Yadia podía distinguir las complejas sombras que danzaban en su interior.



—Juraría que no estaba ahí la primera vez —murmuró el joven arrugando la frente—. Yo, por lo menos, no lo vi...

—Esa luz es la que me ha provocado la visión —dijo Jana en voz baja—. Y no es más que un reflejo... ¿Qué objeto puede ser tan poderoso como para que la grabación de un simple reflejo suyo logre transportar a una persona a un plano diferente de realidad?

Sus ojos se encontraron con los de Yadia, que parecían agrandados por la inquietud.

—Solo existe un tipo de objetos en el mundo capaz de algo así —repuso el joven cazarrecompensas con un brillo extraño en sus grandes ojos azules—. Y tú sabes cuáles son...

—Los libros de los Kuriles —musitó Jana—. Pero esos libros ya no existen.

—Claro que no existen. —Yadia alzó la voz y miró a su alrededor con aire astuto, como para conjurar una amenaza invisible—. Hace siglos que desaparecieron... Todo esto no es más que un truco absurdo. Argo se ha tomado muchas molestias para intentar tomarte el pelo.

En lugar de contestarle, Jana avanzó pensativa hacia la ventana. Yadia la observó forcejear un instante con el viejo cerrojo de hierro, hasta que finalmente consiguió abrirla.

Una bocanada de aire cargado de humedad refrescó el ambiente opresivo del mohoso salón. Con gesto resignado, Yadia apagó el televisor y fue a reunirse con la muchacha, que se había acodado sobre el alféizar y contemplaba distraídamente el ancho y sereno canal, que describía una majestuosa curva a su derecha, entre dos hileras de palacios en ruinas.

—Parece que estamos en la fachada elegante del edificio —comentó Jana al notar que se acercaba—. No conozco el nombre de este canal, pero seguro que tú sí. Por su anchura debe ser uno de los importantes...

—En serio, Jana. ¿No te habrás tragado nada de lo que acabamos de ver? Esa grabación no puede ser auténtica, y t· lo sabes.

—Pero la visión sí lo era. Y no era una visión cualquiera... Créeme, yo sé algo de eso.

Yadia resopló, como si todo aquello empezase a incomodarle.

—Oye, ya sé que tú has visto algo que yo no he visto, no hace falta me lo restriegues. Y puede que sepas muchísimo de visiones, no te lo discuto. Pero yo sé algo de engaños y de falsificaciones, y estoy seguro de que toda esta historia no es más que un fraude. Alguien se las ha arreglado para sugestionarte... Con el caos que ha sembrado ese amigo tuyo que iba de guardián y se quedó en el camino, incluso un humano habría podido hacerlo.

Jana apartó la vista del canal para fijarla en el rostro del cazarrecompensas.

—Vamos, Yadia —dijo con desgana—. No intentes convencerme de algo que ni tú mismo te crees. He tenido una visión de la Caverna Sagrada...

Observó que Yadia tragaba saliva.

—¿De... de la Caverna? —repitió, perplejo.

Jana chasqueó la lengua, enfadada consigo misma.

—No debería habértelo dicho —murmuró—. Ahora irás corriendo a contárselo a tus amigos... ¿Quién paga mejor, Harold o Eliat? Estoy segura de que Glauco no; siempre ha tenido la fama de avaricioso.

Yadia se echó a reír, como si todo aquello, de pronto, le pareciese sumamente divertido.

—La verdad es que podría sacarle bastante a Harold con esa información. Se supone que en esa caverna está su antiguo jefe, o lo que queda de él... ¿Has visto su esqueleto?

Un leve temblor estremeció los hombros de Jana.

—No quiero hablar de eso —murmuró, y luego alzó los ojos hacia el cazarrecompensas—. Escucha, si se trata de dinero, puedo darte tanto como cualquiera de ellos, o incluso más. Aunque para eso tendría que asegurarme de que vas a guardar el secreto. Y eso es algo que, francamente, me parece bastante dudoso...

—Haces bien en dudar. ¿Por qué iba a guardarte el secreto si puedo sacar más provecho vendiéndolo? Vender secretos ha sido una de mis principales fuentes de ingresos, ¿no lo sabías?

—Intento convencerte de que, en este caso, no te conviene vender —replicó Jana con impaciencia—. Después de todo, no sabes nada. Tú no has tenido la visión, solo me has observado mientras la tenía. ¿Cuánto crees que puede valer eso? Nadie querrá pagarte...

—Te subestimas. Cualquier información que tenga que ver contigo se venderá bien. Pero podemos llegar a un acuerdo, si quieres. Yo no cuento nada durante unos días... Claro que eso también tendría un precio.

Jana miró fijamente a Yadia. Lentamente, sus labios fueron dibujando una sonrisa llena de desdén.

—Tendré que pensar si me interesa o no —dijo—; aunque ya te adelanto que no me fío de ti.

—Por un poco más, puedo conseguirte información sobre el tal Armand —aseguró Yadia sin dejarse impresionar por el tono despectivo de Jana—. Tengo contactos entre los mercenarios áridos de la ciudad. Todavía quedan unos cuantos. Estoy seguro de que, si les enseño el vídeo, ellos me ayudarán a localizar a ese tipo. Y también al medu que le ha ayudado a preparar todo esto... porque es evidente que no lo ha hecho solo.

Jana se apartó de la ventana y, durante unos segundos, se quedó mirando la cámara montada frente al desvencijado escenario.

—Si me traes algo que valga la pena, te pagaré —dijo en tono cansado—. Es todo lo que puedo prometerte... Y también que te arrepentirás si hablas más de la cuenta sobre mí. No quiero que le cuentes a nadie sobre mi visión, al menos de momento. Si haces lo que te digo, encontraré la forma de recompensarte.

En los ojos de Yadia apareció un intenso brillo de curiosidad.

—¿Por qué le das tanta importancia? —quiso saber—. Al fin y al cabo, no es más que una visión. Creía que esas cosas no impresionaban a los agmar...

—No era una visión cualquiera. Algo muy poderoso la trajo hasta mí... Y no creo que sea buena idea jugar con ese algo. Sea lo que sea, me está buscando... Y si te cruzas en su camino, también irá a por ti.

## Capítulo 8

La noche fue una tortura para Jana. Durante horas estuvo dando vueltas en la cama, a ratos con los ojos cerrados, a ratos contemplando los reflejos cambiantes en el agua del canal que una farola proyectaba sobre el techo de su cuarto. La humedad de Venecia impregnaba las sábanas, produciéndole una desagradable sensación de frío. A lo lejos se oía el zumbido de un generador eléctrico, monótono e incesante. Así, resultaba imposible dormir...

Por dos veces había intentado hablar con Álex, y en ambas ocasiones le había saltado el contestador automático. Resultaba grotesco: hacía tres días que no sabía nada de él, y lo que más le irritaba era que Álex no había hecho el menor intento de ponerse en contacto con ella. La cobertura era mala en el viejo palacio, eso era cierto. Pero Nieve había hecho instalar una línea fija, y además estaba Internet... Si no daba señales de vida era, obviamente, porque no quería. O porque le había pasado algo; eso también era posible. Álex tenía muchos enemigos entre los medu desde la muerte de Erik. La mayoría no le perdonaba su decisión de liberar la magia que, hasta entonces, había sido patrimonio exclusivo de los siete clanes.

De todos modos, Jana estaba casi segura de que el silencio de Álex era voluntario. Hacía semanas que le notaba raro, distante. Era como si le estuviese ocultando algo, como si hubiese dejado de confiar en ella... ¿Por qué?

Una y otra vez, el hilo de sus pensamientos la conducía de nuevo hasta lo sucedido el día anterior, en la guarida mágica de aquel misterioso personaje llamado Armand. Estaba segura de haber dado con la pista de algo verdaderamente importante. Pero, por otro lado, no podía ignorar que aquella pista se la había ofrecido Argo, y que Argo la odiaba. Tal vez Yadia tuviese razón y aquel extraño vídeo que habían visto no fuese más que una grabación trucada. Sin embargo, la visión que le había provocado el diminuto reflejo captado en la imagen no había sido ningún truco. Y eso le hacía pensar que la escena de la muerte entre llamas y posterior resurrección de Armand podrían no ser falsificaciones tampoco...

Y luego estaba Erik. ¿Qué significaba lo que había sentido durante la visión, en la Caverna Sagrada? ¿Por qué lo había visto a él? Quizá formaba parte de la tela de araña en la que Argo intentaba envolverla. El viejo guardián había presenciado el sacrificio de Erik, y debía sospechar lo que el joven drakul había sentido hacia Jana. Quizá quería tentarla con un recuerdo de aquellos sentimientos, apartarla de Álex...

Pero no; no podía creer que todo lo que había experimentado durante la misión formase parte de la trampa. En algún momento, a través de un extraño mecanismo que no conseguía comprender; Jana estaba segura de haber entrado en contacto con el

verdadero Erik. El problema era que Erik estaba muerto... ¿Cómo era posible que un muerto le hubiese besado? A menos que la muerte de Erik no fuese más que apariencia... Pero, en tal caso, ¿significaba eso que podía hacerle regresar?

Agotada de hacerse una y otra vez las mismas preguntas, al final Jana terminó quedándose dormida. La claridad lechosa del alba se filtraba ya a través de la blanca muselina de los visillos. Justo antes de dormirse, había estado recordando cómo el fuego blanco de la Esencia de Poder la había acariciado al tocar la corona, atrayéndola suavemente hacia Erik. Nadie la había besado jamás de aquella forma. Un beso helado, hecho de nieve y de distancia. Muy distinto de los besos de Álex, que a menudo le hacían perder la cabeza...

Se despertó bañada en sudor, con la luz del sol cayendo a plomo sobre su rostro a través de las cortinas entreabiertas. Debía de haber dormido muchas horas. Aquella habitación no se inundaba de luz hasta las doce o doce y media del mediodía...

La ducha consiguió devolverle una parte de su aplomo habitual, aunque no todo. El recuerdo de Erik la perseguía con su incompresible dulzura. ¿Cómo era posible que no lograra apartarlo de su mente? Mientras no se desembarazase de él, no conseguiría pensar con claridad.

Cuando entró en la cocina, ya vestida y calzada con sus botines recién estrenados, lo primero que hizo fue echarle un vistazo al reloj de la pared. Las dos y media... Corvino, que estaba removiendo con una cuchara de madera una salsa que olía a tomate y a setas, se volvió sonriente al oírla entrar.

—¿Por qué me habéis dejado dormir tanto? Quería acompañar a Nieve a la entrevista con Glauco.

—Yo también te deseo buenos días, Jana —contestó el muchacho, echándose hacia atrás un mechón de pelo oscuro que le caía sobre la frente.

—Perdona, buenos días —se disculpó Jana, esbozando una mueca de impaciencia—. ¿Qué ha pasado con Argo? ¿Ya ha regresado Nieve?

—Ya ha vuelto, sí; y lo ha traído. —La sonrisa de Corvino parecía más relajada que en los últimos días, y sus ojos oscuros reflejaban alivio—. Parece que no ha habido ningún problema. Glauco ha cumplido su palabra.

Jana abrió la nevera, sacó un brick de leche y se lo llevó directamente a los labios, mientras Corvino sacaba de un armario un colador para la pasta y lo colocaba sobre el fregadero.

Dejando la leche sobre la mesa, Jana se sentó en una silla y se arropó en su fina chaqueta de punto gris, a pesar de que no hacía demasiado frío. Con cierto interés, siguió los movimientos de Corvino mientras este añadía sal y pimienta a la salsa y removía los tagliatelle.

Resultaba curioso ver al antiguo guardián de los sentidos vestido con una sencilla camiseta negra y unos vaqueros, preparando la comida como si se tratase de una

persona normal. Se había cortado el pelo siguiendo las últimas tendencias, lo que le daba un aspecto singularmente juvenil. En realidad, no aparentaba más de diecisiete o dieciocho años.

—Quiero hablar con Argo —dijo Jana, rompiendo el silencio—. Supongo que me daréis permiso para verlo, ¿no? A fin de cuentas, os he ayudado en esto...

Corvino se volvió a mirarla con la cuchara de madera en la mano.

Yo, en principio, no tengo ningún inconveniente en que lo veas. Pero tampoco le obligaré a recibirte si no quiere hacerlo... Además, tengo entendido que ya te entrevistaste con él ayer.

—Entonces, ¿no es vuestro prisionero? —Jana arqueó las cejas, ignorando el último comentario de Corvino y quedándose con la parte que le interesaba—. ¿Vais a dejarle que haga lo que le parezca?

Corvino frunció el ceño.

—Sabes perfectamente que no. Está encerrado, y bajo ningún concepto le permitiremos salir del palacio. Se ha convertido en un peligro para sí mismo y para los demás. Pero eso no significa que vayamos a tratarlo como a un enemigo.

—¿No lo es? —Jana sonrió con desdén—. Vamos, Corvino, no me tomes el pelo...

Corvino suspiró y volvió a sus tagliatelle, dándole la espalda a la muchacha.

—Tú no puedes entenderlo —dijo. Su voz sonó extraña, desacostumbradamente grave—. No puedes imaginarte siquiera lo que es convivir con alguien durante siglos. Hubo un tiempo en el que Argo fue mi amigo... ¿Cómo quieres que lo olvide? Mientras esté bajo mi protección y la de Nieve, haremos lo posible porque su vida le sea llevadera.

—¿Y qué pasa con Heru? —preguntó Jana con malicia—. Te has olvidado de nombrarlo.

Corvino apartó del fuego la olla de la pasta y comenzó a verter el agua cuidadosamente a través del colador.

—Creía que Nieve te lo había contado —murmuró—. Heru se ha ido a nuestro antiguo refugio. Las cosas no están siendo fáciles para él... Necesitaba estar solo.

—Quizá no le haya parecido bien vuestro acuerdo con Glauco —aventuró Jana.

—Quizá. —Corvino regresó lentamente a su salsa, y comenzó a removerla de nuevo con la cuchara de madera—. Pero no es solo eso, es todo lo demás... Nosotros éramos inmortales, Jana. Es comprensible que el cambio le haya afectado. Nunca pensamos que... que volveríamos a ser como el resto de la gente.

—Bueno tú parece haberte adaptado bastante bien.

Corvino se volvió a mirarla un momento. Luego estiró el brazo hacia el salero y añadió una pizca de sal a la salsa.

—Mi caso es diferente —dijo.

Jana se preguntó qué habría querido decir con eso. Aunque, en cierto modo, creía saberlo.

—Claro —murmuró—. Tú tienes a Nieve.

Notó que Corvino se envaraba. La mano que sostenía la cuchara de madera quedó inmóvil en el aire.

—Nadie puede tener a Nieve —fue su enigmática respuesta.

Luego se volvió y sus ojos se encontraron con los de Jana, serenos e inescrutables.

—Pero es cierto que todo me resultaría mucho más difícil sin ella —añadió—. Incluso estando a su lado no resulta fácil.

Jana asintió, reprimiendo una sonrisa. Nunca dejaba de sorprenderle la ingenuidad de los guardianes. Tanto nieve como Corvino se comportaban, a veces, como críos, sobre todo cuando alguien intentaba sondear sus sentimientos. Parecía increíble que, a lo largo de sus numerosos siglos de existencia, no hubiesen aprendido a enfrentarse con algo tan sencillo como el deseo... o el amor. Quizá habían vivido tan alejados de su propia humanidad que al final habían terminado por olvidar lo que sentían los seres humanos normales y corrientes. Solo ahora, después de perder la magia que los hacía inmortales, volvían a experimentar las mismas sensaciones que los demás. Y todo resultaba tan nuevo que les asustaba.

—Ella también te necesita, ¿sabes? —dijo Jana. Acercándose a Corvino, le arrebató la cuchara de madera para probar la salsa de la pasta—. Hmmmm, está riquísima. Tienes una buena mano para la cocina.

Le pareció que las morenas mejillas de Corvino se teñían de un leve rubor... Una reacción que no tenía que ver con el cumplido que acababan de recibir sus dotes culinarias.

—Si quieres ver a Argo, no tienes más que subir a su cuarto —dijo el joven, rehuendo su escrutadora mirada para clavar los ojos en la sartén humeante—. Es la puerta del fondo, pide permiso antes de entrar. Y, si no quiere verte... no insistas. Le queda muy poco tiempo, y lo menos que podemos hacer es permitirle que lo emplee como él quiera... Siempre, claro está, que no ponga en peligro a los demás.

—Argo, soy Jana. ¿Puedo hablar contigo?

Ante la puerta cerrada, Jana esperó lo que le pareció una eternidad a que el guardián dejase oír la respuesta.

—Entra —dijo por fin una voz desgastada al otro lado de la puerta—. Bienvenida a mi humilde...

Una cascada de toses interrumpió el irónico saludo del guardián.

Para entonces, Jana ya se encontraba dentro de la habitación, y contemplaba boquiabierta el suntuoso mobiliario y las paredes cubiertas de cuadros y estanterías.

Aquello era lo menos parecido a una celda que ella hubiera podido imaginar... Más que un dormitorio, se trataba de un amplio salón-biblioteca con amplios balcones sobre el Gran Canal y una impresionante variedad de antigüedades y objetos curiosos distribuidos en mesas y vitrinas. Un verdadero museo, pero sin la impersonal frialdad de esa clase de lugares. Se notaba que alguien había preparado la estancia pensando en la comodidad de su ocupante, sin descuidar ningún detalle. Nieve y Corvino nunca dejaban de sorprenderla.

—No te dejes engañar por las apariencias —gruñó Argo, levantándose con esfuerzo de un sillón de cuero—. Es una prisión, por mucho que intenten disfrazarlo. Se me permite moverme libremente por el palacio, pero no abandonarlo. Y no puedo recibir visitas sin su consentimiento. Supongo que les habrás pedido permiso...

—Corvino me lo dio. —Jana dio un par de pasos hacia el guardián y se detuvo, indecisa. Bajo la intensa luz del mediodía, su rostro parecía más viejo y demacrado que en la oscura celda de los varuf. Había algo repulsivo en aquella alteración de sus rasgos, antaño delicados y aristocráticos: sus arrugas, la flaccidez de la piel y las hinchadas bolsas que rodeaban sus ojos tenían cierto aire caricaturesco, como un exagerado maquillaje para simular los efectos de la vejez sobre unas facciones todavía jóvenes.

Sin embargo, era evidente que no se traba de maquillaje, sino de una transformación real. El hecho de que Argo pareciera exhibir con orgullo su decrepitud no hacía sino acentuar la sensación de repugnancia que provocaba.

La claridad de la estancia también daba un aspecto diferente a las dañadas alas del guardián. Jana observó que, entre las plumas negras y polvorientas, destacaban decenas de esferas poco más grande que una canica, negras. Todas tenían un brillo extraño, grasiento... como si estuvieran recubiertas de hollín.

—He venido a preguntarte por el vídeo —dijo Jana, decidida a ir directamente al grano—. Tú me hiciste ir allí para ver esa ridícula grabación...

Argo regresó a su sillón y se dejó caer en él, haciendo un gesto de dolor al apoyarse en el respaldo.

—No debió parecerle tan ridícula cuando has juzgado necesario venir a preguntarme por ella —repuso en tono sarcástico.

—Sabes perfectamente que allí había algo más. Supongo que eras consciente de que lo descubriría. Las sombras en el reflejo. Me provocaron una visión, una visión muy poderosa.

—¿En serio? —Argo parecía realmente interesado—. ¿Qué fue lo que viste?

—Eso no te importa —replicó Jana, arrugando la frente—. Lo único que necesitas saber es que era algo que nunca habría podido ver por mí misma... ¿Entiendes lo que quiero decir?

Argo la miró con curiosidad.



—Los agmar tienen un gran dominio de las visiones —murmuró, como si hablase consigo mismo—. Y ella es una de las más hábiles dentro de su clan. Tiene que haber sido algo realmente impactante. Quizá un lugar fuera del tiempo y del espacio...

—No lo habría podido ver sin ese reflejo captado en la grabación —insistía Jana sin dejarse impresionar por la afectada reflexión de Argo—. Dime de dónde provenía ese reflejo... Si me has guiado hasta él, tiene que ser por algo.

Argo ladeó la cabeza y esbozó una torcida sonrisa.

—¿Tú qué crees que era? —preguntó—. Vamos, no puedes convencerme de que sea franco contigo si tú te niegas a serlo conmigo... En serio ¿cuál es tu teoría?

Jana vacilo un momento antes de contestar.

—Estoy casi segura de que lo que vi era una anticipación del futuro —dijo finalmente—. Y eso me ha hecho pensar en los antiguos libros de los Kuriles... Son los únicos objetos mágicos capaces de revelar distintos futuros posibles.

—Chica lista —aprobó Argo—. Pero te olvidas de un pequeño detalle: los libros Kuriles ya no existen. Drakul ordenó que no quedase ni uno sobre la faz de la Tierra.

Jana hizo un gesto de impaciencia.

—Vamos, Argo; no juegues conmigo. Tú sabías que llegaría a esa conclusión. Querías que llegase a ella. Ahora necesito saber por qué... ¿Quién tiene ese libro? ¿Tú?

Argo lanzó una carcajada que más bien sonó como un graznido.

—Si lo tuviera, ¿crees que me habría dejado atrapar como un idiota por esos repugnantes varulf? No, Jana no lo tengo. Pero creo que sé quien lo tiene, y puedo ayudarte a encontrarlo... A cambio, claro está, de que me saques de aquí.

Jana sonrió escéptica.

—¿De verdad has pensado en algún momento que voy a caer en una trampa tan burda? —preguntó irritada—. Siempre nos has subestimado, a mí y a los míos... Si ese libro existe, cosa que dudo, y si supieses cómo llegar hasta él lo último que harías sería compartir esa información conmigo.

Argo arqueó las cejas, fingiéndose ofendido.

—Evidentemente, eres tú quien me subestima. ¿Crees que el odio me ciega tanto como para no aprovechar una buena oportunidad cuando la tengo delante? Tú no me inspiras ninguna simpatía, no voy a negarlo. Y, si las circunstancias fueran otras, quizá no dudaría en hacerte todo el daño que pudiera. Pero las circunstancias son las que son. Me queda muy poco tiempo de vida, y estoy encerrado. Solo hay un objeto en el mundo que puede salvarme. Y la única persona que puede ayudarme a conseguirlo es una de mis enemigas. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Qué harías tú?

—Yo soy una persona bastante práctica —repuso Jana en tono mordaz—. No creo que sea tu caso...

Aquella réplica hizo sonreír de nuevo a Argo.

—La verdad es que debo admirar tu sinceridad. No es algo muy corriente por aquí. Tienes razón, no he sido muy pragmático en el pasado. Pero ahora no me queda otra alternativa. Es eso, o morir. Tú sabes lo que llegué a arriesgar para obtener la inmortalidad. No debe sorprenderte tanto que esté dispuesto a cualquier cosa con tal de recuperarla.

—Eso es lo que me sorprende. Lo que me sorprende es que hayas decidido recurrir a mí. Sabes perfectamente que ya no tengo los poderes que tenía antes. Nadie los tiene. Bueno, excepto los humanos, claro. Ellos son los únicos que han mejorado... y parece que tú conoces a uno especialmente dotado para la magia. Ese tal Armand... ¿Por qué no le pides ayuda a él?

Argo medito un instante su respuesta.

—Armand te ha parecido un buen mago, ¿verdad? Sin embargo lo que has visto en ese vídeo no lo hizo él, en realidad.

—Nadie puede regresar de la muerte, ni siquiera el mejor de los magos. Era un truco.

—No es cierto, y tú lo sabes. Lo que viste era real. Pero no fue el poder de Armand el que lo provocó... Fue el poder del libro.

Jana miró con fijeza al guardián.

—¿Puedo sentarme? —preguntó, señalando una butaca veneciana situada muy cerca del sillón que ocupaba Argo.

El anciano asintió con un gesto, y Jana se dejó caer sobre la lujosa tapicería de flores bordadas. Cruzó las piernas, se apoyó con un suspiro en el respaldo de la butaca y sus ojos se volvieron a encontrarse con los del guardián, que reflejaban cierta impaciencia.

—Ni siquiera un libro kuril podría hacer resucitar a un hombre —dijo en tono cansado— ¿De verdad pensaste que iba a morder el anzuelo? Se mucho más sobre esos libros que tú...

—No te estoy hablando de un libro kuril como los demás. —Argo se había echado hacia delante en el sillón, como si necesitase sentirse más cerca de ella—. Te estoy hablando del primero de todos; del Libro de la Creación. Los Kuriles no lo escribieron; el libro ya existía desde mucho antes de que ellos apareciesen sobre la faz de la Tierra. Hay quien dice que los símbolos escritos en él dieron forma a este mundo... Los Kuriles utilizaron sus visiones para realizar una copia.

Jana miró al guardián con los ojos muy abiertos.

—¿Pretendes hacerme creer que lo que yo he visto en ese vídeo era un reflejo del Libro de la Creación? Estás loco...

—No exactamente del libro, sino de su copia. La que hicieron los Kuriles... Imagínate: solo es una réplica, pero tiene el poder suficiente para volver a organizar el cuerpo de un hombre a partir de las cenizas. ¿Te imaginas que podría hacer el

original?

Jana tardó unos segundos en responder.

—Nunca he oído hablar de la existencia de ese libro. Mis padres me habrían contado algo sobre él, si realmente hubiese una pizca de verdad en la historia.

—Por lo que ha llegado a mis oídos, tu madre te ocultó muchas cosas —replicó Argo con una maligna sonrisa—. No debería sorprenderte una más. El Libro de la Creación es casi un tabú para los clanes medu. Ni si quieren se atreven a nombrarlo. ¿Y sabes una cosa? Creo que hacen bien.

—Entonces, ¿por qué me lo cuentas? Quizá no me convenga saberlo...

—Quizá no —admitió Argo—. Pero eres lo bastante insensata como para emprender su búsqueda, aunque no te convenga. ¿Crees que no te conozco, que no he seguido tus pasos, aunque fuera de lejos? Estabas dispuesta a cualquier cosa con tal de arrebatarnos el poder a los drakul. A cualquier cosa...

—Eso fue hace tiempo —murmuró Jana con voz apagada—. Y no tiene sentido recordarlo. Erik está muerto... Ya no hay ninguna guerra que ganar.

Sin dejar de mirarla, Argo se echó hacia atrás pesadamente en su sillón. Un gemido brotó de su garganta cuando sus alas quedaron aprisionadas contra el respaldo.

—Puede que las circunstancias hayan cambiado, pero la gente no cambia de la noche a la mañana. Sigues siendo una chiquilla ambiciosa, que contempla frustrada como su clan navega a la deriva en medio de este absurdo mundo que Álex ha creado al liberar la magia de la Caverna. Si pudieras elegir, estoy seguro de que no dejarías las cosas como están. Harías algo por los tuyos; les devolverías parte de lo que han perdido. No solo a los agmar, quizá también al resto de los medu.

Argo se interrumpió al observar la turbación que reflejaba el rostro de la muchacha. Durante unos segundos espío satisfecho el efecto provocado por sus palabras.

—Reconoce al menos que, si ese libro existe, no te gustaría que cayese en otras manos que no fuesen las tuyas.

Jana se levantó con brusquedad y, dándole la espalda a Argo, caminó hacia una vitrina llena de abanicos, polveras y otros objetos del siglo XVIII. Intentó concentrarse en aquellos objetos para tranquilizarse.

—¿Qué me propones? —preguntó al fin, con los ojos fijos en una cajita de rapé esmaltada—. Porque supongo que quieres proponerme algo...

—Sácame de aquí. —Por primera vez, la voz de Argo sonaba genuinamente angustiada—. Me queda poco tiempo, y lo único que puede salvarme es el libro. Yo sé dónde encontrarlo, pero para eso necesito salir de aquí, y solo tú puedes ayudarme. Libérame, y yo te llevaré hasta él. Usaré el libro para recobrar la inmortalidad, y después... Me da igual lo que hagas con él; puedes quedártelo.

Jana apartó la mirada de la vitrina y la clavó una vez más en su antiguo enemigo.

—No te creo —dijo, desafiante—. Esa historia del libro no puede ser verdadera. Solo es un burdo truco para que te ayude a escapar...

—¿No puede ser verdadera? —repitió Argo, burlón—. Resultaría demasiado inquietante que lo fuera, ¿verdad? Lo entiendo; hace falta mucho valor para enfrentarse a una revelación así. Tal vez me equivoqué al pensar que lo tenías.

—No intentes manipularme hiriendo mi orgullo. No soy una cría; no voy a caer en esa trampa.

Los ojos de Argo se endurecieron. La resistencia de la muchacha estaba acabando con su paciencia, aunque se esforzaba por disimularlo.

—Está bien —dijo ásperamente—. Quiere hechos, no palabras. Tú lo has querido, te daré hechos... Espera.

Retorciéndose sobre el sillón de cuero, se llevó la mano derecha al hombro izquierdo, asió un manajo de plumas carbonizadas de una de sus alas y, con un chasquido, arrancó de entre ellas una grasienta esfera negra. Luego, alargando un brazo tembloroso, se lo tendió a Jana.

La muchacha sintió deseos de vomitar al comprender lo que era: recordaba perfectamente los bellísimos ojos dorados que cubrían las alas de Argo cuando este se presentó en la Caverna. Ojos vivos, que podían ver: aquella canica chamuscada era todo lo que quedaba de uno de ellos...

La mano de Jana también temblaba cuando recogió el repugnante objeto.

—¿Para qué...?

—Debes tragártelo. Esta noche, cuando estés sola en tu habitación. Tendrás una visión que te convencerá de que digo la verdad. Responderá a todas tus preguntas.

Jana miró la esfera con aprensión.

—¿Y cómo sé que no me estás engañando? Podrías... podrías estar tratando de envenenarme...

Argo la fulminó con la mirada.

—Si quisiera envenenarte, lo habría hecho hace mucho tiempo. ¿Es que no ves de qué se trata? Límpialo, maldita sea...

Jana frotó con los dedos el pequeño objeto. El hollín que lo recubría quedó adherido a su piel, dejando al descubierto la superficie nacarada y blanda que había debajo. Siguió retirando la mugre, absorta, hasta que en medio de la esfera blanca apareció un círculo semitransparente de color azul dorado. Con un alfiler de oscuridad en medio...

Su sobresalto fue tal que estuvo a punto de dejar caer el ojo al suelo.

—Esta noche —repitió el guardián en tono cansado—. Debes tragártelo... Solo así sabrás si estoy diciendo la verdad. Y ahora déjame, estoy cansado. Estoy tan cansado que en este momento no me importaría morir.

## Capítulo 9

De regreso en la cocina del palacio, Jana encontró a Corvino y a Nieve sentados en la mesa, esperándola para servirse. Sobre el mantel de cuadros, una fuente de porcelana contenía los tagliatelle con salsa de setas que Corvino había estado cocinando, todavía humeantes.

Jana se apresuró a ocupar su asiento, mientras Corvino repartía la pasta entre los tres platos decorados con festones de olivas negras. Le sorprendió lo hambrientos que parecían sus dos compañeros, así como el aspecto alegre y relajado de sus caras.

Intentó emular su apetito, pero el recuerdo de la esfera gelatinosa que acababa de dejar en la mesilla de noche había conseguido quitarle el hambre. Aun así, comió todo lo que pudo. No quería que Corvino y Nieve notasen su malestar y empezasen hacer preguntas.

Por fortuna, durante la primera parte del almuerzo Nieve llevó todo el peso de la conversación.

—Ese Glauco es un idiota —dijo, limpiándose delicadamente los restos de la salsa que le manchaban las comisuras de los labios con una servilleta de papel—. Todavía no entiendo por qué me tuvo esperando hora y cuarto en su encantadora compañía antes de entregarme a Argo.

—Querría ligar —bromeó Corvino—. Apuesto a que le gustas...

—Sí. Se nota a la legua lo mucho que le gusto. ¿Qué demonios les pasa a esos varulf? Cada vez que me acerco a uno de ellos, pone caro de asco. Sé que odian a los guardianes, pero al menos podrían disimular un poco...

—Es tu olor —dijo Jana—. Los varulf tienen el sentido del olfato muy desarrollado. Hace siglos que aprendieron a reconocer la proximidad de un guardián por su olor particular... Supongo que siguen percibiéndote como una amenaza.

Corvino se echó a reír.

—Ya lo sabes Nieve. Apestanos. Para Glauco debió de suponer toda una tortura estar contigo todo ese tiempo.

—En realidad, no estaba solo —explicó Nieve—. Harold no se apartó de él ni un segundo, y parecía vigilar cada palabra que decía el otro. Cuando Glauco empezó a presumir acerca de su jet privado, Harold se puso pálido de ira, y se apresuró a cambiar de conversación. Todavía no entiendo por qué...

—Yo sí —dijo Jana—. El clan de los varulf siempre ha sido el más pobre de los clanes medu. El hecho de que Glauco vaya por ahí en un jet privado da mucho que pensar. Su clan no podría financiarle esos caprichos.

—¿Ah no? —Nieve parecía sorprendida—. Pero, entonces, ¿quién...?

Corvino suspiró.

—Nosotros —repuso, mientras enrollaba media docena de tagliatelle sobre su tenedor—. Con todo el dinero que le hemos dado a cambio de Argo, pueden permitirse unos cuantos caprichos...

—Un jet privado, no —le contradijo Nieve—. Jana, ¿tú qué piensas?

—Pienso que ha sido Harold. Los drakul están financiando a los varulf, y también, seguramente, a los íridos. Si no, ¿qué pinta su jefe, Eliat, aquí en Venecia? Deben haber formado una especie de alianza... Aunque no tengo ni idea de con qué fin.

Corvino terminó de masticar la porción de pasta que tenía en la boca antes de expresar su opinión.

—Probablemente, quieren romper el tratado de paz entre los medu y los guardianes —apuntó—. A Harold nunca le ha gustado, y a Glauco todavía menos. Solo firmaron porque los pindar y los albos se pusieron de tu parte, Jana, y apoyaron el pacto. Pero ahora que saben que Argo está enfermo y que Heru nos ha abandonado, deben de estar replanteándose las cosas. Solo quedamos Nieve y yo... Y tienen muchas cuentas pendientes con nosotros.

Jana removía distraídamente la pasta de su plato mientras escuchaba la hipótesis de Corvino.

—Estoy casi segura de que te equivocas —dijo cuando el guardián terminó de hablar—. No digo que Harold y Glauco no tengan ganas de romper el pacto, pero no creo que esa sea ahora mismo su prioridad. Vosotros no sois el enemigo: soy yo. Quiero decir, mi clan.... Los drakul no pueden perdonarme lo que le sucedió a Erik. Sienten que lo han perdido todo por mi culpa, y antes o después buscarán la forma de vengarse.

—No sé; Harold No me parece ningún loco —reflexionó Nieve—. Al menos, hasta ahora nunca se ha comportado como tal. Quizá lo único que quieran los drakul es comprar ciertas alianzas para ir recuperando poco a poco su influencia. Habrá que estar atentos... Pero, sinceramente, no creo que tengamos motivos serios para preocuparnos, al menos por ahora.

—Un problema menos, entonces —concluyó Corvino, sirviéndose un poco más de pasta de la fuente—. Ojalá todos pudiesen despacharse así.

Jana observó la mirada de preocupación que intercambiaban los dos guardianes.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Nieve se volvió hacia ella. Tenía el ceño levemente fruncido.

—Argo —contestó a bocajarro—. Eso es lo que ocurre. Tenerlo aquí va a ser un problema, y todos lo sabemos. Además, está claro que se trae algo entre manos... ¿Cuándo vas a contarnos lo que te dijo, Jana?

La muchacha no se esperaba un ataque tan directo.

—No... no puedo contaros nada —contestó, incómoda—. Me obligó a jurar mediante la fórmula de los agmar que no revelaría su secreto... Y un juramento medu no puede quebrantarse.

Nieve se apartó con energía un tirabuzón rubio que le caía sobre la frente.

—Estupendo —dijo, visiblemente descontenta—. Ahora resulta que no confías en nosotros. En serio, Jana; no sé si te das cuenta de lo peligroso que puede ser Argo. Él solo pretende utilizarte, nada más.

—¿Crees que no lo sé? —Jana arrojó la servilleta sobre la mesa, irritada—. No soy una imbécil, se perfectamente que Argo intenta tenderme una trampa. Pero un juramento es un juramento... Y eso es algo que vosotros dos deberíais entender.

—No te pongas así, Jana; lo entendemos —murmuró Corvino, poniendo una mano sobre la muñeca izquierda de la chica—. Estamos preocupados por ti, eso es todo.

Jana deslizó la mano por debajo de la de Corvino para rehuir su contacto. Estaba demasiado nerviosa para apreciar aquel gesto de amistad.

—No tenéis por qué preocuparos —dijo—. Sé cuidar de mí misma. Llevo haciéndolo desde muchos años...

—No tantos como nosotros —observó Nieve jocosamente.

Jana la miró con los ojos entrecerrados. No estaba de humor para bromas.

—Decís que no confío en vosotros, pero sois vosotros los que no confiáis en mí —murmuró—. Lo que os preocupa no es que yo pueda correr peligro, sino que os ponga en peligro a vosotros... y quizá también a los demás.

Nieve y Corvino se miraron de nuevo.

—Vamos, Jana —dijo este último con suavidad—. Eso es injusto, y tú lo sabes.

Jana escrutó el rostro sereno y apuesto de su interlocutor durante unos instantes. Los rasgos de la muchacha ya no reflejaban irritación, sino una mezcla de turbación y ansiedad.

—Si lo que dices es verdad, demuéstremelo —dijo—. Demostrádmelo los dos... No puedo contaros lo que me ha dicho Argo, pero si me cedéis su custodia durante unos días, prometo compartir con vosotros lo que averigüe. Necesito investigar un poco por mi cuenta. No tenéis que preocuparos por él, yo sabré manejarlo... Si se convence de que le sigo el juego, al final conseguiré averiguar lo que trama. Una semana: eso es todo lo que os pido. Demostradme me confiáis en mí. —Un silencio sepulcral acogió las últimas palabras de Jana. El buen humor había desaparecido de golpe del rostro de Nieve, y los rasgos de Corvino parecían de golpe rígidos, acartonados, como si estuviese realizando un gran esfuerzo para no dejar traslucir sus sentimientos.

—Bueno, supongo que esa es vuestra respuesta —musitó Jana, desalentada—. Debería habérmelo imaginado.

Hizo ademán de levantarse de la mesa, pero Nieve la detuvo cogiéndola de la mano.

—Espera, Jana. Intenta comprendernos. Sería una irresponsabilidad por nuestra parte cederte la custodia de Argo. Si algo te ocurriera, no nos lo perdonaríamos...

—Tú no lo conoces como nosotros —dijo Corvino—. Lo estás subestimando. Crees que puedes manejarlo porque está enfermo y desesperado. No te das cuenta de que eso lo vuelve todavía más peligroso.

—Cuatro días. —Jana se puso de pie y miró suplicante a Nieve—. Tres... Dejad que me lo lleve y averigüe que se trae entre manos.

—Cuéntanos lo que te ha dicho, y decidiremos si es conveniente con firmeza.

Su respuesta, en la práctica, equivalía a una negativa. Ella sabía que Jana no quebrantaría su juramento.

Jana le dirigió una mirada llena de rencor.

—Creía que éramos amigas —dijo—. He venido aquí porque me necesitabais para cerrar el trato con Glauco. Te recuerdo que, si yo no hubiese accedido a entrevistarme con Argo, él seguiría ahora en una mazmorra varulf.

—Una razón más para desconfiar —replicó Corvino sin perder la calma—. Seguramente los varulf habrán llegado a algún acuerdo con Argo que te incluye a ti. Si no nos cuentas lo que sabes, no podemos ayudarte...

Nieve había retirado la mano que sujetaba a Jana. Aparentemente, había renunciado a retenerla.

—De acuerdo —dijo la joven agmar, levantándose con brusquedad—. Si no queréis ayudarme me las arreglaré sola. Al fin y al cabo, estoy acostumbrada... Espero que no tengáis que arrepentiros de la decisión que acabáis de tomar.

Una vez en su habitación, Jana se quitó un zapato con el otro, y a continuación se sacó el segundo de una patada. Tuvo que hacer un esfuerzo para desenfundarse los ajustados vaqueros, y eso no hizo sino aumentar su mal humor. Arrojando los pantalones a una silla, abrió de golpe el armario y se quedó mirando las escasas prendas que colgaban de las perchas. En diez segundos se decidió por un vestido negro con diminutos lunares rojos que siempre le habían parecido gotas de sangre. Delante del espejo, se lo puso. Luego, observó con expresión crítica su reflejo, salpicado de resplandores del canal. Le sentaba bien...

Quería tener el mejor aspecto posible cuando hablase con Álex. No deseaba que él notase lo mal que se sentía, ni cuánto le estaba afectando su ausencia. Intentaría que su voz sonase neutra, ni demasiado cálida ni demasiado irritada. No pensaba darle el gusto de demostrarle lo preocupada que había estado por él... Aunque Álex era tan distraído para esa clase de cosas que probablemente ni siquiera se daría cuenta.



Encendió el ordenador y esperó impaciente a que el sistema operativo se pusiese en marcha. Esta vez, tenía que contestar. Necesitaba hablar con él, contarle lo que estaba pasando. Bueno, no todo... El juramento que le había hecho a Argo le impedía contar lo que le había revelado el anciano, y eso incluía también a Álex. Pero, aunque no llegase a explicárselo todo, podría decirle suficiente para que él entendiese que se hallaba de una pista importante. Álex conocía bien a Nieve y Corvino, había convivido con ellos durante meses. Si hablaba con los guardianes, si intercedía a su favor, tal vez lograrse que le cediesen la custodia de Argo. Era la única forma de averiguar, de una vez por todas, que pretendía el anciano.

Le bastó echar un vistazo al programa de videoconferencias para comprobar que Álex se encontraba desconectado. Eso no la desanimó: le llamaría por teléfono y le pediría que encendiese el ordenador: Quería hablar con él cara a cara, ver su expresión cuando ella le preguntase qué había estado haciendo y cuándo pensaba dar señales de vida.

Marcó rápidamente su número. El contestador saltó casi de inmediato: usuario ocupado. Álex estaba hablando con otra persona... ¿Con quién?

Con la boca seca y una angustiada opresión en el pecho, como si su cuerpo se hubiese olvidado de pronto de respirar, Jana regresó a la pantalla del ordenador. Había una conexión fallida de David, apenas una hora antes. Le había dejado un mensaje en el chat: «Llámame lo antes que puedas. Me ha pasado algo muy raro.»

Jana releyó varias veces las dos escuetas frases. David era la persona más independiente que conocía: si había sentido el impulso de hablar con ella, debía de tener un buen motivo...

Aparcando momentáneamente su rencor hacia Álex, colocó el cursor sobre el nombre de su hermano en la lista de contactos y pulsó el botón de llamada.

No tuvo que esperar mucho. Primero vio su propia imagen esperando con gesto sombrío su respuesta, y luego apareció, en un recuadro más pequeño, el rostro pálido e inquietante de David. En un par de segundos, el recuadro pequeño ocupó toda la pantalla. David llevaba un jersey oscuro de cuello alto, como si tuviese frío. Probablemente habría olvidado encender la calefacción. No solía prestar demasiada atención a sus necesidades materiales. Cuando ella no estaba, era capaz de pasarse un día entero sin comer otra cosa que batidos de chocolate y bolsas de patatas fritas.

Los ojos verdes de David se iluminaron al ver a su hermana.

—Vaya, Jana, estás guapísima. La vieja Europa te sienta bien...

—Tú en cambio estás hecho un asco. En serio, necesitas pasarte el peine.

David sonrió con aire complacido.

—Siempre ejerciendo de hermana mayor. Creí que nunca llegaría a decir esto, pero lo echaba de menos.

Aquello logró arrancar una leve sonrisa de Jana.

—Estaba comiendo cuando llamaste —explicó—. Con Nieve y Corvino.

—Debe ser fascinante pasar las vacaciones con esos dos. Cuando lo piensas bien, ¿no lo encuentras surrealista?

La sonrisa se borro del rostro de Jana tan rápidamente como había aparecido.

—No he venido de vacaciones —le recordó su hermana—. El traslado de Argo ha sido hoy... Me rogaron que viniera, por si lo has olvidado.

David ladeó la cabeza.

—Vamos, no te mosquees. Por lo menos espero que haya merecido la pena. ¿Qué quería contarte ese tipo?

—¿Argo? No puedo decírtelo. Me hizo jurar bajo la fórmula agmar que no hablaría con nadie del tema.

—No debiste jurarlo —dijo David, frunciendo el entrecejo—. El habría hablado de todas formas. Demostró tener mucho interés...

—No podía arriesgarme. Le queda poco tiempo de vida, David, y un retraso podría significar..., ya sabes, no volver a verlo. Pensé que era mejor no poner obstáculos... y creo que no me equivoqué.

—Entonces, ha merecido la pena.

—Todavía no estoy segura. Pero, si hay algo de verdad en lo que Argo me ha contado, podrían cambiar muchas cosas...

Se interrumpió al ver que David levantaba su mano derecha para que ella la viera.

—¿También esto? —preguntó en voz baja.

Jana miró fijamente aquella mano oculta bajo un guante negro. En realidad, no sabía cuál era el aspecto, y prefería no saberlo. David jamás de quitaba el guante en su presencia. Pero notaba la rigidez de la muñeca, los dedos acartonados, como muñones sin vida.

La mano derecha de David, la que él usaba para dibujar, había quedado horriblemente dañada durante su combate con Heru en la Caverna Sagrada. Desde entonces, no había vuelto a ser capaz de dibujar nada. Él, que vivía para sus tatuajes, se había visto obligado a renunciar a su arte. Era tan injusto, tan cruel, que Jana intentaba pensar en ello lo menos posible.

David, por su parte, jamás se quejaba de su desgracia. Por eso, a Jana le sorprendió que blandiese ante ella aquel guante odioso, sabiendo como sabía que el solo hecho de verlo le hacía daño.

—Te dije que me había pasado algo raro —dijo el muchacho, mirándose la mano con extrañeza—. Ayer de madrugada me asaltó una visión. Fue una visión increíble, la más poderosa que he tenido nunca. En ella volvía a dibujar; estaba tatuando a alguien invisible, alguien hecho de aire. Y mi mano se movía con movimientos exactos, precisos, sabía exactamente qué era lo que estaba dibujando. No sé cómo explicártelo: el dibujo también era invisible, pero yo lo sentía dentro, podía

reconstruir su contorno sin trazos, no necesitaba ver las líneas. Y cuanto más dibujaba, más cerca me sentía el trance. El poder del dibujo era inmenso, y estaba íntimamente unido a mí.

Jana sondeó los grandes ojos claros de su hermano. Estaban húmedos.

—¿Qué representaba el dibujo? —preguntó en voz baja.

David meneó lentamente la cabeza.

—No lo sé —murmuró—. No era nada concreto. Pero en un momento dado, mi mano trazó una forma circular, y sentí una quemazón intensa en los dedos. Ya sabes que normalmente no reaccionan a nada. Se han vuelto tan insensibles como si fuesen de madera...

—Continúa.

—Como te decía, era una especie de anillo grande, ondulado, y estaba hecho de luz, aunque yo no podía verlo.

—La Esencia de Poder...

—Eso mismo pensé yo —confirmó David con los ojos brillantes—. O, mejor dicho, lo sentí. Era esa corona, la que mató a Erik. Y el resto del dibujo representaba, de un modo abstracto, la Caverna Sagrada.

Jana se quedó callada durante unos segundos.

—¿Cuándo dices que tuviste la visión? —preguntó al fin.

—De madrugada. No sé, serían las cinco y media o las seis de la mañana...

—Aquí debía de ser ya mediodía —dijo Jana, pensativa—. Justo cuando yo tuve mi visión...

—¿De qué estás hablando?

Jana miró largamente el rostro anguloso de su hermano, sus fríos ojos verdes llenos de curiosidad.

—No puedo contarte los detalles, pero las revelaciones de Argo me llevaron a un lugar; y en ese lugar tuve una visión... Una visión de la Caverna Sagrada.

—Una visión así no puedes haberla provocado tú sola —observó David con viveza—. ¿Qué diablos había en ese sitio?

Jana se mordió el labio inferior. No quería traicionar su juramento, pero al mismo tiempo sentía que necesitaba compartir lo que sabía con alguien. Estaba detrás de algo importante... y también, probablemente, muy peligroso. Si algo sucedía, tenía que asegurarse de que alguien de su confianza supiera lo que estaba pasando. Había pensado en recurrir a Álex, pero no podía seguir esperando a que diera señales de vida. Sabía que en David podía confiar...

Además, en cierto modo, él ya estaba metido en el asunto. La visión que había tenido no era casual. Ambos estaban conectados por vínculos mágicos muy profundos, y él había captado una parte de lo que ella había experimentado en su regreso a la Caverna Sagrada... Tenía derecho a conocer la verdad.

—Había un vídeo —explicó—. En él se veía a un mago que se quemaba y luego renacía de sus cenizas. Como una especie de ave fénix... Yadia asegura que se trataba de un truco de imagen, pero yo no estoy tan segura.

—Un momento, me he perdido —la interrumpió su hermano—. ¿Quién es Yadia? Jana suspiró.

—El cazarrecompensas que capturó a Argo. Los varulf pusieron como condición a mi entrevista con Argo que él estuviera presente. Se empeñó en venir conmigo... Es un tipo espabilado, pero no creo que tengamos que preocuparnos por él.

—Y dices que vio el vídeo contigo —murmuró David—. ¿Qué tiene eso que ver con la visión?

—En el vídeo se veía un reflejo extraño. Puse la mano sobre él, y tuve la visión. Había un objeto muy poderoso detrás de la cámara cuando lo grabaron. Yo supuse que podría ser un libro de la biblioteca de los Kuriles. Volví a ver a Argo para interrogarlo... Y él me lo confirmó.

—¿Un libro kuril? —David arqueó las cejas—. ¿El mismo que Álex descubrió en la torre de los Vientos?

—¿El tablero de ajedrez?, No, creo que no. Cuando la torre desapareció, el libro debió de esfumarse con ella. Esté donde esté, no creo que sea el libro que me ha mostrado Argo.

—Pero podría serlo... Piénsalo; no puede haber muchos más libros Kuriles escondidos por ahí.

—Según Argo, este no es ni siquiera un libro kuril, sino algo mucho más antiguo. Él lo llama «el Libro de la Creación». Los Kuriles, según dice, se habrían limitado a hacer una copia. Lo que yo vi fue el reflejo de esa copia... Esa es, al menos, su versión.

—¿Y un reflejo de una copia te llevó hasta la Caverna Sagrada? —David se echó a reír—. No quiero ni pensar lo que podría hacer el original...

—No te lo tomes a broma —le regañó su hermana—. Allí había algo, de eso estoy segura. Algo extraordinariamente poderoso... Y quiero averiguar qué era. Tú sabes más de antigua mitología que yo. Solías inspirarte en viejas leyendas medu para hacer tus tatuajes... ¿Alguna vez habías oído lo de ese libro?

—¿El Libro de la Creación? —David pareció reflexionar—. No, nunca en mi vida. ¿Qué te contó Argo?

Jana dudó un momento antes de contestar. No podía dejar de pensar en el juramento que había hecho. Pero, interpretando literalmente la fórmula sagrada, ella solo había jurado que no revelaría la dirección de Venecia adonde Argo la había enviado. Lo demás habían sido deducciones suyas... que el viejo guardián se había encargado de confirmar.

No era un argumento demasiado convincente, pero Jana decidió aferrarse a él

para vencer los escrúpulos. Además, compartir un secreto con David era casi como quedárselo para ella... David era su hermano, y no haría nada que pudiera perjudicarla.

—Tampoco me contó demasiado —explicó, mirando la imagen levemente ralentizada de su hermano—. Me dijo que el libro existía desde tiempos inmemoriales, que algunos pensaban que había creado el mundo; me dijo que podía devolverle la vida a un hombre... Y aun inmortal, la inmortalidad.

David chasqueó la lengua. El sonido llegó al ordenador de Jana un poco después de que ella viera su gesto en la pantalla.

—Te está tomando el pelo. O se está engañando a sí mismo... Ni siquiera un libro kuril podría hacer eso.

—Tú no has visto ese vídeo. Juraría que el tipo que aparece en él se quema de verdad, y que luego renace de sus cenizas.

—¿Quién es? ¿Lo sabes?

Jana asintió.

—Un mago humano llamado Armand.

—Deberías buscarlo —opinó David—. Quizá el tipo sepa algo más. ¿Qué quería Argo a cambio de esa información? Porque algo querría, seguro...

—Quiere que lo ayude a escapar.

Esta vez, la carcajada de David llegó a oídos de Jana sincronizada con la imagen.

—¿Qué lo ayudes a escapar? Está claro que se le ha reblandecido el cerebro. No puede ser tan estúpido como para creer que vas a caer en su trampa...

El ceño arrugado de Jana consiguió apagar finalmente las risas de su hermano.

—Te lo estás planteando —murmuró, mirando a la pantalla con los ojos muy abiertos—. No puedo creerlo, te lo estás planteando en serio.

—¿Por qué no? —preguntó Jana, a la defensiva—. Estoy harta de hacer siempre lo que me dicen todos. Han pasado muchas cosas, pero tú y yo seguimos teniendo responsabilidades... Especialmente yo. Todavía soy la jefa de los agmar.

—¿Y qué tiene eso que ver? —David parecía alarmado—. Precisamente por las responsabilidades que tienes, deberías andarte con más cuidado.

—Argo no está bromeando —le interrumpió Jana—. Desde el principio sabía que iba a desconfiar de él, y aun así ha recurrido a mí. ¿No te das cuenta? Desconfiar es lo fácil, lo que haría cualquiera.

—Menos tú...

—No seas idiota. Claro que desconfío; pero, aun así, quiero averiguar qué hay detrás de su historia. Aunque lo saque del palacio, no le perderé de vista. Está muy débil, no se me escapará...

—¿Qué pasa, te ha hechizado o algo así?

Jana miró fijamente a su hermano antes de contestar.

—Todavía no he dicho que lo vaya a hacer. Él me ha ofrecido una prueba más. Dice que, después verla, no me quedarán dudas. Tendría que ser esta noche.

—¿De qué se trata? ¿Otra visión?

Jana se alejó del ordenador para abrir el cajón de su mesita. De allí sacó una bufanda negra con bordados de color verde claro. Sentándose de nuevo ante la pantalla, empezó a desdoblarla con cuidado, hasta sacar el pequeño objeto envuelto en ella.

—¿Qué es eso? —preguntó David, entrecerrando los ojos para enfocar la imagen—. Parece una pelota en miniatura...

—Es un ojo —explicó Jana, mirando con asco la negra esfera que le había tiznado los dedos—. Uno de los ojos de las alas de Argo. Me ha dicho que me lo trague después de que anochezca, pero no sé si tendré estomago para hacerlo.

Sus ojos se elevaron lentamente hacia la pantalla, donde la imagen de David la observaba con expresión demudada.

—Ni se te ocurra tragarte eso, Jana —dijo el muchacho con voz ronca—. ¿Has perdido la cabeza? Podría ser un veneno, o, todavía peor, un hechizo... Dime que no estás tan loca como para tragártelo.

Jana se encogió de hombros.

—Es asqueroso —admitió—. Pero ¿y si de verdad puede provocar visiones? No puedo quedarme con la duda...

—Claro que puedes. —David se estaba poniendo histérico, cosa muy poco habitual en él—. Tienes que prometerme que no vas a tragarte esa cosa. No pienso dejarte en paz hasta que me lo prometas. Por favor Jana...

Ella lo miró con una mezcla de perplejidad y diversión.

—¿No te parece que estás exagerando un poco? No me importa que interpretes el papel de hermano protector de vez en cuando, pero te estás pasando de la raya...

—¿Me estoy pasando? No creo. Dime la verdad, ¿qué opina Álex de todo esto?

Por un momento, Jana dejó que su rostro reflejase la contrariedad que le producía aquella pregunta.

—Álex no sabe nada —repuso con voz apagada—. Pero no creo que eso importe...

—¿Se lo estás ocultando?

Los dos hermanos se miraron unos instantes a través de las pantallas de sus ordenadores.

—Hace bastantes días que no sé nada de Álex, David —confesó finalmente Jana—. Aunque hubiese querido contárselo, no habría podido... No consigo localizarlo.

Un destello de malicia atravesó los ojos de David.

—¿Tu novio no da señales de vida? —preguntó—. Vaya, vaya, la pareja idílica tiene problemas... ¡Quién iba decirlo!

—Parece que te alegra —bufó Jana, asesinándolo con la mirada—. Estupendo, veo que todo el mundo está de mi parte.

David suspiró, cansado.

—Vamos, no te pongas dramática. Esté donde esté, seguro que no hace más que pensar en ti. Nunca he visto un tío más loco por alguien que Álex... De verdad, no tienes por qué preocuparte.

Jana asintió. Sus ojos se desviaron un instante hacia la ventana, distraída por el chillido largo y quejumbroso de una gaviota.

Volvió a centrarse en la pantalla cuando oyó carraspear a su hermano David.

—Escucha —dijo este—. No tienes por qué tirar el ojo de Argo, si no quieres. Solo te pido que esperes un poco antes de tomar una decisión sobre él. Voy a intentar informarme sobre ese libro. Tú sabes que tengo mis contactos... Si Argo no se ha inventado esa historia, lo averiguaré. Alguien tiene que haber oído hablar del Libro de la Creación, si realmente ha existido.

Jana asintió, pensativa.

—Está bien, esperaré —dijo—. ¿Cuánto crees que tardarás en encontrar algo? Argo está muy mal, podría morir en cualquier momento...

—Dos o tres días. Menos, si tengo suerte. Vamos, no es tan terrible —añadió David al ver la cara de angustia que ponía Jana—. Me imagino que convivir con Nieve y Corvino unos días más no debe de ser especialmente excitante, pero tampoco es para tanto.

—No es por ellos. Al menos, no solo por ellos... Es que me estoy consumiendo aquí encerrada, sin hacer nada. Si ese libro existe, lo quiero, ¿me oyes? Y no puedo esperar a tenerlo entre mis manos.

Sus ojos se encontraron con los de David.

—¿Por qué? —dijo este—. ¿Por qué es tan importante? El mundo ha cambiado, Jana; ni siquiera el Libro de la Creación, suponiendo que exista, hará que vuelva a ser como era...

—Con más motivo, entonces. Es este mundo de ahora, no puedo confiar en nadie. Por eso no puedo dejar que ese libro caiga en otras manos que no sean las mías... Lo hago por todo nosotros. Por el clan, por el legado de nuestros antepasados... Y también por ti, David.

## Capítulo 10

La tarde trajo una brisa desapacible y una masa de nubes plumizas que, al reflejarse en los canales, bañaban toda la ciudad en una suave claridad plateada. Jana se pasó horas sentada frente a la ventana, observando las idas y venidas de las góndolas por el Gran Canal mientras, en su interior, el mal humor crecía e intentaba encontrar una vía de escape, como el vapor dentro de una olla a presión.

Había pensado en salir a visitar algunos de los museos de la ciudad, pero al final había abandonado su plan. Sabía que no podría concentrarse en nada de lo que viera. Su mirada se dejaba atrapar una y otra vez por el móvil, abandonado sobre la cama. Alex seguía sin llamar. Le había dejado un par de mensajes de texto; breves, torpes..., seguro que patéticos. En realidad, ni siquiera le importaba ya demostrar lo mucho que le estaba afectando su silencio. Solo quería que llamara, que se acordase de ella de una maldita vez y descolgase el teléfono...

Pero las horas pasaban y el aparato seguía mudo, tan silencioso como si sus mecanismos internos se hubiesen roto, como si ya no pudiese cumplir su función, convertido en un objeto absurdo e inservible.

Le sorprendió la rapidez con que llegó la noche. La oscuridad se abatió de golpe sobre la ciudad, como si en el cielo alguien hubiese hecho caer un telón, dejando la luz al otro lado.

Casi al mismo tiempo, oyó un par de golpes tímidos en la puerta.

—Jana, la cena ya está —dijo Nieve, alzando la voz para que la oyera—. ¿Vienes?

—No tengo hambre —contestó Jana acercándose a la puerta para que Nieve pudiera oírla a su vez—. Cenad vosotros.

Puso la mano en el picaporte, indecisa. Sentía que, al menos, debía mirar un instante a Nieve a la cara, para que no se fuera intranquila. Sin embargo, no se sentía con ánimos... Después de unos segundos, dejó caer la mano. Nieve aún seguía esperando al otro lado; pero no por mucho tiempo. Enseguida oyó sus pasos alejándose por el suelo embaldosado del pasillo, en dirección a las escaleras.

Con un suspiro, regresó a su asiento junto a la ventana. Era cierto que no tenía apetito. Había pesado un rato buscando leyendas medu en Internet, sin demasiado éxito. Los clanes seguían mostrándose bastante cautos a la hora de compartir sus antiguos saberes por medio de las nuevas tecnologías. No había blogs ni redes sociales medu. Nadie las había prohibido, pero tampoco parecía haber nadie interesado en crearlas. Desde que se habían visto privados de su dominio exclusivo de la magia para compartirla con los seres humanos, los medu se mostraban



particularmente celosos de sus tradiciones. Eso, al menos, era suyo, nadie podía obligarlos a compartirlo. Los humanos lo ignoraban todo acerca de sus rituales, sus hechizos, sus antiguas y conmovedoras leyendas... Y era mejor que siguieran ignorándolo.

Por eso, no le extrañó que el buscador de la Red no le ofreciese ningún resultado cuando intentó encontrar algo relacionado con el Libro de la Creación. Incluso se sintió aliviada... Si su búsqueda hubiese dado fruto, habría empezado a desconfiar.

Sobre el canal, las góndolas no eran ya más que largas siluetas oscuras, aunque algunas llevaban un farol colgado en la popa, iluminando el rostro del gondolero. Los vaporetti, por su parte, habían encendido sus fríos neones blancos. Al otro lado del canal, los recuadros de luz de las ventanas animaban las fachadas de los hoteles.

Jana optó por no encender ninguna de sus lámparas. En cierto modo, agradecía la oscuridad. Antes de que su mundo se viniera abajo, cuando se dedicaba a hacer tatuajes mágicos con su hermano David en la vieja casa de sus padres, la parte más importante de su vida transcurría de noche. Echaba de menos aquella época...

Una corriente de aire gélido penetró a través del marco mal ajustado de la ventaja. Jana se levantó a por una chaqueta. En la oscuridad, palpó las diferentes prendas colgadas en su armario hasta encontrar la vieja prenda de lana que buscaba. Mientras se la abrochaba, sus ojos volvieron, una vez más al teléfono. Antes de que pudiera controlar su impulso, ya estaba marcando el número de Álex.

Esta vez no saltó el contestador. Comunicaba.

Un nudo de impotencia empezó a ascender lentamente desde su pecho hasta su garganta. Un nudo hecho de frustración, de dudas, de ganas de llorar reprimidas durante demasiado tiempo... Cuando llegó arriba, el nudo estalló en un sollozo inarticulado, salvaje como el gemido de un animal. Notó las lágrimas quemándole los ojos, las mejillas. Fluían sin control, como no lo habían hecho quizá desde que era pequeña. Parecían venir de muy lejos, de muy abajo. «De un pozo oscuro como la noche. De un pozo reventado», pensó, asombrada de que pudiera caberle dentro tanta tristeza.

Pero en aquella tristeza se mezclaba algo más: un sentimiento de rabia profunda, una furia que, en lugar de aplacarse, se volvía más negra cuanto más lloraba... Estaba enfadada, enfadada con Álex, con Nieve y Corvino, incluso con David; y, por supuesto, consigo misma. Estaba tan enfadada que habría querido empezar a romper los muebles, estrellar los delicados jarrones contra la pared, abrir de par en par la ventana y gritar a pleno pulmón algún insulto a la cara del mundo.

Sin embargo, incluso mientras lo pensaba sabía que no podría hacerlo. Una princesa agmar nunca se dejaba llevar por sus sentimientos. Si algo le había enseñado su madre, había sido eso: a controlarse... Al fin y al cabo, ¿de qué podía servirle dar rienda suelta a su rabia? Solo conseguiría alarmar a Corvino y a Nieve; y quizá

también debilitar su posición ante Argo, si este llegase a enterarse.

No era justo. Ni siquiera podía permitirse una vía de escape, como hacían la mayor parte de los seres humanos. «Una princesa agmar no debe dar muestras de debilidad bajo ninguna circunstancia...». Estaba harta de toda aquella basura, pero era como si formase parte de un programa de comportamiento grabado a fuego en su subconsciente. No podía rebelarse. Aunque quisiera, no podía dejarse llevar...

¿O sí podía?

Encendió la lámpara de la mesilla, y casi instantáneamente sus ojos se posaron sobre la bufanda negra y verde que había dejado junto a ella, cuidadosamente doblada. Era lo que buscaba. Con gestos decididos, deshizo los pliegues uno a uno, hasta que sus dedos tropezaron con la pequeña esfera cartilaginosa.

Abrió el cajón de la mesilla y extrajo un paquete de pañuelos de papel. Sacando uno, lo pasó con cuidado sobre el ojo, frotándolo delicadamente... Poco a poco, el hollín fue desapareciendo. El ojo cada vez se parecía más a un ojo: blanco, con un brillo lechoso, y un disco dorado semitransparente alrededor de un punto negro que, cuando ella se acercó a observarlo, comenzó a dilatarse...

No lo pensó más. Sabía que, si lo pensaba, se arrepentiría de lo que estaba a punto de hacer y no quería arrepentirse. De modo que cerró los ojos, despegó los labios y se introdujo la repulsiva esfera en la boca.

El ojo sabía a piedra, a piedra seca y recalentada por el sol. Antes de que Jana tuviese tiempo de tragarlo se deshizo en su boca, que de pronto parecía llena de arena. Jana cerró los ojos, tensa; pero nada ocurrió... En su lengua seguía notando la misma sensación harinosa de un momento atrás, un polvillo juguetón que, cuando se reclinó en la cama, se le atravesó en la garganta, obligándola a incorporarse y a toser.

Con la primera tos, la muchacha exhaló una nube de fina ceniza gris que, por un momento, danzó ante sus ojos, convertida en una mariposa de polvo. Jana siguió con la mirada el vuelo ligero y extraño del insecto. Se sentía, de pronto, embriagada por una curiosa excitación. Lentamente, alzó un dedo y lo desplazó en el aire hasta rozar la forma inmaterial de la mariposa, que al instante se deshizo en una explosión de finas partículas grises. Aquel torbellino ceniciento la envolvió durante unos segundos, para recomponerse en una cinta oscura, viva, de polvo denso y consistente.

Parecía una serpiente, formando una hélice ascendente alrededor de su cuerpo, aunque sin llegar a tocarla... Jana podía oír los chasquidos metálicos de sus escamas al deslizarse. En cualquier momento vería la cabeza del reptil, siseando a la altura de su propia cabeza...

Sin embargo, no fue lo que ocurrió. Lentamente, la cinta de polvo comenzó a deshacerse, y sus cascabeleos se volvieron más y más remotos. Jana se dejó caer sobre la cama, exhausta. La tensión que se había adueñado de ella al sentirse atrapada por la serpiente la había abandonado de golpe, aflojando sus miembros. El sueño fue

invadiendo su agotado cerebro, engullendo en sus brumas, uno a uno, todos sus miedos y esperanzas. Los chasquidos de escamas se habían fundido en un lejano rumor, de aguas poderosas y lentas.

Un río.

Jana abrió los ojos, pero tuvo que entrecerrarlos para protegerse de la luz dorada y cegadora que la envolvía. Podía oír el chapoteo cercano del agua, y comprendió que estaba deslizándose sobre ella, cómodamente instalada en una barca. Volvió a despegar los párpados, esta vez con más cuidado. Delante de ella, en pie, Argo mantenía el equilibrio sobre la cubierta de su vieja embarcación, con los ojos clavados en la distancia y las carbonizadas alas despeinadas por la briza.

—¿Qué lugar es este? ¿A dónde me llevas? —preguntó Jana, aunque no estaba segura de haber llegado a oír su propia voz.

La mirada del guardián abandonó el horizonte para clavarse en su rostro.

—Este es el río Coptos. Nos dirigimos al antiguo templo de Thot, donde se encuentra el Libro de la Creación. Querías verlo... y yo voy a mostrártelo.

Durante un rato continuaron navegando en silencio sobre las aguas teñidas de reflejos dorados. Jana se dejó invadir por la mágica calma del lugar. Las orillas del río eran cintas de verdor salpicadas de palmeras, apacibles e inmóviles. Probablemente no habían cambiado nada a lo largo de los siglos. O tal vez Argo la había conducido a algún lugar más allá del tiempo y del espacio, donde cualquier cosa era posible...

El templo surgió sobre la orilla izquierda, impresionante. Una amplia explanada, una escalinata y un altar flanqueado por largas hileras de columnas altísimas.

Detrás del altar se alzaba un recinto cuyos muros, más altos aún que las columnas que los rodeaban, se hallaban completamente cubiertos de jeroglíficos.

La barca fue aproximándose a la orilla con suavidad, hasta encallar en un banco de arena. Argo saltó a tierra y la invitó a hacer lo mismo.

Cuando volvió a mirar el templo, Jana se fijó en el fuego blanco que ardía, formando un anillo, sobre un ara circular de roca gris. Los latidos de su corazón aceleraron.

Argo miraba fijamente la corona de llamas. No parecía haberla oído.

Entonces, Jana siguió la mirada del guardián y descubrió que había alguien ante el fuego del altar. Era un hombre de mediana edad, con una barba encanecida y nos ojos claros fríos como el acero.

—Es Arawn —explicó Argo—. El primero de los guardianes. Lo estás viendo en el momento más difícil de su vida. Se ha pasado años buscando ese libro, y ahora, por fin, lo ha encontrado.

Jana lo miró sin comprender.

—¿Lo ha encontrado? —repitió—. ¿Dónde está?

Argo alzó majestuosamente la mano derecha y señaló el anillo de fuego, o quizá

la pared que se hallaba detrás.

—Ahí, ¿no lo ves? —contestó con aspereza.

Jana asintió con la cabeza, aunque lo único que veía detrás de la corona de llamas era la sombra agrandada de Arawn proyectada sobre el muro del templo. Una sombra que, según las leyes de la física, no debería haber estado allí... ¿Qué significaba? Cuando más la miraba, más extraña e incongruente le parecía. Hasta que, de pronto la sombra se fragmentó en mil pequeñas sombras erráticas como pájaros, que por un momento compusieron un enigmático texto de símbolos sobre la pared dorada.

Jana comprendió entonces que aquello era el libro, y que Arawn lo estaba leyendo.

—En efecto, tienes ante ti el Libro de la Creación —dijo Argo, como si hubiese oído sus pensamientos—. Arawn lo ha traído hasta aquí para destruirlo. Sabe que ese libro lo contiene todo, y que está en el origen de la plaga que asola al mundo, la plaga contra la que lleva combatiendo toda su vida. Me refiero a los espejismos de la palabra, al poder terrible de los símbolos... Si el libro se destruye, ese poder se destruirá también, y con él desaparecerán los clanes medu, sus más antiguos enemigos.

—Pero no puede hacer eso —dijo Jana, avanzando un paso hacia el templo—. Sabemos que nunca lo hizo; si lo hubiese hecho, yo no estaría hoy aquí...

—Alto. No des un paso más o te enfrentarás a un dolor tan insoportable que ni siquiera existen palabras para describirlo. Arawn te haría pedazos si descubriera tu presencia. Quédate a mi lado y no te muevas.

Jana retrocedió, impresionada. Sobre el muro dorado del templo, las sombras aleteantes de los signos habían vuelto a recomponer la silueta majestuosa de Arawn, exacta como un reflejo.

—He querido que presenciases en este momento —prosiguió Argo con un deje de amargura en la voz—. El momento en que Arawn llega a la parte del libro que contiene su propia historia. Acaba de darse cuenta de que, si destruye el libro, se destruirá a sí mismo. El sacrificio no le importa, pero una duda insoportable se ha apoderado de él: si desaparece junto con el libro, será como si nunca hubiese existido. Y alguien que no ha existido no puede quemar un libro. Tal vez, pese a sus esfuerzos, el Libro de la Creación sobreviva...

—Eso no tiene sentido —murmuró Jana.

Una sonrisa llena de ironía afloró a los labios del guardián.

—Ese es justamente el problema del libro: contiene todo lo escrito y todo lo que se escribirá en el futuro, y eso conduce a terribles paradojas. Si el libro se destruye, nada se salva. O quizá, todo vuelva empezar... Mira. Arawn sigue leyendo la historia de su vida, y ha llegado justo a este momento. ¿Lo ves? El momento de la destrucción del libro. También eso está escrito en él.

Jana contempló perpleja las sombras que, una vez más, se habían fragmentado sobre la pared del templo. De pronto los signos eran oscuros, inestables sus contornos cambiaban como si fuesen líquidos, y no parecían pertenecer a ninguno de los sistemas de escritura que ella conocía.

Arawn pareció encogerse de dolor, como si lo que aquellos signos representaban le resultase insoportable. Hundió el rostro en sus manos grandes y esbeltas, que a Jana le recordaron las de Álex. Así permaneció durante largo tiempo, sacudido de cuando en cuando por un leve sollozo...

—Por fin ha comprendido —suspiró Argo—. Eso es lo que ocurrirá si destruye el libro: un nuevo comienzo, el inicio de un mundo incomprensible para el hombre, un mundo donde todo lo humano quedaría excluido.

—Pero eso nunca llegó a suceder —murmuró Jana con voz apagada—. ¿Cómo es posible, entonces que el libro lo recoja?

—Ya te lo he dicho: el libro lo contiene todo. Lo existente y lo inexistente, lo real y lo imaginario, lo posible y lo imposible.

La escritura indescifrable del muro parecía cada vez más negra. Era pura oscuridad, una sombra capaz de tragarse el resto de las sombras.

Fue en ese instante cuando Jana captó algo que se movía entre las columnas que flanqueaban el altar. Un destello azul en la penumbra, la forma de un brazo enfundado en una manga ricamente bordada...

—¿Quién está ahí? —preguntó la muchacha sobresaltada. Argo no le preguntó a quién se refería. Y tampoco siguió con los ojos la dirección de su mirada.

—Es Dayedi —contestó rápidamente—. Un poderoso mago kuril que vivió en Venecia a principios del siglo XVI. Ven, desde aquí lo verás mejor...

Argo se desplazó lateralmente hacia la derecha, sin hacer ningún ruido. Sus pasos apenas parecían rozar la arena. Jana observó las plumas negras de sus alas enredadas en el viento... ¿Le estaban ayudando a deslizarse sin tocar el suelo?

Desde donde se encontraban en ese momento, Jana podía ver perfectamente al joven mago kuril que espiaba la escena oculto entre las columnas. Era un hombre apuesto, con largos cabellos castaños bajo un birrete de terciopelo negro y un rostro moreno, la nariz ligeramente aguileña. Parecía no querer perder detalle de lo que sucedía en el altar...

—¿Qué está haciendo? —musitó Jana.

—Está memorizando el libro. Ha llegado hasta aquí utilizando las técnicas secretas de los kuriles. Ya sabes, eso que ellos llamaban «cabalgar en el viento del destino». Él es el autor de la única copia existente del libro, la que ha llegado hasta nuestros días.

—La que tú dices haber localizado... La que se supone que yo tengo que buscar.

El guardián asintió con los ojos brillantes. Su rostro prematuramente avenjentado

parecía, de pronto, animado por una extraña luz.

Jana sostuvo su mirada un momento.

—Esto no es una visión, ¿verdad? —preguntó finalmente, sonriendo con desdén—. Es más bien... ¿Cómo decirlo? Una especie de representación.

Argo asintió, aparentemente satisfecho.

—Me habría decepcionado que no lo descubrieras. No se engaña con facilidad a una princesa agmar... En realidad, ni siquiera lo pretendía.

Jana se encaró con él.

—Muy bien; ¿qué pretendías, entonces?

Argo la miró con gravedad.

—Convencerte que todo lo que te he contado es cierto. El libro existe, y es tan poderoso que el reflejo de su copia basta para resucitar a un hombre. Tú misma lo has visto... Y ahora conoces su historia. Todo lo que acabas de ver ocurrió.

Jana alzó sus ojos a Arawn, encorvado frente al altar, derrotado, deshecho. Comprendió que Argo le estaba diciendo la verdad. El libro existía, y un mago kuril lo había copiado. La oscuridad de los signos sobre la pared no era algo que un guardián hubiese podido inventar.

—¿Desde cuándo lo sabes? —murmuró.

Argo continuaba mirándola, pero sus ojos, de pronto, se enturbiaron, como se acabasen de sumergirse en un mar de recuerdos.

—Desde el principio —contestó con voz ronca—. El propio Arawn nos lo contó. Todo, excepto lo de Dayedi. Eso lo averiguamos más tarde...

—¿Nieve y los otros guardianes también lo saben?

Argo volvió bruscamente a la realidad.

—¿Nieve? Por supuesto; puedes preguntárselo si quiere. Todos lo saben... Aunque, yo que tú, no sacaría el tema. Se enfadaría mucho si supiese lo que estamos haciendo.

—Lo que estás haciendo, querrás decir —puntualizó Jana—. Yo todavía no he hecho nada... Y no estoy seguro de querer hacerlo.

—La parte que viene ahora, en cambio no la conocen —dijo Argo ignorando el suspicaz comentario de la muchacha—. Esto ocurrió después... Mucho después. En realidad sucedió hace poco, después de que tu amigo Álex estropease todos mis planes aquel día, en la Caverna Sagrada.

—El día de la muerte de Erik...

Argo la contempló con maligna fijeza.

—Sí, ese día —dijo—. Observa.

Jana volvió a mirar hacia el templo. Nada parecía haber cambiado excepto un detalle: ahora había un nuevo personaje en la escena... Se trataba de Argo, el Argo joven y orgulloso de los viejos tiempos. Sus alas intactas, resplandecientes, reflejaban

la luz dorada del sol en cientos de ojos abiertos y vivos. Contrariamente a lo que había hecho Dayedi, él no intentaba ocultarse. Avanzaba hacia el altar con paso seguro. Solo era cuestión de tiempo que Arawn se fijase en él.

—Tal vez haya oído que, después del desastre de la Caverna, desaparecí por un tiempo. Aquí fue donde vine... Mis visiones, entonces, eran muy poderosas. Después de unos cuantos intentos infructuosos, conseguí que me trajeran a este lugar. Sabía que encontraría a Arawn leyendo el libro... Yo solo necesitaba consultar un párrafo insignificante; el fragmento que me devolvería la inmortalidad.

Jana lo observó con interés.

—¿No pensaste que Arawn podría tratar de impedírtelo?

Argo negó con la cabeza.

—No pensé que pudiera hacerlo. Arawn llevaba muerto más de mil años. No era más que un espejismo, una visión... Pero me equivoqué. Subestimé el poder del libro, donde todo está escrito. También mí caída... Cuando me di cuenta ya era demasiado tarde.

Jana siguió con la mirada el avance orgulloso de Argo. Vio a Arawn girarse con brusquedad, clavar horrorizado los ojos en el rostro de su antiguo amigo, en sus bellísimas alas blancas salpicadas de ojos dorados. Sobre la pared se vio por un momento la sombra imponente de Argo, sus alas de ángel extendidas. Y luego, un temblor. Las alas sacudidas por un huracán de fuego, primero en el reflejo de la pared, y un instante después en la explanada ante el altar. Altos penachos de llamas parecía haber surgido bruscamente de todas partes. Lamían las columnas, consumían la pared, azotaban con el viento asfixiante las palmeras cercanas. La corona de fuego blanco parecía ser el foco del incendio.

Todo ocurrió muy deprisa... Unos segundos, y Argo se vio envuelto en un torbellino ardiente.

Lo vieron arrojarse al suelo, rodar mientras aullaba como un animal herido. La tierra empezó a temblar con violencia, sacudida por una fuerza profunda y sobrecogedora. Una grieta rasgó la escalinata de mármol. Y se propagó hasta la explanada. Jana gritó cuando vio caer a Argo; continuó oyendo el eco cada vez más lejano de sus aullidos mientras el guardián seguía cayendo, tragado por el abismo...

—Ya ves que no te he mentado —dijo el anciano, extendiendo los muñones carbonizados de sus alas—. Ahora ya sabes lo que me ocurrió.

Jana cerró los ojos. Infinitamente cansada, y se dejó mecer por el rumor sereno del río.

## Capítulo 11

La despertó un agradable cosquilleo en la mejilla. Durante unos segundos se resistió a abrir los ojos. En su mente todavía seguían frescas las imágenes de la visión que Argo le había provocado. Ni siquiera recordaba haberse dormido...

—Despierta, dormilona —le susurró al oído una voz que conocía bien.

—¡Álex!

Jana se incorporó, asombrada. Tendido en la cama, con la mejilla sobre la almohada, Álex la observaba con gesto divertido. La ventana proyectaba un rectángulo de claridad sobre la alfombra, destacando los bellos dibujos de flores y aves de su diseño.

—¿Qué hora es? —preguntó Jana, buscando con la mirada el reloj que Álex llevaba siempre en la muñeca—. Anoche debí de dormirme bastante tarde...

—Son las ocho y media. Temprano. —Álex también se incorporó y, entrelazando sus dedos en el pelo de Jana, trató de atraerla hacia él, pero la muchacha se resistió.

Álex apartó la mano, sorprendido.

—¿No te alegras de verme? —preguntó—. Te he echado de menos...

Jana notó cómo se le tensaban todos los músculos de la mandíbula.

—¿Ah, sí? —preguntó con una sonrisa que no era precisamente pacífica—. ¿Me has echado de menos? Pues no se ha notado mucho... ¿Cuántas veces me has llamado desde que nos separamos?

El rostro relajado de Álex se transformó en una máscara rígida, desafiante.

—No he podido llamarte —contestó—. He estado fuera de casa; han pasado muchas cosas...

—¿De verdad esperas que me crea que en todos estos días no has encontrado cinco minutos para llamarme, o para contestar mis mensajes? Supongo que ni siquiera habrás visto mis llamadas perdidas...

—Donde estaba no siempre había cobertura.

—Ya. —Jana parecía a punto de estallar—. De acuerdo, si así es como quieres que sean las cosas entre nosotros, lo tendré en cuenta de ahora en adelante.

Sus ojos se encontraron con los de Álex, tan azules y limpios como siempre.

—Lo siento, Jana —dijo él. De pronto parecía haber caído en la cuenta de que ella tenía motivos para estar enfadada—. Debería haberme imaginado que estabas preocupada. No sé, estoy tan seguro de lo que hay entre nosotros que nunca pienso que pueda correr ningún peligro...

—¿Y tampoco se te ocurrió que a lo mejor yo sí estaba en peligro? Sabes por qué vine aquí. Sabes que Argo quería verme. Hasta Nieve estaba inquieta, Álex. Y tú ni



siquiera has sentido curiosidad por saber lo que ha pasado...

—Bueno, ahora ya lo sé. Incluso puede que sepa más que tú. —Álex se alejó un poco de Jana y la miró a los ojos—. Argo se ha escapado esta noche. Nieve y Corvino están que echan chispas... Creen que tú has tenido algo que ver.

Jana sintió un nudo en la boca del estomago.

—No puede ser —murmuró, mirando involuntariamente hacia la ventana—. Si pensaba escaparse, ¿por qué me dio el ojo? ¿Por qué me pidió que le ayudara? No tiene ningún sentido.

—Quizá quería que Nieve sospechase de ti. Por cierto, ¿qué es eso del ojo? Nieve no me lo ha comentado...

—Nieve no lo sabe. —Jana se tiró de espaldas sobre la almohada y cerró los ojos—. Todos estos días, Argo ha estado intentando convencerme de que existe algo llamado «el Libro de la Creación», y de que él puede ayudarme a encontrarlo. La historia me pareció disparatada al principio, pero él me dio uno de los chamuscados ojos de sus alas. El ojo me provocó una visión...

Abrió los ojos y se interrumpió al notar la expresión repentinamente sombría de Álex.

—¿Una visión? —repitió el muchacho—. ¿Qué viste?

Jana dudó un instante antes de responder.

—Vi un río y un templo. Era el templo de Thot, según me explicó Argo. En la visión estábamos juntos, él y yo. Ante el templo ardía un fuego sagrado, y detrás del fuego se proyectaban extrañas sombras. Había un hombre contemplando las sombras. Era Arawn...

—El primer guardián —murmuró Álex, pensativo.

Jana lo miró con atención.

—Quería destruir el libro. El libro eran las sombras que se proyectaban sobre la pared, ¿comprendes? Pero al final no llegó a destruirlo. Comprendió que era demasiado poderoso, y que si lo destruía las consecuencias serían impredecibles. Mientras tanto, entró otro personaje en escena: un mago kuril llamado Dayedi... Parece ser que vivió en esta misma ciudad durante el Renacimiento. Utilizó las técnicas de los Kuriles para tener una visión de la escena del templo y copiar el libro. Y esa copia es la que dice haber encontrado Argo. Él cree que puede devolverle la inmortalidad, y me pidió que le ayudara a escapar para conseguirla.

—Pues, por lo visto, al final ha cambiado de idea.

Los dos jóvenes se estudiaron mutuamente durante unos segundos.

—No parece muy sorprendido por lo que te he contado —observó Jana con desconfianza.

—No lo estoy —admitió Álex—. Yo también he tenido visiones... Aunque, desde luego, no sabía tanto como tú.

Apoyándose en los codos, Jana se incorporó a medias sobre la cama y miró a Álex con curiosidad.

—¿Qué has visto? —preguntó.

Álex no contesto de inmediato.

—No lo sé muy bien; supongo que el libro —dijo al fin—. Pero estaba envuelto en una sombra densa que resultaba imposible distinguirlo bien. Era una sombra sobrenatural, no sé cómo explicártelo... Yo intentaba apartarla, pero la sombra siempre volvía.

Sus ojos claros se clavaron en la pared, con las pupilas extrañamente contraídas. Jana comprendió que le estaba ocultando algo... Pero lo conocía lo suficiente bien para saber que no debía insistir.

—También David tuvo una visión, ¿sabes? —dijo, en cambio—. Soñó que volvía a dibujar, y está casi seguro de que lo que su mano trazaba era alguno s de los símbolos contenidos en ese libro...

Se interrumpió al darse cuenta de que Álex no la estaba escuchando.

—Espero que todo sea una patraña de Argo —dijo él, volviéndose a mirarla—. Francamente, preferiría que ese libro no existiese.

Jana alzó las cejas.

—Qué tontería. ¿Por qué? Si esa copia del libro existe y llega a caer en nuestras manos, piensa en todo lo que podríamos hacer con ella. Podríamos resucitar a Erik...

—Olvídalo, Jana. —El tono de Álex era, de pronto, áspero—. Estás soñando despierta.

Aquello molestó a la muchacha, que creyó percibir cierto aire de superioridad en la observación.

—No estoy soñando —le contradijo, firme—. Yo misma he visto cómo ese libro resucitaba a un hombre. Estaba grabado en un vídeo. Un mago, Armand, se quemaba y luego renacía de sus cenizas. Y el libro estaba frente a él. Yo vi su reflejo.

—Sería un truco —dijo, impaciente—. Además, aun suponiendo que lo que dices fuera verdad, no creo que fuese buena idea intentarlo. Si el libro es tan poderoso, piensa en los desastres que podría ocasionar... Sería como deshacer todo lo que hemos conseguido en los últimos meses.

—¿Y qué hemos conseguido? —estalló Jana, furiosa—. ¿Qué los medu perdamos una parte de nuestra magia, y que esa magia la tengan los humanos? Supongo que a ti eso te parece magnífico, pero a mí no me entusiasma tanto. Los hombres no saben qué hacer con la magia, está claro. Unos la temen, otros la emplean mal, algunos incluso terminan heridos o dominados por ella...

—Acabarán acostumbrándose. Es cuestión de tiempo.

Jana emitió una breve carcajada llena de escepticismo.

—Ya —dijo—. Eso es lo que tú quieres creer. Al fin y al cabo, eres el

responsable... Pero, precisamente por eso, esperaba otra reacción.

Álex la miró sin comprender.

—Respecto a Erik —aclaró Jana—. Creí que tú, más que nadie, desearías volver a verlo vivo.

El ceño fruncido de Álex le hizo comprender que se había aventurado en un terreno resbaladizo.

—Era mi mejor amigo —gruñó él, evitando su mirada—. Me habría gustado que las cosas fueran distintas... Pero ahora ya no podemos cambiarlas. Si Erik resucitase, ¿qué crees que pasaría? Muchos medu lo interpretarían como un cumplimiento de su vieja profecía: el rey que retorna, el comienzo de una nueva era de esplendor para los clanes...

—¿Y eso sería malo? —preguntó Jana con sarcasmo.

—Sería peligroso. Daría una excusa a Glauco y a otros como él para intentar recuperar lo que han perdido. No creo que los humanos saliesen muy bien parados... Y empezarían otra vez las disputas entre clanes.

Jana contempló su joven y agresivo rostro con fijeza.

—No quieres que vuelva —dijo, leyendo más allá de sus iris azules—. Y no es por los medu, ni por la profecía. Le tienes miedo... Es ridículo. Él dio su vida por ti.

Álex soportó en silencio la mirada acusadora de su novia.

—No le tengo miedo —se defendió en voz baja—. Pero no consigo entender por qué quieres que vuelva... Si él regresa, los drakul recuperarán todo el poder que han perdido.

—Si Erik estuviera al frente, no me importaría —dijo Jana—. Sería un buen rey para los medu... El único rey posible.

Álex se puso de pie y caminó hacia la ventana, dándole la espalda.

—La profecía no se cumplirá nunca, Jana —dijo—. Desde luego, no se cumplirá con Erik. Nadie puede regresar de la muerte, aunque sea un príncipe medu. Ningún libro, por poderoso que sea, puede conseguir eso.

Las palabras de Álex cayeron sobre Jana como una lluvia helada y hostil. Sintió frío húmedo por dentro, un frío que era a la vez rencor.

—No intentes convencerme —musitó, volviendo la cara hacia la pared—. Tú no sabes nada.

Álex contestó desde el otro lado de la habitación, sin molestarse en alzar la voz.

—Me había imaginado este momento de un modo muy distinto.

—Podría haber sido muy distinto. Todo esto es culpa tuya. Puedes bajar a decirle a tu amiga Nieve que yo no he tenido nada que ver con la fuga de Argo, si quieres. A ti seguro que te creerá...

—Lo siento, no creo que eso sirva. —Álex caminó con desgana hacia la cama y se sentó en el borde—. Nieve no dejará que te quedes aquí mientras todos lo

buscamos. Cree que tú tienes alguna pista acerca de adónde ha podido ir. ¿La tienes?

Jana se giró y le sostuvo la mirada, desafiante.

—Si la tuviera, no se lo diría a ella.

Álex suspiró y se puso de pie.

—Cambiarás de opinión cuando la veas —afirmó—. Nieve puede ser muy persuasiva... Incluso sin su antigua magia, es increíble lo que puede llegar a conseguir.

En el vestíbulo del palacio se había instalado una espesa penumbra, como si un mar de sombras hubiese engullido la luz cálida de la mañana. Nieve y Corvino esperaban de pie sobre el suelo embaldosado, ambos vestidos con pantalones y camisetas negras. En cuanto Jana apareció con Álex en el rellano de las escaleras, un relámpago de advertencia atravesó las pupilas de la antigua guardiana. Nieve estaba pálida de furia... Jana nunca la había visto así.

—No he tenido nada que ver —dijo, antes de llegar al último escalón. Inconscientemente su mano apretó la de Álex, buscando seguridad—. He estado toda la noche en mi cuarto... Tenéis que creerme.

—Sabemos que no has salido —dijo Corvino girando hacia los recién llegados su rostro moreno y contrariado—. Pero eso no significa que no hayas podido ayudarle.

—Me pidió que lo hiciera —admitió Jana sin acobardarse—. Y es posible que lo hubiese hecho... Pero no he tenido tiempo.

Nieve avanzó hacia ella con un fuego extraño en la mirada.

—¿Así es como nos pagas nuestra hospitalidad? —le reprochó—. Heru nos lo advirtió, nos dijo que nos traicionarías... ¡Pensar que no le hicimos caso! Si no se hubiese ido, ahora podría sernos de gran ayuda...

—No sirve de nada lamentarse, Nieve —murmuró Corvino—. Ahora ya no tiene remedio. Jana, tienes que decirnos lo que sabes —añadió con severidad, clavando sus ojos en los de la muchacha—. No lo debes.

—Yo no os debo nada —replicó Jana, irritada—. Vine aquí para haceros un favor, ¿os acordáis? Si no me hubiese entrevistado con Argo, los varulf no os lo habrían vendido...

—Vamos, Nieve. Jana solo quiere ayudar —intervino Álex en tono conciliador—. No estáis siendo justos con ella, ni siquiera le habéis dado la oportunidad de explicarse.

—Que se explique ahora —la desafió Nieve—. Estamos esperando.

—No creo que sea buena idea. —Álex hablaba con creciente seguridad, como si viese muy clara la situación—. Cada minuto que pasa juega en nuestra contra. Debemos unir las fuerzas para localizar a Argo... antes de que sea demasiado tarde.

Nieve lo miró incrédula.

—¿Pretendes que ella también participe en la búsqueda? De eso ni hablar. Se quedará aquí.

—Vamos Nieve —dijo Álex, acercándose a la antigua guardiana con una sonrisa—. No estás siendo razonable. Jana puede ser decisiva para localizar a Argo. Puede hacer cosas que no están al alcance de ninguno de nosotros. Vendrá conmigo... Respondo por ella.

Jana no daba crédito a lo que acababa de oír. ¿Quién se creía Álex para hablar de esa forma? Como si ella tuviese mucho interés en ayudar a los guardianes a encontrar a su antiguo compañero. Estaba harta de todos ellos...

—Está bien —dijo Nieve, mirándola de reajo—. Pero con una condición: que no te apartes de ella en ningún momento.

—Hecho. —Álex se le acercó y la agarró por un brazo—. Vamos, Jana...

—A la una aquí mismo, si es posible —les gritó Corvino cuando ya habían salido a la brisa húmeda de la calle—. Avisad si lo encontráis... Y tened cuidado. Algo me dice que no está solo, y que no se dejará atrapar con facilidad.

## Capítulo 12

Habían atravesado ya un par de canales cuando Álex se detuvo a esperarla.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —le gritó Jana, fulminándolo con la mirada—. ¿Desde cuándo estás de su parte?

Álex se volvió y comenzó a andar de nuevo antes de que ella llegase a su altura.

—Te he sacado de allí —dijo sin girarse a mirarla—. Supuse que querrías venir conmigo, y era la única forma de conseguirlo.

—Ya... «Yo respondo por ella». Como si pudiesen fiarse más de ti que de mí.

—Al menos, ellos lo ven así. —Álex volvió a detenerse, y esta vez no reanudó la marcha hasta que Jana lo alcanzó—. Oye, no tienes que participar en esto si no quieres, Pensé que te interesaba ese libro...

—Parece que a ti te interesa más que a mí.

Álex le clavó una mirada acerada como una flecha.

—¿Qué has querido decir? —quiso saber.

Ella tiró de su mano con brusquedad, obligándolo a detenerse. Se encontraban ante el pretil de un puentecillo de hierro, sobre un estrecho canal de aguas verdosas que discurría entre ruinosas fachadas.

—Yo he sido sincera contigo, pero tú no —dijo—. Sabes más de lo que me has dicho... ¿Crees que puedes engañarme?

Él no se defendió. En lugar de hacerlo, la miró con dureza.

—Te he traído conmigo, ¿no? —preguntó, impaciente—. Pensé que con eso sería suficiente.

—Pues no lo es. —Jana se cruzó de brazos sobre el puente, decidida a no dar un paso más sin haber aclarado la situación—. Quiero saber adónde vamos. Tú parece saberlo muy bien. Acabas de llegar a Venecia, pero está claro que conoces el camino.

—¿Quieres saber adónde vamos? Muy bien, pues ven conmigo. Es bastante fácil...

—No lo es, Álex. No voy a seguirte como si fuera tu mascota. Tendrás que convencerme de que vaya.

—Eso nos llevaría bastante tiempo, creo. Y eso es justamente lo que no tenemos; así que, si no quieres venir... Tú sabrás.

Álex se apartó de la barandilla del puente y, con paso decidido, recorrió el tramo que los separaba de la otra orilla del canal. Unos segundos después, Jana lo vio desaparecer en la oscuridad de una calleja mohosa y húmeda.

Debería haberlo seguido de inmediato, pero no estaba dispuesta a correr tras él, al menos mientras él pudiera verla... u oírla. Esperó hasta que los pasos del muchacho

se perdieron en la distancia, y entonces se lanzó a la carrera por el mismo callejón que él había tomado.

Demasiado tarde... El muelle en el que desembocaba aquel estrecho pasadizo se encontraba desierto.

Con la mano colocada a modo de visera sobre los ojos, Jana contempló el lento y plateado canal. Había dos góndolas bastante alejadas la una de la otra, navegando en direcciones distintas. Imposible saber cuál de las había tomado Álex, suponiendo que viajara en alguna de ellas.

Desalentada, Jana regresó sobre sus pasos y volvió a internarse en la calleja desierta. Había un gato blanco encaramado en una tapia de ladrillo, observándola con aparente interés. «Si fuera una varulf, podría comunicarme con él —se dijo la muchacha, frustrada—. El gato tiene que haber visto pasar a Álex, él podría decirme hacia dónde ha ido...».

Se apoyó en la gruesa tapia de ladrillo, ignoró al animal y trató de serenarse. Estaba furiosa con Álex, pero sabía que su enfado no la ayudaría a encontrarlo. Si quería seguir su rastro por medios mágicos, necesitaba transformar sus sentimientos; necesitaba recordar lo mucho que él significa para ella.

—La senda del corazón —murmuró, desprendiendo de su tobillo un cordón de plata que siempre llevaba puesto, formando una especie de brazalete de varias vueltas.

Pasándose las manos por detrás de la nuca, abrió de nuevo el engarce y se abrochó la fina cadena. Con los dedos sobre ella, repitió una y otra vez el nombre de su amigo.

—Álex. Álex. Álex...

Con cada repetición, Jana buceaba más profundamente en su memoria, tratando de encontrar recuerdos de los momentos más conmovedores que Álex y ella habían vivido juntos. El primer beso, en las escaleras de su casa; el momento en que descubrió el nudo de amor celta tatuado sobre su piel. Aquel segundo beso en el patio del colegio, cuando Álex estuvo a punto de morir por haber rozado sus labios...

No tuvo que esforzarse mucho. El recuerdo de aquellas escenas bastó para cambiar su estado de ánimo de inmediato. Las discusiones y los rencores quedaron olvidados. En ese momento, lo único que quería era reunirse con él, sentir sus brazos alrededor de su cintura y ponerse de puntillas para besarlo.

Un cosquilleo ardiente en los dedos que rozaban la cadena le hizo comprender que el conjuro había dado resultado. Hincando la rodilla izquierda en el suelo, se enrolló el cordón de plata sobre el tobillo y volvió a engarzarlo. La quemazón se trasladó aquella parte de su piel, y antes de que su voluntad pudiera intervenir ya estaba caminando a buen paso tras el rastro de Álex.

Sabía que lo único que tenía que hacer era dejar que sus pies la guiasen y seguir

pensando en Álex para no romper el encantamiento. Y así, sus pasos la fueron llevando de una calle a otra, atravesando canales y puentes, mientras ella avanzaba como una sonámbula, la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados.

El conjuro le producía una extraña ebriedad, una sensación de bienestar que hacía mucho que no sentía. Una sonrisa alucinada se instaló en su rostro, y durante algunos minutos incluso llegó a olvidar el motivo de aquella persecución.

Hasta que, en un momento dado, sus pasos se detuvieron bruscamente.

Jana abrió los ojos, y reconoció el lugar enseguida. Se encontraba a la entrada de la Calle dei Morti, donde estaba el palacio del misterioso Armand. No era posible que Álex hubiese dado con él nada más llegar a Venecia... ¿O sí lo era?

Recordando su visita anterior a aquel rincón de la ciudad en compañía de Yadia, se dirigió sin la menor vacilación hacia el muro gris que cerraba la callejuela. Al igual que la otra vez, había un graffiti rojo de un caballo toscamente dibujado sobre la piedra del muro. Cuando Jana lo tocó, el muro se desmoronó levantando una nube de polvo, y detrás apareció la fachada transparente, que poco a poco fue adquiriendo consistencia. Jana subió de dos en dos los escalones apenas visibles que conducían a la puerta del extraño palacio. Se detuvo en el rellano circular, ante la brillante puerta negra, y comenzó a llamar con los nudillos, trazando con sus golpes el perfil de la cabeza del caballo.

En cuanto la puerta se abrió, Jana se quedó petrificada en el umbral. Frente a ella, al otro lado del vestíbulo, había una puerta abierta a través de la cual se veía una ventana gótica que daba a un ancho canal. Y ante la ventana, dándole la espalda, reconoció la silueta de Argo. Parecía un ángel lisiado y enfermo, que solo de milagro se mantenía en equilibrio.

Dentro de aquella misma estancia, en un rincón que no resulta visible desde el vestíbulo, se oían voces.

—El principio lo pongo yo, y ha subido desde la última vez que hablamos —dijo una de ellas—. Es lo que hay... Lo tomas o lo dejas.

—No seas ridículo Yadia —respondió la otra voz con aspereza—. No puedo darte más de lo que te he dado. No tiene sentido que me amenaces... ¿Qué vas hacer devolvérselo a Corvino?

Un escalofrío recorrió de arriba abajo la espina dorsal de Jana. Había reconocido la segunda voz en cuanto oyó las primeras palabras. Se trataba de Álex...

Sin tomarse ni un segundo para reflexionar, entró como un huracán en la habitación donde negociaban los dos conspiradores. Ambos miraron simultáneamente hacia la puerta, sorprendidos. Incluso Argo se volvió al instante, alertado por la respiración jadeante de la muchacha.

Los ojos de Jana se encontraron con los de Álex, más azules y fríos que nunca.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. No deberías haber venido...



Aquello era más de lo que Jana podía tolerar.

—¿Ah, no? —Replicó, irónica—. ¿Y qué se supone que debía hacer, quedarme plantada en la calle, en el mismo sitio donde tú me dejaste?

Álex se encogió levemente de hombros, mientras Yadia sonreía sin disimulo.

—Podrías haber vuelto al palacio de Nieve. Tienes las llaves, y sabías que no había nadie.

—Te olvidas de una cosa. —Jana casi siseaba de indignación—. Quedamos en que yo también iba a participar en la búsqueda, ¿recuerdas?

Álex tardó unos segundos en responder.

—Ya ves que no era necesario —dijo al fin—. Yadia sacó a Argo del palacio por encargo mío... Pensé que era la mejor opción.

Jana avanzó un paso hacia él.

—Es increíble —comenzó. La voz le temblaba de rabia—. Has dejado que yo cargue con la culpa delante de Nieve, y resulta que habías sido tú... ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Pensabas ocultármelo todo el tiempo?

Álex suspiró.

—Confiaba en que no te enterases, sí. Siempre subestimo tus poderes... Está claro que, a pesar de lo que sucedió en la Caverna Sagrada, la magia sigue estando mal repartida.

—Digamos que yo sé utilizar la pequeña porción que me corresponde mejor que la mayoría —contestó Jana, mirando de reojo a Yadia—. Pero esa no era la cuestión, ahora... ¿Cómo has podido llegar a un trato con él, dejándome a mí fuera?

Yadia se sacudió con dignidad sus largos cabellos blancos hacia atrás, y emitió un ruidoso bufido.

—Bueno, ya está bien —dijo—. Sois tal para cual, y yo he pecado de ingenuo confiando en vosotros... Vámonos, Argo. Conmigo estarás más seguro que con ellos; está claro que no nos necesitan.

Argo se apartó lentamente de la ventana y clavó los ojos en Álex. Este pareció entender de inmediato el significado de aquella mirada.

—De eso nada, Yadia —dijo con firmeza—. Lo siento, pero Argo se queda conmigo. Fue lo pactado desde el principio... Tú solo tenías que liberarlo, y ya has recibido tu paga por hacerlo.

Yadia sonrió con afectación.

—Estás yendo muy deprisa —gruñó—. Por lo visto, has olvidado que sé muchas cosas que a ti no te convienen que circulen por ahí. ¿Cuánto crees que me pagaría Corvino por esa información? Por no hablar de Glauco...

Un relámpago atravesó los ojos de Álex.

—Déjate de rodeos —dijo—. ¿Qué es lo que quieres?

Yadia miró pensativo a Argo.

—Quiero ser yo quien lo proteja —dijo—. Puedo hacerlo mejor que tú. Y a cambio... Yo sé que él tiene enormes riquezas escondidas. Se ha pasado miles de años reuniendo su pequeño tesoro. Quiero que lo comparta conmigo... Aunque estoy dispuesto a negociar, para que tú y tu novia participéis también en el negocio.

El rostro de Argo se contrajo en una mueca de repugnancia.

—No es eso lo que quiere —murmuró—. Quiere el libro, como vosotros.

Jana miró fijamente a Álex, sin molestarse en intentar ocultar su asombro. Por más que lo intentaba, no conseguía entender lo que estaba pasando. Yadia y Argo parecían dar por sentado que ella y Álex estaban juntos en aquella negociación. Sin embargo, era evidente que Álex había intentado dejarla al margen... Y que sabía mucho más acerca del Libro de la creación de lo que le había contado.

Una desagradable risotada de Yadia interrumpió sus reflexiones.

—El libro —repitió el cazarrecompensas con desdén—. ¿Crees que soy tan ingenuo como para tragarme esa historia? A estos a lo mejor consigues engañarlos, pero a mí no. El vídeo estaba trucado, estoy seguro. Así que por el libro no te preocupes; a mí no me interesa.

Evitando la mirada de Yadia, Argo se acercó a Álex con expresión casi suplicante.

—No le creas —dijo—. Es un bastardo varulf, lo único que quiere es encontrar el libro y entregárselo a Glauco a cambio de que le acepten en el clan... Él no puede protegerme, Álex. No es lo bastante poderoso, pero vosotros sí.

Álex asintió.

—Dije que te protegería y lo haré.

Una sombra de desconfianza cruzó el rostro del viejo guardián.

—No te llevaré hasta el libro si no me das tu palabra de que me protegerás. No solo hasta que te lo entregue; también después... Aunque después, si todo sale bien, tal vez ya no necesite ninguna protección.

—Eres idiota, Argo —siseó Yadia—. Suponiendo que el libro existiera, él no te dejaría usarlo, ¿no te das cuenta? Quiere encontrarlo para destruirlo.

Jana observó que las pupilas de Álex se encogían, y comprendió que Yadia había dado en el clavo.

De modo que era eso. Álex había averiguado la existencia del libro al mismo tiempo que ella, y había decidido localizar la copia realizada por Dayedi para destruirla. Quizá tuviera intención de contárselo aquella misma mañana, cuando acudió a su habitación para despertarla. Pero, al darse cuenta de que Jana estaba pensando en utilizar el libro para devolverle la vida a Erik, cambió de opinión, y decidió no informarla de sus planes.

—No podrás destruir el libro —murmuró—. Arawn lo intentó, y no pudo hacerlo...

—Este no es el verdadero libro —contestó Álex sin mirarla—. Tan solo es una

copia.

—Lo importante es el texto; ¿qué más da que sea una copia o no? —insistió Jana—. No debes intentarlo siquiera, Álex. Podría acabar contigo, pero no solo contigo. Si lo destruyes, podrías destruirlo todo... ¡Argo, díselo tú!

Argo sonrió con desdén.

—No me importa que lo destruya, con tal de que antes me deje utilizarlo para volver a ser el que era.

—Pero si quema el libro, no te servirá de nada...

—Te equivocas, Jana —dijo el viejo guardián con una sonrisa—. Álex tiene razón, el libro no es más que una copia... El mundo no se destruirá con él. No es eso lo que debéis temer.

—No es eso... ¿Qué es, entonces? —preguntó Jana.

Argo se irguió un poco antes de contestar. Sus ojos ardían como si tuviera fiebre, y un visible temblor sacudía sus manos.

—El libro os destruirá a vosotros —dijo en un susurro—. Los dos lo queréis, pero no podréis conseguirlo sin traicionaros el uno al otro.

Fue como si aquellas palabras helasen el aire contenido en la habitación. Jana sintió de inmediato el frío, un frío intenso y cruel que le clavaba sus agujas hasta impedirle respirar.

—Si os creéis las mentiras de este viejo, tendréis merecida cualquier cosa que pueda pasaros —dijo Yadia con una mueca de disgusto—. Sé que estoy en inferioridad de condiciones, así que no voy a insistir. Me voy. Ya acudiréis a mí cuando me necesitéis...

—No creo que volvamos a necesitarte —afirmó Álex, sin apartar sus ojos de Argo.

Yadia alzó las cejas y sonrió, mirando a Jana. Luego dándole la espalda, comenzó a avanzar arrastrando los pies hacia la puerta.

—Muy bien, como queráis —dijo, girándose por última vez antes de salir—. Buena suerte, entonces... Creedme, la vais a necesitar.

## Capítulo 13

Cuando Yadia se fue, Argo dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias, supongo —dijo, mirando a Álex—. No habría podido soportar volver a depender de él.

—Deberías estarle agradecido —repuso Álex, echando una mirada al vestíbulo—. Gracias a él eres libre... No sé cómo se las ha arreglado para romper el conjuro de protección de Corvino y sacarte del palacio.

—Tu amiga no parece muy contenta de que haya escapado —dijo, señalando a Jana con el dedo.

En el rostro de la muchacha se dibujó una mueca de fastidio.

—No voy a discutir contigo, Argo. Estas aquí y puedes llevarnos hasta ese libro, según dices... Muy bien, pues llévanos.

—Ahora no vamos a ir a ninguna parte, Jana —intervino Álex—. Nieve y Corvino están peinando la ciudad para dar con él; hay que esconderlo, al menos por un tiempo.

—Entonces, quedémonos aquí —repuso ella—. No creo que encontremos escondrijo mejor.

—Vamos, Jana; aquí no podemos quedarnos —dijo Álex. Parecía muy cerca de perder la paciencia, a juzgar por el tono cortante de su voz—. Yadia sabe dónde estamos, y se ha ido bastante molesto. No me extrañaría que nos echase encima a los varulf en cualquier momento... No te preocupes, he alquilado una suite en el hotel Cimarosa. Es un sitio discreto, y he tomado la precaución de registrarme con un nombre falso.

—¿Desde cuándo tenías planeado todo esto?

Álex sonrió, aunque sus ojos no reflejaron ninguna alegría.

—No hace mucho —contestó—. Ya te dije que he estado bastante ocupado...

—Uno terminará traicionando al otro —le interrumpió Argo, frotándose las manos con satisfacción—. Esto empieza bien, muy bien... Un regalo envenenado. Siempre he sabido que no hay nada más dañino que un regalo bien elegido.

Jana lo miró con aprensión, pero Álex avanzó hacia ella y tomó una de sus manos entre las suyas.

—No le hagas caso —dijo—. Está desvariando. Suponiendo que ese libro exista, no permitiré que nos separe.

—Ya. —Jana retiró la mano—. ¿Por eso quieres destruirlo?

Se hizo un hondo silencio mientras los jóvenes se sondeaban mutuamente con la mirada. Así permanecieron durante más de un minuto, hasta que la luz azulada

procedente del vestíbulo los distrajo.

Ambos se giraron al mismo tiempo hacia la puerta. Y allí, erguida y desafiante como nunca la habían visto, estaba Nieve.

—Heru me lo advirtió —dijo. Su voz, a la vez ronca y apasionada, delataba la violencia de su decepción—. Me dijo que no me fiase de vosotros, pero yo no quise hacerle caso... Álex, ¿cómo has podido?

—Ningún tribunal lo ha juzgado, que yo sepa. Vosotros dos os creéis la ley... Pero no lo sois.

Nieve se había puesto tan pálida que su piel casi parecía translúcida.

—¿Desde cuándo eres tan comprensivo con él? Intento matarte, Álex. Lo habría hecho de no ser por Erik.

—Lo sé. Pero eso no justifica que lo mantengáis secuestrado.

La aureola de luz azul que rodeaba a la guardiana se volvió más intensa y oscura.

—Ha sido ella, ¿verdad? —dijo, señalando a Jana, que se mantenía al margen de la escena, a pocos pasos de Argo—. Ella te ha convencido de que lo liberaras. No intentes negarlo, Yadia me lo ha contado todo. ¿Cómo lo has conseguido, Argo? ¿Qué les has prometido para que se pusieran de tu parte?

Argo hizo un gesto desganado con la mano, mientras afloraba a sus labios una malévola sonrisa.

—Intenta adivinarlo, querida. Vuélvete a casa y siéntate con Corvino a reflexionar...

Un rugido inhumano e insoportablemente agudo ahogó las últimas palabras del anciano. Era la voz de Nieve. Brotaba de su garganta como un torrente de sonidos cristalinos, alzando un viento destructor alrededor de la inmóvil figura de la guardiana.

Todo sucedió a la vez: la fuerza huracanada de aquel viento mágico agitó las cortinas, derribó los escasos muebles de la habitación y alzó en volandas a Jana y a Argo, lanzándolos violentamente contra la pared del espejo. Al mismo tiempo, los vidrios de la ventana estallaron todos de golpe, cayendo al suelo en una lluvia de diminutos fragmentos. Solo Álex permanecía en pie en medio del desastre. El viento sonoro de Nieve azotaba cruelmente su rostro, pero él ni siquiera bajó la mirada.

En lugar de eso, Jana le vio extender ambas manos con las palmas abiertas, como si quisiera detener el vendaval. Y también vio cómo el viento se estrellaba contra un muro a escasos centímetros de aquellas manos, condensándose en una tromba de agua que retrocedía como una ola atraída por el interior del océano. El océano parecía ser Nieve... En pocos segundos, el agua la cercó por todas partes y la envolvió en un torbellino que ocultaba casi completamente su figura. Su sobrenatural chillido no cesó, aunque ahora sonaba quebradizo, intermitente. Parecía imposible que sobreviviese a la fuerza despiadada de su propia violencia, que Álex había

transformado mágicamente en agua.

Jana observaba la escena desde el suelo, petrificada. Se había golpeado la cabeza, y la conmoción había conseguido nublarle la vista durante segundos, al cabo de los cuales consiguió finalmente reaccionar. Tenía que ayudar a Álex, terminar con aquello de una vez antes de alguien resultase herido...

Se había olvidado de Argo, y cuando lo vio saltar a través del ventanal roto ya era demasiado tarde para detenerlo. Jana se precipitó tras él y lo vio caer unos metros para luego remontar el vuelo pesadamente, como un buitre herido...

—Se escapa —gritó, volviéndose hacia el interior de la estancia—. Argo ha saltado, se escapa volando...

El viento se detuvo abruptamente, y las aguas que envolvían a Nieve se evaporaron con la rapidez de un sueño. Un Álex pálido y tembloroso se lanzó hacia el ventanal, mientras Nieve permanecía totalmente quieta, mirando el cielo desde el centro de la habitación con ojos desenchajados.

Los tres vieron sobrevolar el canal a baja altura, alejándose en dirección a la Laguna. Jana cogió del suelo una pluma negra que se había desprendido de sus alas al arrojarse por la ventana. Mientras seguía con la vista la trayectoria del guardián, concentró todos sus esfuerzos en establecer un vínculo mágico con las alas de Argo a través de aquella pluma. Rememoró el sabor arenoso del ojo que Argo le había entregado, el momento en que este se disolvió en su boca, instantes antes de provocarle una visión. Notó que el vínculo se fortalecía a través de aquel recuerdo, y a partir de ese instante pudo seguir la huida de Argo con los ojos cerrados, viendo interiormente lo mismo que él veía.

El guardián no estaba asustado. Una sensación de euforia lo invadía cada vez que miraba hacia abajo, hacia la amplia panorámica de canales flanqueados por palacios de mármol y ladrillo que se extendía a sus pies, cada vez más lejos. Una corriente de brisas tibia le había ayudado a ganar altura, y sus alas apenas tenían que esforzarse para proyectarlo hacia delante. Le bastaba con mantenerlas bien extendidas, flotando en el viento, y batiéndolas cada vez que este debilitaba el empuje.

De pronto, Jana notó una horrible quemazón en la mano que sostenía la pluma. Su cálamo se había vuelto de un color rojo brillante, como si estuviese hecho de hierro fundido. Resultaba casi imposible seguir sosteniéndolo.

Jana apretó los dientes. Argo había notado los lazos invisibles que lo mantenían unido a ella, y estaba intentando romperlos. Si soltaba la pluma, perdería el vínculo mágico que la ligaba al guardián. Y eso significaba perder su rastro. No podía permitirlo...

Pero la quemazón en su mano era cada vez más insoportable, y su piel no iba a resistir mucho tiempo más. Antes o después, tendría que rendirse.

Sin embargo, cuando ya estaba a punto de dejar caer la pluma, esta se enfrió de

golpe.

Jana sintió una oleada de miedo. Enseguida comprendió que aquel terror que la invadía no procedía de su conciencia, sino de la del guardián, que se lo había transmitido mediante el sortilegio que los unía. Dejó, por tanto, que aquel miedo se apoderase de ella, y una vez más vio la ciudad a través de los ojos de Argo.

Su atención estaba concentrada en una góndola inmóvil sobre el Gran Canal. Un individuo alto y desgarrado, cubierto con un impermeable verde, seguía desde aquella embarcación el vuelo del fugitivo. El hombre se encontraba demasiado lejos como para que Jana pudiese distinguir su rostro, pero sí vio con toda claridad el carcaj que colgaba de su hombro y el arco que apuntaba hacia arriba...

En el mismo instante que Argo, comprendió que se trataba de Heru.

Abrió los ojos, sobresaltada, y miró al cielo. Las alas de Argo formaban una uve oscura sobrevolando el canal, a escasa distancia de la cúpula de la iglesia de La Salute. La góndola de Heru flotaba debajo, tan inmóvil como si se encontrase anclada en aquel lugar.

Una flecha de luz roja partió del arco y, describiendo una curva larga y precisa, fue a clavarse en el costado izquierdo de Argo. Jana sintió que era su propia carne la que se desgarraba, y un aullido inhumano brotó de su garganta. No podía soportar tanto dolor. Era como si todos sus órganos se hubiesen incendiados...

Soltó la pluma. Sus ojos siguieron horrorizados la caída de Argo, envuelto en llamas. Parecía que iba a precipitarse ardiendo sobre el canal, pero justo antes de rozar el agua, su cuerpo se deshizo en una explosión de cenizas negras.

Todo había terminado. El fuego sagrado de la flecha de Heru había destruido para siempre al más orgullosos de los guardianes. Argo, que tanto había luchado por recuperar la inmortalidad, había muerto a manos de uno de los suyos... Y con él habían muerto todos sus secretos.

Las cenizas del cuerpo calcinado se dispersaron rápidamente en la atmósfera, oscureciendo la ciudad como si el crepúsculo se hubiese adelantado.

—Pobre Argo —murmuró Nieve con su voz de siempre, la voz joven y agradable de una mujer normal—. Y pobre Heru. Sabía que no podía haberse ido muy lejos. Él siempre ha cuidado de todos nosotros... —Un sollozo ronco brotó de su pecho, y se cubrió el rostro con las manos. Álex dio un paso hacia ella, pero Jana lo detuvo.

—Déjala —susurró, atrayéndolo suavemente para sí—. No la interrumpas... Creo que en estos momentos lo que necesita es llorar.

Frente a la cama de Jana, tres altas ventanas rectangulares filtraban la luz esmeralda del jardín del hotel. Álex le había dejado la habitación principal de la suite, reservándose para él el cuarto más pequeño. Se había dormido con la esperanza de que él apareciera en cualquier momento ofreciendo alguna excusa ridícula para

meterse en su cama, como hacía a menudo. Pero esta vez no había sucedido... Se habían separado enfadados, y Álex no parecía dispuesto a dar el primer paso hacia la reconciliación.

Usando el mando a distancia, Jana encendió un momento el televisor para comprobar qué hora era. Las diez y cuarto... Volvió a apagarlo y se despezó, frustrada. Se les había pasado la hora del desayuno; ahora tendrían que vestirse y buscar alguna cafetería cercana donde, seguramente, no tendrían croissants frescos.

Estaba a punto de meterse en la ducha cuando oyó los dos tímidos golpes en la puerta.

—Servicio de habitaciones —dijo la voz de Álex imitando el acento veneciano—. ¿Puedo pasar, signorina?

Con una sonrisa, Jana abrió la puerta. Álex estaba al otro lado con un carrito repleto de fruta, dulces y pan tostado, además de un par de tazas de porcelana, una jarra de leche y una cafetera.

—Llegó hace un rato, pero me asomé y vi que todavía estabas dormida —explicó, estampándole un beso en la mejilla—. Se habrá quedado frío; tendría que haberte despertado...

—Pensé que nos vendría bien reponer fuerzas, después de lo de ayer.

La sonrisa se borró del rostro de Jana.

—Nunca había visto a Nieve tan furiosa —murmuró, apartándose para dejar pasar a Álex con el carrito—. Y Heru... No me miró ni una sola vez a la cara.

—Lo sé. A mí tampoco. Creo que estaba más enfadado conmigo que contigo.

Se sentaron en los sillones que había a la derecha de los ventanales. En silencio, Álex sirvió café, añadiendo a la taza de Jana la cantidad exacta de leche que a ella le gustaba.

—Ha sido un error —dijo ella—. No quiero volver a discutir, sé que hacías lo correcto... Pero han dejado de confiar en nosotros, y eso pone en peligro la tregua entre guardianes y los clanes medu.

Ella misma se echó dos terrones de azúcar moreno en el café, mientras Álex removía su taza con aire pensativo.

—Argo habría muerto de todas formas al cabo de pocas semanas —dijo—. Estaba muy mal. Quizá haya sido mejor así...

—¿Mejor? ¿Mejor para quién? Para los agmar no, desde luego. Si Nieve y Corvino se enfadan, el resto de los clanes me culparán a mí. Glauco debe estar frotándose las manos...

—¿Solo piensas en tu clan? —Álex había fruncido levemente el ceño—. No creo que sea lo más importante ahora, Jana; de verdad.

—Nunca entenderás lo que significa estar al frente de un clan —suspiró Jana—. Tengo deberes, responsabilidades. Hay mucha gente que depende de mí...



—Vives en el pasado, Jana. Los clanes ya no existen, al menos no como existieron durante siglos. Ya no hay guerra, ni secretos que proteger, ni enemigos a los que engañar. Esos tiempos se acabaron.

Durante unos minutos, ambos masticaron sus respectivas tostadas en silencio. A Jana le habría gustado replicarle a Álex que se equivocaba, que todavía quedaban muchos secretos que custodiar en los distintos clanes, y que cada día corrían mayor peligro. Pero eso él ya debía de saberlo... aunque fingiera lo contrario.

—Me gustaría telefonar a Nieve —murmuró finalmente la muchacha—. Quizá necesite algo; ayer, cuando nos despedimos, parecía enferma...

—Corvino la cuidará —replicó Álex con una sonrisa—. Créeme para él no será ningún sacrificio.

Jana buscó su mirada.

—¿Tú también lo has notado? —preguntó—. Está loco por ella. Qué absurdo, después de siglos y siglos conviviendo como si fueran hermanos...

—Ellos son probablemente los que más han cambiado desde la muerte de Erik —murmuró Álex, y se interrumpió para tomarse un par de sorbos de café—. Corvino, por ejemplo... Ya no parece interesado en dominar sus sentidos y en no dejarse esclavizar por ellos. Es como si, de repente, todo eso ya no significara nada para él.

—Estaban acostumbrados a creer que tenían todo el tiempo del mundo. Pero ahora son mortales... Supongo que eso les hace ver la vida de otra manera.

Álex asintió había comenzado a pelar una naranja, y parecía completamente concentrado en su tarea.

—De todas formas, ayer Nieve me sorprendió —confesó sin alzar la vista—. No creí que conservase sus antiguos poderes... Tengo la impresión de que incluso han aumentado.

Jana lo observó con curiosidad.

—Ya. Y los tuyos también —dijo, estudiando su reacción—. Es raro, ¿no? ¿Tú cómo lo explicas?

Álex tendió la mitad de la naranja.

—No lo sé —admitió—. La forma en que la magia de la Caverna se ha repartido por el mundo nunca deja de asombrarme. Algunos seres humanos parecen haber adquirido poderes increíbles, mientras que otros siguen exactamente igual que antes. Me pregunto qué hicimos mal para que el reparto sea tan injusto...

—Pues sería mejor que dejaras de preguntártelo. La magia no puede comprenderse mediante mecanismos racionales, como la psicología o la ciencia. Es más bien cuestión de intuición... Y de sentimientos.

Álex puso cara de escepticismo. Algo molesta, Jana evitó su mirada y se concentró en masticar la pulpa jugosa y dulce de la naranja.

—¿Qué vamos hacer ahora? —preguntó—. Será difícil encontrar el libro, ahora

que Argo ya no está...

—Quizá sería mejor que nos olvidásemos de esa historia —murmuró Álex—. Después de todo, Yadia probablemente tenía razón. Argo intentaba jugar con nosotros. Lo más seguro es que ese libro ni siquiera exista.

—Solo hay una forma de saberlo: podríamos contárselo todo a Nieve... Se supone que ella y Corvino deben saber si la copia de Dayedi todavía existe.

—¿Y crees qué, si saben algo, van a decírtelo? —Álex sonrió—. ¿Después de lo que pasó ayer?

—Justamente por eso, deberíamos contárselo. Así se darán cuenta de que confiamos en ellos...

—Y nos perdonarán. No sé, Jana, no lo veo tan claro.

En ese momento sonó el teléfono de la habitación. Jana y Álex se miraron, desconcertados. Nadie sabía que se alojaban allí; ni siquiera David, ni la madre de Álex... Además, ellos les habrían llamados a sus respectivos móviles, y no al teléfono del hotel.

—Será de recepción —dijo Álex, levantándose a descolgar—. Ayer se me olvidó recoger el pasaporte que les entregué al llegar.

Jana lo observó mientras se llevaba el auricular a la oreja y contestaba a la persona que había al otro lado de la línea con media docena de monosílabos.

Después de colgar el aparato, Álex se volvió hacia Jana.

—Era de recepción. Han dejado un mensaje urgente... Un botones va a subirlo.

Cinco minutos después se presentó en la puerta de la suite un joven italiano vestido con una librea de aspecto antiguo. En cuanto Álex le abrió, le tendió una bandeja de plata ovalada con un sobre blanco, y esperó impávido la propina. No se retiró hasta que Jana le entregó la única moneda de euro que encontró rebuscando en su monedero.

Mientras ella cerraba la puerta, Álex ya estaba abriendo el sobre.

—No puedo creerlo —dijo, leyendo con gesto sombrío la nota que contenía—. Es de Yadia... ¿Quieres saber lo que dice?

—¿A ti qué te parece? —contestó Jana en tono de impaciencia.

Álex se aclaró la garganta y leyó en voz alta.

—«Siento que mi pequeña travesura de ayer terminase de modo tan trágico. Si me hubieseis escuchado, las cosas podrían haber sido distintas. En fin, ya no tiene remedio... Y yo no quiero perder a dos buenos amigos por un pequeño desencuentro. Hagamos las paces; va en serio. Para demostrártelo, me he permitido compraros un pequeño regalo».

—El descaro de ese tipo es asombroso —dijo Jana, mirando el sobre con curiosidad. ¿El regalo es eso?

Álex extrajo del sobre el aplastado paquete floreado que contenía. Su tamaño era

poco mayor que el de una tarjeta de visita. Con dedos ágiles, el muchacho desgarró el envoltorio y extrajo su contenido: dos entradas numeradas de color verde, acompañadas de una octavilla de propaganda.

—«Esta noche, gran espectáculo de magia a cargo del célebre ilusionista Armand Montvalier. A las nueve y media, en el teatro Fiori, Fondamenta dei Nicolotti». — Álex alzó los ojos hacia Jana—. Nos invita a un espectáculo del tal Armand...

—Es del mago del que te hablé —dijo Jana en voz baja—. Ya sabes, el del vídeo. Me gustaría ir a verlo...

—¿Estás de broma? —el rostro de Álex se había oscurecido—. No vamos a ir. Yadia es un intrigante, y ya nos ha traído suficientes problemas. No sé qué trae entre manos esta vez, pero apostaría a que no es nada bueno.

Jana sondeó los fríos ojos azules del muchacho.

—¿Qué pasa Álex? ¿Tienes miedo?

No le gustó el sonido irónico de su propia voz, pero ya era demasiado tarde para retirar las palabras. Sabía perfectamente que Álex no se asustaba fácilmente; había dicho aquello solo para provocarle. Y, a juzgar por el destello de ira que brillaba en sus pupilas, era evidente que lo había conseguido.

—No tienes límite, ¿verdad Jana? —preguntó, apretando el puño alrededor del cuchillo de untar la mantequilla hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. Cualquiera cosa con tal de conseguir lo que quieres...

—Lo siento —dijo ella, consciente de que desafiar a Álex no había sido buena idea—. Quiero ver ese espectáculo, eso es todo.

—Muy bien. Pues lo veremos —decidió Álex, levantándose con brusquedad de su asiento y yendo hacia la ventana. Desde allí, se volvió a mirarla con una sonrisa desafiante—. Pero si las cosas se complican esta noche, Jana, recuerda este momento. Recuerda que yo quise dejarlo cuando todavía estábamos a tiempo y que tú me llamaste «cobarde»... Recuérdalo cuando empiecen los problemas. Desearás haberme escuchado, créeme.

## Capítulo 14

La chica de la linterna alargó la mano para coger las entradas que Álex le tendía y observó un momento sus números antes de ponerse en marcha. Era una rubia explosiva enfundada en un vestido negro que se ajustaba como un guante a sus impresionantes curvas. Como acomodadora, a Jana le pareció un tanto sospechosa, y sus ruidosos tacones no eran demasiado apropiados para pasar inadvertida en sus idas y venidas por los silenciosos pasillos del teatro.

Álex debía de estar pensando lo mismo, porque miraba con mucho interés a su joven guía. ¿Era por eso, o era porque no podía apartar los ojos de sus caderas en movimiento? Jana no estaba segura de querer conocer la respuesta.

Curiosamente, el patio de butacas estaba lleno, a pesar de que aún faltaban cinco minutos para el comienzo de la representación. Una penumbra amarillenta bañaba las apretadas filas de espectadores, muchos de los cuales susurraban entre sí en distintas lenguas. Había al menos tres grupos diferentes de turistas, cada uno de ellos pastoreado por un guía. La guía del grupo suizo era una mujer que, de cuando en cuando, levantaba un enorme paraguas de colores en su butaca para amansar a su rebaño con su tranquilizadora presencia. El guía japonés se había embarcado en una retahíla interminable de explicaciones atropelladas, como si tuviera muchas advertencias que hacerles a sus seguidores antes de que se alzase el telón. En cuanto a la francesa, se comportaba de un modo más discreto, aunque constantemente iba de un lado a otro, inclinándose ante las distintas butacas para intercambiar unas palabras con los miembros de su grupo.

Al llegar la hora fijada para el comienzo de la representación, las luces empezaron a declinar hasta extinguirse por completo. En la oscuridad, Jana suspiró, aliviada. Oía la respiración tensa y superficial de Álex a su lado, pero no se atrevió a cogerle una mano, ni a susurrarle algún comentario irónico sobre la situación. Había estado distante todo el día, y Jana no entendía el motivo. A fin de cuentas, ella no le había obligado a acompañarla al teatro... Si estaba allí, había sido por decisión propia.

En el escenario, un círculo de luz dorada iluminó las pesadas cortinas de terciopelo. Un instante después, las cortinas se abrieron en silencio, descubriendo un estrado completamente forrado de negro, y amueblado tan solo por dos sillas blancas. Una voz grabada sobre un fondo de tambores y platillos anunció al incomparable Armand Montvalier. El público aplaudió sin mucho entusiasmo, mientras por la izquierda hacía su entrada el mago de la grabación que había visto Jana, vestido con un esmoquin azul y una pajarita del mismo color sobre su camisa blanca.

Armand se inclinó exageradamente a un lado y a otro para agradecer los tibios aplausos de los espectadores. Tras él había aparecido un fornido ayudante calvo, con grandes bigotes castaños y un aro de metal en la nariz. El tipo llevaba puestas unas mallas rojas con rayos amarillos en la parte exterior de ambas perneras, lo que le daba el aspecto de un superhéroe de pacotilla.

—Damas y caballeros, es un honor presentarme ante ustedes para ofrecerles mi nuevo espectáculo —dijo Armand. Debía de llevar un micrófono prendido a la ropa, porque su voz sonaba fuerte y algo metálica, aunque agradable—. Los números que van a contemplar hoy aquí les dejarán con la boca abierta, y cuando regresen a sus casas intentarán convencerse a sí mismos de que solo eran trucos, y de que no han visto nada que no tenga explicación. Pero se equivocarán: porque la magia que hoy vamos a ofrecerles no es magia de circo, sino magia real, de esa que poco a poco va empezando a formar parte de sus vidas. Yo les voy a mostrar lo que se puede hacer con esa magia... Pero les daré un consejo: no intenten imitarme. Si sufrieran un accidente por mi culpa, nunca me lo perdonaría.

Un conato de aplauso saludó el final de las explicaciones. Armand volvió a ejecutar una elegante reverencia y se retiró al fondo del escenario junto con su ayudante, mientras del techo, iluminado por dos focos azules, descendía un pesado acuario repleto de agua.

—Voy a realizar ante ustedes el célebre número de la caja de tortura china, inmortalizado por el gran Houdini —dijo Armand, acercándose de nuevo al patio de butacas y señalando con un gesto majestuoso la gigantesca pecera de cristal—. En homenaje a él, introduciremos algunas variantes que esperamos consigan sorprenderles y deleitarles.

Una voz en off repitió las explicaciones de Armand en varias lenguas mientras él se quitaba la chaqueta y su ayudante desaparecía entre bastidores para regresar al cabo de un momento portando un hacha roja de enormes proporciones. Algunas personas se echaron a reír ante la grotesca imagen, pero Armand, frunciendo el ceño, los acalló con un gesto. A pesar de su imborrable sonrisa, era evidente que se tomaba el espectáculo muy en serio.

De nuevo se oyó un redoble de tambores, y del techo cayó una pesada cadena que chocó contra las tablas del escenario exactamente a los pies de Armand. El ayudante se acercó, recogió el extremo de la cadena del suelo, y parecía a punto de pasarla alrededor de la cintura del mago cuando este levantó un dedo admonitorio y lo miró con gesto severo.

—¡Alto, Fiorino! Te olvidas de una cosa —dijo, volviéndose sonriente hacia el público—. Necesitamos un voluntario... Por favor, esas manos: ¿alguien se ofrece voluntario para ayudar a Fiorino en este peligroso número?

Varios brazos se alzaron entre los espectadores, pero Armand señaló a un

muchacho pálido, de cabello castaño, que se encontraba sentado a la izquierda de Álex y no había levantado la mano.

—¿Usted, señor? Magnífico, muchas gracias. Adelante, se lo ruego: suba al escenario.

El joven, que no parecía tener más de veinte años, miró confuso al mago y, después de una leve vacilación, obedeció sus instrucciones.

—Qué raro; ¿por qué a él? —susurró Jana acercando su cabeza a la de Álex—. Ni siquiera se había ofrecido... Solo lo ha elegido porque está sentado a nuestro lado.

Álex se volvió a mirarla en la penumbra.

—¿Crees que nos ha visto? —preguntó en voz baja—. Hay mucha gente...

—Seguro que se ha puesto de acuerdo con Yadia y que nos tienen vigilados —repuso Jana—. Si nos han hecho venir, es que algo pretenden...

Armand carraspeó, y Jana tuvo la sensación de que lo había hecho para reclamar su atención y obligarlos a callarse.

En cuanto el joven pálido subió al escenario, Fiorino se acercó a él y, con una graciosa reverencia, le entregó solemnemente el hacha roja. Al cogerla, el muchacho se tambaleó, debido a lo pesada que era. Se oyeron algunas risas disimuladas en la platea.

—Mi querido amigo —dijo Armand—. Te llamas...

—Paolo —logró contestar el joven— Paolo Testa...

—Paolo; magnífico, Paolo. Tengo que pedirte que te sitúes a la izquierda de esta urna mortal y que permanezcas cerca con el hacha preparada, por si acaso el truco falla. Permaneceré sumergido en estas aguas gélidas durante tres minutos exactos. Si al cabo de tres minutos y medio no he salido, debo pedirte que rompas el cristal de la urna con el hacha para librarme de la muerte. No es más que una medida de precaución —añadió, con una tranquilizadora sonrisa dirigida al público—. No se preocupen, Paolo no tendrá que liberarme.

Dejando al perplejo Paolo estacionado junto a la enorme pecera, Armand pasó por delante de ella y se detuvo junto a la cadena. Fiorino procedió entonces a arrollarla varias veces alrededor de su cuerpo, ascendiendo desde los tobillos hacia el pecho. Después de asegurar los cierres de seguridad y de cerciorarse de que el mago estaba perfectamente sujeto, hizo un gesto al vacío, y la cadena comenzó a ascender, enganchada simultáneamente a los tobillos y a la parte superior del torso de Armand. Cuando este se encontraba ya encima del tanque, el enganche del torso se soltó, dejando al mago únicamente sujeto por los pies.

Lentamente, la cadena empezó a descender. Diez segundos más tarde, Armand estaba sumergido boca abajo en el agua del acuario. Algunos murmullos nerviosos recorrieron el teatro. Las luces se apagaron por completo, dejando un único foco azul sobre la urna y una proyección de un reloj digital sobre el fondo negro del escenario,

un falso reloj que, con su ruidoso tictac, iba desgranando angustiosamente los segundos.

Como el resto de los espectadores, Jana contuvo el aliento mientras observaba cómo, a medida que transcurrían los minutos, el rostro de Armand se volvía rojo, luego púrpura y, finalmente, azulado. Grandes trozos de hielo flotaban en la superficie del tanque, para demostrar la bajísima temperatura del agua. Los segundos pasaban: dos minutos cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve...

—¡Basta! ¡Sáquenlo ya! —chilló una voz fuera de sí.

Álex y Jana miraron sobresaltados a su izquierda. El grito procedía de la butaca que, poco antes, el voluntario forzoso reclutado por Armand había dejado vacía.

Un foco amarillo recorrió las hileras de butacas hasta detenerse en la del espectador histérico, que seguía chillando sin control. Cuando el charco de luz bañó su rostro, toda la sala estalló en exclamaciones de sorpresa. El tipo que chillaba sin parar, mientras se aferraba convulsamente a un hacha roja de grandes dimensiones, era ni más ni menos que el mismísimo Armand.

Cegado por la brillante luz del foco, el ilusionista dejó de gritar y cerró los ojos. Su expresión, en ese instante, era de absoluto desconcierto. La gente empezó a ponerse de pie para espiar su reacción, pero, antes de que esta llegara a producirse, el foco amarillo giró bruscamente hacia el escenario.

Y allí, delante del tanque de cristal, completamente empapado y envuelto en una alegre toalla playera, se encontraba de nuevo Armand. Exhibía en sus labios todavía amoratados por el frío la misma sonrisa obsequiosa y vacía de un momento antes, y gruesas gotas de agua caían de su pelo, chorreando sobre sus rubias pestañas y sus pálidas mejillas.

El público estalló en aplausos; se oyeron ovaciones nerviosas desde distintos puntos del teatro. Algunas provenían de los palcos... Diez segundos más tarde se encendió la gigantesca lámpara de cristal de Murano que pendía sobre el patio de butacas. Todas las miradas se volvieron al unísono hacia el asiento que, un instante antes, ocupaba Armand. Allí sentado, con expresión confusa y un brillo asustado en las pupilas, se encontraba el joven voluntario llamado Paolo. Aún sostenía el hacha entre las manos, y parecía ignorar completamente la milagrosa transformación que acababa de protagonizar.

Fiorino saltó ágilmente del escenario y, recorriendo el pasillo central, se detuvo junto a la fila que ocupaban, entre otros espectadores, Paolo, Álex y Jana.

—¿Me la devuelve, por favor? —dijo, apuntando al hacha roja que sostenía el joven.

Este lo miró con gesto de desamparo. No parecía muy seguro de que Fiorino se estuviese dirigiendo a él.

—El hacha —le susurró Álex al oído—. Tienes que devolvérsela...

Mientras el joven le tendía el hacha al imperturbable ayudante, los aplausos del público redoblaron su intensidad.

—Diez minutos de descanso —anunció Fiorino, regresando pesadamente al escenario—. El gran Armand necesita recuperarse de esta incomparable hazaña.

El telón cayó despacio, ocultando al mago y a su asistente, pero los aplausos tardaron un buen rato en apagarse.

Poco a poco, la gente comenzó a levantarse de sus butacas y a desfilas hacia el vestíbulo del teatro. Al pasar junto al asiento de Paolo, un hombre de rostro embrutecido y triste se le encaró, colocando su prominente barriga justo enfrente de la cara del muchacho. Su mujer, cuya fealdad era de esas que brotan directamente de un alma retorcida, se detuvo a su lado, sus labios finos apretados en una caricatura de sonrisa.

—¿Cuánto te han pagado por esta pantomima? —preguntó el tipo en tono desagradable—. No creo que mucho...

El joven frunció el ceño, y, por un momento, Jana tuvo la impresión de que estaba considerando seriamente la posibilidad de darle un puñetazo al tosco individuo en plena cara. Sin embargo, finalmente se contuvo, y lo único que hizo fue ponerse en pie, apartar al tipo de un manotazo y abandonar su butaca en dirección a la salida.

El hombre lo siguió con la mirada, obviamente defraudado por no haber conseguido humillar al chico.

—¡Como actor no vales nada! —le gritó, enrojeciendo de frustración—. ¡Eres muy malo!

La mujer soltó una vulgar risotada, y ambos se alejaron cogidos del brazo. Jana los observó con una mueca de desagrado. Cuando desaparecieron tras la cortina negra de la salida central, sus ojos se encontraron con los de Álex.

—Qué pareja tan horrible —dijo—. Hay que estar muy enfermo para reaccionar así...

Álex asintió, pero su mente parecía estar en otra parte.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó—. Impresionante, ¿no?

—Más que eso; extraño. No sé, Álex, a mí no me ha parecido que hubiese truco...

—A mí tampoco —coincidió el muchacho.

Se quedaron callados un instante, mientras el grupo de espectadores suizos desfilaba junto a ellos por el pasillo.

—¿Salimos nosotros también? —preguntó Jana cuando terminaron de pasar—. Me estoy asfixiando aquí dentro, necesito respirar.

Álex asintió, mirándola con preocupación. Ambos recorrieron el pasillo con las manos entrelazadas, apoyándose levemente el uno en el otro.

En el vestíbulo, alguien había puesto en marcha una pianola que desgranaba una



vieja y monótona melodía de cabaret. El grupo de turistas japoneses formaba un círculo delante de la taquilla, y su guía comenzó a repartir triángulos de cartón con porciones de pizza que iba sacando de una enorme cesta de picnic. Mientras los japoneses daban cuenta con eficaz rapidez de su cena, el resto de los espectadores formaban animados corrillos donde se comentaba el espectacular truco de la primera parte del espectáculo. Todo el mundo hablaba en murmullos, como si existiese cierto temor a levantar la voz...

Álex se acercó al bar a por un par de botellas de agua, pero había mucha gente en la barra y tuvo que esperar turno durante varios minutos. Cuando regresó al lado de Jana, el timbre que señalaba la reanudación del espectáculo acababa de sonar. La pianola, para entonces, ya había enmudecido... Ante las puertas del patio de butacas se habían formado largas colas; ellos fueron de los últimos en regresar a sus asientos.

Antes de que las luces se apagaran, Jana se fijó en que la butaca contigua a la de Álex continuaba vacía.

—Parece que al «voluntario» no le han quedado ganas de ver la segunda parte —observó en voz baja.

—No me extraña —repuso Álex en el mismo tono—. A ver con qué nos salen ahora...

Mientras el telón subía, se oyó de nuevo un atronador redoble de tambores, que de inmediato desencadenó un nervioso aplauso entre las filas de espectadores. Armand salió al escenario, saludando a diestro y siniestro con su sombrero de copa forrado de lentejuelas verdes. Se había cambiado de ropa; ahora llevaba un esmoquin de color verde brillante, a juego con el sombrero. El pintoresco Fiorino no le acompañaba.

Algunos miembros del grupo de turistas suizos, que ocupaban las primeras filas, se pusieron en pie y comenzaron a lanzar rosas al escenario. Algunos lanzaban sus flores con tal violencia, que, más que homenajear al mago, daba la impresión de que quisieran golpearle.

Armand cogió al vuelo una de las rosas, tan marchita que casi todos sus pétalos cayeron al suelo cuando el mago intentó mostrársela al público. Con gesto apenado, Armand se agachó a recoger aquellos pétalos mustios uno a uno.

—Los magos siempre nos movemos en la frontera entre lo posible y lo imposible —reflexionó en voz alta, concentrado en su tarea—. Todos ustedes saben que esa frontera ha cambiado mucho en los últimos tiempos. El don de la magia se ha extendido por el mundo. No sabemos por qué, pero lo recibimos con gratitud. Ahora bien, ¿dónde queda ahora el papel de los magos? Debemos ir más allá que nunca, explorar los límites que, hasta ahora, la magia nunca había alcanzado...

Con los pétalos en la mano, se puso en pie y mostró solemnemente el tallo mustio de la rosa a su auditorio.

—La última frontera, damas y caballeros, es la muerte —dijo.

Después, acarició el tallo marchito con la mano que contenía los pétalos. Cuando la retiró, la rosa estaba intacta, y volvía a tener todos los pétalos que poco antes había perdido. Armand arrojó la rosa a una mujer de la primera fila, que la atrapó y la olió con fruición. El público aplaudió entusiasmado.

Quando los aplausos se acallaron, Armand carraspeó afectadamente y volvió a hablar.

—Existe otra frontera, además de la muerte. Otra frontera que el hombre común raramente se aventura a explorar... Me refiero a la Verdad, damas y caballeros. Y yo, para concluir el espectáculo de esta noche, los invito a explorarla conmigo.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente mientras recorría las mudas filas de espectadores, evaluando el efecto de sus palabras.

—Antes de comenzar, debo advertirles de algo que seguramente ya saben. La verdad puede resultar muy peligrosa... Ténganlo muy presente. A continuación, voy a responder a las tres primeras preguntas que ustedes quieran formularme, y voy a responder LA VERDAD. Pero existen algunas reglas: primera, no más de una pregunta por persona. Segunda, formulen preguntas cuya respuesta realmente sea de una importancia vital para ustedes. Esta condición es muy importante, y si no la tienen en cuenta se arriesgan a enfrentarse con una desagradable sorpresa. No intenten averiguar verdades que solo pueden hacerles daño... Por último, una tercera condición: mediten bien lo que van a preguntar. Y si no están seguros de querer saber la respuesta, no pregunten; porque el gran Armand conoce todas las verdades, y no vacila en revelarlas si se le desafía a hacerlo.

Un silencio helado acogió las últimas advertencias del mago. Era evidente que sus palabras hablan conseguido impresionar a los espectadores.

De pronto, al otro lado del pasillo y un par de filas por delante de la que ocupaban Álex y Jana, se puso en pie el hombre que poco antes había insultado al joven voluntario del hacha. Con los brazos en jarras y en tono burlón, formuló su pregunta:

—A ver, hombre. Si tanto sabes, ¿por qué no me dices qué número va a resultar premiado en la lotería?

Su mujer emitió una risilla de deleite, y entre el público se oyeron algunos murmullos.

Por primera vez desde el comienzo de la velada, Armand palideció. En su frente aparecieron dos profundas arrugas verticales, y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Ha hecho usted una elección deplorable, caballero —dijo con voz ronca—. Les advertí de que tuvieran cuidado con lo que preguntaban. Debía ser algo absolutamente vital para ustedes...

—¿Y quién te dice a ti que no es vital para mí ganar a la lotería? —replicó el tipo agresivo con una risotada.

Armand tardó unos segundos en contestar.

—Está bien —suspiró—. Si eso es lo que realmente desea, contestaré a su pregunta. El número que resultará premiado en la lotería es el del billete que ahora mismo tiene usted celosamente guardado en su cartera. Pero eso no es lo que debería haber preguntado. Ahora, su vida corre peligro. Y la pregunta que podría salvarle es...: «¿Quién de los presentes intentará matarme esta noche para robarme el décimo premiado?».

El tipo miró a Armand petrificado. Todo su aplomo parecía haberle abandonado de golpe. Todavía de pie, se volvió hacia su mujer, colérico.

—Tú tienes la culpa —dijo—. Tú te empeñaste en que le preguntara... Yo ya no puedo hacer más preguntas, hazla tú por mí. Si alguien quiere matarme, quiero saberlo.

La mujer lo miró con infinito desprecio y no dijo ni una palabra.

El individuo se dejó caer en su asiento, aturdido. Algunas personas, apiadándose de él, formularon al mismo tiempo la pregunta que le atormentaba, pero Armand los acalló con un gesto.

—Lo siento, señoras y señores. Me preguntan quién va a intentar matar a este caballero, pero no puedo responderles... porque esa pregunta no es de vital importancia para quienes la han formulado. Solo podría contestar en caso de que la formulara la víctima (que ya ha desperdiciado su oportunidad) o el asesino (y no creo que él quiera que yo revele su identidad en voz alta).

—Está tomándonos el pelo —dijo el tipo con voz insegura desde su asiento—. Una broma de muy mal gusto. Le denunciaré; le llevaré a los tribunales...

—¿Desde cuándo el mal gusto es un delito? —preguntó Armand, alzando exageradamente las cejas—. Si lo fuera, mi querido señor, usted y su mujer llevarían mucho tiempo en la cárcel.

El público estalló en carcajadas, y la tensión del momento se diluyó hasta desaparecer en aquel coro de risas. Los ánimos tardaron algunos minutos en serenarse... El individuo del billete de lotería permaneció sentado en su asiento con los ojos bajos, rojo de ira, pero sin decir palabra. Por lo visto, la idea de provocar a Armand ya no le divertía tanto como antes.

—Ya han visto, señoras y señores, que la verdad puede llegar a incomodar, o incluso a amenazar —dijo Armand, poniéndose repentinamente serio—. Por eso, les ruego que se lo piensen muy bien antes de alzar la mano y formular su siguiente pregunta. Háganme caso, es un buen consejo.

Un silencio de piedra cayó sobre el patio de butacas. Después de la inquietante respuesta que había recibido el primer voluntario, nadie parecía dispuesto a seguirle el juego al mago.

De pronto, para sorpresa de Jana, Álex se puso en pie.

—Yo tengo una pregunta —dijo con voz firme—. ¿Dónde está Armand en este momento?

Se oyeron murmullos de sorpresa, mezclados con algunas exclamaciones escandalizadas. Después de la demoledora respuesta que el mago le había dado al hombre de la lotería, no parecía prudente provocarlo con una broma.

Sin embargo, Armand no parecía escandalizado. Con perfecta calma, paseó la mirada sobre las butacas hasta detenerla en el rostro de Álex y le dedicó una inocente sonrisa.

—¿Podría explicarse mejor, señor? —solicitó educadamente—. Creo que no le he entendido bien...

—Usted no es el verdadero Armand —contestó Álex en tono retador—. Armand Montvalier era un ilusionista de tercera que malvivía viajando de pueblo en pueblo con su triste espectáculo. Hasta que algo sucedió... Algo que lo quitó de en medio. Sus restos calcinados se encuentran todavía en el depósito de cadáveres de Vicenza, en espera de que alguien los reclame. Yo mismo contemplé su cadáver hace tres noches; la policía no alberga ninguna duda acerca de su identidad.

De nuevo se oyeron susurros, conversaciones ahogadas, exclamaciones de asombro de algunos espectadores; pero esta vez Jana apenas les prestó atención. El corazón le latía a mil por hora, y sentía de pronto un ardor insoportable en las sienes.

Intentaba procesar lo que Álex acababa de decir. Había estado viendo un cadáver en Vicenza, a escasos kilómetros de Venecia, tres días atrás, cuando ella le creía a miles de kilómetros de distancia. Lo que significaba que llevaba en Italia bastante más tiempo de lo que ella suponía, evitándola..., sin tan siquiera contestar a sus llamadas. ¿Por qué? ¿Qué explicación tenía aquello? ¿Desde cuándo estaba siguiendo Álex la pista de Armand, y por qué no había compartido con ella lo que sabía? ¿Qué era exactamente lo que le estaba ocultando?

Necesitaba con tal urgencia una respuesta a aquellas preguntas que incluso se olvidó de Armand (o del falso Armand) por un momento. Solo cuando el mago se aclaró la garganta para responder a las acusaciones de Álex, volvió a prestarle atención.

—Le recuerdo, señor Torres —dijo Armand con una cínica sonrisa—; le recuerdo perfectamente, aunque en el momento de nuestro encuentro yo no era más que un espíritu incorpóreo, un alma vagabunda arrastrada hacia la extinción por el viento del destino y que luchaba con todas sus fuerzas por no separarse de su encarnadura mortal. Es cierto, yo era un mago lamentable, lo admito. Pero uno tiene derecho a querer superarse, a progresar en la vida, ¿no lo creen así? Todos queremos ser mejores; lo que ocurre es que la mayoría de las veces no estamos dispuestos a pagar el precio necesario. Porque el precio es la muerte, señoras y señores —añadió deslizando la mirada sobre las filas de espectadores con teatral solemnidad—. Para

cambiar hay que morir, es la única manera. Y eso exige valor... Yo lo tengo, ¿y usted? —Su mirada regresó a Álex, y la sonrisa se borró bruscamente de su rostro—. ¿Está usted dispuesto a morir por lo que desea, señor Torres? O, para ir aún más lejos..., ¿está usted dispuesto a matar?

Álex miró fijamente al mago, tan pálido como si acabase de encajar un terrible golpe. Por un momento, Jana creyó que iba a responderle, pero en lugar de hacerlo se dejó caer en el asiento y bajó la mirada, mientras el mago sonreía satisfecho. Desde las butacas de alrededor, varias personas miraban a Álex con desdén.

—Es el asesino —dijo alguien, apuntándole con el dedo—. El que va a matar al de la lotería para quedarse con su número. Eso es lo que ha querido decir...

Varias personas apoyaron sus palabras, pero Álex no parecía prestarles ninguna atención. Se hallaba aislado en una especie de burbuja invisible, abstraído en unos pensamientos que, a juzgar por la expresión tensa y apenada de su rostro, debían de ser extraordinariamente sombríos.

—Creen que vas a matar a ese hombre —le susurró Jana, zarandeándole el brazo para obligarle a que le prestara atención—. Tienes que defenderte; una multitud asustada puede ser peligrosa...

Álex la miró como si no la viera. En ese instante, Armand dejó escapar una cristalina carcajada, como si todo aquello no hubiera sido más que un chiste.

—La tercera pregunta —dijo cuando consiguió dominar su ataque de hilaridad—. Solo una, por favor; tendrán que conformarse con eso. Les ruego que sean comprensivos.

La advertencia era innecesaria, ya que nadie parecía ansioso por preguntar nada. Algunas personas se estaban poniendo sus abrigos, enfadadas. La segunda parte del espectáculo estaba siendo un fiasco, una absurda y monumental tomadura de pelo.

Fue entonces cuando los centenares de bombillas de la lámpara de cristal del techo chisporrotearon todas a la vez y se apagaron. Al mismo tiempo, los dos focos que iluminaban el escenario estallaron con violencia. El teatro quedó sumido en la más completa oscuridad.

Alguien gritó, y comenzaron a oírse voces nerviosas, gente que intentaba salir, y otros que intentaban tranquilizarlos. Desde el escenario, Armand pidió calma.

—No se preocupen, damas y caballeros. Manténganse sentados en sus butacas, se lo ruego. El equipo de electricidad está intentando arreglar la avería. Reanudaremos el espectáculo lo antes posible...

Algunos espectadores encendieron sus teléfonos móviles, y se vieron un par de linternas oscilando por los pasillos, acompañadas de un ruido apresurado de pasos. Jana estaba rebuscando en su bolso para sacar su propio teléfono, cuando oyó una vez más la voz de Armand, aunque ahora sonaba ronca y perentoria, sorprendentemente transformada.

—Antes de que esto acabe, quiero contestar a tu pregunta —dijo; y Jana comprendió instantáneamente que se dirigía a ella, y que nadie más que ella podía oír sus palabras—. No intentes negarlo, te he oído formularla tan claramente como si hubieses hablado en voz alta. Lo sé, lo sé; no digas nada...

Jana miró de reojo a Álex, que permanecía completamente inmóvil en su butaca, un bulto negro recortándose contra la oscuridad algo menor del teatro. Se preguntó si él también habría oído la voz. Pero no; estaba segura de que no la había oído. Nadie más podía oírla, solo ella. Se relajó y esperó pacientemente a que la voz regresase. Sabía que Armand no le exigiría respuestas para seguir hablando, solo que abriese su mente y le escuchara.

—Cómo encontrar el libro —dijo el mago casi en un susurro, aunque Jana lo oyó con dolorosa claridad—. Eso es lo que quieres saber, ¿verdad, muchacha? Cómo encontrar el Libro de la Creación... Está bien, te daré una respuesta. Si quieres encontrarlo, tendrás que seguir la pista que te indique tu hermano David. Es una buena pista, una pista importante... Pero hay una condición. Para encontrar el libro, deberás separarte de tu amigo. Si seguís juntos, si regresáis juntos a casa, jamás lo encontraréis ninguno de los dos.

La última frase aún resonaba en los oídos de Jana cuando dos hileras de bombillitas doradas se encendieron de pronto, iluminando los márgenes del pasillo central.

—Señoras y señores, debemos pedirles que abandonen ordenadamente el teatro —anunció una voz femenina por megafonía—. La avería del sistema eléctrico no podrá solucionarse en un plazo breve de tiempo, por lo que el espectáculo queda suspendido. Rogamos disculpen las molestias...

La gente empezó a protestar, a levantarse, a exigir que le devolviesen el dinero. Todas las miradas se volvieron hacia el escenario, débilmente iluminado ahora por un equipo de luces de emergencia. Pero allí no quedaba nadie que pudiera escucharlos... El escenario se hallaba desierto.

Armand Montvalier había desaparecido.

## Capítulo 15

—Vamos ahora mismo a los camerinos —dijo Álex mientras se subía la cremallera de su chaqueta de cuero. Ambos se hallaban todavía sentados en la penumbra del teatro. A su alrededor, los espectadores hacían cola para salir al pasillo central o a uno de los pasillos laterales—. Todavía no he terminado con ese tipo. Sus trucos no le servirán conmigo; quiero respuestas...

—Armand no está en el teatro, Álex. Se ha ido. No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé. Noto su ausencia. Es como... como si hubiese dejado un vacío.

Álex la miró con curiosidad.

—También a ti parece haberte impresionado —dijo, poniéndose en pie—. Como a todos... Es un buen comediante, eso hay que reconocerlo. En fin, si ya no está no tiene sentido seguir esperando.

—Creo que sí lo tiene —observó Jana, echando una ojeada nerviosa a su alrededor—. La gente te mira, ¿no te das cuenta? Muchos están convencidos de que eres un asesino... Será mejor esperar a que esto se despeje para salir.

Álex suspiró y volvió a sentarse, malhumorado. Las luces doradas del pasillo apenas permitían a Jana distinguir los rasgos crispados de su amigo.

—No me contaste nada sobre ese cadáver —murmuró—. ¿Por qué?

La respuesta de Álex tardó unos segundos en llegar.

—Supongo que estaba confuso —dijo finalmente—. Necesitaba aclarar mis ideas...

—Debiste decírmelo.

El tono de reproche de Jana era en sí mismo toda una acusación.

—Tampoco te lo he ocultado. Si hubiera querido ocultártelo, no habría hablado de ello delante de ti —se defendió Álex.

—Ya. Delante de mí y de otras trescientos personas...

Álex señaló el pasillo central, que ya se encontraba casi totalmente despejado.

—Vamos —dijo con desgana—. No quiero seguir con esta discusión.

Salieron al vestíbulo, donde se había congregado una pequeña multitud alrededor de la barra del bar. Un camarero sudoroso, con la pajarita ladeada, iba y venía detrás de la barra sirviendo botellines de agua y cervezas en vasos de plástico. Cuando Jana y Álex se aproximaron, todos los rostros se volvieron simultáneamente hacia ellos en medio de un aluvión de cuchicheos. La mujer del tipo de la lotería, que sostenía rígidamente un enorme vaso de refresco, clavó en Álex sus ojos mezquinos y ansiosos.

—Será mejor que nos vayamos —sugirió Jana, tirando suavemente del brazo de

su amigo—. Quedarnos aquí no sería buena idea. Hay otros bares en Venecia bastantes mejores que este.

—Quería comprar una botella de agua —replicó Álex, sin moverse—. Se me ha puesto la boca seca, y tardaremos un buen rato en llegar al hotel.

—Hazme caso. La compraremos fuera.

Reaccionando por fin, Álex siguió a Jana hacia la salida, y ambos enfilaron apresuradamente una calle lateral para alejarse lo más deprisa posible del siniestro teatro.

Caminaron a la luz de los anticuados faroles durante un buen rato sin tocarse. El agua oscura de los canales reflejaba las luces de las escasas ventanas iluminadas.

—No te entiendo —dijo Jana después de unos minutos, incapaz de seguir esperando respuestas que no llegaban—. ¿Cuánto tiempo llevas en Italia? Estabas a dos pasos de mí, y ni siquiera contestabas a mis llamadas... ¿Qué me estás ocultando?

—Intentaba protegerte. —Quizá por efecto de la tensión, Álex había apretado el paso, y a Jana le costaba trabajo seguirle—. Encontré una pista sobre el libro y quise averiguar qué había detrás. Pero pensé que sería peligroso; y estaba seguro de que tú te empeñarías en acompañarme si te lo contaba...

—Ya. Muy caballeroso de tu parte —le interrumpió Jana, mordaz—. Como si no te hubiera demostrado ya bastantes veces que sé cuidar de mí misma.

—Me preocupo por ti; no sé por qué te extraña tanto.

Siguieron caminando unos minutos más sin dirigirse la palabra, concentrados en las luces oscilantes de las escasas góndolas que aún circulaban por los canales. Atravesaron una pequeña plaza de aspecto encantador. En el bajo de una de las casas había un restaurante con un toldo de franjas blancas y amarillas, brillantemente iluminado. Jana pensó en proponerle a Álex que se quedaran a cenar allí, pero enseguida cambió de idea. Ninguno de los dos estaba de humor para una cena romántica. Y la discusión le había quitado el apetito.

Dejaron atrás aquel refugio cálido y acogedor y se adentraron en una calle oscura y desierta. Los tacones de Jana resonaban con un chasquido metálico cada vez que daba un paso sobre los adoquines de la calzada. En cambio, las zapatillas deportivas de Álex apenas hacían ruido.

—¿No vas a contarme lo que paso? —preguntó ella al fin—. ¿Cómo te enteraste de la existencia de Armand?

Sus miradas se cruzaron en el instante en que atravesaban el rectángulo de luz de un portal abierto.

—Empecé a tener sueños extraños. Fue antes de que nos dieran las vacaciones... Siempre era lo mismo. Una escena angustiosa que se repetía cada noche, y en la que aparecía el Libro de la Creación.



—Yo también tuve sueños; o, más bien, visiones... Pero fue después de que Argo me hablase por primera vez del libro. ¿Qué soñabas exactamente?

—Pues... Es difícil de explicar. Detrás de mí, a mi espalda, había una luz muy intensa, casi abrasadora; una luz de una fuente desconocida... La luz proyectaba una sombra muy alargada de mi cuerpo, tan enorme que se perdía en la distancia. Y oculto en aquella sombra estaba el libro. Yo sentía su presencia, sentía que me llamaba, pero por más que me esforzaba no podía verlo. Era como si mi sombra se lo hubiese tragado.

Una lancha enfiló el canal junto al cual caminaban y pasó junto a ellos con un ruido de motores que se superponía al borboteo del agua. La luz de la embarcación proyectó un reflejo amarillento sobre el rostro en sombras de Álex.

—¿Cómo supiste que era el Libro de la Creación? —preguntó Jana.

Álex meditó un instante su respuesta.

—Esa información formaba parte del sueño, supongo —explicó—. Yo sabía que en la sombra había un libro, y sabía que el libro era poderoso y terrible y que se llamaba «el Libro de la Creación».

—¿Sabías que era un libro de los kuriles?

—No. Eso lo supe más tarde, cuando empecé a hacer averiguaciones.

Jana buscó su mirada en la oscuridad, pero no la encontró. Álex tenía la vista clavada en el extremo del canal, hacia donde caminaban a buen ritmo.

—¿Cómo llegaste hasta Armand? —preguntó la muchacha—. Supongo que Argo te habló del libro mientras viviste con los guardianes...

—Te equivocas; ninguno de ellos lo mencionó jamás. He tenido que averiguarlo todo por mi cuenta. Y no ha sido nada fácil, te lo aseguro.

—Puedo imaginarlo. Le pregunté a mi hermano David y nunca había oído hablar de él. Y si David no lo conoce, debe de conocerlo muy poca gente... ¿Quién te puso sobre la pista?

Le pareció que Álex esbozaba una leve sonrisa.

—No te lo vas a creer. La encontré en la biblioteca del colegio. Nunca me había dado por mirar el departamento de «donaciones antiguas», pero hay verdaderas joyas...

Jana asintió, pensativa. El colegio Los Olmos había sido, durante más de un siglo, un importante enclave medu. No era extraño que en su biblioteca pudiesen encontrarse textos relacionados con la historia de los clanes... Las dos medu de la junta directiva del centro, ambas pertenecientes al clan de los albos, habían decidido un par de meses atrás añadir las colecciones medu a la biblioteca general del colegio, juzgando que el tiempo de los secretos había pasado.

—Quizá el libro nos esté llamando —conjuró, insegura—. Hasta ahora yo tenía mis dudas, porque sabía que Argo podía haber falseado mis visiones para

manipularme. Pero, según dices, tus visiones no tuvieran nada que ver con Argo, y está claro que el propósito de esas visiones era conducirte hasta el libro. Es lo mismo que has pensado tú, ¿no? Por eso has estado buscándolo.

Al final de la calle había una placita ovalada con una extraña iglesia de piedra ros en el centro. Álex se quedó inmóvil sobre el empedrado, mirado su torre levemente inclinada hacia la derecha, pero Jana tuvo la impresión de que sus pensamientos se encontraban muy lejos de que aquella torre.

—No sé si el libro nos está llamando o no. Y tampoco estoy seguro de querer escuchar su llamada —dijo en voz baja.

—Pero, entonces, ¿por qué has seguido su pista? ¿Por qué fuiste a Vicenza a examinar el cadáver de Armand?

Álex se encogió de hombros.

—No por la razón que piensas, Jana. Es cierto que he estado buscando el libro, pero lo único que quiero hacer con él es destruirlo.

Incrédula, Jana se echó a reír.

—Tiene que ser una broma —dijo—. Estamos siguiendo el rastro de un objeto increíblemente poderoso, un libro que podría cambiarlo todo, y tú quieres destruirlo. Y, para colmo, no me dices nada... ¿Cuándo pensaba contármelo?

—Cuando llegase el momento —repuso Álex, reanudando lentamente la marcha en dirección a la parte trasera de la iglesia—. Pensé que tardaría un poco más en llegar, eso es cierto...

—Si yo no hubiera tenido visiones del libro, si no te hubiera contado de Armand, tú no me habrías dicho nada —dedujo Jana—. Es lo que tú hubieras preferido, no intentes negarlo.

Álex la miró a los ojos por encima del hombro izquierdo. Sus pasos eran decididos, pero a la vez nerviosos, bruscos.

—No lo niego —reconoció, sin alterarse—. Lo siento Jana, pero a veces tengo la sensación de que tú te resistes a ver las cosas como son en realidad. Sigues anclada al pasado, a los deberes y tradiciones de tu clan, y continúas pensando que cualquier cosa que pueda aumentar el poder del clan en el futuro es buena. Pero te equivocas.

El letrero iluminado del hotel Cimarosa apareció en el extremo de la calle lateral. Atravesaron un puente de piedra y se encaminaron hacia allí.

—No te entiendo —murmuró Jana, exasperada—. ¿Por qué ese empeño en destruir el libro? ¿Por qué te parece tan peligroso?

—Porque posee un enorme poder, un poder que podría llegar a resultar catastrófico si cayese en manos equivocada.

—Eso es cierto. —Jana recordó con una punzada de temor la mirada burlona de Yadia—. Gracias a ese maldito cazarrecompensas, los varulf ahora saben tanto como nosotros. Si hubieras confiado en mí antes... En fin, ya no tiene remedio.

Se estaban aproximando al hotel, en cuyas escaleras charlaba animadamente un grupo de turistas octogenarios. Instintivamente, Jana buscó la mano de Álex. De pronto, se sentía extrañamente fuera de lugar en medio de aquella ciudad llena de extranjeros que lo ignoraban todo acerca de los medu, y que lo único que pretendían era hacerse fotos junto a los principales monumentos y pasárselo bien.

Álex pareció comprender su sensación de extrañeza, porque le apretó suavemente la mano, como para recordarle que estaba a su lado. Ambos pasaron sin decir nada junto al grupo de ancianos, atravesaron el elegante vestíbulo decorado con pesados ramos de lirios y gladiolos y se metieron en el ascensor.

—De todas formas, no me has explicado cómo diste con la pista de Armand —dijo Jana, pulsando el botón del tercer piso—. Eso no pudiste encontrarlo en los libros de la biblioteca.

—Pues fue allí donde lo encontré —repuso Álex con el ceño arrugado—. La segunda vez que consulté el tomo donde relataba la leyenda del Libro de la Creación, encontré dentro un recorte de periódico italiano, metido entre las páginas que narraban la leyenda. Contenía un solo artículo, que hablaba de la muerte de Armand en extrañas circunstancias.

El ascensor se había abierto, y ambos avanzaron sobre el pasillo alfombrado de púrpura en dirección a la suite que compartían.

Álex introdujo la tarjeta de la habitación en la ranura, y el picaporte cedió con un breve chasquido. Ya en el interior, metió la tarjeta en una segunda ranura adherida a la pared, y las lámparas de la suite se encendieron todas a la vez, bañando el vestíbulo y el ancho corredor que comunicaba a las dos habitaciones en un juego de luces cálidas y agradables.

—Yo sabía que el recorte no estaba allí la primera vez que consulté el libro —continuó explicando Álex mientras Jana, sentada sobre su cama, se quitaba los zapatos—. Pensé que era una pista, que alguien quería guiarme hasta el cadáver de Armand. Así que, en un impulso, me compré un billete de avión a Roma y, desde allí, cogí un tren a Vicenza...

—¿Lo relacionaste conmigo? —preguntó Jana mirándole a los ojos—. Sabías que yo estaba aquí, que Argo había insistido en verme. Vicenza está cerca de Venecia... A la fuerza tuviste que pensar en mí.

—Pensé que podía haber alguna relación —admitió Álex—. Y sigo pensándolo. Quizá todo esto no sea más que una estratagema de Argo para vengarse de nosotros, Jana. Tú sabes que nos odiaba, tanto a ti como a mí.

—Pero empezaste a tener sueños antes de que lo capturaran —objetó Jana—. No puede haber ninguna relación....

—¿Por qué no? Argo pudo inducirme esos sueños. Pudo ingeniárselas para que algún alumno del colegio dejase ese recorte en el ejemplar que sabía que yo iba a

consultar. Quizá ni siquiera exista el Libro de la Creación, Jana. Ha jugado con nosotros... Y también con Yadia, y con los varulf.

Jana comenzó a frotarse la puntera dolorida del pie derecho, embutido en una fina media de lycra. Cuando Álex dejó de hablar, levantó los ojos hacia él.

—¿Y cómo explicas lo que hemos visto esta noche? —preguntó—. Ese tipo hizo de magia de verdad. Y sabe algo del libro, de eso no hay duda.

—Podría formar parte del plan de Argo. Quizá él le encargó que nos impresionase, que desplegase ante nosotros sus mejores trucos.

—No. Argo no le habría confiado a un simple actor el secreto del libro, y estoy segura de que Armand lo conoce.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó Álex, intrigado.

Jana pensó en contarle lo de la voz interior que había oído al final del espectáculo de magia, mientras las luces permanecían apagadas. Armand le había hablado del libro, aunque nadie más le hubiese oído... Pero Álex no había confiado en ella durante todo aquel tiempo, se modo que finalmente decidió guardarse el secreto.

—Lo sé, eso es todo —se limitó a decir—. Y también sabe otras cosas relacionadas con nosotros, estoy segura. Aunque no entendí por qué insistía en preguntarte si estarías dispuesto a matar... ¿Tú sabes a qué se refería?

—No —contestó Álex, dándole bruscamente la espalda—. No tengo ni idea.

«Está mintiendo —pensó Jana de inmediato—. Es evidente que sigue ocultándome algo, y tiene que ser algo terrible, porque ni siquiera es capaz de mirarme a los ojos...».

Lo oyó alejarse por el pasillo, entrar en el baño y abrir el grifo del lavabo. Mientras escuchaba distraída el rumor del agua, sus pensamientos volvían una y otra vez a las extrañas palabras que Armand le había dirigido a Álex en presencia de todo el teatro. «Era como si le estuviese esperando —murmuró, casi sin darse cuenta—. Como si quisiese advertirle de algo».

Álex reapareció en el umbral de su habitación secándose las manos con una toalla blanca.

—Podríamos pedir la cena al servicio de habitaciones —sugirió, en un tono quizá exageradamente despreocupado—. Es un poco tarde para salir, y la verdad es que a mí no me apetece...

—De acuerdo. Pero, antes de pedir, me gustaría que probásemos una cosa.

Un brillo pícaro apareció en los ojos de Álex, pero volvió a desaparecer en cuanto el muchacho observó el gesto sombrío de Jana.

—No tiene nada que ver con lo que estás pensando —dijo ella, impaciente—. Quiero que intentemos tener una visión... Los dos juntos.

Le pareció que Álex palidecía.

—¿Una visión, ahora? —murmuró—. ¿Lo crees necesario?

Ella asintió con firmeza.

—Es la única forma de saber si las visiones las provocaba Argo o si proceden directamente del libro. Ahora que Argo ha muerto, si conseguimos ver el libro otra vez sabremos con seguridad que no ha sido cosa suya.

—Pero podría ser cosa nuestra —dijo Álex—. Quiero decir que estamos sugestionados, y eso podría bastar para provocar una visión relacionada con el libro...

—Vamos, Álex —le interrumpió Jana, mirándolo con severidad—. Los dos sabemos que descendemos de los kuriles. Nuestras visiones siempre significan algo, aunque no sepamos exactamente qué.

## Capítulo 16

En el cuarto de baño, Jana extrajo unas tijeras de manicura de su neceser violeta y las miró unos instantes, pensativa. Luego, regresó a su habitación, donde Álex la esperaba sentado en la moqueta, justo delante de las ondulantes cortinas (habían abierto un poco la ventana y la brisa húmeda de la noche se colaba en la recalentada habitación, refrescándola).

Jana echó una ojeada a la lámpara del tocador, la única que habían dejado encendida. La luz era suave y aterciopelada, perfecta para el ritual que estaba a punto de realizar. Se sentó ágilmente frente a Álex cruzando las piernas y alargó una mano para sujetarle un mechón de sus cabellos rubios. Él la miró sorprendido.

—¿Qué...?

Antes de que pudiera continuar, Jana había cortado el mechón con las pequeñas tijeras. Cerrando el puño a su alrededor, dejó libres el índice y el pulgar para sujetarse un tirabuzón de su propio cabello y repitió la operación.

—Parte de ti y parte de mí —murmuró, con los ojos clavados en Álex.

A continuación, extendió los brazos y abrió las manos, mostrando los dos mechones de pelo que acababa de cortar. El de Álex, rubio y liso, reposaba sobre su palma izquierda. El suyo, largo y oscuro, formaba un amasijo sobre su palma derecha.

Jana cerró nuevamente los puños y, bajando los párpados, comenzó a pronunciar las largas y antiguas fórmulas de la invocación. La cadencia de las palabras la llevó, poco a poco, a concentrarse en el ritual y a olvidarse completamente de Álex. Perdió la noción del tiempo; era como si su propia voz la transportase a través de los siglos hasta una región remota, anterior a su existencia y a la de todos los medu.

De pronto, sintió una quemazón brutal en la zona de su piel en contacto con los dos mechones de cabello. Abrió los ojos y extendió las manos, con las palmas hacia arriba. Los dos mechones habían comenzado a arder, pero lo hacían de un modo muy distinto. El de ella, sobre su mano derecha, formaba una llama blanca y resplandeciente, en forma de huso. Por el contrario, el de Álex proyectaba una sombra tan negra e impenetrable que parecía hecha de tinta.

—Sombra y llama —dijo, recordando a medida que las pronunciaba las palabras sagradas de la invocación agmar—. Sombra y llama...

Los dos fuegos, el claro y el oscuro, se consumieron simultáneamente, dejando en cada una de sus palmas una pequeña pirámide de ceniza. Las cenizas de su cabello eran plateadas; las del mechón de Álex tenían el color del hollín. Jana juntó las manos y las frotó una contra la otra, hasta que los dos montones formaron uno solo.

Volcó la ceniza en su palma izquierda y hundió en ella los dedos índice y corazón de la mano derecha.

—Cierra los ojos —le ordenó a Álex.

El muchacho obedeció. Jana trazó, con los dedos manchados de ceniza, una esquemática figura de ave sobre su rostro. Reconoció el símbolo a medida que lo dibujaba: era un ibis. Su largo cuello atravesaba verticalmente el párpado derecho de Álex.

—Ahora te toca a ti —dijo al terminar—. Tienes que trazar una figura sobre mi rostro.

Álex la miró desorientado. —Pero Jana, yo no sé...

—Tu mano te guiará. La ceniza le dirá lo que tiene que dibujar. Tú solo tienes que seguirla sin oponer resistencia.

Jana cerró los ojos, y se estremeció al notar la caricia de los dedos de Álex descendiendo desde su frente hasta la comisura de sus labios. Su párpado derecho tembló bajo el peso de la ceniza. Álex había dibujado una cruz de Amón sobre la mitad derecha de su rostro: no necesitaba mirarse al espejo para saberlo.

—El Ibis y el Anj —dijo. Su voz le sonó lejana y melodiosa, como si no le perteneciera—. Estamos preparados.

Dejó caer al suelo la ceniza restante y alargó ambas manos para entrelazarlas con las de Álex. Antes de cerrar los ojos, le dirigió una larga mirada. El corazón le latía con violencia. Esperaba que viajaran juntos, que la visión los condujese a ambos al mismo lugar. La invocación que acababa de realizar tenía esa función: unir sus almas para que nada ni nadie pudiera separarlas en su descenso al mundo de las sombras, donde la realidad se ocultaba bajo el disfraz de un sueño.

Sin embargo, algo falló. Antes de que las formas se materializaran a su alrededor, notó que las manos de Álex ya no estaban entre las suyas. En algún momento lo había perdido...

Sintió una caricia de luz tibia en el rostro, y alzó los párpados. Una vez más, estaba en la Caverna.

Notó que se le hacía un nudo en la garganta. Y también notó algo más: una opresión indefinible en el pecho que amenazaba con asfixiarla. La Caverna había cambiado... Una densa oscuridad se había tragado todos los contornos, y lo único que emergía de aquel océano de sombras, flotando como un barco de luz, era la tumba de Eric, iluminada por la corona de llamas que ceñía sus sienes.

Los pies de Jana se deslizaron sin esfuerzo hacia el sepulcro de piedra. Sentía que flotaba en un mar de oscuridad, y su faro era el rostro sereno y noble de Eric. Un vértigo extraño se apoderó de ella al rozar con los nudillos la fría losa sobre la que reposaba el cuerpo del muchacho. La belleza de aquel rostro dormido le resultaba casi insoportable. Una parte de ella ansiaba alargar la mano y tocar aquella frente

amplia y despejada, o acariciar los cabellos rubios del joven, que parecían haber crecido desde su última visión.

Pero lo más extraño, lo que la atraía hacia el sepulcro con la fuerza magnética de un hechizo, eran los ojos del último jefe drakul. Se estremeció al observar que los tenía abiertos, aunque sus iris claros permanecían tan inmóviles como los de una estatua. No la veía. Y sin embargo, ella tenía la extraña sensación de que Eric notaba su presencia, de que algo en su interior la estaba llamando, y de que esa llamada era triste, como si brotase de un corazón completamente vacío de esperanza.

No supo exactamente qué era lo que le estaba ocurriendo hasta que notó el puño metálico de la espada Aranox debajo de su cuerpo, incrustándose suavemente en sus costillas. El fuego blanco de la Esencia de Poder la había envuelto, arrastrándola hacia Eric, uniéndola a él. A su alrededor, las sombras parecieron oscilar, como si una ráfaga de viento hubiese penetrado hasta las profundidades del mar, removiéndolas. Pero a Jana no le importaban las sombras. Solo quería sentir el abrazo cálido de aquella luz que protegía a Eric, que parecía formar parte de él. No intentó apartarse cuando notó en sus labios el roce de papel de otros labios tan fríos como el mármol. A pesar de su suavidad de roca desgastada, ella supo instantáneamente que estaban vivos, que respondían al contacto de su piel con un beso ardiente; un beso que, de pronto, se volvió tiránico como una cadena, amenazando con mantenerla prisionera de su luz para siempre...

El suelo cedió bajo sus pies, y gritó mientras su cuerpo se hundía en una caída eterna. Creyó que era el final, que la oscuridad la arrastraba hacia un abismo solitario en el que ya nunca volvería a sentir la cálida seguridad de aquella luz que emanaba de Eric, que formaba parte de su ser.

Las tinieblas habían ganado.

O tal vez no.

Abrió los ojos y se encontró frente a frente con el rostro desenchajado de Álex.

Sin saber muy bien por qué, empezó a justificarse. Se sentía culpable por lo que acababa de experimentar durante la visión, aunque sabía que aquello no formaba parte de la realidad, sino de otra dimensión secreta e inalcanzable.

—Has vuelto antes que yo —dijo, obligándose a sostener la mirada torva y colérica del muchacho—. Siento que nos hayamos separado; algo ha debido de fallar...

—¿En serio? —La voz de Álex era fría, cortante como un filo de acero—. ¿Estás segura? Porque yo creo que nada ha fallado.

—Bueno; la idea era que los dos viésemos lo mismo...

—¿Y cómo sabes que no lo hemos visto?

Una terrible sospecha se abrió paso en la mente de Jana.



—No... no puede ser —balbuceó—. Tú no estabas allí. Lo habría notado...

Se interrumpió bruscamente, comprendiendo que ella misma se había delatado. Incluso aunque Álex no la hubiese visto besando a Erik, la turbación que delataban sus palabras tenía, por fuerza, que alarmarle.

Álex la observó con el rostro ladeado. Su mirada era cínica, y su sonrisa crispada resultaba casi amenazadora.

—Dímelo —suplicó ella, incapaz de soportar por más tiempo aquella incertidumbre—. ¿Qué has visto?

Tal y como esperaba, Álex no contestó. Se limitó a contemplarla largamente, con un gesto que se iba haciendo más y más sombrío a medida que transcurrían los segundos.

Jana notó que las mejillas comenzaban a arderle. Aquello equivalía prácticamente a una confesión. Una confesión que debía intentar explicar con palabras.

—Las visiones tienen un significado simbólico —dijo, en un tono que sonaba demasiado a excusa—. Si has visto lo mismo que yo, espero que lo interpretes así.

—¿Así? —Álex no parecía dispuesto a ponerle las cosas fáciles—. ¿Así, cómo?

—Bueno; quizá... una parte de mí desea que Erik regrese para devolverles a los clanes medu el sitio que les corresponde —repuso Jana con cautela—. Quizá esta historia del libro me haya dado esperanzas...

—Embustera —silabeó Álex sin llegar a pronunciar la palabra en voz alta.

Y a continuación, sin hacer caso de la expresión herida de Jana, se puso en pie con agilidad y, dándose media vuelta, salió de la habitación sin mirar atrás.

La puerta se cerró tras él con un sonoro portazo. Jana escuchó con el corazón desbocado los bruscos pasos que se alejaban, la puerta principal de la suite que se abría y luego volvía a su lugar con un lento chirrido. La alfombra del pasillo exterior amortiguaba el sonido de los zapatos de Álex en dirección al rellano principal, pero lo que Jana sí oyó con claridad fue el breve timbrado musical del ascensor al detenerse y abrir sus puertas. Después, ya no quiso seguir escuchando... Álex se había ido, y poco importaba adónde. Se había ido únicamente para alejarse de ella, porque no podía soportar la verdad que acababa de serle revelada durante la visión: que Jana había besado a Erik... Que ansiaba que Erik despertase de su oscuro sueño, tan parecido a la muerte.

Las agujas fluorescentes del antiguo reloj de pulsera de su madre, que Jana siempre metía bajo la almohada antes de acostarse, marcaban las siete menos cuarto de la mañana. Jana suspiró y, con un suave tirón, sacó de debajo de su mejilla un largo mechón de pelo que había quedado atrapado entre su cara y la almohada. Las contraventanas entreabiertas filtraban una luz turbia, que bañaba las paredes en un pálido reflejo verdeazulado. Desde la cama, Jana veía el mueble bar con el pequeño

televisor de pantalla plana sobre él, y también una esquina del tocador blanco, decorado con pinturas de delicadas flores sobre tallos dorados.

Sin pensar demasiado en lo que hacía, se incorporó, apartó las sábanas y buscó con los pies el contacto afelpado de sus zapatillas grises. Recorrió a oscuras el pasillo que conducía al baño, por miedo a que Álex hubiese dejado la puerta de su cuarto entreabierta y las luces pudieran molestarle. Pero al pasar comprobó que la puerta de Álex estaba cerrada. Como si quisiera dejar bien claro que, por el momento, quería estar solo, y que no sentía el menor deseo de recibir visitas.

Jana lo había oído regresar a eso de las cinco de la madrugada, de modo que aún debía de hallarse profundamente dormido. No tenía ni idea de adónde podía haber ido a esas horas, aunque se le ocurrían varias hipótesis, todas ellas bastante intranquilizadoras. Era posible que hubiese salido en busca de Yadia, para pedirle explicaciones. Y también podía haber regresado al teatro para entrevistar a solas al hombre que se hacía llamar Armand. Aunque lo más probable era que se hubiese limitado a pasear por la ciudad mientras intentaba recuperar la calma. Jana le conocía lo suficiente para saber que le habría costado al menos un par de horas serenarse. Estaba muy nervioso después de la visión, aunque su rostro no lo delatara. Aquella tensión fría que se adivinaba en sus ojos, aquella sombra que parecía haber invadido su semblante... Jana se estremeció al recordarlas.

Se había comportado de un modo muy torpe intentando quitarle importancia a lo que los dos habían visto, como si Álex fuese un niño al que se le engaña con facilidad. Los dos sabían que la escena que habían presenciado a través del ritual de la invocación era de suma importancia para su futuro, aunque Jana aún no tuviese del todo claro su significado.

Después de una rápida ducha de agua tibia (la fontanería del hotel no se encontraba a la altura de un establecimiento de lujo, y el agua nunca alcanzaba las altas temperaturas que a Jana le gustaban) se secó con rapidez y regresó a su habitación envuelta en el albornoz blanco con la insignia bordada en oro del Cimarosa. Al pasar ante la puerta de Álex, se detuvo y escuchó. Creyó captar el rumor acompasado de la respiración de Álex, aunque tal vez no fuese más que una impresión. Pensó en colarse dentro del cuarto y deslizarse en la cama junto a él, sorprendiéndole en mitad del sueño. No le daría tiempo a enfadarse con ella. Antes de que pudiese reaccionar, los labios de Jana le recordarían la fuerza de los lazos invisibles que los unían...

Siguió caminando, maldiciéndose interiormente por su falta de valor. Se sentía demasiado vulnerable como para arriesgarse a una nueva pelea con Álex. No habría podido soportar su rechazo, después de toda la tensión acumulada en los últimos días. Pero tampoco soportaba la idea de esperar a que a Álex se le pasase el enfado provocado por la visión y regresase a ella como si nada hubiera sucedido.

Desazonada, Jana abrió la puerta del armario, eligió unos vaqueros y un jersey negro de cuello alto y empezó a vestirse. Estaba tan distraída, tan abstraída en sus pensamientos, que no se fijó en que se había puesto dos calcetines de distinto color hasta que llegó el momento de anudarse los zapatos. Tal vez para mortificarse a sí misma con aquel detalle de descuido en su aspecto, ni siquiera se los cambió. Arrancó el enorme bolso de ante del perchero, cogió una chaqueta y, sin tratar de amortiguar el ruido de sus zapatos sobre la moqueta, volvió a recorrer el pasillo, esta vez hasta la salida.

Al abrir la puerta de la suite, vaciló un instante. La tarjeta de la habitación se hallaba inserta en la ranura de la pared, junto al interruptor de la luz. Si se la llevaba, Álex no podría encender ninguna luz cuando se levantara, incluyendo las del baño. Con un suspiro, dejó la tarjeta donde estaba y cerró la puerta tras ella, procurando hacer el menor ruido posible.

Cinco minutos después, al atravesar el vestíbulo alfombrado del hotel, su mirada tropezó con la sonrisa agradable e ingenua del recepcionista de noche. Se le ocurrió que tal vez él podría facilitarle otra tarjeta, así que se fue directa al mostrador y le explicó lo que quería.

El recepcionista ensanchó su sonrisa tras escuchar la petición y le contestó en un italiano con fuerte acento veneciano que esperase unos minutos. Jana lo observó desaparecer tras una puertecilla en forma de arco que comunicaba con las oficinas, y se preparó mentalmente para una larga espera. El joven recepcionista tenía aspecto de buen tipo, pero se movía de un modo tan parsimonioso que no parecía posible que hiciese las cosas con rapidez. Lo más probable era que perdiese una buena parte de la mañana allí esperando...

Para su sorpresa, sin embargo, el individuo regresó casi de inmediato y le tendió un tarjetero de cartulina blanca estampada con el emblema del Cimarosa.

—Aquí tiene su tarjeta, signorina —le dijo—. Para desayunar, tendrá que esperar todavía media hora a que abran el comedor...

—No importa —contestó Jana sonriendo—. Voy a salir a dar una vuelta.

En el exterior, el agua del canal tenía un color verde alga sobre el cual las sombras de las fachadas se proyectaban como dientes oscuros. La parada del vaporetto se encontraba dos calles más abajo, al otro lado de un puente de piedra con un león roto en cada extremo de las barandillas. Jana llegó al puente justo en el momento en que el vaporetto número 5 maniobraba para acercarse al muelle. Apretó el paso, ya que solo había otra persona esperando, por lo que supuso que el barco reemprendería su camino enseguida.

Después de deslizar su billete válido para una semana a través de la perforadora automática, se sentó en la cubierta de popa y cerró los ojos, disfrutando de la caricia del aire salobre de la Laguna sobre sus mejillas. La vibración del barco parecía un

eco del desagradable zumbido del motor, y le producía un leve cosquilleo en la espalda. Los otros pasajeros, media docena de jóvenes venecianos que se dirigían a sus puestos de trabajo, iban leyendo el periódico o contemplando las orillas con ojos somnolientos, por lo que resultaba fácil ignorar su presencia. El bamboleo de la embarcación recordaba el rítmico balanceo de una cuna, o de un columpio, y terminaba aturdiendo los sentidos. Embotada, Jana tuvo que hacer un gran esfuerzo para despegar los párpados cuando notó que el vaporetto enfilaba un canal de aguas más hondas y tumultuosas. El Gran Canal... Cuando el barco se detuvo en la siguiente parada, junto al puente de Rialto, comprendió que había llegado a su destino.

Saltó al muelle, y mientras recorría las tablas de madera que comunicaban la acera con el embarcadero, seguía teniendo la sensación de que el suelo se movía bajo sus pies. Estaba un poco mareada, y comprendió que no podía seguir caminando con el estómago vacío.

A unos cincuenta metros brillaba el toldo rayado de una cafetería. El camarero estaba colocando las mesas y las sillas de la terraza. Como una flecha, Jana se dirigió hacia allí y, en cuanto llegó, se dejó caer pesadamente sobre una de las sillas de madera, asintiendo con la cabeza al gesto obsequioso del propietario del establecimiento, que le mostraba un menú abierto desde la puerta.

Pocos minutos más tarde, le habían servido un humeante capuccino y un par de miottini recién traídos de la confitería. Jana mordisqueó con deleite uno de aquellos dulces. Cerró los ojos para paladear mejor su sabor a almendras y a maíz, y durante unos minutos se dedicó a disfrutar de su temprano desayuno sin pensar en nada más.

Pero de pronto, mientras hacía girar la cucharilla plateada en la taza del capuccino, le vino a la mente la imagen de Nieve mirándola furiosa y desencajada, tal y como la había visto la última vez, después de lo de Argo. Se dio cuenta de que, desde el momento en que había salido del hotel Cimarosa, una parte de ella sabía que se dirigía al palacio de los guardianes, aunque otra parte de su persona (la parte consciente) hubiese preferido ignorarlo.

Se mordió el labio inferior, turbada. La casa de Nieve y Corvino se encontraba en aquella misma orilla del Gran Canal, a escasos cien metros de la cafetería que había elegido para desayunar. Ni siquiera se molestó en engañarse a sí misma diciéndose que aquella coincidencia era casual. Sabía que no lo era.

Todavía tardó un cuarto de hora en abandonar la cafetería, pero mentalmente ya no estaba allí. Cuando el camarero le trajo la cuenta, su mirada cayó sobre el plato de miottini, donde Jana había dejado intacto el segundo de los dulces, y luego se alzó hacia la muchacha con gesto de incompreensión. En otras circunstancias, Jana le habría tranquilizado con una sonrisa y un comentario acerca de la calidad de los pequeños bollos, pero esta vez ni siquiera prestó atención a la reacción del buen

hombre.

Cuando abandonó la terraza, sus pasos la llevaron directamente hacia el palacio de los guardianes. Se detuvo justo debajo, y por un momento le asaltó el temor de que la puerta se abriese en cualquier instante y se viese obligada a enfrentarse cara a cara con Nieve. Incluso pensó en esconderse en un portal cercano y espiar desde allí, pero enseguida desechó la idea.

En realidad, no sabía muy bien qué era lo que estaba buscando. Sus ojos vagaron sobre la elegante fachada de piedra, deteniéndose sucesivamente en cada una de las ventanas. Casi todas tenían los postigos cerrados, pero un par de ellas en el piso inferior (las que correspondían a la biblioteca principal) estaban abiertas. La brisa abombaba las cortinas de muselina blanca y agitaba las delicadas puntillas de sus bordes...

De pronto, Jana vio pasar una silueta de mujer por detrás de aquellas cortinas. Contuvo el aliento. Era Nieve, estaba segura... De repente, sintió el impulso de llamar a la puerta del palacio, de correr escaleras arriba y contárselo todo. Ella conocía la existencia del libro, al igual que el resto de los guardianes. Seguramente sabría algo acerca del paradero de la copia realizada por los kuriles, si es que tal copia realmente existía.

Cuanto más lo pensaba, más le agradaba la idea de confesárselo todo a Nieve. Le hablaría de Armand; le contaría lo del vídeo en el que el supuesto mago renacía de sus propias cenizas, y lo que Álex le había dicho acerca de aquel cadáver calcinado de Vicenza. Quizá Nieve pudiese encontrar una explicación lógica para todo aquel embrollo. Quizá ella fuese capaz de encajar las piezas del puzle que a Jana tanto se le estaba resistiendo...

Dio un par de pasos indecisos hacia la puerta del palacio; después se paró y dejó escapar un hondo suspiro.

Si hablaba con Nieve acerca del libro, Álex se pondría furioso. No podía tomar aquella decisión sin consultarla con él. Por lo menos, tendría que escuchar sus consejos, aunque luego no los siguiera.

Lentamente, se dio media vuelta y comenzó a rehacer el camino hacia el hotel Cimarosa. Iba tan distraída que terminó equivocándose de dirección, y fue a parar a un rincón desierto de la ciudad cuya existencia, hasta entonces, ni siquiera sospechaba. Un rincón donde las losas se agrietaban debido el empuje de las raíces vegetales que crecían debajo, donde el verdín color esmeralda se mezclaba con la pátina oxidada de los líquenes sobre las viejas piedras de los edificios. Una plaza ruinoso y triste, delimitada por un círculo de palacios oscuros, corroídos por la humedad, decrepitos y conmovedores como ancianos a punto de morir.

Sintiendo una extraña opresión en el pecho, Jana se dio la vuelta y corrió sin mirar a derecha ni izquierda sobre el empedrado irregular de las calles, hasta volver a

la estrecha calle comercial donde había errado el camino.

Desde allí, caminó como en un sueño hacia el hotel Cimarosa. Los gritos y las risas de los turistas le llegaban amortiguados, como a través de un grueso cristal aislante. Un zumbido enloquecedor se había instalado en su cabeza, fundiéndose con los ruidos de la ciudad. Se sentía mareada, como si el capuccino que acababa de tomarse le hubiese sentado mal; como si acabase de bajar de una noria o de una montaña rusa.

Al llegar al hotel, se fijó en que el recepcionista de noche había sido sustituido por una joven rubia de rostro inexpresivo que la siguió con la mirada, frunciendo levemente las cejas, mientras ella se dirigía al ascensor.

Quando la puerta se abrió en el tercer piso, la sensación de náusea se había vuelto tan insoportable que Jana temió empezar a vomitar directamente sobre la moqueta, antes de llegar a la habitación. Avanzó como pudo por el pasillo débilmente iluminado, guiñando un poco los ojos para comprobar la numeración de las habitaciones. Ante el número 12, se detuvo. Era la suya.

Mientras buscaba la tarjeta en el bolso, creyó oír el ruido de la ducha. Eso significaba que Álex ya se había levantado, lo cual le produjo, sin saber por qué, un extraño alivio. Dentro de unos minutos estarían juntos, y su desencuentro de la noche pasada quedaría olvidado, desdibujado como una absurda pesadilla.

Introdujo la tarjeta en la ranura de la puerta y empujó el picaporte, pero la puerta no cedió. Sacó el pequeño rectángulo de plástico y lo contempló con impaciencia. Seguramente lo habría metido al revés. Volvió a intentarlo, esta vez con el emblema del hotel hacia la izquierda...

Un pequeño piloto rojo sobre la manilla de la puerta le indicó que tampoco en esta ocasión lo había conseguido. Meneó la cabeza, contrariada. El recepcionista nocturno debía de haberse equivocado al activar la tarjeta. Tendría que volver a bajar a recepción para que solucionasen el problema. Álex no la oiría llamar con los nudillos si se estaba duchando; y, aunque la urgencia de vomitar había remitido, sabía que podía volver a aparecer en cualquier momento.

Sacó el tarjetero de cartulina que le habían dado abajo para guardar la tarjeta. Al abrirlo, le llamó la atención el número anotado con bolígrafo azul en la parte de la derecha. Era un 13. Jana miró aturdida hacia las dos cifras doradas que brillaban en la puerta que tenía enfrente. Habría jurado que la suite que compartía con Álex era la número 12...

Caminó indecisa hasta la puerta siguiente. Exhibía, en efecto, el número 13, aunque la segunda cifra había sido colocada al revés, por lo que, en lugar de parecer un tres, tenía el aspecto de una épsilon griega.

Con gesto inseguro, Jana introdujo su tarjeta en la ranura del picaporte. El piloto verde se encendió de inmediato, y la puerta se abrió con un breve chasquido metálico.

Caminó de puntillas por el pasillo en penumbra. Al llegar a la altura de la habitación de Álex, se detuvo. La puerta seguía cerrada, y dentro se oía un zumbido apagado procedente del sistema de climatización.

Conteniendo el aliento, Jana empujó el picaporte con suavidad y entró en el dormitorio. A través de una rendija entre las contraventanas se filtraba un haz de luz pálida que atravesaba la cama en diagonal, trazando sobre la espalda desnuda de Álex una fina línea blanca.

A pesar del sigilo con que se movía, los pasos de Jana parecieron sobresaltar a Álex, que se dio la vuelta con brusquedad, al tiempo que se incorporaba. Sus ojos sobresaltados se posaron en Jana, y al instante afloró a los labios del muchacho una amplia sonrisa.

—Estás de vuelta —dijo—. Te estaba esperando...

Jana recorrió el espacio que aún la separaba de la cama y se sentó en el borde, indecisa. Álex la observó un instante sin dejar de sonreír. Luego, consciente de que ella seguía mirándole, se inclinó sobre la mesilla de noche, abrió el cajón superior y rebuscó un momento en su interior. Finalmente, con gesto teatral, sacó una caja de terciopelo rojo adornada con un enorme lazo plateado.

—Toma, para hacer las paces —dijo, tendiéndosela a la muchacha—. Son tus preferidos.

Jana observó perpleja la caja. Álex no solía ser muy detallista; no estaba acostumbrada a que le hiciese regalos...

—¿No vas a abrirla? —le apremió Álex, empujándola cariñosamente con el hombro.

Jana deshizo el lazo de plata y alzó la tapa de la cajita. Estaba llena de bombones en forma de rombo. Los reconoció de inmediato: eran los bombones con sabor a violeta de su chocolatería favorita. Los más caros de la tienda. Normalmente no los hacían más que por encargo, o en lechas especiales como las Navidades y San Valentín.

—¿Por qué no me los diste ayer? —preguntó, alzando los ojos hacia Álex.

Él se encogió de hombros.

—Te gustan, ¿no? Venga, vamos a probarlos —dijo, sacando uno de la caja.

Jana imitó su gesto y se llevó el bombón a la boca.

Cerró los ojos para saborearlo mejor. Estaba delicioso. Aunque tenía un sabor un poco diferente al que ella recordaba.

Cuando abrió los párpados de nuevo, se encontró con la mirada de Álex, que la observaba expectante. La ansiedad que reflejaba su rostro hizo sonreír a Jana.

—Tan buenos como siempre —dijo, y a continuación le estampó un beso en la mejilla—. Gracias, mi amor...

Un profundo suspiro conmovió el pecho de Álex en el instante en que los dos se

abrazaron. Jana se apretó aún más contra él, mientras los brazos musculosos y tiernos del muchacho la envolvían.

Con su mejilla apoyada en el hombro tatuado de Álex, Jana cerró una vez más los ojos y se abandonó a sus sensaciones. Sentía en sus sienes el latido de sus propias arterias, cálido y acelerado.

Y entonces, de repente, Jana volvió a ver mentalmente la sonrisa despreocupada y vacía que Álex había desplegado al verla. Una sonrisa sin sombras, demasiado luminosa...

Una sonrisa que, sin que ella misma pudiese comprender por qué, le había helado el corazón.



# **LIBRO SEGUNDO**

## **Nosferatu**

# Capítulo 1

Las doce y veinticinco minutos. Álex contempló las cifras parpadeantes en su teléfono móvil con un rictus de preocupación que ahondaba las sombras en las comisuras de sus labios.

Llevaba casi tres horas esperando a que Jana regresara. No se había inquietado excesivamente al despertarse y comprobar que no estaba, porque sabía lo mucho que le gustaba pasear sola, especialmente cuando necesitaba aclarar sus ideas. Además, Venecia era una ciudad que imitaba a callejear hasta perder la noción del tiempo. Pero, aun así, tres horas eran demasiadas...

Hacia las diez y media, cuando estaba en la ducha, había creído oír un chasquido en la puerta, como si alguien hubiese introducido la tarjeta en la ranura del picaporte. Incluso cerró el grifo para escuchar mejor. A pesar de la pérdida de poder del tatuaje después del episodio de la Caverna Sagrada, todavía a veces le parecía notar que sus sentidos se agudizaban en presencia de Jana. Solo eso explicaba que un ruido tan débil como el de la tarjeta en la puerta hubiese llegado a sus oídos a pesar del estruendo del agua de la ducha.

Envuelto en una toalla, había esperado inmóvil, con el oído atento, a que la puerta se abriese del todo y Jana entrase en la suite, hasta que se dio cuenta de que se había equivocado y de que la puerta no iba a abrirse. Parecía que, esta vez, sus sentidos le habían jugado una mala pasada. Probablemente, la ansiedad le había hecho confundir sus deseos con la realidad. Jana no había regresado todavía, de modo que tendría que seguir esperando. Y eso era lo que había hecho durante toda la mañana...

Pero ya no podía soportarlo más.

En la habitación no hacía frío, pero tantas horas de inmovilidad sin otra prenda encima que los pantalones del pijama lo habían dejado destemplado. Se dirigió al armario y, con un tirón inútilmente violento, abrió la puerta, cogió una camiseta gris del estante superior y se la puso.

—Estoy harto —dijo entre dientes.

Buscó con la mirada el teléfono móvil, pensando en telefonar a Jana, pero en ese instante se le ocurrió una posibilidad que le hizo abandonar la idea de la llamada y dirigirse a toda prisa hasta la habitación de la muchacha. ¿Y si Jana se había ido del hotel? ¿Y si la discusión de la noche anterior la había impulsado a alejarse de él y se había mudado a otro establecimiento, o tal vez al palacio de Nieve? Esta última idea, pensándolo bien, resultaba bastante absurda, pero, aun así, Álex necesitaba comprobar que las cosas de Jana seguían en su sitio para tranquilizarse.

En cuanto se asomó al umbral del cuarto de la muchacha, el corazón empezó a

latirle con violencia. La maleta no estaba en el suelo, junto al tocador, donde ella la había dejado. ¿Cómo era posible que antes no se hubiese dado cuenta? Había entrado a eso de las diez y cuarto, poco después de despertarse, con la esperanza de encontrarla todavía dormida; y, al ver que no estaba, se había vuelto malhumorado a su propia cama. ¿Cómo podía explicarse que no hubiese notado entonces la ausencia de la maleta?

Y no solo eso... Sobre la cómoda, junto a una botella de agua mineral medio vacía, había una nota escrita a mano. Álex la cogió y se la acercó a los ojos. Estaba escrita a lápiz, con la letra apresurada y casi ilegible de Jana, y decía lo siguiente:

*Me vuelvo a casa. He encontrado plaza en un vuelo que sale a mediodía. Lo siento, Álex. Necesito pensar, y necesito estar sola. No me llames en unos días... Lamento todo esto.*

La nota no estaba firmada, pero tampoco era necesario.

Jana se había ido sin despedirse, era evidente. Pensándolo bien, a Álex ni siquiera le sorprendía demasiado. Sabía que estaba resentida con él por no haber contestado a sus llamadas en los días anteriores. Y también sabía que su reacción después de la visión compartida, la noche anterior, había sido injusta y desproporcionada. Al fin y al cabo, no podía culparla por algo que ni siquiera había sucedido realmente. El beso entre Jana y Erik, ese beso que había irrumpido en la visión para transformar de pronto todo su significado, podía tener un sentido puramente simbólico, como la propia Jana se había encargado de señalar. Y él había reaccionado como un patán celoso e irracional, sacando lo peor de sí mismo...

Por eso no quería encontrar el libro. Sobre todo, no quería encontrarlo con ella. Si algo habían dejado claro las visiones, al menos para él, era que el libro terminaría separándolos. Peor aún; lo había visto ya en varias ocasiones, a veces en sueños, a veces en breves alucinaciones que le asaltaban estando despierto. El libro le estaba llamando, pero cualquier respuesta suya a esa llamada implicaría hacerle daño a Jana.

En todo caso, la visión de la víspera había sido distinta. En las visiones anteriores, él se contemplaba a sí mismo proyectando una sombra oscura y amenazadora a su alrededor, y sentía que esa sombra lo guiaba como un imán hacia el muro de un templo (o quizá fuese una caverna), una pared cubierta de símbolos que constituían el texto del Libro de la Creación. Los símbolos lo atraían fatalmente, como la luz a las polillas. Necesitaba leerlos, su llamada era tan imperiosa que no podía resistirse a ella. Pero Jana se interponía en su camino. Estaba en el medio, y le impedía ver los signos con claridad. Necesitaba apartarla. Le gritaba que se alejase, pero ella no parecía oírlo. Seguía allí, sonriéndole, incapaz de comprender nada, convencida de que aquello que él perseguía era algo que podían compartir. Exasperado, Álex

continuaba su avance, decidido a cualquier cosa con tal de llegar hasta el muro que contenía los signos del libro. Y cuando alzaba la mano para apartar a Jana, oía una voz. Era la voz de Erik ordenándole que se detuviera, que no tocara a Jana, porque si la tocaba, aquel contacto lleno de odio y ambición la mataría.

Aquellos detalles se habían repetido en cada una de las visiones que había tenido sobre el Libro de la Creación; en todas, salvo en la de la noche anterior. En la visión que había compartido con Jana, Erik no hacía nada para detenerlo. Él y Jana yacían tendidos en una tumba, abrazados el uno al otro y bañados en la luz fría de la Esencia de Poder. Por un momento, Álex se había olvidado del libro al verlos, y había deseado con todas sus fuerzas interrumpir aquel abrazo e interponerse entre los dos. Pero la atracción del libro era más fuerte incluso que los celos, de modo que había dejado a un lado sus sentimientos y había continuado avanzando. Esta vez, nadie se interponía en su camino. Incluso llegó a leer el primer símbolo del libro... ¿Cuál era? Lo había olvidado.

Solo sabía que aquella lectura había marchitado la vida de Jana. Ese detalle de la visión no había cambiado. Una parte de él estaba convencida de que era el único en el mundo capaz de leer sin ser destruido la copia kuril del Libro de la Creación; pero esa misma parte le decía que el precio que tendría que pagar a cambio de leerlo habría de ser la destrucción de Jana.

Aturdido por la visión del cuarto vacío, Álex se sentó en la cama deshecha. El aroma fresco del perfume de Jana todavía impregnaba las sábanas. En un arranque de autocompasión, enterró el rostro en la almohada y dejó que el nudo de su garganta se deshiciese en un sollozo. Pero antes de que las lágrimas llegasen a aflorar a sus ojos, se incorporó de nuevo, saltó de la cama y, en apenas media docena de zancadas, recorrió el pasillo que conducía a la puerta de la suite.

Antes de salir, se fijó en que la tarjeta-llave continuaba en su sitio, junto al interruptor de la luz. La arrancó de un tirón, presionó el picaporte y se asomó al pasillo. Como era de esperar, no vio a nadie.

Al fondo del pasillo, junto al vestíbulo de los ascensores, había un carrito lleno de sábanas y toallas. Dejando que la puerta se cerrase por sí sola, Álex fue hacia él. Quizá algunas de las mujeres encargadas de arreglar las habitaciones hubiesen visto a Jana. Tal vez pudieran decirle a qué hora se había ido. Si no, preguntaría en recepción. Alguien tenía que haberse fijado en una preciosa muchacha de cabello oscuro arrastrando una lujosa maleta.

Justo cuando llegó a la altura del carrito de toallas, vio salir a una joven con delantal de una de las habitaciones de enfrente. La mujer se lo quedó mirando con expresión interrogante. Llevaba el cabello color miel recogido alrededor de la cabeza en una gruesa trenza. Sus ojos de color avellana, grandes y almendrados, parecían permanentemente sorprendidos. Álex se fijó en el tatuaje vegetal que ascendía por su

cuello hasta desaparecer tras su oreja derecha. Después de compartir tantos meses con Jana, sabía lo bastante acerca de los clanes medu como para reconocer un tatuaje del clan de los zenkai cuando lo veía.

Sin saber por qué, la certeza de que la joven pertenecía a uno de los clanes le llenó de inquietud. Los zenkai no eran enemigos de los agmar, pero, aun así, la coincidencia de encontrar a una doncella medu en el hotel se le antojó de pronto un tanto sospechosa. ¿Y si Glauco le había pagado para que espíase a Jana? Lo lógico habría sido que hubiese confiado en un varulf para aquella misión, pero Glauco no siempre actuaba de manera lógica...

La insistente mirada de la muchacha le hizo comprender que estaba esperando a que él hablase.

—Lo siento —se disculpó—. Quería preguntarte si has visto salir a una chica morena de la habitación número 12, con una maleta. No la he oído irse...

—¿Te refieres a Jana, la princesa agmar? —La voz de la joven era apenas un susurro, aunque las palabras llegaban con nitidez a los oídos de Álex—. No te sorprendas, no es una desconocida para nosotros. Sí, la vi salir a eso de las nueve, quizá un poco antes. Me preguntó por la salida que utiliza el personal de servicio. No quería pasar por recepción.

—¿Llevaba una maleta?

—Una Vuitton preciosa. Daría mi trenza por una maleta como esa.

Álex asintió, y por un momento no supo qué más decir. En los labios de la muchacha danzaba una sombra de sonrisa.

—Espero que tú no te vayas también por la puerta de atrás —bromeó—. Alguien tiene que pagar la habitación... Además, a ti no pienso ayudarte; tú no eres un medu.

Le pareció que un brillo duro asomaba a los ojos de la joven al pronunciar aquellas últimas palabras. Quizá también supiese quién era él; eso explicaría aquella mirada. Los medu no sentían precisamente una gran estima hacia el joven humano que les había arrebatado buena parte de sus ancestrales poderes mágicos.

Balbuzeando una despedida, Álex se dio media vuelta y regresó lentamente a su habitación. La huida de Jana le irritaba profundamente, pero, al mismo tiempo, le producía un secreto alivio. Que ella regresara a casa significaba que había renunciado a seguir buscando el libro... y que, por lo tanto, él tampoco se vería obligado a buscarlo.

De vuelta en la suite, se tumbó una vez más en la cama, después de entreabrir los postigos del balcón. La luz suave y verdosa de Venecia inundó la estancia. Decidió dejar que el tiempo transcurriera sin pensar en nada, dejándose acariciar por aquella luz temblorosa de reflejos.

En aquel instante, de pronto, ya nada le parecía urgente. Jana se había ido, y le había dejado una nota pidiéndole que no corriese tras ella. Podía tomarse unas horas

para reflexionar... Para encajar la nueva situación.

Tres golpes decididos en la puerta del fondo le sacaron del estado de semiconsciencia en el que, poco a poco, se había ido sumiendo. El corazón le dio un vuelco. En el último momento, ella debía de haber cambiado de opinión. Casi no podía creerlo; había regresado...

Se abalanzó descalzo hacia la puerta, y antes de que llamasen de nuevo ya tenía la mano sobre el picaporte. El ímpetu con el que abrió estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

Al otro lado, enmarcado por la penumbra silenciosa del pasillo, se encontraba David.

—¿Me estabas esperando? —le saludó el hermano de Jana, penetrando en la suite con una sonrisa burlona.

—Creí que era otra persona.

Álex siguió a David hasta la habitación del fondo, la que había ocupado Jana. Observó cómo el muchacho se detenía un instante ante la puerta del otro cuarto, pensativo.

—¿Habitaciones separadas? —preguntó, volviéndose hacia él con expresión interrogante—. ¿Desde cuándo os habéis vuelto tan formales?

—Es... es largo de explicar. Oye, ¿qué estás haciendo aquí?

David se derrumbó sobre uno de los sillones situados ante el balcón y, apoyándose en el respaldo, cerró los párpados. Parecía haber subido muy de prisa, porque respiraba agitadamente. Su mano derecha, enfundada en un guante negro, reposaba en su regazo formando un ángulo extraño.

—¿Dónde está Jana? —preguntó por fin, abriendo los ojos y fijándolos en Álex—. He recorrido medio mundo para traerle noticias...

—¿Noticias? ¿Sobre qué?

David frunció levemente las cejas.

—Vamos, Álex, ¿sobre qué va a ser? Sobre ese maldito libro kuril. Sé que tú también lo has estado buscando, así que no te hagas el tonto conmigo.

—Si estás buscando a Jana, pierdes el tiempo —dijo Álex, molesto con el tono mordaz de su visitante—. Se ha ido esta misma mañana... Por lo visto, ha vuelto a casa.

La expresión de David cambió, volviéndose casi seria.

—¿No te dijo adónde iba? —preguntó, asombrado.

—Ni siquiera me dijo que se iba. Por lo visto, tenía mucha prisa.

David miró de reojo la cama deshecha, pero no dijo nada.

Durante un par de minutos, los dos permanecieron callados.

—Siento que hayas hecho el viaje en vano —murmuró Álex finalmente.

El rostro de David se animó.

—¿Bromeas? —dijo—. Ahora que me he metido en esta historia, no pienso dejarla hasta llegar al final. Lo sabes todo, ¿no? Me dijeron que habías estado haciendo preguntas en Vicenza...

—¿Quién te lo dijo? —Álex lo miró con sorpresa—. No se lo conté a Jana hasta ayer por la noche...

—Los medu seguimos estando muy bien organizados, a pesar de... los cambios. Solo tuve que hacer algunas llamadas, una vez que encontré la pista de ese Armand Montvalier. Hay un par de familias agmar instaladas en Vicenza. Como puedes suponer, estuvieron encantadas de colaborar.

Álex ladeó la cabeza, poco convencido.

—¿Vas a contarme lo que sabes? —preguntó.

David asintió sin la menor vacilación.

—No voy a jugar con esto, Álex —dijo—. Me queda muy grande. Nos queda muy grande a todos.

Álex desvió la mirada hacia la rendija de luz de la ventana.

—Lo sé —suspiró—. Pero estamos a tiempo de dejarlo. En el fondo, creo que Jana ha tomado la mejor decisión. No sé casi nada de ese libro, pero lo que sí sé con seguridad es que es muy peligroso.

—Ya; justo por eso, tenemos que seguir buscando. No somos los únicos que estamos sobre su pista, Álex. Por culpa de Argo y de ese tal Yadia que lo capturó, los varulf andan también detrás de él. No quiero ni imaginar lo que pasaría si lo encontrasen antes que nosotros...

—Probablemente, los destruiría. Y no solo a ellos...

—O les daría un inmenso poder. Por eso tenemos que adelantarnos. Ya hemos soportado bastantes desastres últimamente; no podría soportar ver a Glauco al frente de los clanes.

—Pero ni siquiera sabemos por dónde empezar a buscar —objetó Álex—. Las visiones no indican nada concreto; por lo menos las mías.

—Las visiones solo son una guía, un punto de partida para empezar a buscar. Que es lo que yo he hecho. Me he pasado doce horas seguidas consultando los viejos libros de Pértinax, pero al final encontré lo que necesitaba. La pista de ese mago, ese tal Armand Montvalier...

—¿La encontraste en la biblioteca de Pértinax? —se extrañó Álex.

—En parte. El resto lo he averiguado gracias a mi red de contactos, como ya te expliqué. La historia de ese tipo es muy rara, sobre todo en los últimos meses.

—¿Te refieres a Armand?

David asintió, sosteniendo la mirada de Álex.

—Hasta hace apenas seis meses, ese tipo no era más que un mago de pacotilla

que apenas ganaba suficiente dinero para sobrevivir de pensión en pensión. Pero, últimamente, parece que su suerte había cambiado. Amasó una ingente fortuna en apenas unas semanas, una de las mayores de Italia.

—A lo mejor le tocó la lotería. Según él, es capaz de adivinar cuál va a ser el número premiado.

—Déjate de idioteces, Álex. Lo más que hacía ese tipo antes de la «transformación» era sacarse unos cuantos pañuelos de colores de la manga. No, el dinero tuvo que salir de otra parte, aunque no he conseguido averiguar de dónde. Y, casi a la vez, sus espectáculos comenzaron a llamar la atención del público y de la crítica especializada. Hacía cosas que parecían imposibles.

—Resumiendo: se convirtió en un mago de verdad...

—Eso parece. Y adivina qué: con el dinero que amasó, adquirió dos propiedades en el Véneto. Una es el palacio de Venecia adonde Argo envió a Jana.

—Donde vieron ese vídeo en el que el tipo renacía de sus cenizas —murmuró Álex.

Los dos muchachos se miraron en silencio durante unos segundos.

—En todo caso, solo hay una forma de averiguarlo: hablar con él. Y creo que sé dónde encontrarle...

David sacó un par de billetes de tren doblados por la mitad y se los mostró a Álex.

—Nos vamos a Vicenza, a la antigua Villa delle Fontane —anunció, desplegando una sonrisa radiante.

—¿Y cómo sabías que accedería a acompañarte? —preguntó Álex con desconfianza—. ¿Por qué compraste dos billetes?

—En realidad, el segundo era para Jana —confesó David con perfecto descaro—. El plan inicial no te incluía a ti. Pero Jana no está, y tú sabes tanto como ella. Aunque nunca tendrás su magia...

—No —murmuró Álex mirando con el ceño fruncido la cama deshecha—. No; eso es algo que nunca tendré.



## Capítulo 2

En el interior del taxi blanco y azul olía a ambientador de pino sintético.

Mientras se acomodaba en el asiento trasero, detrás del conductor, Álex observó de reojo las dificultades de David para abrocharse el cinturón con la única mano útil que le quedaba.

—Bienvenidos a Vicenza —dijo el taxista en un inglés lamentable, volviéndose a mirar a sus pasajeros con una sonrisa tan autosatisfecha como si la ciudad entera le perteneciese—. ¿Adónde, por favor?

—Villa delle Fontane —contestó David sin titubear.

La sonrisa se deshizo en el rostro rubicundo del conductor como una pastilla de chocolate al sol.

—¿Por qué quieren ir allí? —preguntó en tono suspicaz—. Hay cientos de sitios interesantes que visitar en Vicenza. Seguro que todavía no han visto ninguno...

—Usted límitese a llevarnos —le atajó David de mal humor—. Necesitamos un taxi, no un guía turístico.

Ofendido, el taxista arrancó el coche y enfiló una ancha avenida flanqueada de elegantes edificios clásicos que conducía al extrarradio de la ciudad.

Durante buena parte del trayecto, los dos pasajeros se dedicaron a mirar por las ventanillas sin intercambiar palabra. El conductor los observaba de cuando en cuando a través del espejo retrovisor, espionando la posibilidad de entablar conversación. Debía de andar cerca de los sesenta años, pero era evidente que le preocupaba mucho su aspecto físico, ya que llevaba su abundante pelambrera teñida de un rubio tan artificial que uno no podía dejar de fijarse en ella.

—La Villa delle Fontane está maldita —dijo de pronto.

Se habían detenido en un semáforo, a la salida de un gran hipermercado con el aparcamiento atestado de vehículos. Álex y David intercambiaron una rápida mirada al oír la brusca observación del conductor.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Álex sin aparentar demasiado interés.

El tipo buscó su mirada en el espejo.

—Un tipo murió allí hace poco. Se quemó vivo por andar jugando con magia negra. No me digan que no lo sabían... Por eso quieren ver la villa, ¿a que sí?

David y Álex lo miraron con perfecta inocencia.

—No sabíamos nada. Nos interesa la arquitectura palladiana —explicó David—, y ese palacio es uno de los diseños más originales de Palladio, según dicen...

—¿Palacio? —El taxista se echó a reír. Sus carcajadas eran una especie de gorjeo asmático que hacía temer por su respiración—. Ese lugar no es más que una ruina

cochambrosa. De pequeños nos acercábamos a veces a curiosear, aunque nunca entrábamos. Todo el mundo sabe aquí que es un lugar maldito.

—Entonces, ¿no queda nada que ver? —preguntó Álex en tono desilusionado.

—Escombros y maleza. Si les gusta eso, allá ustedes...

El coche arrancó de nuevo, y el tipo se pasó rápidamente una mano por el cabello, desde la frente hasta la nuca. Al hacerlo, el rubio amarillento de sus cabellos se transformó en un brillante tono rojizo, tan poco natural como el color inicial.

—Creía que no le gustaba la magia —observó David con acento burlón.

El tipo le sonrió a través del espejo. Por lo visto, se sentía muy orgulloso de su pequeño truco.

—La magia no tiene nada de malo si se utiliza bien —sentenció, con aires de sabelotodo—. A mí me gusta cuidarme, y la magia me ayuda. No tiene nada que ver con las brujerías que practican algunos.

David dejó escapar un bufido impaciente, pero no insistió en el tema.

Durante un buen rato, el coche avanzó por una sinuosa carretera que transitaba entre altos árboles, ascendiendo la colina Bérica. A su izquierda podían ver la ciudad de Vicenza, un racimo de casas doradas coronado por el tejado verde-azul de la catedral, y salpicado de frondosas islas de verdor. «Un lugar hermoso para vivir», se dijo Álex con cierta melancolía.

El taxi ralentizó la marcha al llegar a un tramo de curvas cerradas y sin apenas visibilidad. Las copas de los árboles se bamboleaban sobre el asfalto oscuro de la carretera, mecidas por una suave brisa. Tras la última curva, el bosque se abrió, revelando una blanca construcción de elegantes columnas en la fachada. Rodeando el edificio, se extendía un jardín francés animado por el borboteo regular del agua en los surtidores de las fuentes.

El taxista frenó con tal brusquedad al ver la mansión que la cabeza de David estuvo a punto de chocar con el asiento delantero.

—¿Esta es la ruina cochambrosa que mencionaba usted? —no pudo menos que preguntar Álex, observando la nuca del taxista con ojos burlones.

—No... no lo entiendo —balbuceó el hombre—. Han... No sé cuándo han podido restaurarlo...

La carretera penetraba a través de dos enormes puertas de forja negras y doradas en el recinto de la propiedad, pero el taxista no parecía dispuesto a traspasar la verja.

—Si no les importa, los dejo aquí —dijo en tono de disculpa—. Y no les cobraré el suplemento de la estación...

David le tendió por encima del hombro la cantidad que marcaba el taxímetro. Después de recoger el cambio, le tendió al taxista un par de monedas de propina con su mano enguantada. Antes de retirarla, la posó un instante en el hombro del conductor y le dio un par de ligeras palmaditas a modo de despedida.

—Que tenga buena suerte, amigo —dijo en tono informal.

El hombre se volvió, sorprendido. Álex tuvo que reprimir una carcajada al ver la pequeña mancha arborescente que el guante de David había impreso en la nuca del hombre. Las ramas del tatuaje, negras como la tinta, se extendieron rápidamente por los cabellos del taxista, dándole un aspecto bastante extravagante.

Los dos muchachos salieron rápidamente del coche y observaron cómo daba la vuelta y se perdía carretera abajo. Luego, se miraron y se echaron a reír. El taxista no se había dado cuenta de nada.

—Se le quitará dentro de un par de días —dijo David, girando los talones hacia la verja del palacio—. Así aprenderá a ser menos vanidoso.

—Creía que ya no podías tatuar con tu mano derecha.

—Y no puedo. Lo que acabo de hacer no era un verdadero tatuaje mágico; solo un truquito fácil de esos que tanto os gustan a los humanos últimamente. No te preocupes, no tiene ningún poder.

Ambos jóvenes avanzaron juntos por el sendero de gravilla que conducía a la entrada principal del palacio. Ninguno de los dos podía apartar los ojos de la exquisita armonía de los elementos arquitectónicos (columnas, frisos, arcos y ventanas) que se combinaban en la fachada.

Cuando se encontraban ya a unos veinte pasos de la escalinata de mármol que daba acceso a la villa, la enorme puerta de madera labrada se abrió, y en el umbral apareció el rostro sonriente de Armand.

El ilusionista extendió ambos brazos en señal de bienvenida, y observó en silencio a los recién llegados mientras estos subían apresuradamente las escaleras.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó, clavando sus cálidos ojos azules en Álex—. ¿Se ha echado atrás?

—He venido yo en su lugar. Soy su hermano —se presentó David, alargando con soltura el brazo enguantado para estrechar la mano que le tendía Armand—. No se preocupe, sé tanto del asunto como ella... Incluso un poco más.

Armand asintió con una placentera sonrisa. La respuesta de David no parecía haberle sorprendido ni lo más mínimo. Como de costumbre, iba impecablemente vestido, aunque en esta ocasión había cambiado su esmoquin de mago por un traje gris marengo y una moderna camisa blanca. Daba la impresión de que los estaba esperando.

—De modo que eres David, el hermano de la princesa Jana —dijo, haciéndose a un lado para dejar pasar a sus invitados al sombrío vestíbulo—. Me halaga recibir visitas tan importantes, no voy a negarlo...

Sus ojos escrutaron juguetones la reacción de Álex a aquellas palabras, y luego volvieron, más serios y pensativos, a fijarse en David.

—Seguidme, os lo ruego —dijo, guiándolos hacia el ala derecha del palacio—.

Estaréis cansados del viaje. ¿Habéis venido en tren desde Venecia? Un viaje incómodo. Personalmente, prefiero la limusina. Supongo que tendréis hambre. Yo ya he comido, pero queda algo de pasta en la nevera...

—No, gracias —le interrumpió David—; hemos comido un par de sándwiches en el tren.

Armand hizo un gesto de repugnancia.

—Habéis hecho mal —dijo—. La comida de los trenes no es de fiar. Son frecuentes las intoxicaciones. En fin, si no queréis comer nada, venid conmigo. Esta casa está llena de cosas interesantes; aunque no todo el mundo sabe apreciarlas.

Los chicos hicieron caso omiso del comentario y lo siguieron en silencio hasta la soleada estancia que Armand parecía haber elegido para recibirlos.

—Esta es la sala del Zodiaco, una de las más bonitas de la villa —explicó el ilusionista, deteniéndose en mitad del embaldosado azul y blanco que cubría el suelo y mirando encantado a su alrededor—. Fijaos en los medallones del artesonado. Representan los doce signos zodiacales. Simbología tosca, lo admito, pero los frescos no carecen de valor.

Álex observó con interés las pinturas de los signos del zodiaco, enmarcadas en complejos estucos blancos. Luego, sus ojos descendieron hacia las paredes, donde la pintura se fundía con la arquitectura creando curiosos efectos de trampantojo. Armand parecía muy complacido con la curiosidad artística de sus dos visitantes. La expresión luminosa de David indicaba bien a las claras que no era insensible a la calidad pictórica de los motivos que decoraban la sala del Zodiaco.

Solo después de unos minutos, Álex cayó en la cuenta de que aquellos detalles los habían hecho apartarse del objetivo principal de su visita.

—Usted sabe por qué estamos aquí —dijo, concentrando toda su atención en Armand—. No hemos venido a admirar los tesoros artísticos de la villa, por valiosos que sean. Estamos buscando...

—El libro de Dayedi, sí —le interrumpió Armand con gravedad—. Sé que lleváis algún tiempo sobre su pista. Aunque quizá vosotros lo conozcáis por otro nombre...

—¿Qué tal «el Libro de la Creación»? —preguntó despreocupadamente David.

Una sombra de miedo atravesó fugazmente la mirada del mago.

—Preferiría no utilizar ese nombre, si no os importa —dijo, bajando la voz...—. En realidad, el libro de Dayedi es solo una copia del que tú acabas de mencionar. Una copia increíblemente poderosa, eso sí.

—¿Fue gracias al libro como consiguió todo esto? —preguntó Álex, señalando con un gesto ambiguo el artesonado de la sala—. ¿O fue al revés? Compró el palacio, sabiendo que en su interior encontraría el libro. Nos han dicho que hasta hace poco se encontraba en ruinas, pero, aun así, debió de salirle bastante caro...

—En primer lugar, no me llames de usted —exigió Armand en tono quejumbroso

—. Haces que me sienta como un anciano, y todavía soy un hombre joven. Y en segundo lugar... ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí; de la villa y de cómo conseguí adquirirla. Veo que os han llegado ciertos rumores... Pero no deberíais hacerles caso.

—Armand Montvalier no tenía dónde caerse muerto —replicó Álex desafiante—. Eso no es un rumor, es la realidad. No juegues con nosotros, seas quien seas. No nos gusta que nos hagan perder el tiempo.

Armand se alisó con la mano los bucles rubios de su pelo, mientras en sus ojos aparecía un brillo de picardía.

—No os gusta que os tomen el pelo, ¿eh? Lo entiendo, a mí me pasa lo mismo. — Su sonrisa se desdibujó lentamente hasta desaparecer—. Está bien, admito que era pobre hasta que un golpe de suerte me trajo a este lugar. Yo estaba a punto de rendirme. Esa misma noche, al hacer un número con bastones de fuego en el anfiteatro de Vicenza, cometí una torpeza y me chamusqué el pelo, las cejas y el dorso de una mano. Lo peor no fueron las quemaduras, sino el oprobio de quedar en ridículo delante de más de cuatrocientos espectadores. Se rieron de mí. Me insultaron. Me llamaron «mago de feria»... Hay que sentir lo que yo siento por la noble profesión de la magia para entender mi desesperación de aquel día.

Armand caminó hacia la alta ventana rematada por un arco de piedra y permaneció un rato de espaldas a sus dos invitados, contemplando los setos simétricamente recortados del jardín francés.

—Pensé en quitarme de en medio, en desaparecer —continuó con voz ronca—. Al fin y al cabo, nadie me habría echado de menos. Nunca he tenido mucha suerte con las mujeres... Supongo que se me puede considerar un tipo solitario.

El acento de sinceridad de aquella confesión sorprendió a Álex. Sus ojos estudiaron con detenimiento los hombros y la espalda del ilusionista. Parecía imposible que un hombre tan atractivo como él no fuese afortunado en asuntos amorosos... A menos que su aspecto también hubiera mejorado, lo mismo que su situación financiera, después de encontrar el Libro de la Creación.

Como si sintiera sobre sí la mirada escrutadora de Álex, Armand se giró abruptamente.

—Aquella noche estuve deambulando por las afueras de la ciudad hasta bien entrada la madrugada —continuó, recuperando la sonrisa—. Dejé el coche al borde de un camino y ascendí a través del bosque hasta esta colina. Había oído hablar de esta casa, pero nunca me había acercado a ella. En cuanto descubrí la silueta oscura de las ruinas, sentí la fuerza de un oscuro poder atrapado que pugnaba por salir. Puede que no haya sido el mejor mago del mundo, pero sé reconocer un feudo mágico cuando lo tengo delante. Me aproximé a las impresionantes columnas del pórtico, que amenazaban con derrumbarse en cualquier instante, con una mezcla de respeto y veneración. Y entonces oí la llamada...

—¿La llamada? —interrumpió David—. ¿Qué llamada?

Armand se volvió hacia él con las rubias cejas fruncidas.

—La llamada del libro. En realidad, él me encontró a mí, no yo a él. La atracción de su sombra era como un imán para mi débil magia. Respondí a la llamada, y aquí me tenéis, convertido en un príncipe entre los magos.

Armand se frotó las manos complacido, dando por terminada su explicación. Álex y David se miraron.

—Tu relato no resulta nada convincente —afirmó David—. Según lo cuentas, parece que todo te hubiese resultado muy fácil. Una ruina mágica, una llamada que no puedes dejar de responder... Pero este palacio, por dañado que estuviera, debía de pertenecer a alguien. ¿Cómo es que ahora lo tienes tú? ¿Y cuándo dejó de ser una ruina para recuperar su antiguo esplendor? Se tardaría años en restaurar un edificio como este.

—Te olvidas de que ahora tengo el libro —repuso Armand orgulloso—. Puedo hacer cosas que la mayoría de los mortales, incluidos los medu, consideran imposibles. Puedo resucitar, incluso. Puedo vencer a la muerte... Dime qué príncipe medu podría hacer eso.

David meneó la cabeza, poco convencido; pero fue Álex quien habló.

—Estás mintiendo —dijo, retando a Armand con la mirada—. Ni siquiera los medu más poderosos son capaces de leer los libros kuriles, ¿y tú pretendes hacernos creer que encontraste esa copia del Libro de la Creación y la leíste sin más? Vamos, Armand; a fin de cuentas, solo eres un humano...

Un relámpago de advertencia atravesó la limpia mirada del mago.

—Te olvidas de que, gracias a ti, la magia se ha democratizado mucho últimamente —dijo, y sus ojos buscaron la complicidad de David, que lo observaba ceñudo—. Ahora podemos hacer magia, magia de verdad, como la de los medu... ¿No crees que eso explica muchas cosas?

—No, no lo creo —afirmó Álex, tajante—. Una cosa es jugar con los colores del agua o de la piel, como hacen muchos humanos, y otra muy distinta leer un libro kuril. Si quieres convencerme de que realmente tienes el libro y de que eres capaz de utilizar su poder, tendrás que ofrecerme otro argumento.

Armand suspiró y se volvió de nuevo a mirar el jardín. Su perfil, serio y concentrado en la contemplación de las fuentes y los setos exteriores, había adquirido un aspecto extrañamente melancólico.

—Está bien —concedió en tono resignado—. Si quieres una respuesta mejor, la tendrás. Pero, para eso, necesito contaros una historia... ¿Habéis oído hablar del linaje Dayedi?

Los dos jóvenes asintieron.

—Era una antigua familia kuril que tuvo bastante importancia en la Venecia del

siglo XV —dijo David—. El palacio donde mi hermana encontró ese vídeo tuyo les pertenecía. Encontré la información en un viejo manuscrito de la biblioteca de Pértinax, que ahora se encuentra bajo la custodia del Consejo Agmar. Por desgracia, no añadía mucho más...

—¿Y no seguiste investigando? —preguntó Armand, asombrado—. Debiste acudir al propio Pértinax. Él habría podido contarte muchas más cosas acerca del linaje de Dayedi... A pesar de que ha perdido algo de lucidez después de la desaparición de sus hijas, sigue siendo un gran erudito, y el mejor experto en la historia de los clanes medu que existe hoy en día.

Esta sorprendente digresión sobre el antiguo regente de los agmar hizo que Álex y David mirasen a Armand con extrañeza.

—¿Y se puede saber cómo demonios ha llegado esa información a tu poder? —preguntó agriamente David—. No eres más que un humano, es imposible que ningún medu te haya revelado voluntariamente sus secretos...

Armand hizo una mueca.

—No soy un humano cualquiera, sino el heredero, por derecho propio, de un poderoso dominio kuril. Es lógico que eso me haya dado acceso a cierta información privilegiada, y a ciertos contactos. Reconozco que nunca he visto a Pértinax en persona, pero he leído algunos de sus escritos sobre rituales de invocación. Y me han contado que el pobre hombre no ha levantado cabeza después de la desgracia que les ocurrió a sus hijas.

Al decir aquello, miró maliciosamente a David. El muchacho no tardó en reaccionar.

—Si sabes lo que les pasó a sus hijas, entenderás por qué no podía preguntarle directamente a él. Pértinax nos culpa a mi hermana y a mí de todo lo sucedido...

—Y con razón, si no me equivoco. Pero, de todos modos, Pértinax ya no es libre de hacer lo que quiera. Su traición fue juzgada severamente por los jueces de vuestro clan, y ahora mismo, según tengo entendido, se encuentra confinado en una prisión mágica...

—Para visitarle, habría tenido que pedir un permiso especial al consejo, y eso me habría obligado a contestar muchas preguntas —replicó David con impaciencia—. Además, seguro que habría sido una pérdida de tiempo... Por mucho que sepa Pértinax sobre el linaje de Dayedi, algo me dice que tú sabes mucho más.

Armand volvió a desplegar su ancha sonrisa de mago tramposo.

—En eso no te equivocas —admitió—. Al restaurar los frescos de la biblioteca de esta casa, me encontré con un tesoro inesperado. La historia de Dayedi, narrada en imágenes... El abandono y la suciedad habían oscurecido tanto las escenas que antes de la restauración resultaba imposible distinguirlas. Resultó difícil devolverles su antiguo colorido, pero el esfuerzo mereció la pena. ¿Queréis que os las muestre?

Álex se encogió levemente de hombros.

—Será interesante, pero te recuerdo que no hemos venido aquí a admirar los frescos, sino a buscar el libro —dijo con aire indiferente.

—Vamos, Álex, no seas aguafiestas —protestó David con los ojos brillantes—. Siempre hay tiempo para el arte, o al menos debería haberlo. Además, como los frescos están en la biblioteca, me imagino que tendremos que verlos a la fuerza si queremos que Armand nos enseñe el libro...

—El libro de Dayedi no se encuentra en la biblioteca —puntualizó Armand con gesto repentinamente serio—. Digamos que... no es un libro corriente. Pero, de todas formas, no voy a mostrároslo hasta que estéis preparados. Y, para estarlo, necesitáis ver esos frescos. Os ayudarán a comprender el origen del libro.

Armand abrió la gran puerta de molduras doradas situada en la pared opuesta a la de la chimenea e invitó a los dos jóvenes a pasar delante de él. Al otro lado los aguardaba una estancia de forma pentagonal con cuatro de sus cinco paredes cubiertas por antiguas estanterías de caoba repletas de libros. Olía a polvo, a cuero viejo y a pintura, como si la restauración de los frescos aún estuviese reciente.

Álex observó boquiabierto las brillantes escenas que cubrían el muro de la ventana, dispuestas alrededor de la gran cristalera como los paneles de una vidriera medieval.

A los pocos segundos de observar el conjunto, el muchacho se dio cuenta de que había algo raro en las pinturas. Era como si los personajes representados se moviesen imperceptiblemente ante sus ojos, como si estuvieran vivos, aunque su vida parecía transcurrir a un ritmo mucho más lento que el del mundo real.

—Nunca había visto nada igual —oyó susurrar a David a su espalda—. En algún sitio leí que en los clanes antiguos existían artistas capaces de realizar pinturas dinámicas, pero este es el primer ejemplo que veo.

—A veces pienso que debería cobrar entradas a los turistas para que pudieran conocer esta maravilla —dijo Armand en tono complacido—. Pero supongo que la riqueza me ha vuelto egoísta... No me gusta demasiado la idea de compartir mis tesoros con el vulgo.

—¿Cómo sabes que el fresco representa la historia de Dayedi? —preguntó Álex.

Armand señaló la escena superior izquierda de la secuencia.

—¿Veis el emblema dorado que lleva el joven del cabello oscuro y la capa azul tatuado en la mano? Es un camaleón con garras de águila, el tatuaje familiar de los Dayedi.

Álex contempló con los labios entreabiertos la figura del joven. Se encontraba rodeado de una multitud que, desde el pretil de un puente de piedra, observaba una barca dorada que navegaba solitaria por un canal de aguas azules, adornada con flores y tapices de vivo colorido. Obviamente, la escena parecía representar una festividad



celebrada en la Venecia renacentista.

—Al principio, Renato Dayedi no era más que un noble kuril que no destacaba en nada dentro de la corte del rey Eo —explicó Armand con los ojos fijos en el fresco—. Como supongo que sabréis, este monarca, el último que ocupó el trono de los medu, había establecido su corte secreta en Venecia, donde llevaba una doble vida, participando en la política de la ciudad como un miembro destacado del Gran Consiglio mientras, secretamente, dirigía los destinos de su pueblo.

Álex observó con asombro cómo la barca ceremonial del rey Eo comenzaba a deslizarse suavemente sobre las aguas pintadas, salpicando de espumas blancas las orillas del canal. La embarcación viró lentamente para acercarse a un amarradero de piedra situado en la orilla derecha. Era como si quisiera dirigir la mirada de sus espectadores hacia la escena siguiente; y Álex, involuntariamente, siguió el rumbo que el barco marcaba y desvió los ojos hacia la segunda representación.

En cuanto la vio, tuvo la intuición de que sabía lo que significaba. La luz de aquella escena, amarilla y polvorienta, reproducía la atmósfera de un lugar mucho más cálido que la brumosa Venecia. Había una silueta de espaldas recortada sobre una alta llamarada blanca, y, detrás de la llama, se veía un alto muro recubierto de sombras que danzaban frenéticamente, al ritmo de los parpadeos del fuego.

—El Guardián de las Palabras —musitó—. Arawn...

—En efecto —confirmó Armand de inmediato—. Este panel representa el momento clave de la vida de Dayedi. Mientras practicaba el arte de cabalgar en el viento del destino, una visión le trasladó al pasado, al momento en el que Arawn intentó leer el Libro de la Creación para derrotar definitivamente a los medu. Fijaos, él está allí, detrás de aquella columna. Mirad cómo le tiemblan las piernas: en ese instante solo deseaba desaparecer. Pero, poco a poco, consiguió rehacerse lo suficiente como para sobreponerse a su miedo y concentrarse en las sombras del muro. Renato Dayedi estaba acostumbrado a practicar las artes de la memoria. Los kuriles las empleaban desde niños para aprender a dominar sus visiones. Solo tuvo que ponerlas en práctica para memorizar los símbolos que iba viendo. La rapidez con la que cambiaban de lugar y se sucedían unos a otros no era un obstáculo para él. Grabó en su mente todo cuanto el fuego proyectaba sobre el muro. Hasta que llegó... él.

Álex se estremeció al ver la figura alada que acababa de aterrizar sobre la escalinata pulcramente dibujada que ocupaba la parte delantera de la escena. Cientos de ojos brillantes como esmeraldas adornaban aquellas grandes alas desplegadas al viento. Argo. Era la misma escena que el fallecido guardián le había hecho presenciar a Jana a través de una visión.

Con un gesto teatral, Armand señaló al fresco y retrocedió unos pasos, como dando a entender que la pintura se explicaría por sí misma. Resultaba extrañamente

inquietante ver deslizarse al Arawn del fresco hasta Argo, atacarlo con la rapidez del relámpago, enlazándolo con una lengua del mismo fuego que creaba las sombras sobre el muro. La figura irreal y plana del guardián alado cayó al suelo, pesada y ennegrecida como un pájaro muerto. Una bruma espesa comenzó a nublar las imágenes hasta ocultarlas casi por completo.

—Después de lo que vio, Dayedi regresó a Venecia —continuó Armand con un suspiro—. Al cabo de pocas semanas comenzó a rumorearse que había regresado de un largo viaje a Oriente convertido en un gran mago. Lo único seguro era que, de pronto, se había vuelto ambicioso y atrevido. Fijaos en la tercera escena: Renato Dayedi se introduce sin ser invitado en un baile de máscaras celebrado en el palacio del rey Eo. El baile ya ha concluido, y los invitados están cenando. Dayedi es ese joven que se inclina respetuosamente ante el congestionado Eo. El anciano ha comido y bebido más de la cuenta y se halla de buen humor. Cuando ve las pobres ropas de Renato y escucha su ofrecimiento de convertirse en su mago personal, no puede contener las carcajadas.

El rostro inmóvil del antiguo rey se distorsionó de pronto en una mueca risueña, como si efectivamente acabase de estallar en una risa silenciosa. Álex y David vieron con claridad cómo movía los labios, aunque de ellos no brotaba ningún sonido.

—Eo le ha contestado a Dayedi que ya tiene suficientes bufones en su corte, pero que puede quedarse a disfrutar de los restos de la cena, si está hambriento —tradujo Armand, que parecía capaz de leer el movimiento de los labios del rey—. Fijaos, la respuesta no complace a Dayedi en absoluto. ¿Veis cómo frunce el ceño? Aun así, acepta la invitación... y solicita acabar con los restos del pato asado que el rey se estaba comiendo.

Con los ojos muy abiertos, Álex contempló las carcajadas silenciosas de los invitados del rey, la expresión burlona de las damas, los susurros inaudibles que intercambiaban mientras Eo empujaba la gran bandeja de oro hacia el borde de la mesa, cediéndole los restos medio deshuesados del pato a Dayedi.

Después de ejecutar una cómica reverencia, el retrato de Dayedi cogió de la bandeja la parte delantera del pato y, fingiendo un ávido apetito, comenzó a roer los restos de carne que aún quedaban entre los huesos. De pronto, el rostro de la pintura se volvió escarlata, y luego morado. El joven se llevó una mano al cuello con gesto desesperado: se estaba asfixiando. Una de las damas se puso en pie, chillando (aunque sus chillidos no podían oírse). El propio rey dejó de reír y contempló al joven mago con ojos desorbitados.

Hasta que, de pronto, el Dayedi del fresco comenzó a toser. Su pecho subía y bajaba, sacudido por violentos estertores. De su boca salió, como en una explosión, un remolino de plumas pardas, verdes y azules. Los presentes abrieron mucho la boca, murmuraron entre ellos... En un momento, las caras de susto se relajaron y

empezaron a sonreír. Varias damas aplaudieron.

Pero antes de que el rey pudiera reaccionar, el joven Dayedi hizo algo inesperado. Dejó caer de golpe, sobre la mesa, los restos del ave que aún tenía en la mano, pero antes de que la carcasa de huesos rozara el mantel, el animal remontó el vuelo, para aterrizar un poco más allá sobre una fuente de fruta, agitando las carcomidas alas de un modo enloquecido. El cuello asado del animal se movía frenéticamente a derecha e izquierda, y la chamuscada cabeza comenzó a husmear en los platos de las damas, que chillaban histéricas.

Se volcaron varias copas; una joven cayó al suelo desmayada. Algunos caballeros desenvainaron sus espadas para amenazar al mago, pero el rey alzó una mano para detenerlos.

Después, una pátina oscura veló la escena...

David y Álex se volvieron hacia Armand, boquiabiertos. El mago sonrió satisfecho, como si la prodigiosa sucesión de movimientos dentro del fresco fuese obra suya.

—Así fue como Renato Dayedi consiguió atraer la atención de Eo. A partir de esa noche, según parece, el monarca no daba ni un solo paso sin consultar a Dayedi, el mago de la corte... Ocupó ese puesto durante más de diez años. De vez en cuando salía a cazar con el hijo del rey. Pero luego, las cosas se torcieron. Mirad...

En la primera escena de la parte intermedia del fresco, a la izquierda de la ventana, Dayedi aparecía algo más maduro que en las escenas anteriores. Se había dejado barba, y consultaba una carta celeste ante la mirada atenta de Eo y de su esposa.

—La reina Mara también confiaba mucho en el consejero de su marido. Quizá demasiado —explicó Armand—. Fijaos en la siguiente imagen: Mara, su hermano Arkán y Dayedi se encuentran reunidos en una cripta. No era un secreto para nadie que Arkán odiaba a su cuñado y que llevaba años intentando convencer a la reina para que le apoyara. Dayedi se unió a la conspiración. Lo que no sabía era que Arkán jugaba un doble juego, y que en el último segundo le vendería.

Armand señaló la escena de la esquina inferior izquierda del fresco, donde se veía a Dayedi en la veneciana plaza de San Marcos, rodeado de guardias que portaban largas lanzas.

—Nadie sabe exactamente cómo murió —prosiguió el ilusionista—. Se dijo que lo habían torturado, que había perecido de sed después de ser sometido a la crueldad del torno durante varios días... En cualquier caso, el fresco no reproduce su muerte, sino el momento del entierro —añadió, señalando la última escena de la pintura, a la derecha del ventanal—. Esos dos ancianos desconsolados son sus padres, y la joven que se oculta el rostro entre las manos, su sobrina. El joven que arroja un puñado de tierra sobre el ataúd es su hermano menor.

Aturdido de asombro, Álex observó los leves movimientos en los rostros destrozados por el dolor de los padres de Dayedi mientras la tierra caía en una suave lluvia oscura dentro de la tumba abierta.

De pronto, una llamarada de luz ascendió de aquel agujero, cegando a la vez a las figuras del cuadro y a los jóvenes que lo contemplaban desde fuera.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó David, protegiéndose los ojos con una mano.

Armand esperó a que el resplandor se diluyera en sombras para contestar.

—La maldición —musitó en voz baja—. Dicen que Dayedi pronunció una maldición desde el interior de su tumba, en presencia de todos los asistentes al duelo. Ahí podéis leerla. —Su dedo apuntó a una lápida de piedra que ocupaba la parte derecha de la última escena del fresco—. Está escrita en el antiguo alfabeto mágico de los clanes. La traduciré para vosotros, si queréis... Me la sé de memoria. Dice así: «Con el último puñado de tierra que arrojéis a este pozo, sellaréis también el Libro de la Creación, y vuestros ojos no volverán a posarse en sus sombras. La casa de Kuril se extinguirá y con ella el arte de cabalgar en el viento. De rodillas, la orgullosa raza mágica se humillará ante los hombres; sus ciudades serán arrasadas, la magia perseguida, los tatuajes olvidados. El crepúsculo de los clanes se prolongará hasta la llegada de la quinta dinastía, el último linaje de los reyes medu. El primer monarca de esta estirpe devolverá a los clanes la gloria perdida. Y, solo entonces, el libro se abrirá de nuevo».

Las últimas palabras pronunciadas por Armand continuaron resonando unos instantes en la mente de Álex después de que el mago se callara. Por un momento, llegó a perder la noción del tiempo. Notó, eso sí, que la luz que se filtraba a través de la cristalera de la ventana se volvía de pronto más débil y rosada, como si comenzase a atardecer.

—Como ya sabéis, la profecía de Dayedi no tardó en cumplirse —oyó decir a Armand con una voz que parecía venir de muy lejos—. Pocos años después de su muerte, la casa kuril desapareció, y con ella la monarquía de los medu...

—Pero la segunda parte de la profecía es una estupidez —dijo David—. Eso de que el libro se abrirá de nuevo con la llegada de la quinta dinastía... Todo el mundo sabe que solo ha habido cuatro dinastías reinantes entre los medu. Desde la muerte de Eo, el trono de los clanes permanece vacío.

—Te equivocas. La profecía sí se ha cumplido —repuso Armand mirándolo sombríamente—. De no ser así, yo no habría podido leer el libro. Piénsalo un poco, David: ¿quién lleva ahora la corona de los medu? ¿Quién tuvo el valor de ceñirse la Esencia de Poder, aun sabiendo lo caro que podía costarle?

Álex sintió un escalofrío.

—Erik —murmuró en tono sombrío.

Sus ojos se encontraron con los de David, que parecía tan impresionado como él.

—Con su sacrificio, Erik, el hijo de Ober, fundó la quinta dinastía, cumpliendo la profecía de Dayedi —confirmó Armand.

—Pero Erik está muerto... —objetó David.

—Digamos que está... ausente. —Armand miró a Álex directamente a los ojos mientras en sus labios se dibujaba una desafiante sonrisa—. Pero esa ausencia no durará para siempre. Algún día regresará.

Una oleada de intenso calor inundó el rostro de Álex, provocándole una penosa sensación de vértigo que le obligó a buscar apoyo en una mesa cercana.

—Mis palabras no parecen alegrarte mucho —añadió Armand sin dejar de mirarle—. Qué curioso; tenía entendido que era tu mejor amigo...

—Por eso precisamente, no me gusta que se bromea a su costa —musitó Álex con un temblor perceptible en la voz—. Erik está muerto, y nadie puede cambiar eso.

—Yo no estoy de acuerdo. Alguien podría cambiarlo. Alguien que tuviese en su poder la copia del Libro de la Creación. Y yo la tengo.

—Si hubieras podido leer el libro, no nos habrías traído aquí con engaños y trucos —murmuró Álex, controlando a duras penas la rabia que empezaba a dominarle—. Estás jugando con nosotros; llevas haciéndolo desde que llegamos. ¿Crees que no sé que todo lo que nos has contado es mentira? Tú no eres Armand Montvalier. El verdadero Armand murió, yo mismo vi su cadáver medio calcinado en el depósito. Vamos, deja de fingir. ¿Quién eres en realidad?

La sonrisa del mago se disolvió lentamente.

—¿Quién soy? —repitió, titubeante—. A veces, yo mismo tengo que hacerme esa pregunta...

Por unos instantes, Álex tuvo la sensación de que la máscara despreocupada de Armand empezaba a resquebrajarse. Incluso creyó atisbar, a través de las grietas, la expresión grave y desamparada del rostro que se ocultaba debajo: un rostro joven, con una mirada vagamente familiar en sus ojos claros.

Sin embargo, la sensación de sinceridad solo duró un momento. Antes de que Álex tuviese tiempo de sondear aquel rostro semioculto, de indagar en los misterios que escondía, la máscara de Armand volvió a cubrirlo, más rígida e impenetrable que nunca.

—Los magos, a veces, tenemos problemas de identidad —añadió, volviéndose bruscamente hacia el fresco de Dayedi—. Sobre todo cuando nos arriesgamos a movernos en el filo entre la vida y la muerte, como he tenido que hacer yo. Cuando veáis el libro, lo entenderéis. Era la única forma de penetrar en sus misterios.

—Pero el cadáver que vi...

—Cuando veáis el libro, lo entenderéis —repitió Armand en tono cansado—. Y creo que el momento ha llegado. Venid conmigo: y no os sorprendáis si lo que os

muestro no se parece en nada a lo que hayáis podido imaginar.

## Capítulo 3

Alex observó a Armand mientras este empujaba hacia atrás uno de los libros situados en la estantería de caoba próxima a la chimenea, y vio cómo esta giraba silenciosamente sobre sus goznes, convertida en una puerta.

—Pasad —dijo Armand—. No tengáis miedo...

Al otro lado reinaba una penumbra grisácea y húmeda. Álex inclinó la cabeza para no golpearse con la parte superior de la estantería, que no se había movido. La cámara secreta tenía el suelo cubierto por un mosaico de aspecto tan antiguo y deteriorado que bien podría haber sido romano. En la débil luz del crepúsculo que se filtraba desde la biblioteca, resultaba imposible distinguir con claridad la escena que representaba.

Por lo demás, la estancia estaba prácticamente vacía..., o al menos eso le pareció a Álex en un primer momento.

Fue al mirar hacia la izquierda cuando vio el alto espejo rectangular apoyado contra la pared. Una telaraña atravesaba su turbia superficie, extendiéndose como una gasa gris sobre uno de los vértices superiores del marco dorado. El espejo no reflejaba más que sombras; mejor dicho, una sombra única, profunda y amenazadora como la que emanaba del cuerpo de Álex en sus últimas visiones.

El muchacho sintió que el corazón se le encogía al enfrentarse con aquel reflejo oscuro e informe. Aquella negrura procedía de algo, o de alguien, situado en el lado opuesto de la estancia. Lentamente, Álex giró la cabeza en aquella dirección.

Entonces lo vio. Era un hombre, o al menos lo parecía. Se mantenía en pie, con la espalda ligeramente encorvada y el rostro vuelto hacia el espejo, inmóvil como una estatua. Pero no era una estatua. Su piel, completamente cubierta de tatuajes desde los pies al cuero cabelludo, tenía el aspecto de la piel humana. Parecía, más bien, un hombre disecado... Aunque Álex supo de inmediato que no se trataba de eso.

—¿Qué es? —preguntó con un hilo de voz.

La respuesta tardó unos segundos en llegar, y no se la proporcionó Armand, sino David.

—Es... es un nosferatu —repuso el hermano de Jana en un susurro.

Álex se volvió hacia él. Apenas podía distinguir la expresión de sus ojos en la penumbra.

—No entiendo —dijo—. ¿Qué es un nosferatu?

—Un nosferatu es un «No Muerto» —musitó David, mirando fijamente a la inquietante criatura—. Un cadáver que habita en la frontera entre la vida y la muerte.

—En realidad, no creo que debamos hablar de «un nosferatu», sino de «El

Nosferatu» —precisó Armand, que se había quedado cerca de la entrada—. Este ejemplar es el único que existe.

—Pero sigo sin entender —murmuró Álex—. ¿Qué tiene que ver con el libro?

—¿No lo entiendes? —Las pupilas de David parecían estrellas oscuras en medio de la penumbra gris—. Esa «cosa» es el libro.

Una idea genial... Jamás se me habría ocurrido; y, sin embargo, ahora entiendo que no podía ser de otra manera.

—David, déjate de acertijos. No sé qué es lo que intentas decir. ¿El Libro de la Creación es... un cadáver?

David se aclaró la garganta antes de contestar.

—En la época de Dayedi, los filósofos creían que el hombre era un «microcosmos», una especie de representación del universo en miniatura. Y se supone que el Libro de la Creación, a su manera, contenía una descripción exacta del universo... ¿Qué mejor lugar para copiarlo que un hombre? Una copia del mundo escrita sobre otra copia. Ambas poderosas, inabarcables, infinitas. Es... es sencillamente perfecto.

Armand aplaudió sonoramente.

—Excelente —dijo, con los ojos brillantes—. Has comprendido enseguida, David... Pero te olvidas de una cosa. Para que un hombre sea un microcosmos, para que pueda albergar la representación completa del mundo, no basta con su cuerpo... Necesita un alma inmortal.

Álex clavó la mirada en la inmóvil figura humana y sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Tenía la sensación de que la criatura se había girado unos centímetros para seguirle con la vista... Aunque en su rostro cadavérico, completamente cubierto de tatuajes, los ojos quedaban ocultos en las profundidades de sus oscuras cuencas.

—Tienes razón —dijo David, con la voz quebrada de excitación—. Tienes razón, el cuerpo tatuado no es el verdadero libro; es solo... ¿Cómo decirlo? La cubierta, ¿no es así, Armand?

—Así es, David. Es solo la cubierta. Interesante, pero incompleta.

—Lo que significa que, para leer el libro, hay que reanimar al Nosferatu. Hay que insuflarle un espíritu... Pero ¿cómo se hace eso?

El escepticismo había desaparecido completamente de la expresión del hermano de Jana. En ese instante, miraba al ilusionista como si estuviese contemplando una especie de oráculo.

Álex desvió los ojos, incómodo. Seguía sin fiarse de Armand. Además, por más que se esforzaba en concentrarse en el cuerpo erguido y apergaminado del «No Muerto», había otra cosa en la habitación que atraía poderosamente su atención y le impedía pensar en nada más. Era el espejo; o, mejor dicho, la sombra que acechaba



en su interior. Una sombra tan densa e impenetrable como la de las visiones relacionadas con el libro que había tenido en las últimas semanas. Solo que, en las visiones, la sombra no brotaba de un espejo, sino de él mismo; de su propio cuerpo, o quizá de un lugar más delicado e inalcanzable: de su alma...

Los pasos decididos de Armand a través del suelo de mosaico lo devolvieron a la realidad.

El mago se había situado ante la puerta de la cámara secreta y, desde allí, observaba a sus dos invitados con aire divertido.

—Vamos, Armand, tú tienes que saberlo —insistió David en tono casi suplicante—. Tú has leído el libro; así es como has conseguido todo lo que tienes. Eso quiere decir que has encontrado la forma de reanimar al Nosferatu, de dotarlo de un alma... ¿Cómo se hace?

—No es fácil, muchacho. Es duro, y doloroso, tremendamente doloroso. Me llevó bastante tiempo comprender el secreto de la copia realizada por Dayedi. Para leerla, para despertar al alma dormida de esta desgraciada criatura, hay que realizar un enorme sacrificio. La pregunta es si vosotros estáis dispuestos a realizarlo...

—¿Un sacrificio? —Álex se volvió hacia él y buscó su mirada—. ¿Qué clase de sacrificio, exactamente?

—El único que realmente importa: el de la vida. Para leer el libro, hay que estar dispuesto a morir; y no una, sino mil veces si fuera necesario.

—Pero tú sigues vivo —objetó David, dando un paso hacia el mago—. Dinos cómo lo has hecho. Tiene que haber una forma...

—Pensad sobre ello. Meditadlo despacio. Tenéis todo el tiempo del mundo para descubrir la respuesta... Y creo que os será más fácil dar con ella si yo no os molesto, de modo que, por ahora, creo que será mejor que nos despedamos.

Armand abrió la puerta con una mano, y retrocedió dos pasos mientras inclinaba el tronco casi hasta el suelo, en una grotesca reverencia.

—Espera un momento —dijo Álex—. ¿Cuándo vas a volver? ¿Cuánto tiempo piensas dejarnos aquí? Todo esto no tiene ningún sentido...

—Tiene más sentido del que imaginas, Álex. Mucho más —replicó el ilusionista con mirada solemne—. Concedeos una oportunidad. Yo ya he tenido la mía... Adiós.

La puerta se cerró tras el mago con un chasquido apenas audible. Un brillo tenue, débilmente rojizo, se propagó sobre la vieja y bruñida madera de su superficie en una rápida oleada. Álex estaba a punto de abalanzarse sobre ella cuando el brazo de David lo detuvo.

—No la toques —musitó—. Fíjate en ese emblema grabado en el centro. Un caballo alado rodeado por una corona de hiedra. Es un símbolo medu muy antiguo y poderoso; significa que la puerta está encantada.

Álex le clavó una mirada fría e impaciente.

—¿Y qué? —preguntó irritado—. ¿Qué me pasará si la cruzo, me disolveré o algo por el estilo? No estarás intentando decirme que nos hemos convertido en prisioneros de Armand...

—Vamos, no exageres. Solo te digo que hay que tener cuidado antes de cruzar esa puerta, porque lo más probable es que al otro lado no nos encontremos la biblioteca de Armand, sino un lugar completamente distinto. El símbolo mágico la convierte en un portal dimensional, ¿lo entiendes? Si salimos, puede que no volvamos a encontrar el camino de regreso.

Álex miró de soslayo la sombra densa, casi sólida, que avanzaba desde el espejo, cada vez más larga y amenazante.

—Quizá sería lo mejor —murmuró.

—¿Estás de broma? —David lo miró indignado—. Esta es una oportunidad que solo se presenta una vez en la vida. Hemos tenido mucha suerte de que ese tipo haya querido traernos hasta el Nosferatu. Estamos solos con él, Álex. Ahora todo depende de nosotros. Si conseguimos reanimarlo, si conseguimos reconstruir la copia del Libro de la Creación, no habrá nada en el mundo que no podamos lograr. Entonces ya no hará falta que nos preocupemos por un mohoso conjuro en una puerta.

Álex miró fijamente al Nosferatu. Su espalda parecía algo más encorvada que unos segundos antes, y uno de sus pies se había adelantado, como si se dispusiera a atacar; aunque tal vez no fueran más que figuraciones suyas.

—¿Es que no has oído lo que acaba de decir Armand? —preguntó, sin apartar los ojos del «No Muerto»—. La única forma de reanimar a esa cosa es sacrificar la vida. ¿Es en eso en lo que estás pensando? Porque preferiría saberlo desde ahora mismo...

—Está claro que no entiendes nada de estas cosas, Álex. ¿Qué demonios te enseñaron los guardianes cuando estuviste con ellos? En los asuntos mágicos no hay que interpretar nada literalmente; ese es un error de principiantes, el peor que se puede cometer. Cuando Armand hablaba de sacrificar la vida, no estaba hablando de un sacrificio real, sino simbólico. Quería decir que tendremos que ofrecer a cambio del libro algo que sea de gran valor para nosotros, aunque sinceramente no sé qué demonios podría ser.

—Pues piénsalo antes de que empiece a agobiarme aquí dentro —gruñó Álex, volviéndose hacia el espejo—. Se supone que tú eres el experto, ¿no? Te doy media hora como mucho para encontrar algo que ofrecerle a esa cosa repugnante a cambio de que nos deje conocer sus misterios. No pienso esperar ni un minuto más en este antro lleno de moho.

David suspiró, contrariado.

—No me lo estás poniendo fácil —protestó—. ¿Qué diablos te pasa? Nunca te he visto actuar como un cobarde, pero ahora... No sé, parece que este sitio te diera miedo.

—Lo que no entiendo es que no te dé miedo a ti —replicó Álex de mal humor—. Está claro que todo esto es una trampa, ha sido evidente desde el primer momento. Armand no nos ha traído aquí para hacernos un favor. Trama algo, y no me da buena espina... ¿Cómo es posible que no te des cuenta?

—Por supuesto que me doy cuenta, pero eso ahora es lo de menos. Si conseguimos descifrar el libro, Armand dejará de importar. Nadie podrá hacernos daño. Seremos... seremos prácticamente invencibles.

Álex dejó escapar una amarga carcajada.

—Has perdido la cabeza —murmuró—. En serio, en cuanto has visto todos esos tatuajes en la piel del Nosferatu, has empezado a delirar.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —le cortó David en tono casi amenazador—. Yo sí. Vamos a dejar de discutir, Álex. Necesito concentrarme. Voy a despertar a ese engendro aunque sea lo último que haga.

Álex se encogió de hombros y, dándole la espalda a David, se alejó sin pensarlo en dirección al rincón del espejo. Él tampoco deseaba prolongar aquella discusión... Lo único que quería era salir lo antes posible de allí.

Durante unos minutos, ambos jóvenes guardaron un obstinado silencio. Álex oía los pasos regulares de David recorriendo interminablemente el pequeño cubículo, dando vueltas alrededor del Nosferatu. Él, por su parte, se sentó en una esquina y apoyó la espalda en la fría pared. Desde donde se encontraba podía ver el espejo de lado, y la sombra cada vez más espesa que emanaba de su superficie. ¿Cómo era posible que David no la viera? Si hubiese detectado aquella sombra antinatural que crecía por momentos, no habría podido ignorarla para concentrarse en el cadáver-libro. La sombra le habría impedido pensar con claridad... y le habría hecho desear con todas sus fuerzas alejarse de aquel lugar para siempre.

En algún momento, la sombra empezó a susurrar. El murmullo sibilante que brotaba del espejo parecía llegar de muy lejos, como el rumor de un mar lejano. Pero Álex estaba seguro de que en aquel sonido se ocultaban palabras incomprensibles, palabras que iban dirigidas a él. La sombra le estaba llamando. Era absurdo, lo sabía, pero también sabía que sus sentidos no le estaban engañando. La presencia amenazadora del espejo quería atraer su atención. Más aún: quería comunicarle algo... Pero ¿qué?

Fuese lo que fuese, Álex decidió resistirse con todas sus fuerzas a aquella llamada. Una voz interior le decía que era peligrosa, y que no debía caer en la tentación de escucharla. Pero, al mismo tiempo, el rumor le atraía con su música suave y seductora, obligándolo a realizar un gran esfuerzo para no ir hacia él. Sintió, de pronto, que su mente se dejaba envolver por la armonía de aquel viento distante y flotaba hacia un lugar alejado en el espacio y en el tiempo. Vio con toda claridad la penumbra de la Caverna Sagrada, el sepulcro de Erik bañado en luz y la figura de

Jana inclinándose sobre el lecho de piedra...

Álex cerró los ojos. Apretó los párpados con todas sus fuerzas, hasta que la visión se disolvió en una oscuridad salpicada de destellos blancos. No deseaba volver a presenciar aquella escena que despertaba el monstruo celoso y desagradecido que llevaba dentro. Tenía que poner barreras mentales, impedir a cualquier precio que la visión volviese a abrirse camino hasta su conciencia. Necesitaba todo su poder de concentración...

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —oyó que le decía David.

Abrió los ojos, desorientado. No sabía cuántos minutos llevaba luchando contra las imágenes que pugnaban por introducirse en su cerebro, manteniéndolas alejadas a través de un esfuerzo coordinado de todas sus facultades mentales.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando a David.

El hermano de Jana tenía el ceño fruncido y sus ojos echaban chispas.

—¿Cómo que qué pasa? Creía que querías salir de aquí, pero no estás ayudando mucho, ¿sabes? Yo solo no puedo reanimar a esa cosa. De verdad que no te entiendo, Álex. ¿No te interesa el libro?

—No, no me interesa —mintió Álex. La voz le salió débil y quebrada, como si acabase de despertar de un pesado sueño—. Lo único que quiero es largarme.

David se quedó mirándolo fijamente.

—Es por lo que dijo Armand sobre la profecía, ¿verdad? —preguntó—. Es por eso... No quieres que lea el libro. No quieres que los medu recuperemos la magia que nos arrebataste. Te da miedo...

—¡Sí! —le interrumpió Álex, nervioso. Había vuelto a vislumbrar la Caverna Sagrada durante unos instantes, antes de que su voluntad disgregase la imagen y le devolviese a la cámara secreta de la biblioteca—. Me da miedo, sí... ¿Y qué? No tengo ningún motivo para seguirte el juego. Me gusta el mundo tal y como es ahora, y no quiero que los clanes recuperen el poder que perdieron. Sabes tan bien como yo lo que harían con ese poder, si lo recuperaran...

—Lo que han hecho siempre —replicó David con indiferencia—. Sobrevivir, proteger su legado. Están... Estamos en nuestro derecho.

—Pues, si lo conseguís, no será con mi ayuda —murmuró Álex, rehuendo sus ojos.

Se sentía extenuado, e incapaz de seguir durante más tiempo con aquella conversación. El esfuerzo continuo que debía hacer para mantener alejadas las visiones de la Caverna había conseguido acabar con sus últimas reservas de energía.

Sin embargo, David no parecía dispuesto a dejarle en paz.

—¿Ni siquiera lo harías por Jana? —preguntó—. Necesito tu ayuda, Álex. Si no me echas una mano, quién sabe cuánto tiempo tendremos que quedarnos atrapados aquí...

—Te recuerdo que la puerta no está cerrada con llave —repuso Álex con desgana—. Podemos irnos cuando queramos.

Eso le dio una idea. Apoyándose en la rodilla derecha, se puso en pie. Por un momento temió que las piernas no le sostuvieran, pero, a pesar de su debilidad, consiguió avanzar un par de pasos hacia la puerta.

—¿Qué haces? —David le agarró violentamente del brazo—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Álex se volvió hacia él. Detrás del hermano de Jana, el Nosferatu permanecía inmóvil, como una extraña criatura disecada.

—Me marchó, David —contestó con un hilo de voz—. No me importa adonde me conduzca esa puerta. Quiero salir de aquí... Me estoy ahogando.

Intentó dar un paso más, pero los dedos de David le apretaron el brazo.

—Eres un cobarde —le recriminó el joven aginador con los ojos brillantes de desprecio—. Si Jana te viera en estos momentos, se avergonzaría de ti...

Una descarga de adrenalina calentó la piel de Álex. Sus músculos reaccionaron solos, empujando a David hacia atrás con una fuerza de la que unos segundos antes no habrían sido capaces.

El muchacho cayó al suelo sentado; era obvio que no se esperaba aquel ataque. Sus ojos entrecerrados se clavaron en su atacante, llenos de rencor. Se había llevado la mano enguantada al pecho, como si le doliera.

—Esto también le habría encantado a mi hermana —siseó, burlón—. Qué lástima que se lo esté perdiendo...

—No metas a Jana en esto, ¿me oyes? Basta. —La voz de Álex brotaba descontrolada, llena de rabia, sin que él pudiera hacer nada por contenerla—. Estoy harto de ti, harto de vosotros y de vuestras estupideces... ¿Qué queréis, que todo vuelva a ser como antes? Que yo recuerde, antes no os iba demasiado bien...

—Ahora será mejor —murmuró David, levantándose del suelo sin apartar la mirada de Álex—. Hemos aprendido la lección. Además, ahora tenemos un rey. Armand lo ha dicho, y tiene razón. Por primera vez en cuatrocientos años, los clanes tenemos un rey, y eso lo cambia todo. Con Erik en el trono, y sin la molestia de los guardianes, nadie podrá pararnos.

—Sí; qué maravilla. —Álex sonrió con sarcasmo—. Unos cuantos como tú bastarían para convertir el mundo en un infierno... Ya me lo estoy imaginando.

David ladeó un poco la cabeza para lanzarle una mirada oblicua.

—Creía que Erik era tu mejor amigo —dijo en voz baja—. Aunque solo fuera por él, lo lógico sería que colaboraras. El libro nos permitiría despertarlo...

—¿Y crees que yo quiero eso? —vociferó Álex, fuera de sí—. ¿De verdad lo crees? Eres un idiota, David. Eres un completo idiota.

En algún momento en medio de su estallido, Álex volvió a empujar a su

compañero. El muchacho, desequilibrado por el golpe, salió despedido hacia la pared de piedra. Intentó frenar el golpe con la mano enferma, pero el guante se arrugó al chocar contra el muro como si no contuviese nada más que vacío. De la garganta de David brotó un aullido de dolor.

En ese mismo instante Álex oyó un crujido a su espalda.

Se volvió justo a tiempo para ver cómo el Nosferatu abría los ojos. Sus iris eran dos círculos negros en cuyo centro brillaban los símbolos gemelos de dos ibis idénticos. Dos jeroglíficos antiguos como la historia del mundo, esculpidos en fuego sobre la oscuridad de aquella mirada inhumana.

—Ha despertado —susurró David, que había conseguido ponerse en pie—. ¿Por qué? No entiendo nada...

Álex intentó contestarle. Intentó decirle que él sí lo entendía, pero no pudo.

De repente, se había quedado sin voz.

El monstruo avanzó pesadamente hacia ellos, moviendo con torpeza sus rígidas piernas cubiertas de tatuajes. Un dolor insoportable atenazó el pecho y la garganta de Álex, como si media docena de cuchillos le estuvieran desgarrando por dentro. Trató de moverse, pero le fue imposible.

—Enhorabuena, David —dijo el Nosferatu. Tenía la voz de Álex, el mismo tono grave y levemente ronco, las mismas inflexiones al arrastrar las palabras—. Lo has conseguido.

David contempló con fijeza los ibis de fuego inscritos en los ojos del monstruo.

—¿Qué... qué ha pasado? —tartamudeó—. ¿Qué le has hecho a mi amigo?

El Nosferatu se echó a reír. Una única carcajada trémula, mezclada con extraños estertores, reverberó en las paredes de la cámara secreta.

—¿De verdad te parece que ese es un término apropiado para definirle? —se mofó el monstruo. A medida que hablaba, parecía ir ganando en firmeza, y la expresión de su rostro cadavérico iba adquiriendo una vivacidad cada vez mayor—. Amigo... ¿Por eso su voz destilaba tanto odio como para devolverle la vida a un cadáver?

De modo que era eso. Álex dirigió a David una mirada suplicante, pero el hermano de Jana solo tenía ojos para el Nosferatu, Parecía fascinado y aterrado al mismo tiempo. Por fin había conseguido lo que quería: despertar a la copia viviente del Libro de La Creación.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó; Álex se dio cuenta de que David estaba temblando—. ¿Debo temerte?

De nuevo resonó una carcajada, esta vez más larga y humana que la anterior.

—Todo el mundo debería temerme, David. El poder es temible, y dentro de mí hay un inmenso poder... Pero te estoy agradecido por haberme reanimado.

—La verdad es que yo no he hecho nada. Ni siquiera sé cómo ha ocurrido. Fue

cuando Álex me golpeó; así que me imagino que ha debido de hacerlo él.

Los ojos del Nosferatu se desviaron hacia el cuerpo petrificado de Álex y clavaron en él sus signos llameantes. Fue como si una fuerza invisible descargase un latigazo sobre la espalda del muchacho, que cayó al suelo de rodillas, doblado de dolor.

—¿Qué le ocurre? —preguntó David, asustado—. ¿Eso se lo has hecho tú?

—No he hecho más que devolverle el golpe —repuso el Nosferatu. El movimiento de sus labios estaba ligeramente desincronizado con los sonidos que emitían—. Era lo justo, ¿no te parece?

Una sombra de rabia atravesó el rostro de David.

—Se ha puesto como loco conmigo —contestó, mirando fijamente a Álex—. No sabía que me odiara tanto...

—Te odia. Odia todo lo que representáis tú y tu hermana. La máscara ha caído, tú no tienes la culpa. Todo lo que tienes que hacer es ignorarle.

Un frío insoportable había comenzado a invadir las entrañas de Álex. Intentó hablar una vez más, atraer la atención de David para sustraerle al influjo del Nosferatu, pero su garganta seguía muerta, incapaz de emitir ni el más leve sonido.

La mirada confusa de David vagó un instante sobre el cuerpo derrotado de su amigo antes de volver a encadenarse a la criatura tatuada.

—¿Qué va a pasar con él? —preguntó en voz baja.

—Nada. Lo que tenía que pasar ya ha pasado. Lo único que tienes que hacer es salir de aquí sin volver la vista atrás y no volver a pensar jamás en él. A cambio, puedo devolverte lo que tanto deseas... Lo que estabas buscando cuando viniste aquí.

David tragó saliva.

—¿Tú sabes... sabes lo que yo...?

—Tenías un don —dijo la voz de Álex desde la boca repugnante del Nosferatu—. Tenías un don irrepetible, único en el mundo, y lo perdiste por su culpa. Yo puedo devolvértelo.

—¿Cómo?

La voz de David vibraba de esperanza.

—Dame la mano —susurró el monstruo extendiendo un brazo rígido, completamente cubierto de descoloridos dibujos—. ¿Te repugna tocar una piel muerta? No seas cobarde. Esta piel contiene los secretos del mundo, ¿recuerdas? Dame la mano y no te arrepentirás.

David alzó ligeramente su mano enguantada y la mantuvo a medio camino en el aire, sin decidirse a tocar al monstruo. Su cuerpo temblaba tanto que parecía a punto de perder el equilibrio. Unos segundos más, y el Nosferatu le tocaría...

Álex supo con toda certeza que ese sería su final.

En realidad, ya había comenzado a morir. Una parte de su voluntad le había

abandonado, dejándolo congelado por dentro. También algunos de sus recuerdos, una parte importante de todo lo que conocía. Era como si el monstruo los hubiese aspirado.

Mejor dicho, la sombra del monstruo. Con la escasa lucidez que le quedaba, Álex se dio cuenta de que era la oscuridad del espejo la que le estaba debilitando, la que le estaba robando sus facultades. El Nosferatu no era más que el envoltorio. Su fuerza espiritual, una fuerza maligna y antigua como el hombre mismo, provenía de las tinieblas del espejo.

No le quedaba mucho tiempo; como mucho, unos segundos. Tenía que hacer un último intento antes de entregarse; antes de que aquella oscuridad le succionase el alma para fundirla con su propia y retorcida vida.

Como en un fogonazo, vio el rostro sereno y puro de Nieve. El poder de la voz; el arte que Nieve le había enseñado. Podía romper la prisión de silencio que le atenazaba si lograba concentrarse lo suficiente. Podía hablar con el sonido de su propia agonía, y conseguir que David le escuchase a él en lugar de al monstruo.

Le dolió como si un río de piedras afiladas arañase las paredes de su laringe, brutal y destructivo. Y sonó como una cascada de cristales rotos, fluyendo en un grito incontenible desde su garganta hacia el espejo.

David pareció despertar de un sueño. Sus ojos se clavaron en los de Álex con expresión de profundo terror. Álex supo que, en un instante, lo había comprendido todo.

La mano del muchacho cayó lentamente.

—No —dijo en un susurro—. No lo haré. No voy a traicionar a mi amigo.

El Nosferatu lanzó una espeluznante carcajada que hizo temblar el suelo de la estancia.

—Ya lo has traicionado —dijo, cuando los ecos de su risa inhumana se apagaron del todo—. No has hecho nada para ayudarlo cuando aún había tiempo... Y ahora ya es demasiado tarde.

Los ojos de David no se habían apartado de Álex mientras el monstruo hablaba. Venciendo el dolor, Álex consiguió desviar la mirada unos milímetros en dirección al espejo. El movimiento de sus iris fue casi imperceptible, pero David estaba tan concentrado en observarlo que lo notó. Instantáneamente, se dio cuenta de lo que ocurría. Captó el espesor de las sombras que brotaban del espejo, y supo que una parte de la fuerza del Nosferatu habitaba en aquel reflejo oscuro. Álex lo vio lanzarse sobre la bruñida superficie y golpearla brutalmente con su mano sana.

El cristal reflectante se hizo añicos, y los pedazos cayeron al suelo como una lluvia de agujas de vidrio.

Antes de que el Nosferatu tuviese tiempo de volverse hacia el espejo roto, el fuego de sus pupilas se apagó. Álex comprobó con infinito alivio que había



recuperado el dominio de su cuerpo. Sin embargo, al intentar incorporarse, sintió un dolor atroz en los músculos de la espalda. Sus piernas se doblaban como cartón mojado.

—Tenemos que irnos, antes de que reaccione —dijo David, asiéndolo de un brazo y pasándoselo sobre los hombros—. Vamos, Álex, tienes que hacer un esfuerzo...

Álex obedeció y dio un par de pasos. Poco a poco, sus miembros iban recuperando firmeza. El Nosferatu, mientras tanto, permanecía tan inmóvil y encorvado como al principio. Nada en su rostro ni en su actitud indicaba que quedara en él ni el más leve rescoldo de vida.

David tuvo que soltar a Álex para intentar abrir la puerta. Álex observó su mano cubierta de arañazos sanguinolentos forcejeando con el picaporte. Después de unos minutos, la puerta cedió con un chasquido, y una explosión de luz invadió la cámara secreta de la biblioteca.

David traspasó el umbral y, ya al otro lado, se volvió.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, tendiendo una mano.

Álex iba a extender la suya cuando oyó a su espalda un rumor tan débil como un suspiro. Un rumor que, insensiblemente, fue transformándose en un lejano flujo de palabras.

—Solo yo puedo ayudarte. —La voz que le hablaba era la suya, y sonaba muy profunda y lejana, amortiguada por una distancia infinita en el espacio y en el tiempo—. Solo yo puedo impedir que Erik despierte...

Olvidándose de David y de la claridad que le aguardaba al otro lado de la puerta, Álex se giró, tembloroso. La figura del Nosferatu seguía en el mismo lugar, pero un rescoldo rojizo animaba sus pupilas negras.

No pudo controlarse. La rabia transformó su temor en decisión, y, reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban, descargó un violento puñetazo en el rostro reseco del monstruo.

El Nosferatu cayó derribado como un muñeco. Al chocar con el suelo, la apergaminada piel que lo cubría se deshizo en una nube de escamas polvorientas que quedaron flotando alrededor de Álex.

El muchacho tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

Acababa de destruir la obra de Dayedi. Y eso significaba que ya nadie podría volver a leer aquel texto maldito, aquella copia monstruosa del Libro de la Creación.

Avanzó hacia el rectángulo de luz de la puerta, tambaleándose. La silueta de David lo esperaba al otro lado. Los párpados le quemaban. En realidad, le quemaba toda la piel.

Como si una lluvia de cenizas incandescentes se hubiese abatido sobre su cuerpo.

En el mismo momento en que cruzó el umbral, comprendió lo que le estaba

ocurriendo. La piel del Nosferatu se estaba recomponiendo sobre la superficie de su propia piel, atrapándolo en su carcasa vacía.

Estaba prisionero. Prisionero en el interior de una voluntad inhumana que lo envolvía como un ropaje protector y maligno.

Y, al mismo tiempo, sintió que una parte de su propia voluntad se quedaba atrás, aprisionada en los fragmentos rotos del espejo.

Se preguntó si alguna vez lograría recuperarla.

## Capítulo 4

Cuando sus ojos lograron acostumbrarse a la luz, Álex se obligó a mirar a su alrededor. Reconoció enseguida la silueta del puente de Rialto sobre el Gran Canal y las decenas de góndolas que iban y venían bajo su enorme arco. Había regresado a Venecia...

Contempló, horrorizado, la marea de turistas que rodeaban las tiendas de collares de vidrio junto al puente. Antes o después, lo verían. O, mejor dicho, verían al monstruo en el que se había convertido... Verían el cuerpo reseco y cubierto de tatuajes del Nosferatu.

Se preguntó cómo reaccionarían al verlo. Probablemente alguien gritaría. Se armaría un gran revuelo, se oírían exclamaciones en distintos idiomas. Alguien terminaría avisando a la policía.

Álex respiró hondo. Quizá fuese mejor así. No deseaba acostumbrarse a aquel cuerpo que no era el suyo, que no era nada más que una costra de oscuridad alrededor de su espíritu atormentado. Cuanto antes lo librasen de él, mejor... Antes o después, alguien, enloquecido por el temor, atacaría al monstruo. Quizá de esa forma consiguiese liberarlo.

O quizá no. Tal vez su propio destino había quedado ligado para siempre a la suerte de aquella horrible piel muerta. En ese caso, tendría que morir con ella. Cualquier cosa sería mejor que seguir siendo su prisionero.

Al principio intentó gobernar la frágil materia que lo envolvía, con la esperanza de poder dirigir sus movimientos. Pero pronto se dio cuenta de que era inútil. El cuerpo del Nosferatu solo le obedecía cuando su voluntad coincidía con la de él. Pero eso no sucedía casi nunca... La mayor parte del tiempo, era el monstruo quien decidía por sí mismo hacia dónde y cómo quería moverse.

Conservaba el control, en cambio, sobre su mirada. Eso le permitió buscar con los ojos la figura de David. Pero el hermano de Jana parecía haberse volatilizado en el aire... O tal vez el conjuro de la puerta lo hubiese conducido a un lugar distinto.

Álex sintió una oleada de pánico cuando los ojos de una turista se posaron en él. Por un lado deseaba que lo vieran, pero por otro lado le repugnaba imponer su horrible presencia a aquella pobre e indefensa mujer...

Sin embargo, los iris grisáceos de la dama resbalaron sobre él sin detenerse. Al parecer, ni siquiera lo había visto.

Álex se miró, espantado, las manos. La frágil envoltura de piel del Nosferatu era casi transparente, incluso para él.

¿En qué se había convertido? No tenía cuerpo, ni órganos, y la prisión que lo

envolvía resultaba tan invisible como su propio espíritu. No podía gritar, ni hablar, ni comunicarse de ningún modo con el resto de los seres humanos. Había quedado reducido a la condición de un espectro... aunque, al mismo tiempo, tenía la certeza de que aún seguía vivo. Vivo, pero misteriosamente escindido de su cuerpo. Dividido en dos mitades que tal vez nunca volverían a juntarse.

La piel del Nosferatu, aquella piel que no era la suya, le ardía como si toda ella fuese una inmensa quemadura supurante. Pronto descubrió que, si se protegía de la luz directa del sol, la quemazón remitía un poco, y a partir de ese momento su principal preocupación consistió en buscar el lado más sombrío de las calles que iba atravesando.

Álex se dio cuenta enseguida de que, pese a su invisibilidad, la gente que pasaba parecía evitarlo inconscientemente. Era como si, de algún modo, captasen su presencia y lo «rodeasen».

A medida que transcurrían los minutos, el muchacho iba ganando cierto control sobre su cárcel de piel, y en un momento dado consiguió incluso estirar un brazo para rozar con la punta de los dedos a un joven gondolero que descansaba indolentemente apoyado en un poste de madera. Le pareció que el veneciano se estremecía un poco, como si sintiese frío. Sin embargo, sus ojos no llegaron siquiera a buscar a su alrededor al causante de aquel leve contacto que acababa de experimentar.

Tenía que hacerse a la idea: estaba totalmente incomunicado. La gente normal no lo veía ni podía oírle. Su única esperanza eran los medu. Quizá alguno de los miembros de los clanes conservase la suficiente magia como para notar su presencia.

¿Dónde diablos se habría metido David? Tal vez estuviese en otro rincón de la ciudad, buscándole. Interiormente, maldijo a Jana por haber abandonado Venecia sin despedirse, dejándolo solo en aquella aventura. Ella podría haberle ayudado. Era una de las hechiceras medu más poderosas que quedaban, incluso después del episodio de la Caverna. Estaba seguro de que, si la tuviera delante, ella no le ignoraría. Seguramente habría conseguido captar su atención, hacerle notar que estaba allí.

Pero aquellos pensamientos solo conseguían hacerle daño. Tenía que hacerse a la idea de que Jana no estaba, de que no podía contar con su ayuda. Y el resto de los medu que conocía en la ciudad no eran precisamente gente de fiar. Recurrir a ellos en una situación tan delicada como la suya suponía un riesgo que, por el momento, no le tentaba demasiado.

Quedaban los guardianes. Nieve lo ayudaría, estaba seguro; pero para eso, antes tenía que llegar a su casa y conseguir que ella lo viera.

La primera parte del plan parecía relativamente fácil. Álex recordaba bien el lugar del palacio de los guardianes, y creía poder llegar con facilidad hasta él desde el puente de Rialto.

Sin embargo, cuando comenzó a caminar comprendió que los planes del

Nosferatu no coincidían con los suyos. La cárcel viva que lo envolvía había decidido moverse en una dirección diferente. Tenía, al parecer, su propio plan... O quizá se limitaba a recordarle que ya no era libre.

Álex luchó al principio contra aquellas piernas que no le obedecían, pero lo único que consiguió fue fatigarse hasta la extenuación. Aquella era una batalla que no podía ganar. El Nosferatu lo tenía a su merced. Si luchaba contra él, se hacía daño a sí mismo.

Al final se dio por vencido. Dejó que el cuerpo invisible del Nosferatu le arrastrase por las calles de la ciudad de un barrio a otro, de una plaza a otra, sin oponer la menor resistencia. Al fin y al cabo, ¿de qué le habría servido? Prefería reservar las escasas fuerzas que le quedaban hasta encontrar una forma mínimamente eficaz de utilizarlas.

Perdió la noción del tiempo. Una de las ventajas de verse separado de su cuerpo era que ya no tenía que preocuparse por el hambre, la sed o cualquier otra necesidad fisiológica. Eso le permitía concentrar todas sus fuerzas en percibir lo que ocurría a su alrededor y en reflexionar sobre ello. Además, una vez que se acostumbró a dejarse llevar por la extraña carcasa de piel mágica que lo aprisionaba, comprobó que la fatiga desaparecía. Mientras no se rebelase contra el Nosferatu, no tendría que preocuparse por sufrir un nuevo episodio de agotamiento. Incluso la sensación de estar cubierto de quemaduras había desaparecido.

Una campana resonó en el cielo acuoso de la ciudad, desatando un huracán de palomas histéricas que huían de la torre de una iglesia para refugiarse en los tejados cercanos. Álex alzó la vista hacia el campanario. Había un reloj que señalaba las siete en punto. Tenían que ser, forzosamente, las siete de la tarde.

El sol empezaba a declinar. Álex habría deseado detenerse un momento frente a aquella iglesia apacible, sentarse sobre el empedrado y echarse a llorar. Pero el Nosferatu no se lo permitió... Contra su voluntad, se vio obligado a continuar la marcha.

Habían dado tantas vueltas por la laberíntica ciudad de los canales que ya no sabía muy bien dónde se encontraba, aunque tenía la impresión de que uno de los puentes que acababa de atravesar conducía al barrio de Cannaregio. Si estaba en lo cierto, eso significaba que no se hallaba muy lejos del palacio de Nieve.

Sin embargo, para entonces ya había perdido las esperanzas de poder recurrir a la ayuda de los guardianes. Sabía que el Nosferatu no se lo permitiría. La monstruosa criatura que lo recubría había logrado infiltrarse misteriosamente en su conciencia, leyéndole cada uno de sus pensamientos en el mismo instante en que cobraba forma. Y haría lo que fuera para impedir que su prisionero recuperara la libertad, porque eso significaría para ella volver al estado inanimado, perder aquella vida robada que le había permitido, después de varios siglos de inmovilidad, salir de su escondite en

busca de sus propios objetivos.

Pero ¿qué objetivos? Por más que se esforzaba, Álex no conseguía imaginar cuáles podían ser los propósitos del monstruo. Era posible que el Nosferatu no actuase por su propia voluntad, sino que alguien, en la distancia, lo estuviese manejando. Pero, en tal caso, ¿quién podía ser ese alguien? ¿Armand? Sí, tenía que ser Armand; o, mejor dicho, el impostor que había adoptado la apariencia del difunto mago para hacerse pasar por él.

De repente, Álex sintió un violento golpe en el hombro derecho. Se detuvo, sobresaltado. Aún no había conseguido acostumbrarse a tener que padecer los sufrimientos de un cuerpo que, en realidad, no le pertenecía. Se frotó con su mano transparente el hombro dolorido mientras sus ojos se fijaban en el hombre contra el cual se había golpeado.

Era un norteamericano de mediana edad. Un tipo alto y fornido, con un sombrero tejano y camisa de cuadros sobre unos desgastados pantalones vaqueros. Miraba a derecha e izquierda, conmocionado por el golpe, y evidentemente malhumorado por no haberlo visto venir. Intentaba descubrir quién había sido el bromista que tan hábilmente se había escabullido después de lanzarse contra él, pero a su alrededor no había más que jubilados y parejas jóvenes de su mismo grupo, un rebaño de turistas incapaces de atacarlo, y menos aún de disimular en una situación como aquella. El tipo parecía tener claro que el golpe no podía proceder de sus compañeros, pero por más que buscaba al intruso responsable, no lo encontraba. Era evidente que no podía ver a Álex, y que ni siquiera notaba su presencia.

Después de varios intentos desesperados por llamar la atención de aquel tipo (gritos y súplicas que ni siquiera el propio Álex llegó a oír), el muchacho se dio la vuelta y comenzó a alejarse del grupo de turistas, completamente derrotado. Esta vez, la piel del Nosferatu no se opuso a sus movimientos. Al contrario, era como si le diese alas, como si le permitiese deslizarse sobre el pavimento con tanta ligereza como si flotara, conduciéndolo a través de una ancha plaza de edificios casi simétricos que Álex identificó como el centro del ghetto judío, hasta una callejuela lateral donde, de buenas a primeras, detuvo bruscamente su avance.

Álex miró desorientado a su alrededor. En la calle no había más que una pareja de jóvenes a punto de entrar en una casa viejísima.

El muchacho ahogó un grito al reconocer a la muchacha. Era Jana...

Pero cuando desvió los ojos hacia el chico que la acompañaba, su sorpresa se transformó en terror.

No podía creer lo que estaba viendo; o, mejor dicho, no deseaba creerlo.

Era imposible. Era un error, un monumental error de la naturaleza. O, peor aún, un terrible engaño, un maleficio de la peor especie...

Porque el muchacho que tenía delante, el joven que apoyaba distraídamente una

mano en el hombro de Jana mientras con la otra tanteaba el dintel de piedra de la puerta, no era otro que él mismo. O, al menos, tenía el mismo aspecto que él. Que Álex. O, mejor dicho, que el antiguo Álex, el Álex que iba y venía por donde quería, que era libre para hacer lo que quisiera...

El Álex que no estaba atrapado en un cuerpo siniestro, en la oscuridad de una prisión con forma humana, a medio camino entre los muertos y los vivos.

# **LIBRO TERCERO**

## **El Libro de La Muerte**



# Capítulo 1

Una caricia en el pelo despertó a Jana del pesado sueño en el que había caído poco después de regresar al hotel. En realidad, ni siquiera recordaba muy bien cuándo se había dormido. Poco después de llegar a la habitación había comenzado a marcharse. Álex la había dejado tenderse en la cama deshecha y le había refrescado las sienes con agua, sin que eso le hiciera sentirse mejor. Poco a poco, mientras Álex susurraba palabras tranquilizadoras, había ido amodorrándose.

Debía de haber dormido muchas horas, a juzgar por el entumecimiento de sus brazos y piernas...

Al abrir los ojos vio a Álex sentado al borde de la cama, observándola con una extraña concentración. Se le veía fresco y descansado, y en sus ojos había un brillo raro, ligeramente burlón.

—Ya era hora, dormilona —dijo, sonriendo—. Me has hecho esperar una eternidad...

—¿Qué hora es? —Jana se incorporó y miró los dígitos fluorescentes del reloj incorporado al televisor, frente a la cama—. Las seis y cuarto... ¡De la tarde! ¿Me has dejado dormir todo el día?

Álex se encogió de hombro.

—Te mareaste, ¿recuerdas? —dijo, acariciando su pelo una vez más—. Necesitas descansar. Pero la verdad es que estaba deseando que te despertases. Tengo que contarte una cosa, una cosa importante. Yo también me quedé dormido aquí a tu lado hace un rato, y he tenido un sueño especial. No te lo vas a creer, Jana... Me parece que ya sé dónde podemos encontrar el libro.

Jana desvió la mirada hacia el rectángulo de cielo azul plomizo enmarcado por la ventana.

—¿Has tenido una visión? —preguntó.

—Sí, eso es; una visión. He visto una casa, una casa antiquísima, aquí en Venecia. No sé el nombre de la calle, pero era una de las que desembocan en el Camto di Ghetto Nuovo. La encontraré sin ninguna dificultad.

—Si es que existe...

Álex arrugó la frente.

—¿No te fías de mis visiones? La casa existe, es una especie de museo. Ya la verás. Tenemos que ir ahora mismo, Jana. Cierran a las siete y media, aún tenemos tiempo... Estoy seguro de que el Libro de la Creación se encuentra allí; lo he visto con toda claridad.

Jana sacudió lentamente la cabeza. Luego, alzó los ojos hacia Álex.

—Prefiero no ir, Álex —dijo en voz baja—. No quiero volver a empezar con todo esto.

Una profunda decepción contrajo los rasgos del muchacho.

—Tienes que estar de broma —murmuró—. Tú quieres encontrar el libro, nadie desea encontrarlo tanto como tú...

—No sé; estoy empezando a cambiar de opinión. Desde que Argo sacó a relucir la historia del libro, tú y yo no hemos hecho más que discutir. Y yo no soporto estar así... Además, creo que ayer tenías razón cuando me advertiste sobre el riesgo de encontrar el libro. No quiero desatar otra guerra. No, al menos, sin conocer el mejor terreno que pisamos.

—Pero eso es un disparate. —Álex intentaba dominarse, pero el leve temblor de sus labios delataba su nerviosismo—. Ayer no sabíamos dónde buscar el libro; hoy sí lo sabemos. Todo lo que tenemos que hacer es ir a esa casa y cogerlo.

Jana arqueó las cejas.

—¿Así de fácil?

Álex sonrió de medio lado.

—Habrás que convencer al personal del museo, pero creo que al final lo conseguiremos hazme caso, Jana, por favor. Recuerda lo que puede significar tener ese libro en nuestro poder. Podrías reconstruir los clanes...

—Ayer mismo, esa idea te repugnaba —replicó Jana mirándole con curiosidad.

—Es cierto, no me hace mucha gracia —admitió el muchacho—. Pero también comprendo que es injusto tratar de impedirlo. Ya os hice daño una vez, no quiero volver a interponerme en el destino de los medu.

—Vaya, que considerado.

Jaja había dicho aquello casi en tono de burla. El cambio de opinión de Álex le parecía tan inexplicable que no lograba tomarse sus palabras en serio.

Sin embargo, si Álex captó la ironía de su observación, no lo demostró.

—Lo creas o no, me importas más que nada —dijo simplemente—. Quiero que seas feliz, ya sé que eso nunca sucederá mientras te sigas echando la culpa por la caída de los clanes. Además, ahora las cosas serán diferentes, estoy seguro. Nieve y Corvino no desean una nueva guerra. Y cuando vuelva Erik...

—¿De verdad crees que va a volver?

Álex le dirigió una penetrante mirada.

—Claro que volverá. Nosotros haremos que vuelva —afirmó—. Tú y yo. Por eso necesitamos el libro.

Había hablado despacio, vocalizando cuidadosamente cada palabra, como si quisiera asegurarse de que ella le comprendía, de que se daba cuenta de que iba en serio.

Jana se mordió el labio inferior, desorientada. ¿Dónde habían quedado las dudas

de la víspera, los celos de Álex después de compartir la visión en la que ella y Erik se besaban?

—Ni siquiera sabemos si Erik querría volver —musitó—. Él se sacrificó voluntariamente para que la guerra entre los medu y los guardianes terminara. No le gustaría que todo volviera a empezar... Entonces, no volverá a empezar —replicó Álex con impaciencia—. Él se ha ceñido la corona real de los medu, la Esencia de Poder, y la corona no lo ha destruido. Eso significa que, cuando regrese, será el rey de todos los clanes. Si desea la paz, sabrá cómo imponerla.

Sus ojos se encontraron con los de la muchacha.

—Además, él no se sacrificó por los clanes —añadió. En su voz se leía, de pronto, una profunda amargura, y en su expresión un extraño rencor—. Se sacrificó por ti. Creo que no deberías olvidarlo.

¿Se trataba de un reproche? Jana sonrió, incrédula. Aquello era de locos...

—¿De verdad es eso lo que quieres? —preguntó. ¿Qué no olvide lo que Erik hizo por mí? Perdona, pero me cuesta creer que estés siendo sincero.

—Mírame a los ojos. ¿Te parece que estoy fingiendo?

Jana le sostuvo la mirada. Los iris claros de Álex reflejaban un dolor auténtico, de eso no había duda.

La muchacha se sintió avergonzada por haber dudado de sus sentimientos. Después de todo, él y Erik habían sido grandes amigos. Los mejores amigos... hasta que ella apareció para estropearlo todo.

—De acuerdo, lo siento —se disculpó con una torpe sonrisa—. Te he juzgado mal. Sé que querías a Erik... Está bien, entonces. Si tú no tienes miedo de lo que pueda pasar con ese libro, yo tampoco.

Un suspiro de alivio afloró a los labios de Álex.

—Genial —dijo, sonriendo—. Vamos entonces, antes de que cierren el museo. Me imagina que estarás hambrienta, podemos comprarnos un par de porciones de pizza por el camino. He visto que hay puestos de pizza por todas partes...

Hablaba con cierta precipitación, como si temiese que un nuevo silencio pudiese hacer flaquear la resolución de Jana. Al mismo tiempo, parecía extrañamente animado. Como si de repente se hubiera quitado un gran peso de encima...

Muy a su pesar, Jana sintió renacer en su interior una oleada de desconfianza. Había algo raro en la sonrisa turbia de su amigo. Algo aviso, torcido... Una duplicidad que nunca antes había visto en él.

La casa ante la cual se habían detenido era un antiguo edificio de ladrillo con la arquitectura típica del ghetto veneciano. En la planta baja, cinco soportales invitaban a sus altos arcos a refugiarse en sus sombras. Un par de ventanas del segundo piso estaban protegidas por toldos blancos. Entre las ventanas había columnas de arenisca

que interrumpían la monótona superficie de ladrillos anaranjados.

Álex parecía saber perfectamente adónde se dirigía. Jana lo vio introducirse en uno de los soportales y detenerse ante una puerta baja, que le llegaba apenas a la altura de los hombros.

Antes de seguirlo, Jana se detuvo un instante y echó una ojeada aprensiva a su alrededor. Desde hacía algunos minutos, tenía la sensación de que el cielo se había oscurecido, como si el atardecer se hubiese acelerado bruscamente. En el cielo habían aparecido grandes nubes de un color gris amoratado, probablemente cargadas de lluvia. Las sombras se habían vuelto inexplicablemente espesas...

Un grupo de turistas norteamericanos irrumpió en la calle en ese momento, invadiendo las dos aceras y buena parte de la calzada central. Al parecer, su guía italiana acababa de contarles algún chiste local, porque la mayoría de los ancianos del grupo estaban riendo. Sin embargo, había un hombre alto, con camisa de cuadros escoceses y sombrero tejano, que no reía. Al contrario... Parecía confuso y malhumorado, y miraba a su alrededor como si estuviese buscando a alguien.

Jana suspiró. Se estaba dejando llevar por su imaginación, tenía que admitirlo. En realidad, en aquella calle no pasaba nada... Era más sombría que la amplia plaza de la venían, y estaba llena de turistas ruidosos. Eso era todo. Nada fuera de lo común. Una calle estrecha y oscura, como tantas otras. Algo totalmente normal en una antigua ciudad como Venecia.

Se reunió con Álex ante la extraña puerta que daba acceso al Museo de la Fundación Leonardo Loredan.

—¿Tenemos que entrar por aquí? —preguntó—. ¿No hay otra entrada?

—Creo que sí, pero en el sueño entrábamos por aquí —contestó Álex—. Vamos, Jana, no es tan terrible... Solo tienes que inclinar un poco la cabeza.

Jana no le había visto pulsar el portero automático incrustado en la columna de la derecha, pero debía de haberlo hecho, porque antes de que ella pudiera responder se oyó un largo chirrido eléctrico, y la puerta se abrió.

Tal y como había sugerido Álex, Jana agachó la cabeza para entrar en el edificio. Al otro lado de la puerta había un vestíbulo con un mostrador y un par de ordenadores encendidos detrás, sobre sendas mesas de oficina.

Una mujer vino a su encuentro, rodeando el mostrador de madera.

—¿Son turistas? —preguntó en tono agrio—. Las taquillas están por el lado de la plaza. Además, queda apenas media hora para cerrar. Será mejor que vuelvan otro día.

Jana observó con interés el rostro felino de la mujer. Sus ojos verdes y rasgados, bajo unos párpados protuberantes y sombreados de gris, resaltaban como dos lámparas sobre sus marcados pómulos, donde la piel parecía anormalmente tersa, como si hubiese sido sometida a un lifting recientemente. Era una piel morena,

salpicada de pecas marrones que indicaba un pasado de largas exposiciones al sol sin protección adecuada. Un pasado más largo de lo que la juvenil ropa de la mujer parecía querer sugerir...

Los enormes aros de plata que adornaban las orejas de la mujer tintinearono cuando ella se detuvo frente a los dos visitantes. El verde esmeralda de sus iris era demasiado luminoso, pensó Jana, demasiado resplandeciente. Quizá hubiese algo de magia de por medio... Muchos humanos se habían acostumbrado a utilizar sus nuevos poderes para mejorar su aspecto o hacerlo más impactante.

—En realidad no somos turistas —dijo Álex, sonriendo con desenvoltura—. Venimos a consultar un libro de la biblioteca de la fundación. Es una obra única del siglo XIV conocida como «Libro de la Creación».

La voz de Álex era untuosa y apaciguadora. La mujer parpadeó, haciendo aletear sus pestañas cargadas de rímel. Era obvio que el título del libro no era nuevo para ella, aunque no hizo ningún comentario al respecto. En lugar de eso, pasó por detrás del mostrador y se dirigió al anticuado fichero de metal del fondo haciendo sonar sus finos tacones.

Mientras la mujer repasaba una a una las fichas del cajón superior, Jana se volvió hacia Álex con una interrogación en la mirada.

—Nunca te había oído hablar de esa manera —dijo en voz baja—. Y tampoco te había visto coquetear con otra mujer delante de mí...

—No seas tonta; no estoy coqueteando. Solo estoy aplicando algunos de los trucos de voz que me enseñó Nieve para conseguir que no nos echen a patadas de aquí.

Jana hizo una mueca, pero no siguió preguntando. La alusión a las habilidades de Nieve con la voz como «trucos» no era propia de Álex. Normalmente, él solía mostrar un gran respeto por las enseñanzas que había recibido de los guardianes. ¿Qué mosca le había picado?

La mujer regresó con una tarjeta amarillenta en la mano. Sin consultarla, miró con fijeza a Jana.

—Lo siento, el libro que os interesa pertenece a la colección privada de la fundación Loredan. No podéis consultarlo sin un permiso especial del Comité de Investigación.

—¿Y a quién tenemos que solicitarle ese permiso? —preguntó Jana, molesta por la evidente mala voluntad de la mujer.

Álex la fulminó con la mirada. Estaba claro que tenía una estrategia para vencer la resistencia de la bibliotecaria, y que no estaba dispuesto a permitir que Jana se la estropease.

—Lo que queremos consultar es un dato muy concreto —dijo el muchacho, intensificando el tono melodioso de su voz—. No nos llevará más de un cuarto de

hora. Estamos de paso en Venecia, no tenemos tiempo de solicitar un permiso oficial y luego esperar que nos lo concedan... Ya sabe cómo son esos burócratas.

—Lo sé. —La mujer miró al techo durante una fracción de segundo, y luego fijó sus luminosos ojos verdes en Álex—. Lo siento, pero las normas son las normas; no me las he inventado yo...

—Por supuesto, pero nadie tiene por qué enterarse de esta pequeña infracción. Será un momento, de verdad. Después de todo, los libros están para ser consultados, ¿no? Y seguro que este no lo ha mirado nadie durante mucho tiempo. Es una vergüenza que las fundaciones como esta se conviertan en obstáculos para los pocos interesados en visitarlas, en lugar de facilitarles las cosas...

—Tienes razón. Está bien, haremos una excepción con vosotros, ya que estáis tan interesados. La verdad es que nunca he entendido por qué ese libro no se expone con el resto de la colección Loredan. Al fin y al cabo, es un objeto curioso. Y lo de llamarlo «libro» y ficharlo con los demás en el archivo... En fin, casi parece una broma.

La mujer abrió una puerta blanca al fondo de la sala y les hizo un gesto para que la siguieran. Álex y Jana apretaron el paso para seguir el ritmo vertiginoso de sus tacones a lo largo de un estrecho pasillo que, bruscamente, describía una curva y desembocaba en una escalera de caracol.

La mujer empezó a subir. Cada movimiento suponía una pequeña pelea con su estrecha falda negra, que no había sido diseñada, desde luego para subir ese tipo de escaleras. De cuando en cuando, miraba hacia atrás, buscando los ojos de Álex, y al encontrarlos desplegaba una radiante sonrisa.

Era increíble. Usar la voz para obligar a una empleada a violar las normas de la fundación en la que trabajaba... Jana estaba desconcertada. Lo lógico había sido que fuera ella la que emplease sus poderes para colarse en la biblioteca. Podrían haber esperado a que estuviese cerrada. Los dos tenían experiencia en expediciones secretas a edificios donde se suponía que no debían entrar.

Esta vez, sin embargo, Álex no había contado con ella para trazar su plan. Se notaba que lo tenía todo muy bien planeado. Quizá trataba de impresionarla con su actitud decidida, tan diferente de la víspera. Pues bien..., Jana tenía que reconocer que lo estaba consiguiendo.

—Este edificio es una de las escasas construcciones de la judería que conserva intactas algunas de sus habitaciones originales —dijo la mujer cuando llegaron arriba. Había sacado un manajo de llaves de su bolso de piel sintética, y forcejeaba para encajar una de ellas en la cerradura de la puerta, ante la cual se habían detenido—. Fue construido en el siglo XIV y perteneció a un famoso rabino de la época. Muchos creen que fue en esta casa donde se originó la leyenda del Gólem, y no en Praga, como sostiene la versión oficial...

—¿Por qué? —preguntó Jana.

Las cejas de la mujer se fruncieron levemente cuando se volvió a mirarla. Sus dedos seguían peleando con la llave de hierro, que se resistía a girar.

—Enseguida lo veréis. Ya os lo dije antes: este libro no es exactamente lo que se suele entender por un libro.

En ese momento, la llave giró por fin en la cerradura y la puerta se abrió con un crujido. Al otro lado había un corredor de piedra con el techo abovedado y puertas en el lado izquierdo. La bibliotecaria los guió hacia la tercera puerta, sacó otra llave y, esta vez, consiguió abrir a la primera.

—Aquí lo tenéis —dijo, entrando delante de ellos—. El famoso, aunque injustamente olvidado, Libro de la Creación.

Antes de seguirla, Álex se volvió a mirar a Jana y le guiño un ojo. Jana sintió que le daba un vuelco el corazón. Había algo desconocido en el rostro de su amigo, una vivacidad burlona que no encajaba con él. Era como si, de pronto, se hubiese transformado; como si un hechizo hubiese sacado a la luz rasgos de su personalidad hasta entonces ocultos...

Jana vaciló antes de seguir sus pasos al interior de la casa de la biblioteca. Un instinto inconsciente la hizo mirar hacia el extremo del pasillo, hacia la puerta tras la cual empezaban las escaleras de caracol. Por un instante, creyó ver la silueta de Álex allí al fondo, junto a la escalera. La visión duró solo una fracción de segundo: una silueta gris que de inmediato se disolvió en la penumbra de la vieja casa. Una visión óptica, quizá. La dilución de la magia que se había producido en los últimos tiempos hacía que, de vez en cuando, se produjesen curiosos fenómenos en los lugares más insospechados.

O tal vez había sido solo una alucinación normal y corriente, producto de su imaginación...

—¿No vienes? —la llamó Álex desde el interior de la sala.

Jana cruzó el umbral y se encontró en una habitación desangelada, con un par de estanterías gigantescas que parecían a punto de venirse abajo endosadas al muro oeste, junto a los restos de una chimenea ruinosa. Aparte de eso, en la estancia no había más que una estatua y un espejo de pie, con un marco de madera labrada y un pesado brocado amarillo que cubría los dos tercios superiores de la superficie.

El suelo era de baldosas rojas, tan desgastadas que muchas de ellas estaban hundidas en el centro, como si las huellas de incontables pasos se hubieran terminado imprimiendo sobre ellas. Un par de bombillas de bajo consumo bañaban aquellos dos objetos con su luz anaranjada. Los postigos de la ventana estaban cerrados, y la bibliotecaria no parecía tener intención de abrirlos. Seguramente lo tendría prohibido... Los antiquísimos libros alineados en las estanterías no estaban en condiciones de soportar por mucho tiempo un baño directo de luz solar.

Jana se dio cuenta de que los ojos de Álex estaban fijos en la estatua.

Era una escultura tosca, de barro cocido, más o menos de tamaño natural. Representaba a un hombre desnudo, sin pelo en la cabeza, con la espalda encorvada y las manos sobre la frente. Lo más llamativo de la ruda representación eran los innumerables dibujos trazados sobre la piel de la arcilla de la estatua. Parecían diagramas, representaciones geométricas de problemas matemáticos mezcladas con antiguos jeroglíficos egipcios y motivos tradicionales de los medu.

—Este es el libro —anunció la bibliotecaria, señalando teatralmente el extraño objeto—. Supongo que ahora comprenderéis por qué lo llaman «Gólem»... Según la vieja leyenda hebrea, el Gólem era una estatua de bajo a la que un rabino consiguió insuflar vida escribiendo signos cabalísticos en la superficie.

—Pero esos signos no son hebreos —se atrevió a decir Jana—. Al menos, la mayoría no lo son.

—Hay deferentes escrituras mezcladas en la piel de nuestro gólem, además de numerosos dibujos puramente decorativos. —Mientras daba sus explicaciones, la mujer miraba únicamente a Álex, olvidando al parecer que era a Jana a quién se suponía que estaba contestando—. Por supuesto, está absolutamente prohibido tocarlo. Tiene un valor incalculable, porque es la única representación de estas características existente en el mundo. Se ha hablado varias veces de recaudar fondos para una restauración, pero los patrocinadores del museo no se ponen de acuerdo.

—Entonces, esta figura representa al Gólem —concluyó Álex. Jana captó el escaso entusiasmo en la observación, y lo miró con curiosidad. ¿Esperaba encontrar otra cosa?— Quizá en su sueño había visto algo diferente... Tendría que preguntárselo cuando se quedasen solos.

—La estatua del Gólem más antigua que existe —confirmó la mujer con orgullo—. Posiblemente, como os decía antes, el origen mismo de la leyenda... Según algunos eruditos, los dibujos que recubren la pintura componen el texto hermético conocido como «Libro de la Creación». Ya me diréis si existe en el mundo un libro más original que este.

—Es muy interesante —contestó Álex. Su tono de voz volvía a ser meloso y seductor, como al principio de la visita—. Si no tiene inconveniente, nos gustaría reproducir algunos de los signos de la figura —añadió, sacando una libreta del bolsillo de su chaqueta y un bolígrafo con el nombre del hotel Cimaros—. Una cosa como esta no se ve todos los días.

—Desde luego, adelante —sonrió la mujer—. Me encanta ver a un chico tan joven interesado en la historia del ghetto. Ojalá hubiese más como tú.

Sus pestañas aletearon de nuevo, con una teatralidad que a Jana le había parecido cómica en otras circunstancias, pero que en aquel momento, y con Álex de por medio, le produjo deseos de abalanzarse sobre la mujer y clavarle las uñas.



—Por supuesto, no querríamos interferir en su trabajo —añadió Álex con delicadeza—. Me figuro que tendrá que volver a su puesto antes de que alguno de sus compañeros empiece a preguntarse adónde ha ido... No se preocupe, no abusaremos de su amabilidad. Puede regresar tranquila a su mostrador, nosotros no tardaremos ni diez minutos.

La bibliotecaria asintió, aparentemente convencida.

—Me figuro que sabréis encontrar el camino de regreso...

—No se preocupe —insistió Álex—. No tiene pérdida.

La mujer volvió a asentir, después de mirarlos durante unos segundos, se dirigió hacia la puerta con la cabeza muy alta. Sus tacones se alejaron presurosos en dirección a la escalera de caracol.

Jana se preguntó cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de que se había comportado como una estúpida. El influjo de la voz de Álex sobre la conciencia desaparecería, probablemente, pasados unos minutos, convirtiéndose en un brumoso recuerdo.

—Estás loco —dijo en voz alta, encarándose con el muchacho—. ¿No había otra manera de entrar aquí? Esa pobre mujer podría perder su empleo por nuestra culpa...

—¿Desde cuándo te has vuelto tan considerada con la gente que se interpone en tu camino? —Ambos se desafiaron con la mirada durante unos segundos, hasta que, de pronto Álex se echó a reír—. No puedo creerlo; ¡estás celosa! La orgullosa Jana, la princesa del clan de los agmar, consumida por los celos... ¡Esto supera todas mis expectativas!

—Déjate de estupideces —replicó Jana, rabiosa—. No entiendo cómo puedes disfrutar con una situación así...

—Eh, ven aquí.

Álex la atrajo hacia sí y la envolvió en sus brazos. El cosquilleo de su aliento era como una caricia en el cuello de Jana. Ella cerró los ojos cuando sintió el primer beso sobre su piel, tierno y delicado. Y los mantuvo cerrados mientras los besos se abatían como una deliciosa lluvia sobre su nuca, su oreja y su mejilla izquierda...

Cuando los abrió, tenía los párpados húmedos y la mirada turbia. A través de un tenue velo líquido, Jana vio durante una fracción de segundos la silueta de un hombre inmóvil frente a ella, a la espalda de Álex.

La visión duró un instante, pero bastó para congelar la sensación de placer de Jana.

Era Álex. O, mejor dicho, era la sombra de Álex. Una sombra traslúcida, inmaterial, que se esfumó tan pronto como intentó concentrar su atención en ella.

Jana se apartó de los brazos del Álex de carne y hueso que tenía frente a sí. De pronto sentía un frío mortal, y no podía soportar el contacto de su amigo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él, asustado—. Parece que hubieses visto un

fantasma...

—Me estoy volviendo loca —musitó Jana, retrocediendo un par de pasos—. Vámonos de aquí. Vámonos de aquí cuanto antes, por favor...

Pero en los ojos de Álex había una resolución que no admitía súplicas.

—No dijo —su tono era inflexible, pero no áspero—. Lo siento, pero no podemos irnos... Este es el momento más importante de tu vida, Jana no pienso permitir que renuncies a él por nada ni por nadie... Ni siquiera por mí.

## Capítulo 2

Ese fue el momento en el que Jana decidió dejar de luchar. Se sentía débil y confusa, la cabeza le dolía como si le estuvieran clavando agujas de cristal, y el rostro de Álex era una máscara sonriente que la miraba sin verla, incapaz de comprender sus sentimientos. Ni ella misma los comprendía, en realidad... Todo lo que sabía era que habría dado cualquier cosa por salir corriendo y no volver jamás.

Sin embargo no tenía ningún argumento racional para justificar su terror, de modo que se quedó donde estaba, mirando a Álex con expresión desamparada.

—La escultura de barro no contiene el verdadero libro —dijo Álex, señalando la estatua—. Tendrá mucho valor arqueológico o histórico, pero vista desde el punto de vista mágico no es lo que esperaba. Admito que estoy decepcionado...

Un brillo de esperanza afloró en los ojos de Jana, pero se apagó al oír las siguientes palabras del muchacho:

—Sin embargo, el sueño que nos ha conducido hasta aquí no ha sido una equivocación —añadió, bajando la voz—. Seguro que tú lo has notado también, Jana. El libro está en esta habitación, aunque no lo veamos. Hay algo muy poderoso entre estas cuatro paredes... Y muy peligrosos, además.

Jana mira a su alrededor, consciente de la ominosa presencia de la que hablaba Álex.

—Quizá sea uno de los viejos volúmenes de las estanterías —murmuró—. Podríamos echarles un vistazo.

Contrariamente a lo que esperaba, Álex asintió rápidamente.

—Sí, lo mejor será repartirnos el trabajo: tú empieza con los libros de la estantería de la izquierda., yo miraré la otra. Esta aquí Jana. Está al alcance de nuestra mano, lo presiento...

Durante unos minutos, ambos se concentraron en hojear uno a uno los polvorientos volúmenes alineados sobre las baldas de madrea. Los sacaban, los inspeccionaban cuidadosamente y los devolvían a su lugar sin saber muy bien lo que estaban buscando. Todos los libros trataban de la cábala y alquimia. Eran textos herméticos, muchos de ellos escritos en hebreo o latín, la mayoría anteriores a la invención de la imprenta, por lo que habían sido cuidadosamente caligrafiados a mano y adornados con delicadas con delicadas miniaturas. Su valor se debía de ser incalculable...

Pero Jana se sentía cada vez más convencida de que no era aquello lo que buscaban.

—¿Podría ser... podría ser algo inmaterial? —balbuceó, mirando a Álex de reojo.

El muchacho tenía un pesado códice de pergamino en las manos, y ni siquiera levantó la vista de sus páginas para contestarle.

Supongo que, en teoría, es posible... Aunque creo que, sea lo que sea, el texto tiene que estar ligado a un soporte material sin el cual nadie podría acceder a él.

—Una especie de puerta...

—Algo así. Podría ser cualquier cosa. Un dibujo, un conjuro dibujado en el margen de un libro... Lo reconoceremos cuando la tengamos delante. Confía en tu instinto.

Jana dejó en la estantería el delgado tomo que acababa de inspeccionar y meneó lentamente la cabeza.

—Yo no creo que vaya a ser tan fácil —dijo—. No tenemos ni idea de qué estamos buscando. Así, resulta casi imposible encontrar nada...

—Entonces, ¿Tú qué sugieres? —preguntó Álex, cerrando el códice con brusquedad.

—Una visión. —Jana tragó saliva, resuelta a afrontar la mirada del muchacho—. Puede que no sea agradable, pero no creo que haya otra manera.

—¿Quieres provocarte una visión? —Álex parecía perplejo.

—Una visión compartida —precisó Jana—. Como la de ayer. Sé que no te gusta la experiencia, que fue duro para ti —se apresuró a añadir—, pero si queremos encontrar el libro, supongo que es el precio.

Le pareció que Álex palidecía ligeramente.

—Oye, no me interpretes mal, no es que no quiera ayudar —dijo. Hablaba a trompicones, con excesiva precipitación—. No es por medio de lo que pueda ver, es que... yo no voy a hacer una ayuda, Jana sino todo lo contrario. Soy un humano, no un medu.

—Eres medio medu —le recordó Jana—. El último descendiente de directo de los kuriles, para ser exactos. Y ya has demostrado de sobra las poderosas que pueden llegar a ser tus visiones...

—No. Ahora no. —Álex trató de suavizar la contundencia de su negativa con una sonrisa—. La visión de ayer me dejó agotado. Físicamente agotado, no sé si me entiendes... No quiero consumir mis últimas energías en una nueva visión, cuando además, estoy convencido de que mi esfuerzo no es necesario.

Jana alzó las cejas, interrogándolo con la mirada.

—Sabes perfectamente que tengo la razón —prosiguió Álex. Su voz ganaba seguridad a medida que iba desgranando sus argumentos—. Tú solo puedes invocar cualquier visión, no me necesitas a mí para nada.

—¿Quieres que encuentre el libro yo sola? —preguntó Jana, asombrada—. Ni siquiera estoy segura de poder hacerlo...

—Podrás. Sé que podrás. Yo estaré aquí a tu lado, por si algo sale mal. Todo lo

que tienes que hacer es concentrarte y olvidarte de cualquier cosa que no sea el libro.

—¿Incluso de ti?

—Incluso de mí. Puedes hacerlo, de verdad. Además, tienes la piedra...

—La Luna de Sarasvati —recordó Jana con estremecimiento—. No la he vuelto a utilizar desde la muerte de Erik.

—Pero ahora es más poderosa que nunca. Piensa en lo que contiene...

Jana sintió un escalofrío al recordar el rostro triple de las hijas de Pértunax. El momento en que las había vencido, atrapándolas en el cristal mágico de la pequeña joya, volvía con frecuencia a su mente. No había olvidado la cara de porcelana de Urd, sus ojos de cristal azul llenos de odio y terror en el momento en que se dio cuenta de que estaba derrotada. Y, sobre todo, no había olvidado la frente arrugada y la mirada vacía de Pértinax, su expresión enloquecida al comprender que no volvería a ver nunca a sus hijas.

—Preferiría no tener que recurrir a la piedra —dijo en un susurro.

—Pero, Jana, no tenemos otra opción. —El tono de Álex era tan persuasivo que por un instante Jana se preguntó si no estaría ensayando sus trucos de voz con ella—. Confía en mí; nadie podrá hacernos daño cuando tengamos el libro.

Jana suspiró. Álex tenía razón; la piedra le pertenecía, y tenía derecho a servirse de ella para invocar una visión. Además, ¿qué podría perder?

Se apartó unos pasos de la estantería y se quedó inmóvil sobre las desgranadas baldosas, contemplando la figura de barro que, en el catálogo de la Fundación Loredan, figuraba bajo el epígrafe de «Libro de la Creación». Era cierto que los signos desgastados que recubrían la escultura carecía de poder. Sin embargo, tal vez existiera algún modo de insuflarles vida, de devolverles el significado perdido... La luz del zafiro de Saravasti había demostrado ya en una ocasión su poder a la hora de descifrar el contenido de un libro kuril. Quizá pudiese utilizarla para «reanimar» los signos muertos, volviéndose legibles.

Una larga invocación en la lengua sagrada le traería el zafiro. Ella era su legítima propietaria. Los labios de Jana comenzaron a recitar en susurros las palabras olvidadas de su linaje reproduciendo con absoluta precisión cada sonido, cada sílaba de aquella plegaria misteriosa y llena de poder que le había enseñado su madre cuando tenía solo diez años.

Transcurrieron unos ocho o diez minutos. El tiempo parecía haberse detenido y nada se movía en la habitación. Incluso el cuerpo de Álex se mantenía tan rígido como una segunda estatua. Ningún sonido, salvo el de la extraña e interminable fórmula ritual, quebraba el silencio en el lugar.

De pronto la piedra, se materializó flotando en la oscuridad, a unos treinta centímetros del rostro de Jana. Un haz de luz azul brotaba de su interior, cayendo oblicuamente sobre el rojo oscuro de las baldosas del suelo.

Jana alzó una mano y la movió hacia delante, sin llegar a tocar la piedra. Esta giró unos treinta grados sobre sí misma, y el rayo de luz cambió de dirección. Ahora, su fulgor azulado incidía sobre los signos borrosos inscritos en el pie izquierdo de la estatua de barro. Los signos se veían con mayor claridad a través de aquella luz acuática, pero aparte de eso, no parecían haber sufrido ningún cambio. La estatua permanecía tan quieta como antes. Ningún símbolo nuevo apareció en su superficie, nada que pudiese ayudar a desentrañar los misterios de aquel texto tan antigua, según algunos, como el mundo mismo.

Entonces Jana tuvo una idea. Si la ausencia del libro era algo inmaterial que sus sentidos no lograban captar, tal vez pudiera llegar hasta ella prescindiendo de los sentidos. Debía despojarse temporalmente de su cuerpo y volverse inmaterial para acceder al misterioso texto invisible que estaba buscando. Y la piedra de Saravasti podía ayudarla a conseguirlo.

Jana conocía el procedimiento, aunque nunca se había atrevido a utilizarlo. Abandonar el cuerpo constituía una aventura un tanto peligrosa, porque, según había leído, no siempre resultaba fácil regresar a él. Por poderoso que sea, un espíritu se encuentra en desventaja cuando tiene enfrenar al mundo material. Incluso el cuerpo más débil e indisciplinado puede derrotarle.

Pero, aún así, valía la pena intentarlo. Liberada de su envoltura corporal, Jana podría percibir el lado oculto de aquella habitación, aquella aparte a la que no podía acceder a través de sus sentidos. Si el libro de Dayedi estaba allí, lo descubriría. Y también sabría de una vez por todas qué había detrás de aquellos relámpagos de sombra que adopta la forma de Álex, y que se disolvían en cuanto ella intentaba atraparlos.

Haciendo un cuenco con las manos, detuvo el chorro de luz azul que emitía el zafiro, transformándolo en una arcilla resplandeciente que ella modeló con los dedos hasta darle la forma de una luna. Luego con mucho cuidado, se llevó aquella luna de luz mágica a la frente.

En cuanto rozó su piel, Jana notó que una ola brutal la golpeaba, arrojando su cuerpo al suelo y separándola de él.

De pronto se estaba viendo a sí misma desde arriba, como si el contacto de la piedra la hubiese convertido en una especie de cuerpo astral. En aquella nueva forma seguía conservando las sensaciones físicas, pero el cuerpo que normalmente las soporta se hallaba separado de ella, convertido en un fardo inerte abandonado en el suelo. Sentía los pies, pero no tenía pies, o al menos ella no podía verlos. Y lo mismo le sucedía con la mano, con el pelo, con la piel del rostro... Era como si cada uno de sus órganos se hubiese doblado, como si cada sensación fuese un eco lejano del tejido nervioso que la había originado.

En ese nuevo estado, Jana se sentía muy frágil. Pero a la vez se sentía ligera, y

protegida por su envoltura invisible. Álex, arrodillado junto a su cuerpo, lo contemplaba con atención. No parecía espantado, sino expectante. Era como si esperase de antemano aquel resultado, como si supiese lo que ella iba a hacer... Sin embargo, estaba claro que alguien se lo había contado.

No debía perder tiempo pensando en eso. Sabía que su espíritu no podría sobrevivir separado de su cuerpo más que algunos minutos, y debía aprovecharlos para escudriñar hasta el último rincón de aquella lúgubre estancia. Observó los postigos cerrados de la ventana, y mentalmente vio el rectángulo del cielo luminoso y el contorno de los edificios que se ocultaban detrás. Allí no estaban las respuestas que buscaba.

Su mirada se deslizó a través de la mohosa pared de la esquina cuajada de telarañas la habitación, y luego resbaló hasta la puerta por la que habían entrado. Creyó percibir un frío silencioso detrás de aquella puerta, al acecho. Había notado otras veces esa helada presencia de los muertos en los edificios muy antiguos: algún espectro olvidado procedente de un mundo desaparecido, desesperado por disolverse en la luz. Quizá supiera algo, pero no era prudente invocar esa clase de presencias. Después de siglo de abandono y muerte, por lo general se hallaban demasiados lejos de las preocupaciones de los seres humanos como para compadecerse de ellos.

No; tampoco era aquel viejo espectro invisible agazapado en el pasillo lo que estaba buscando. Fuera lo que fuera, tenía que estar dentro y la magia que lo envolvía debía de ser de otra naturaleza diferente, mucho más poderosas y amenazadora.

Con un esfuerzo de voluntad, logró atravesar el aire de la habitación hasta situarse exactamente encima de la estatua del Gólem. Tímidamente, extendió el fantasma inmaterial de una mano para rozarlo con sus dedos. Los signos y los dibujos que cubrían la escultura de barro se volvieron más nítidos a su contacto. Jana reconoció algunos. Eran interesantes... Había símbolos alquímicos cabalísticos, relacionados con distintas tradiciones mágicas, pero estaba claro que la mano que los había trazado era humana y que ninguno de aquellos dibujos, en sí mismo, era mágico.

Jana se apartó de la estatua con una brusca sacudida de sus piernas invisibles. Impulsándose con los brazos y los pies, como si estuviera nadando, se desplazó hasta una de las estanterías que había estado examinando antes con Álex. Enseguida detectó la vibración secreta de algunos volúmenes. Era como escuchar el coro de unas abejas distantes. Había mucha magia antigua y valiosa en aquellas páginas que, poco antes, le habían parecido indescifrables. Por algún momento estuvo a punto de ceder a la tentación de detenerse a curiosear en su interior de aquellos manuscritos que la estaban llamando con sus milenarios secretos.

Sin embargo, ninguno de ellos era el Libro de la Creación. Había en aquella estancia una presencia espiritual mucho más poderosa que la de los libros, aunque solo hacía unos minutos que había comenzado a notarla. Era como si, después de

tomarse un tiempo para acostumbrarse a su estado incorpóreo, su alma hubiese sintonizado por fin con esa otra presencia tenebrosa que hechizaba el lugar. Como si, por fin, lo hubiera descubierto...

Nerviosa, Jana miró en todas direcciones. Su cuerpo astral volteaba ágilmente en el aire una y otra vez, con la intención de sorprender el evasivo intruso gracias a alguno de aquellos rápidos movimientos. La criatura estaba allí; lo notaba. Pero no era capaz de ubicar dónde se escondía, ni sabía exactamente qué era.

Se suponía que estaba buscando un libro: ¿cómo diablos podía ser un libro inmaterial? Sentía la oscuridad que emanaba de él, pero al mismo tiempo, sentía que en aquella oscuridad se ocultaba un dolor profundamente humano. Y había algo en aquel dolor, en aquella negrura henchida de sufrimiento, que le resultaba familiar. Pero ¿dónde lo había sentido antes? ¿Cuándo?

Las respuestas se le escapaban como agua entre los dedos.

Su conciencia vagó sin rumbo unos segundos, pasando de los libros a la estatua del Gólem, de la estatua de Gólem a la ventaban cerrada, de esta a las bombillas encendidas, sin detenerse en nada...

De pronto, empezó a costarle trabajo mantenerse flotando en la penumbra. Sentía un peso insoportable que tiraba de ella hacia abajo. Su espíritu se estaba debilitando, necesitaba volver cuanto antes a su cuerpo. Si no regresaba de inmediato, era posible que luego no encontrase las fuerzas para hacerlo.

Sin embargo, se resistía abandonar la búsqueda, ahora que por fin se estaba acercando a su objetivo...

Avanzando espasmódicamente se dirigió hacia el lugar donde su cuerpo yacía inerte en el suelo, a los pies de Álex. Permaneció unos instantes justo encima de él, observando la escena.

Entonces sucedió algo muy curioso. Fue como si Álex, de repente, notase su presencia. Estaba arrodillado en las baldosas, con los ojos fijos en la pared, pero en un momento dado alzó la vista hacia arriba y fue como si la mirase directamente, como si supiese con exactitud dónde estaba.

Pero lo que ocurrió a continuación fue aún más extraño. En cuanto los ojos de Álex tropezaron con la mirada fantasmal de Jana, una leve vibración sacudió su rostro. Y en ese instante, Jana observó que sus rasgos se habían transformado, como por arte de magia, en los de Erik. En realidad, no era exactamente el rostro de Erik, al menos no como Jana lo recordaba. Parecía una versión más joven de su amigo muerto. Tenía el pelo ligeramente más oscuro, los ojos de un azul más intenso, pero también más triste. Jana recordaba el aspecto de Erik con aquella edad (debía tener unos trece o catorce años). Ya iban al mismo colegio por aquel entonces, pero las imágenes posteriores del joven habían sustituido las antiguas. Ni siquiera el ver aquella momentánea transformación en el rostro de Álex tuvo la sensación de



reconocerlo. Sin embargo, era Erik, estaba segura.

Tanto como podía estarlo, teniendo en cuenta que la transformación apenas había durado unos segundos.

Cuando el prodigio cesó, Álex continuó mirando hacia arriba, buscándola, intentando comunicarse con ella.

—No abandones todavía, Jana —dijo en tono de súplica—. Tenemos que encontrar el libro. Por favor... Hazlo por él, por Erik.

El acento de seguridad del joven era tan profundo que Jana se sintió terriblemente conmovida. Y pensar que ella había dudado de la lealtad de Álex hacia Erik, que había pensado que él temía encontrar el libro porque no quería que su amigo regresase de la muerte.

Tenía que hacer un último esfuerzo. Álex tenía razón: tenía que hacerlo por Erik; se lo debía. La breve transformación del muchacho había servido para recordar con viveza cómo era Erik cuando vivía, y cuánto los había querido a los dos. Si el libro podía hacerlo regresar... Bien, era algo que tenía que intentar, por peligroso que fuera.

Su debilidad crecía por momentos. Le quedaban, como mucho, tres o cuatro minutos. Tenía que aprovecharlos al máximo, tenía que encontrar la fuente de aquel dolor oscuro que latía en algún lugar de la habitación. En algún lugar...

Su mirada se detuvo en el antiguo espejo. Sólo en ese entonces cayó en la cuenta de que, hasta aquel momento, había estado evitándolo. Como si algo en su interior se resistiese a enfrentarse con él: como si le temiera...

Y no obstante, estaba claro que la oscuridad brotaba de allí. Jana flotó hasta rozar el pesado brocado que lo cubría. Era una tela antigua, bordada con hilos de oro y plata que representaban antiguos emblemas de la tradición medu, entrelazados con largas secuencias de palabras en hebreo y en latín que reproducían en estos idiomas la vieja maldición ritual de los clanes «El que se atreva a levantar el último velo, que contemple su propia destrucción; el que viole la protección de los símbolos, que se enfrente a la muerte eterna e infinita nada».

Su cuerpo astral comenzó a temblar. Un medio atávico se había apoderado de su conciencia, paralizándola. Sin embargo, recordó una vez más el rostro rejuvenecido de Erik tal y como acaba de verlo, recubriendo los rasgos de Álex, y eso le dio fuerzas para vencer el terror que sentía.

Alargó una mano incorpórea y consiguió tocar el brocado amarillo. Intentó retirarlo, pero era demasiado pesada para ella. Pesado como el plomo. Jamás conseguiría levantarlo...

Le pareció oír un rumor de las olas debajo de la tela, un zumbido remoto que emanaba de la superficie del espejo. Miró el tercio inferior de su bruñida superficie, y el miedo que la atenazaba se convirtió en pánico.

El espejo no reflejaba nada de lo que tenía delante. La parte visible de su cristal reflectante estaba completamente vacía.

Y ese vacío que resonaba en sus oídos con un zumbido interminable contenía el libro; era el libro. Estaba segura...

Se le acaba el tiempo. Ella sola no podía levantar la tela. Estaba protegida por un sortilegio que su débil magia no conseguiría romper.

Necesitaba ayuda. Y sabía dónde podía encontrarla.

También sabía que era una locura hacer lo que acababa de ocurrir. Se arrepentiría toda su vida, y probablemente tendría que pagar un precio muy alto por esa acción, sin embargo, no tenía alternativa... haciendo un esfuerzo sobrehumano, comenzó a desgranar una fórmula ritual para atraer hacia sí el zafiro de Sarasvati.

Observó como la luz de la piedra abandonaba su cuerpo desmadejado en el suelo, dejando una sombra en su frente con forma de media luna, para volar hacia su espíritu. Retuvo la luz entre sus dedos espectrales, y vaciló un instante antes de continuar. Si daba el siguiente paso, sería irreversible...

Pero lo dio. Las palabras de la antigua lengua fueron tomando forma en su mente una tras otra, invocando los espíritus de las tres hermanas. Una tarea, una única tarea a cambio de la libertad: retirar la tela que cubría el espejo y dejar al descubierto su superficie.

Cada palabra a floraba en su conciencia con mayor dificultad que la anterior. Todo su ser se resistía a pronunciarlas; pero lo logró vencer aquella resistencia. Sabía que Urd y sus hermanas conseguirían lo que ella no había podido lograr. Habían quedado atrapadas en el zafiro azul de Sarasvati antes de que los medu perdieran su primacía mágica, y conservaban intacta todo su poder. Las tres juntas eran casi invencibles...

Oyó una risa, una risa alada que se quebró en un eco triple, ligero como el aire caliente en el interior de un globo. No las había visto escapar, pero sintió el movimiento del aire a su paso.

El brocado cayó al suelo. Cayó con el sonido pesado de un ave sorprendida por un disparo sorprendida en pleno vuelo.

Y ella se arrastró, como pudo, hasta el refugio de su cuerpo desmayado.

Había hecho, lo que tenía que hacer. Había conseguido retirar el velo de conjuros y maldiciones que cubría el Libro de la Creación...

Con un escalofrío, penetró aquel cuerpo inmóvil que la esperaba y se aferró a él, a sus órganos, al flujo cálido y continuo de su sangre a través de los menudos capilares que alimentan sus células. Sintió un espasmo de angustia, el latigazo repentino del espesor de su recién recuperada prisión...

Y luego respiró hondo. Aspiró el aire con fruición, hasta sentir que se llenaban por completo los pulmones.

Había regresado a la vida.

—¿Estás bien?

Inclinando sobre ella, Álex la observaba con gesto preocupado. Estaba muy pálido, y Jana notó una leve vibración en su rostro que distorsionaba la armonía de sus facciones. El problema debía de estar en sus ojos... Quizá les costase trabajo enfocar las imágenes, después de su reciente experiencia extracorporal.

—Estoy bien —musitó, tratando de acostumbrarse al sonido de su propia voz—. Creo... todo le parecía áspero y agresivo en su regreso al mundo de la materia. Los sonidos eran demasiado nítidos. Incluso la débil luminosidad de las dos bombillas del techo la molestaba. Se sentía confusa, como si acabase de despertar de una pesadilla con la cabeza dolorida y un sabor desagradable en la boca.

Sin embargo lo que acaba de vivir no había sido un sueño. Había ocurrido de verdad. Todo: la oscuridad de aquella presencia invisible, su lucha con el brocado que cubría el espejo, el resplandor azul de zafiro, la risa de las hijas Pértinax, la tela que caía, dejando al descubierto el espejo al descubierto... y seguía allí, lo percibía con toda claridad. Solo que ahora estaba desnudo, expuesto, vigilándola desde el cristal reflectante donde se encontraba atrapado.

Mientras Álex la ayudaba a ponerse de pie, y la estrechaba entre sus brazos para tratar de devolverle algo del calor que había perdido su cuerpo, ella dejó resbalar sus ojos hacia el espejo, aterrada.

Había una sombra.

Era tan oscura que parecía engullir la luz a su alrededor, transformándola en una penumbra grisácea. Al principio formaba una masa informe, de contornos difusos, pero pronto empezó a fluir de unos lugares a otros para redistribuir su espesa negrura, dibujando sobre el espejo la silueta amenazadora de un hombre.

Jana ahogó un grito. Había reconocido de inmediato la complexión de aquella figura, su estatura, la leve inclinación de sus hombros. Era él, duplicado. Era Álex, un reflejo oscuro e irreconocible de Álex... el muchacho, que seguía sosteniéndola en los brazos, acercó sus labios a los suyos, y la besó, pero enseguida se apartó con brusquedad. Había notado su rigidez, y al mirarla a los ojos, vio el espanto dibujado en ellos. Instantáneamente, su mirada reflejó el mismo horror, como si Jana le hubiese contagiado sus sentimientos.

La muchacha lo observó volverse lentamente y alzar la vista hacia el espejo. Los dos permanecieron unos segundos así, el uno junto al otro, con la mirada clavada en la forma semihumana que iba concretándose sobre el brillante cristal.

Era Álex, sí; pero, al mismo tiempo, no lo era. O mejor dicho, era Álex mezclado con algo más, con algo tan monstruoso e inhumano que resultaba insoportable contemplarlo sin sentir repugnancia.

Era Álex; y al mismo tiempo, era el Libro de la Creación.

Poco a poco, los rasgos del muchacho fueron precisamente y ahuecándose hasta adquirir volumen. El rostro de Álex parecía formado por la unión de miles de fragmentos de papel carbonizado, como si se tratase de una diabólica escultura de ceniza. En medio de aquella cara deslavada, compuesta de millones de partículas grises, lo único sólido eran los ojos, dos almendras de azabache en cuyo centro ardían dos esferas rojas, como dos planetas gemelos rodeados de la noche más profunda. En algunos momentos, dentro de aquellos círculos de fuego, aparecía la forma estilizada de un ave, perfectamente negra y nítida. Dos ibis. El monstruo llevaba tatuados en la mirada los símbolos que Jana había utilizado para representar a Álex en su visión compartida.

Su mano se desprendió de la de Álex, temblorosa. Lentamente se volvió hacia el muchacho que tenía a su lado. De nuevo observó la vibración que desenfocaba su rostro. Pero esta vez supo con toda certeza que no se trataba de una ilusión óptica.

No. Aquel rostro vibraba porque no era un rostro real, sino una máscara. El muchacho que tenía a su lado, el chico que la había conducido hasta aquella antigua casa del ghetto y que unos segundos antes la había besado, no era el verdadero Álex. El verdadero Álex se encontraba atrapado en el espejo, prisionero en una envoltura inhumana que lo deformaba hasta arrebatarle su propia humanidad, convirtiéndole en un ser irreconocible y peligrosamente amenazador.

Pero si el chico que estaba a su lado no era Álex, ¿quién era en realidad?

Jana intentó pensar con rapidez. Alguien capaz de adoptar el aspecto de otra persona con tanta maestría tenía que ser, a la fuerza, un medu. Sí; un medu perteneciente a la tribu de los íridos... se obligó a concentrar toda su atención en los rasgos cada vez más temblorosos y distorsionados del joven. El miedo debía haber debilitado el sortilegio mágico que protegía su máscara. En pocos segundos, Jana lo vio pasar sucesivamente por media docena de apariencias diferentes. Cuando una de ellas logró estabilizarse, Jana ahogó un grito de asombro: el rostro que había remplazado al de Álex no era otro que el de Yadia.

Por un momento, incluso llegó a olvidar la negra silueta que acechaba en el espejo, atravesándola con sus ojos de fuego.

—Debí suponerlo —dijo, sonriendo con amargura—. No eres un varulf, sino un írido...

—Mi madre era írida —precisó el mercenario—. Yo he heredado sus poderes. No hay ninguna deshonra en ello.

—Los poderes mismo no son deshonrosos; tu forma de utilizarlos sí lo es —escupió Jana, furiosa—. Me has utilizado, me has engañado... ¡Incluso me has besado!

—Sí: qué gran atrevimiento por mi parte, ¿verdad? Besar a toda una princesa agmar; yo, un insignificante bastardo...

Un zumbido procedente del espejo interrumpió al muchacho. Su intensidad crecía por momentos, como si una nube de langostas se estuviese acercando e inundase el aire con la vibración simultánea de millones de alas membranosas.

Jana hizo un esfuerzo para mirar hacia el lugar de donde provenía aquel sonido. Una negrura espesa como tinta cubría la superficie del espejo, adaptándose al relieve del rostro que acechaba en su interior. Era el rostro de Álex, del verdadero Álex, deformado por la oscuridad de un odio mucho más viejo que él, un odio que parecía provenir del mismo origen mismo de la lucha entre los humanos y los medu, del fondo de los siglos.

No tenía ningún sentido; pero Jana sabía que era verdad...

La vibración metálica que brotaba el espejo había alcanzado tal intensidad que Yadia tuvo que taparse los oídos mientras fruncía el ceño con gesto de dolor. Jana observó que, de pronto, se volvía esperanzado hacia la ventana.

—Necesitamos luz —dijo el muchacho—. La luz lo detendrá, recuerda, lo que te dijo esa mujer de la Fundación Loredan.

Jana no contestó. Se sentía paralizada, incapaz de hablar y de actuar. Si Yadia tenía razón, si la luz detenía aquella monstruosa presencia, ¿qué le sucedería a Álex? No estaba segura de querer saberlo.

Pero Yadia estaba dispuesto a intentarlo. El joven mercenario se lanzó hacia la ventana, decidido a abrir los pesados postigos de manera para dejar entrar la luz de la tarde. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzar su objetivo, un tentáculo de sombra se atravesó en su camino y descargó sobre él un latigazo que lo arrojó al suelo. Jana contempló horrorizada el vórtice de oscuridad que envolvía al muchacho, sacudiéndolo como un pequeño huracán en miniatura.

En el espejo, el movimiento había deformado aún más las facciones de Álex, desencajándolas completamente. El zumbido se había vuelto más agudo, tanto que resultaba difícil soportarlo. Y mientras, de su superficie brotaba un viento cada vez más salvaje y negro que fluía directamente hacia Yadia, atacando de su cuerpo débil gemidos.

El cuerpo del muchacho se estrelló contra la pared, cayó al suelo y, cuando logró enderezarse, fue derribado de nuevo. Esta vez, sus huesos chocaron contra las baldosas con un chasquido de madrea seca. Yadia no fue capaz de levantarse.

Con una mezcla de horror y fascinación, Jana observó el ciclón de oscuridad que se dirigía a ella. Un momento más y la envolvería completamente. Quizá su propósito no fuera destruirla, pero aquella fuerza negra e inhumana llevaba dentro la destrucción. Era la destrucción misma. Y Álex, el Álex de quién estaba enamorada, se había convertido en su instrumento...

Se tiró al suelo y se protegió la cabeza con ambos brazos. Era la primera vez que se rendía sin luchar. Aquello, fuera lo que fuera, era demasiado poderoso para

plantarle cara.

Además, ¿cómo podía luchar con Álex?

Todo se oscureció alrededor. Tenía la sombra encima, planeando como un enorme buitre negro. El zumbido la rodeaba por todas partes, haciéndola sentir como si se encontrase prisionera en el interior pegajoso de una colmena. ¿Cuánto tiempo le quedaba? Cinco, diez segundos...

Pero entonces la puerta se abrió, y algo helado e invisible entró en la habitación. Jana miró hacia el rectángulo de luz. Le pareció distinguir la silueta transparente de un animal que se lanzaba con largas zancadas elásticas hacia el espejo.

Se oyó un estallido de cristales rotos. La oscuridad se disolvió de golpe, restableciendo una débil penumbra anaranjada, creada por las dos bombillas del techo. Jana se puso en pie, avanzó hacia el amasijo de cristales que seguían cayendo con un repiqueteo de lluvia. Sobre los brillantes fragmentos danzaba un remolino de copos cenicientos, como de fragmentos de papel quemado.

Era todo lo que quedaba del monstruo.

Pero aquella nieve gris no se movía al azar. Formaba un torbellino cada vez más organizado, lento, que describía amplios giros alrededor de ella. Unos segundos más, y las cenizas empezarían a caer, a adherirse a su piel. Sentía que ella las atraía como un imán, y que algo en su interior también se veía atraído irresistiblemente hacia ellas.

Tenía que impedir que la atrapasen antes de que fuera demasiado tarde. Recordó las palabras de Yadia. El muchacho seguía en el suelo, inconsciente. Él creía que la luz detendría aquella cosa...

El remolino se volvió más rápido y espeso mientras Jana cruzaba a toda velocidad la habitación y forcejeaba con los postigos de madera. Sintió el contacto ardiente de algunos de aquellos copos de ceniza. No se desprendían de su piel, se quedaba allí pegados, como tatuajes indelebles.

Por fin, consiguió desatracar los cierres de madera, y los dos postigos se abrieron hacia dentro chirriando sobre sus goznes. La claridad del crepúsculo invadió la habitación. El cielo rosado, empedrado de nubes, hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Sabía que ninguna oscuridad podría combatir contra la belleza de aquel cielo.

Oyó un alarido espantoso que le recordó el aullar del viento en una noche de tormenta. Las cenizas cayeron al suelo reducidas a un polvo finísimo.

Era el final del Libro de la Creación. Esa batalla, al menos, la había perdido el libro.

Jana alzó una mirada llena de gratitud hacia los ojos dorados del animal que le había salvado la vida.

Era un lobo. O, mejor dicho, el espectro de un lobo. Jana había reconocido sus

ojos en cualquier parte. Su cálido color ámbar no había cambiado desde que los había visto con vida la última vez, vigilando lealmente la espalda de Erik.

—Gracias, Garo —murmuró—. ¿Te envía él?

«No me hagas esa pregunta —oyó que le respondía una voz en su mente—. No quieres conocer lo que no pertenece al reino de los vivos».

Jana inclinó la cabeza en señal de aceptación. El espectro de Garo también pareció asentir levemente.

Luego, con pasos rápidos y sigilosos, se deslizó hacia la puerta. Jana apenas podía distinguir su contorno embozándose tenuemente sobre la pared que tenía detrás.

Cuando salió, dejó tras de sí una estela de frío.

Jana se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

Una vez más, Erik le había salvado la vida.

## Capítulo 3

En la habitación no quedaba nada de magia, salvo la que dormía en el interior de algunos de los libros de las estanterías. La amenaza sobrenatural del espejo ya no estaba allí. Garo la había destruido...

Con un suspiro, Jana se arrodilló junto al cuerpo inconsciente de Yadia. Durante unos minutos, se dedicó a estudiar con atención aquellos rasgos ásperos, los largos cabellos de un blanco brillante que contrastaban con la juventud del muchacho. Cuanto más lo miraba, mayor era la expresión de frustración que afloraba a su rostro. Lo que estaba contemplando no era más que otra máscara... Aquel tampoco era el aspecto del mercenario írido. Sus poderes debían de ser verdaderamente increíbles para mantener intacta su falsa apariencia incluso mientras se encontraba desmayado.

Comprendiendo que no averiguaría nada más por sus propios medios, Jana intentó despertar a Yadia propinándole un seco puntapié en las costillas. El muchacho se giró en el suelo con gesto de dolor, pero no llegó a abrir los ojos.

Entonces a Jana se le ocurrió una idea. Concentrándose al máximo, extendió un dedo y trazó en la frente del muchacho una S, al mismo tiempo que recitaba en voz baja un poderoso sortilegio de su clan.

Cuando repitió el sortilegio por segunda vez, la letra que acababa de trazar brilló sobre la piel del muchacho como si fuera de oro. A la tercera repetición, un siniestro cascabeleo resonó junto al cuello de Yadia. El signo de su frente había cobrado vida, transformándose instantáneamente en una larga serpiente de escamas doradas.

La serpiente se deslizó sobre el cuello de Yadia y avanzó sobre el pecho hasta rodearle ambos brazos. El contacto resbaladizo del reptil debió de despertar al muchacho.

Al despegar los párpados, su mirada recayó en Jana, que lo contemplaba con gesto de enfado.

—¿Ya ha pasado? —preguntó, incorporándose ligeramente para mirar a su alrededor—. ¿Qué era esa cosa? Ha estado a punto de matarme...

Las últimas palabras las pronunció en un susurro, con la vista fija en la cabeza triangular de la serpiente dorada. En sus facciones apareció una expresión de invencible repugnancia.

—Quítame de encima a esa cosa —pidió—. Es un truco tuyo, ¿verdad?

—No es ningún truco, Yadia, o comoquiera que te llames. Esa serpiente es la encarnación del poder de las hechiceras agmar. Si te muerde, instalará mi voluntad en tu mente. No podrás negarte a decirme la verdad.

—El veneno agmar; sí, había oído hablar de él... —Yadia se sentó con mucha



lentitud, para no provocar a la serpiente—. ¿De verdad es necesario? Te diré lo que quieras saber, no hace falta esto...

—¿Y esperas que te crea? —estalló Jana, rabiosa—. Llevas engañándome desde que nos conocimos. La maldita historia del Libro de la Creación... Tú has estado mezclado en ella desde el principio. ¿Se puede saber qué te proponías? ¿Qué le has hecho a Álex?

El tono agónico de la última pregunta pareció alarmar a Yadia.

—Escucha, Jana —dijo. Hablaba muy despacio, para no sobresaltar al reptil del cual dependía su libertad, o, más bien para no poner aún más furiosa a la hechicera de la cual dependían los movimientos de la serpiente—. Escúchame, es absurdo que la tomes conmigo... Yo no le he hecho nada a Álex. Únicamente he seguido las instrucciones que me dieron. Argo pensó al principio que le bastaría con Álex, pero luego cambió y decidió mezclarte a ti también...

—¿Me estás diciendo que me has traído aquí siguiendo el plan de Argo? Pero Argo está muerto, Yadia... ¿Cómo esperas que me trague eso?

—Argo quería que tú y Álex encontraseis el libro —continuó Yadia, ignorando la pregunta de Jana—. Pensaba que solo vosotros serías capaces de leerlo. Él creía que el libro se encontraba dividido. Había conseguido leer parcialmente una de las dos mitades de la copia, la que se conserva en la villa renacentista de Vicenza. La otra mitad se supone que es esta: el Gólem de barro... Eso creía Argo, aunque es evidente que estaba equivocado. Esa cosa no tiene nada de magia.

—Espera un momento. ¿Qué pasa con esa otra mitad? Hasta ahora nunca la habías mencionado...

—Tenía que manteneros separados. Álex leería una mitad, tú la otra. Así, ninguno de los dos poseería el poder del libro en su conjunto. Solo al unir las dos lecturas cobrarían sentido. Pero es evidente que algo ha salido mal.

—¿Qué le has hecho a Álex? —repitió Jana, desesperada—. ¿Lo llevaste a Vicenza? Él dijo que había visto allí el cadáver de ese mago, el verdadero Armand...

Una vibración contrajo los rasgos de Yadia, y al momento siguiente sus facciones se habían transformado en las de Armand.

Jana contempló el nuevo rostro del muchacho, anonadada.

—De modo que también eras tú —susurró—. Todo el tiempo has sido tú.

La serpiente se deslizó frenéticamente alrededor del cuerpo de Yadia, apretándole el pecho con la poderosa musculatura de sus anillos. El muchacho empezó a jadear. Notaba la lengua del reptil acariciándole el cuello, mientras de su garganta brotaba un cascabeleo metálico.

Captando el peligro, el muchacho comprendió que no debía seguir provocando a Jana, y en un segundo recobró el aspecto del mercenario Yadia.

—¿Quién más está mezclado en todo esto? —preguntó Jana. Tenía la boca seca, y

su voz sonaba pastosa y estridente—. Antes has dicho «nosotros»... Y está claro que has seguido con el plan a pesar de la muerte de Argo, de modo que no intentes engañarme. Seguías un doble juego, ¿verdad? Trabajabas para Argo y, al mismo tiempo, les vendías sus secretos a otros. ¿A quiénes? ¿A los varulf? ¿O a los íridos? ¿Están los dos clanes juntos en esto?

Yadia forcejeó con la serpiente, pero solo consiguió que sus anillos se apretasen. Estaba cada vez más asustado.

—No trabajo para nadie, Jana. Estoy solo en esto. Ya que Argo había muerto, pensé que era una pena desperdiciar ese libro tan poderoso que podía ayudarme a conseguir todo lo que quisiera, de modo que decidí seguir adelante con el plan... ¡Ah!

Un violento dolor en el cuello, como una quemadura, silenció al muchacho. La serpiente le había mordido.

—Si no quieres que sea por las buenas, será por las malas —dijo Jana con repentina suavidad—. El veneno agmar ya está dentro de ti. Cuando empiece a hacer efecto, no podrás resistirte a él. Harás todo lo que yo te diga.

Las facciones de Yadia se distorsionaron en una mueca silenciosa de miedo. Jana sonrió satisfecha. El chico estaba aterrorizado, que era lo que ella quería. Pero, si le temía tanto, ¿por qué seguía resistiéndose a contarlo todo? ¿Por qué no le decía de una vez por todas la verdad?

—Jana, por favor. —La voz de Yadia era quejumbrosa, suplicante—. Libérame y te prometo que no volveré a enfrentarme contigo ni con nadie de tu clan. Te lo prometo...

—¿Y crees que eso es suficiente? ¡Explícame lo que le ha pasado a Álex! Lo habéis... lo habéis convertido en un monstruo...

Durante unos segundos, solo se oyeron en la habitación los sollozos incontenibles de Jana. Yadia la miraba en silencio, aturdido.

—No sé qué le ha pasado, te lo juro —dijo al cabo de un rato—. Yo me limité a llevarlo a Vicenza y a mostrarle la copia del libro: el Nosfetaru. Se parece un poco a esta estatua de aquí, aunque es algo mucho más siniestro. Una especie de muñeco hueco fabricado con auténtica piel humana, completamente cubierta de tatuajes. Yo adopté el aspecto de Armand y los llevé hasta allí. Los dejé encerrados con él. También lo llaman el «No Muerto». Algo debió de salir mal...

—Has dicho «los llevé» —dijo Jana, alzando la mirada con viveza hacia Yadia—. ¿Quién más estaba con Álex, Yadia? ¿Había alguien más?

Yadia tardó una eternidad en contestar.

—Tu hermano David —susurró finalmente—. Lo utilicé a él para atraer a Álex a la villa de Vicenza. Ya no sabía qué intentar, Álex se resistía por todos los medios a buscar ese maldito libro.

Jana asintió, derrotada. Yadia tenía razón: Álex había hecho todo lo posible por ignorar toda aquella historia del Libro de la Creación y de su inmenso poder. Pero ella, en cambio, había caído en todas las trampas que Argo y Yadia le habían tendido. Después de ver el video en el que el falso Armand resucitaba, se había empeñado en encontrar el antiguo volumen kuril. Y se había enfadado con Álex por su resistencia a ayudarla...

Él había heredado los poderes de los antiguos kuriles. Probablemente había visto en sus visiones algo aterrador, pero no se lo había contado para no asustarla. Probablemente había visto lo que el libro podía hacer con él: devorarlo, convertirlo en un monstruo...

Y ahora lo había perdido para siempre.

Una vez más, sus ojos se clavaron en el joven mercenario de ascendencia írida. No podía evitar culparle de todo lo ocurrido.

—Has resistido mucho, pero ha llegado el momento de dejarlo —dijo con frialdad—. El veneno está haciendo efecto. Muéstrame tu verdadero rostro, Yadia... Sé que esto que estoy viendo no es más que otra estúpida máscara.

Cada palabra de Jana sacudía el cuerpo del mercenario como una descarga eléctrica. En sus ojos se leía una angustia infinita. Respiraba con creciente dificultad, emitiendo largos estertores metálicos, como si sus pulmones se hubiesen transformado en un viejo y oxidado fuelle.

Sus labios se movieron pero ningún sonido llegó a brotar de ellos. Jana observó la débil vibración que difuminaba la cara de Yadia. El veneno de la voluntad agmar estaba a punto de derrotarlo.

De nuevo abrió la boca y vocalizó algo. Jana se acercó a él para entender lo que decía.

—No... no voy... a mos... trarte mi rostro, Jana —balbuceó—. Lo siento, no... no puedo... Prefiero... morir.

Jana frunció el ceño. No esperaba tanto valor por parte de su prisionera. Estaba impresionada. Por un lado deseaba estrangularle con sus propias manos, pero, por otro, sabía que no debía ceder a la rabia y a la frustración que sentía en ese momento.

—No te preocupes, no dejaré que mueras —repuso con sequedad—. Hay otras maneras de arrancarle los secretos a un írido.

—¿Otras maneras?

Sin contestar, Jana pasó el dedo índice de su mano derecha sobre la frente del muchacho, borrando el signo mágico que había trazado previamente.

La serpiente de oro desapareció, dejando tras de sí un siseo agudo que terminó disolviéndose en un rumor de brisa entre las hojas del algún árbol cercano.

Yadia se dejó caer en el suelo, extenuado.

—Gracias —murmuró.

—No me des las gracias todavía. Los secretos de un írido se encuentran a salvo mientras pueda mantener oculto su verdadero rostro, pero sé de alguien que puede destruir todas tus máscaras.

—Nadie puede hacer eso —replicó Yadia con una débil sonrisa—. Ni siquiera tú has podido...

—Ella sí podrá. Y lo hará. Lo hará por Álex... Vamos, Yadia, ponte de pie. Voy a llevarte al palacio de Nieve.

## Capítulo 4

Ante la puerta del palacio de los guardianes, Jana se detuvo para tomar aliento. Su respiración era irregular, sentía una punzada en el costado y un desagradable sabor a hierro en la boca. Habían hecho todo el camino desde el ghetto prácticamente corriendo, y estaba desfallecida. Para salir del edificio de la Fundación Loredan sin levantar sospechas, se había visto forzada a dormir a la mujer de la recepción, agotando buena parte de sus reservas mágicas. Y, por si eso fuera poco, Yadia la había obligado a mantener una intensa vigilancia sobre él durante todo el trayecto. A pesar de que los efectos de la voluntad agmar aún pesaban sobre él, por dos veces había reunido el valor suficiente como para intentar escapar de su captora. Solo su debilidad, y la firme concentración de Jana, le habían impedido salirse con la suya.

Por suerte, en cuanto Jana se recuperó lo suficiente como para hacer sonar el timbre de la puerta, esta se abrió. Nieve estaba al otro lado, con cara de preocupación.

—Os vi a través de la cámara de videovigilancia —dijo, tomando de la mano a Jana para hacerla entrar—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Sus ojos se posaron, curiosos, en el rostro pálido y fatigado de Yadia, pero antes de que pudiera preguntar nada se oyeron pasos en la elegante escalinata del recibidor. Jana miró por encima del hombro de Nieve hacia los escalones. Corvino descendía a toda velocidad...

Y detrás de él bajaba David.

Al ver a su hermano, se olvidó momentáneamente de todo lo demás, incluido su prisionero.

—David —sollozó, corriendo hacia él—. Estás bien... Creí que... creí que tú también...

El muchacho la abrazó y dejó que ella llorase sobre su hombro, Jana, apoyada en su pecho, escuchó durante largo rato los latidos rápidos y desacompañados de su corazón. Finalmente, se apartó un poco y observó el rostro de su hermano. Tenía la piel amarillenta y los ojos febriles.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto —murmuró, forzándose a sonreír—. ¿Cuándo has llegado? Yadia dice que fuiste a Vicenza con Álex...

David miró sombríamente hacia el extremo del vestíbulo, donde Yadia permanecía de pie con la cabeza gacha y expresión culpable, custodiado por Nieve y Corvino.

—¿Cómo sabe Yadia lo de Vicenza? —gruñó—. Ha sido todo muy raro, Jana. Encontramos el libro, estaba escrito sobre una especie de cadáver viviente. Un nosferatu... Pero luego, todo se torció. Esa criatura se apoderó del espíritu de Álex.

Él consiguió escapar, los dos salimos corriendo hacia la luz. De pronto, ya no estaba en Vicenza, sino aquí, en Venecia, junto a un embarcadero del Gran Canal. Creí que lo habíamos conseguido... Pero, cuando me volví a mirar, Álex no estaba.

Jana cerró con fuerza los párpados hasta que una miríada de destellos pobló la oscuridad. De repente, la cabeza le dolía tanto que le costaba trabajo mantenerse en pie.

Sus peores temores se habían confirmado. Lo que David acababa de contar encajaba perfectamente con la historia de Yadia. Era la última pieza del puzle.

Disfrazado de Armand, Yadia había conducido a Álex y a David a su guarida de Vicenza, y allí les había tendido una trampa mortal. Según él, los había dejado a solas con el Libro de la Creación siguiendo las instrucciones de Argo. Se suponía que solo Álex podía leerlo. Pero lo que realmente había ocurrido era que aquel libro en forma de cadáver se había adueñado del alma de Álex.

Y ahora... ella se había enfrentado al monstruo que tenía atrapado a su amigo...

Esperaba no haberlo destruido.

David la agarró del brazo y la condujo hasta el lugar donde los dos guardianes los esperaban junto a Yadia.

—Tu amigo nos acaba de contar lo ocurrido con Álex —dijo Corvino—. Es horrible... ¿Cómo habéis podido ser tan incautos?

—¿Incautos? —estalló Jana—. Él nos ha engañado. —Su dedo acusador apuntaba a Yadia mientras sus ojos se clavaban en él con resentimiento—. Nos ha estado engañando durante semanas, a los dos... Se ha hecho pasar por un mago llamado Armand. Fingió que podía resucitar. Todo para conducirnos a Álex y a mí hacia ese maldito libro. Tienes que sacarle la verdad, Nieve. Solo tú puedes hacerlo... Es un írido, su máscara protege sus secretos.

Nieve meneó la cabeza. Una mueca de disgusto deformaba sus perfectos labios.

—Corvino tiene razón. Habéis sido unos imprudentes. ¿En qué estabais pensando? —preguntó, encarándose con Jana—. Si hubieseis acudido a nosotros, os habríamos hecho ver que todo era una trampa.

—Sabíamos desde el principio que era una trampa. Una trampa de Argo —explicó Jana con cansancio—. Pero cuando Argo murió, nos pareció que era una temeridad dejar esa copia del Libro de la Creación a merced de los varulf. Yadia les había hablado ya del libro. Durante todo este tiempo, ha estado haciendo un doble juego. Trabajaba para Argo y, a la vez, informaba a los varulf y a sus otros aliados.

—Las cosas no fueron así exactamente —protestó Yadia con un brillo desafiante en la mirada—. Argo era demasiado listo para dejarse engañar. Desde el principio supo que se lo contaría todo a mis protectores, y no le importó...

—¡Miente! —chilló Jana—. Os lo he dicho, ni siquiera su rostro es auténtico. Tienes que arrancarle la verdad, Nieve; ahora. La vida de Álex podría depender de

ello.

Nieve estudió con atención el rostro de Yadia.

—Es cierto —confirmó, pensativa—. Esa cara no es más que una máscara... Está bien, se la arrancaré, si es eso lo que quieres. No te preocupes, Yadia, no te dolerá. Lo haré a través de la voz...

—¡¡¡No!!! —chilló el muchacho, aterrorizado—. Por favor... Por favor, no lo hagáis. Prefiero que me matéis. Corvino...

Durante unos segundos, los ojos de Yadia y los de Corvino se encontraron. En el rostro del guardián se dibujó, de pronto, una expresión de profunda piedad.

—Déjalo, Nieve —murmuró—. No le obligues a mostrar su rostro. No quiere hacerlo... Y quizá sea mejor que no lo haga.

Sorprendida, Nieve miró a Corvino. Fue como si leyese en sus ojos el significado de sus enigmáticas palabras. Su mirada regresó a Yadia, serena. Lo contempló largamente antes de decidirse a responder.

—Corvino tiene razón —dijo por fin—. Te propongo un trato, Yadia... Permitiré que conserves tu máscara y que no nos reveles tu verdadero rostro a cambio de que nos digas la verdad.

Los rasgos del joven mercenario se relajaron, reflejando un profundo alivio.

—De acuerdo —dijo—. Gracias...

—Un momento. —Los ojos de Jana echaban chispas cuando se plantó delante del irido para enfrentarse a Nieve—. ¿De verdad vas a confiar en él? No puedo creerlo. Es un traidor, un mentiroso...

—A mí no me mentirá. Sabe que no puede engañarme, y que no le conviene intentarlo. El trato que le he ofrecido es ventajoso para él...

—¿Y por qué diablos hay que andarse con tantas contemplaciones con un tipo de su calaña? —gritó Jana, buscando con la mirada el apoyo de su hermano David—. Un trato ventajoso... ¡Ha convertido a Álex en un monstruo, por el amor de Dios! No creo que eso merezca ninguna recompensa.

—Solo intentamos ayudar —replicó Corvino en tono tranquilo, pero inflexible—. Eres tú la que ha acudido a nosotros... Deseamos tanto como tú resolver todo esto, pero tendrás que dejar que hagamos las cosas a nuestra manera.

Jana se volvió una vez más a mirar a David. Su hermano asintió, sombrío.

—Corvino tiene razón, Jana. Es mejor que confiemos en ellos... Lo saben todo sobre el libro. Lo sabían desde el principio, en realidad.

Jana arqueó las cejas, mirando a Corvino.

—¿Qué es lo que sabéis, exactamente?

—David nos ha contado lo que os dijo Argo —contestó el guardián. Dos profundas arrugas surcaban su rostro juvenil. El antiguo especialista en el dominio de los sentimientos parecía tener dificultades para reprimir su cólera—. Está claro que

jugó con vosotros. Él sabía desde el principio dónde estaba el Nosferatu, la copia humana del Libro de la Creación elaborada por Dayedi.

—¿Cómo no iba a saberlo? —intervino Nieve—. Le encargamos que la custodiara hace más de cuatrocientos años...

—Fue después de la caída de los kuriles. El resto de los medu no sabía nada sobre el libro. Existía una profecía que lo mencionaba, pero nadie lo había visto. Sin embargo, era un objeto muy peligroso. Destruirlo podía acarrear más problemas aún que conservarlo, de modo que decidimos mantenerlo oculto en la antigua villa de Dayedi. La compramos, y Argo se encargó de su custodia durante cientos de años... Hasta que murió.

Jana observó en silencio a Corvino cuando este terminó de hablar. Necesitaba ordenar sus ideas.

—Pero... pero eso no tiene sentido —balbuceó por fin—. Si Argo tenía el libro desde el principio, ¿por qué se empeñó en que le ayudásemos a buscarlo?

—Creo que empiezo a entenderlo —murmuró David—. Si llevaba tanto tiempo custodiando al Nosferatu, debía de saber lo peligroso que era. Por eso no quería leerlo él.

—Exacto —confirmó Nieve—. Prefirió arriesgarse a invocar una visión del auténtico libro en el momento en que este se le reveló a Arawn, antes que intentar reanimar a ese monstruo. Sabía que, si lo hacía, corría el riesgo de quedar atrapado dentro del libro... Como le sucedió a Dayedi.

—¿Qué le ocurrió exactamente? —preguntó David—. Esa parte de la historia no figuraba en las pinturas mágicas que Armand nos enseñó.

Sus ojos se encontraron con los de Yadia, que brillaban de un modo extraño. A los labios del mercenario afloró una sonrisa burlona, idéntica a la que solía animar el rostro de Armand el ilusionista.

—Dayedi realizó su copia del Libro de la Creación sobre un muñeco elaborado con piel humana —explicó Corvino—. Pero, para leer el libro, tuvo que permitir que aquella criatura se apoderase de su alma. El resto supongo que ya lo sabéis... Dayedi se convirtió en una especie de monstruo, y los propios kuriles tuvieron que matarlo. Antes de morir, profetizó la guerra de los clanes y la destrucción de su poder hasta el advenimiento de la quinta dinastía medu.

Sus ojos se posaron, reflexivos, en el rostro de Yadia. La sonrisa se había borrado del rostro del muchacho, y Jana creyó percibir una leve vibración de sus facciones, como si estuviese realizando un gran esfuerzo para mantener su máscara intacta.

Jana apartó la vista del írido. Sus pensamientos se estaban dispersando, y eso era algo que no podía permitirse. Necesitaba volver a Argo, entender por qué había actuado de un modo tan extraño en relación con el libro.

—Argo me mostró la visión del libro que había tenido —confesó, rehuendo la



mirada de Nieve—. Arawn le impidió leerlo. Lo arrojó al fuego sagrado... Vosotros visteis el resultado. Sus alas carbonizadas, su cuerpo envejecido... Eso no era ningún truco.

—No, no lo era —admitió Nieve con un suspiro—. Supongo que la ambición lo volvió loco. Temía al Nosferatu, pero prefirió ignorar que el libro original era más poderoso aún. Y, después de su fracaso, regresó, más lleno de odio y de cólera que nunca...

—Y decidió vengarse —añadió Corvino—. Eso es, al menos, lo que suponemos. Decidió hacer un último intento para resucitar el poder del libro. Pensó que tal vez Álex pudiese leerlo para él. Aunque, en el fondo, Argo debía de saber que no podría conseguirlo, y que el libro lo destruiría.

—Y me utilizó a mí para obligar a Álex a llegar hasta el libro —murmuró Jana con amargura—. Y yo le seguí el juego... Pero, de todas formas, Argo murió. Si Yadia no hubiese seguido con todo esto, Álex estaría conmigo ahora. Quiero saber por qué...

¿Por qué, Yadia? ¿Tanto nos odias a Álex y a mí? ¿Qué era exactamente lo que querías?

Antes de que Yadia pudiese responder, se oyeron pasos en la escalinata de mármol. Al mirar hacia arriba, Jana descubrió que se trataba de Heru.

El cambio que se había operado en el antiguo guardián desde la última vez que lo había visto la impresionó. Estaba más delgado, llevaba gafas, y su aspecto atlético de antaño había desaparecido. Un guante de color marfil ocultaba las heridas que David le había infligido en su mano izquierda durante su enfrentamiento en la Caverna. Por lo demás, con sus anchos pantalones grises y su camiseta de Batman, parecía un informático desgarrado y alérgico a la luz solar.

Sin embargo, y a pesar de la distancia, Jana captó un brillo singular en sus ojos, y se dio cuenta de que había estado escuchando toda la conversación.

—¿Por qué no subís? —dijo, deteniéndose en el rellano de la escalera—. En la cocina estaremos todos más cómodos. Por lo que he podido oír, Yadia tiene aún bastantes cosas que contar... Vamos, os prepararé un café.

A Nieve y a Corvino les pareció bien la idea, de modo que todos subieron. Jana notaba el latido apresurado de la sangre en sus sienes mientras ascendía por los peldaños de mármol detrás de Yadia. La impaciencia la estaba devorando; necesitaba respuestas, y las necesitaba cuanto antes. No podía quitarse de la cabeza la sombra del espejo, el rostro de ceniza gris que la había contemplado con ojos llameantes... ¿Qué quedaba de Álex en aquella criatura monstruosa? Si aún quedaba algo, lo rescataría, tenía que recuperarlo... Pero ¿cómo?

¿Estaría aún a tiempo?

Ya en la cocina, sentados alrededor de una mesa de madera y cristal mientras

Heru echaba café molido en la cafetera, Nieve pareció apiadarse por fin de su ansiedad.

—Jana te había hecho una pregunta, Yadia —dijo, mirando al joven írido—. Tienes que responder. No olvides que hemos hecho un trato...

Yadia tragó saliva.

—Es cierto que he estado jugando un doble juego —admitió—, aunque creo que Argo contaba con eso desde el principio. Él sabía quién era yo... —Se interrumpió y miró a Corvino con ojos asustados, como si temiese haber cometido un error—. El caso es que, poco después de que Argo me contratase para conducir a Álex hasta el Nosferatu, me puse en contacto con Harold, el regente de los drakul.

Aquella información sorprendió a Jana. No era lo que ella esperaba.

—¿Con Harold? —preguntó—. ¿Por qué con Harold? ¿No habría sido más lógico que acudieses a Glauco, o a Eilat? Al fin y al cabo, eres medio varulf y medio írido... Lo natural habría sido que recurrieses a uno de esos dos clanes.

—Olvidas que ninguno de ellos me ha reconocido nunca. Soy un bastardo, Jana. Oficialmente, no pertenezco a ningún clan. No le debo lealtad a ninguno... Y pensé que con Harold tendría más oportunidades de sacar tajada.

—No lo entiendo —intervino David—. Harold puede ser muchas cosas, pero no es un intrigante como Glauco o como Eilat. ¿Por qué iba a estar interesado en hacer un trato contigo?

Yadia miró fijamente a David durante unos segundos antes de contestar.

—No es tan difícil de entender —murmuró—. Los drakul llevaban meses estudiando viejos documentos olvidados con la esperanza de localizar el Libro de la Creación; y yo tenía la información que ellos necesitaban...

—¿Estaban buscando el libro? —preguntó Jana, cogiendo distraídamente la taza humeante que Heru le tendía—. No tenía ni idea... ¿Desde cuándo? ¿Por qué?

La respuesta de Yadia tardó unos segundos en llegar.

—Está claro por qué. Por la profecía.

Jana dejó la taza en el plato con brusquedad, derramando parte del oscuro líquido.

—¿Por la profecía? —repitió—. ¿Qué profecía?

—La profecía que hizo Dayedi en el momento de su muerte. Te refieres a ella, ¿no? —preguntó David mirando a Yadia.

El írido asintió.

—Dayedi pronosticó la guerra de los clanes y el fin de su propio clan, el de los kuriles —continuó David—. También adivinó que los medu terminaríamos perdiendo casi todo nuestro poder. Pero dijo algo más...

—«El crepúsculo de los clanes se prolongará hasta la llegada de la quinta dinastía, el último linaje de los reyes medu —recitó Yadia con los ojos cerrados—. El primer monarca de esta estirpe devolverá a los clanes la gloria perdida. Y, solo

entonces, el libro se abrirá de nuevo».

—Y el primer monarca de la quinta dinastía es...

Jana no terminó la frase.

—Erik —murmuró Nieve pensativa—. Claro; ahora lo entiendo todo. Harold piensa que si encuentra el libro y es capaz de leerlo, Erik regresará de entre los muertos y devolverá al clan de los drakul su antiguo poder.

—Es muy generoso por su parte —opinó Corvino—. Desde un punto de vista egoísta, Harold es el menos interesado en que Erik resucite. Perdería su puesto si eso ocurriera.

—No todo el mundo se guía por motivaciones egoístas —dijo Yadia, desafiante.

David puso los ojos en blanco.

—Mira quién fue a hablar...

Yadia se levantó de la silla que ocupaba. Sus ojos despedían fuego.

—¿Y tú qué sabes? —estalló—. ¿Qué puedes saber tú de mis motivaciones? No me conoces... Ninguno de vosotros me conoce de nada. Os atrevéis a juzgarme sin saber, como si fuerais mejores que yo. No tenéis ni idea...

—Cálmate, Yadia —le dijo Corvino. Tenía el ceño fruncido, y miraba al írido con severidad—. Estás dejándote llevar, y puedes terminar diciendo algo de lo que luego te arrepientas.

Yadia sostuvo la mirada del guardián durante unos segundos, hasta que finalmente pareció relajarse.

—Tienes razón. No debo... Gracias por impedirlo.

A Jana no le pasó inadvertida la mirada que intercambiaron Nieve y Corvino.

—Parece que aquí todo el mundo sabe más que yo —dijo, malhumorada—. Vale, de acuerdo. Podéis quedaros con vuestros secretos, siempre y cuando me digáis lo que necesito saber para recuperar a Álex.

—No lo sabemos, Jana —dijo Nieve—. Ninguno de nosotros lo sabe...

—¿Qué te ofreció Harold a cambio de tu información sobre el libro? —preguntó David mirando a Yadia—. Eso, por lo menos, sí podrás decírnoslo...

—Supongo que sí. Ya sabéis que los drakul han forjado una alianza con los íridos y los varulf. Le pedí a Harold que convenciera al Consejo de los Íridos para que me aceptasen oficialmente en su clan a cambio de la información sobre el libro.

—¿Por qué elegiste el clan de los íridos y no el de los varulf? —preguntó Jana—. Te criaron como a un varulf, y se supone que tu padre lo era... ¿O eso tampoco es verdad?

Yadia palideció visiblemente.

—Tú... tú misma has comprobado que mis poderes no son los de un varulf, sino los de un írido —repuso con nerviosismo—. No... no tendría sentido pertenecer a un clan si no puedes hacer lo que hacen el resto de sus miembros.

Jana tuvo la sensación de que Yadia mentía, o de que estaba ocultando algo. Sin embargo, no insistió en el asunto. La historia familiar de Yadia no era, en esos momentos, lo que más le preocupaba.

—Resumiendo, tú has seguido con esto para cumplir la promesa que le hiciste a Harold —concluyó—. Seguiste las instrucciones de Argo incluso después de su muerte. Y él te había dicho que necesitaba a Álex para leer el libro.

—En realidad, también te quería a ti —puntualizó Yadia—. Él conocía la existencia de la copia del Nosferatu, el Gólem de arcilla de la Fundación Loredan. Insistió en que te separase de Álex para llevarte allí.

—Pero allí no había ningún libro mágico que leer. —Jana alzó la mirada hacia David—. Solo viejos manuales de alquimia y cábala, nada verdaderamente importante.

—¿Estás segura? —preguntó su hermano.

—Completamente. Utilicé el zafiro de Sarasvati para comprobarlo... La figura de arcilla carece de magia, y los libros esotéricos que acumulaban polvo en las estanterías los habría podido leer cualquiera.

—No lo entiendo. —Yadia meneó la cabeza, sombrío—. Las instrucciones de Argo fueron muy claras. Yo estaba seguro de que una parte del libro estaba allí, en aquella figura, quizá oculto en su interior...

—Argo te engañó —dijo Corvino—. Jugó contigo igual que con el resto. Te convenció de que separases a Álex y a Jana y de que los llevases a cada uno a un lugar diferente, como si hubiese dos partes separadas del Libro de la Creación, y cada uno de ellos tuviese que leer una. Una maniobra muy hábil...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Yadia con manifiesta hostilidad.

—Argo no quería que los medu recuperasen su poder. Lo último que hubiese deseado en este mundo habría sido restablecer la gloria del clan de los drakul. Pero conocía bien el poder destructor del libro, y decidió emplearlo para librarse de sus más encarnizados enemigos. De Álex, y de Jana. Primero, el Nosferatu destruiría a Álex. Y luego, él, dominado por la oscuridad del monstruo, daría rienda suelta a sus más ocultos fantasmas y destruiría a Jana.

—Creo que lo habría hecho si... si algo no lo hubiera impedido —murmuró Jana, estremeciéndose.

—Sí, a mí estuvo a punto de matarme —reconoció Yadia—. ¿Cómo lograste vencerlo, Jana? Estaba inconsciente, no lo vi...

—Ya os lo he dicho, algo... o alguien me ayudó.

Heru habló por primera vez desde su llegada a la cocina.

—¿Quién fue, Jana? Podría ser importante...

Jana iba a pronunciar el nombre de Garo, pero un instinto de desconfianza la hizo cambiar de opinión en el último momento.

—No lo sé; no pude verlo —mintió—. El caso es que nos salvó la vida. El monstruo cayó al suelo convertido en ceniza. Espero que eso no signifique que Álex... que Álex...

No fue capaz de pronunciar las últimas palabras que danzaban en su mente.

—La imagen de la ceniza cayendo al suelo que viste no significa nada —dijo Corvino, acudiendo en su ayuda—. Álex no era esa envoltura monstruosa que os atacó, sino un espíritu atrapado dentro de ella. Y no es tan fácil destruir a un espíritu.

—Pero, al privarlo de su envoltura, quizá sufriese algún daño. Quizá tuvo que huir. Fue como si desapareciera de golpe.

Corvino asintió.

—Probablemente huyó. No voy a engañarte, Jana: no sé qué podemos hacer para encontrarlo. Es probable que ni él mismo sepa dónde está actualmente. Pero intentaremos dar con él y devolverle la vida. David, tienes que contarnos otra vez todo lo que ocurrió, sin omitir un solo detalle. Volveremos a esa antigua villa renacentista donde Argo custodiaba al Nosferatu. El cuerpo de Álex tiene que estar en alguna parte. Es posible que siga allí, en el lugar donde lo perdió... Al menos, podríamos intentar encontrarlo.

—Os ayudaré —decidió Yadia—. Conozco esa casa bastante bien; Argo me contó muchos de sus secretos antes de morir.

—No, Yadia —le interrumpió Nieve con firmeza—. Tú no vas a acompañarnos a ninguna parte.

—Pero...

—Si no te gusta la palabra «prisionero», considérate nuestro invitado. Te instalarás en el antiguo cuarto de Argo. No te faltará de nada, créeme.

—Pero yo puedo ayudaros —insistió Yadia. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y un extraño acento de desesperación en su voz—. Esta podría ser mi última oportunidad...

—Eso no depende de nosotros —dijo Corvino. Su rostro reflejaba una evidente simpatía hacia el muchacho—. Has hecho lo que has podido. No podemos permitir que sigas interviniendo. Lo primero ahora es salvar a Álex. Heru, ¿te ocuparás de él?

El arquero asintió imperceptiblemente. Su rostro parecía tan inexpresivo como si estuviese tallado en piedra. Lo único que reflejaba era una completa indiferencia hacia lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Una indiferencia que, según lo que Álex le había contado a Jana sobre él, no casaba demasiado bien con su temperamento...

Sin saber por qué, Jana sintió al observar aquellos ojos helados una aguda punzada de inquietud.

## Capítulo 5

Están reunidos. —David entró en la habitación de su hermana sin llamar, pero al ver las huellas de llanto en su rostro se detuvo, turbado.

Jana estaba sentada en un sillón junto a la ventana, con los pies descalzos apoyados en la cama y su teléfono móvil en la mano. Sobre una mesa veneciana antigua, al lado del sillón, había un triángulo de pizza que Jana ni siquiera había probado. Su taza de café, en cambio, se encontraba vacía.

El rostro que la muchacha había girado hacia la puerta reflejaba un profundo agotamiento. David no recordaba haber visto nunca a Jana tan derrotada. Parecía desorientada, como si, por una vez en su vida, no tuviese ningún as oculto bajo la manga, ni siquiera una idea remota de lo que iba a hacer.

—Deberías tomarte una tila, en lugar de tanto café —bromeó David, avanzando hacia la mesa—. ¿Cuántas tazas llevas?

—No sé. Tres o cuatro. ¿Qué más da? Necesito mantenerme despierta...

—¿Para qué? ¿Estás esperando a alguien?

David se arrepintió al instante de su torpe chiste. No tenía ninguna gracia, no para Jana. Las ojeras que rodeaban sus párpados eran tan oscuras que casi parecían maquillaje. Y el dolor que se leía en sus ojos... David tuvo que apartar los suyos, incapaz de afrontarlo.

—¿Has estado con ellos hasta ahora? —preguntó Jana después de un corto silencio.

David se había dejado caer en la cama y, cruzando los brazos bajo la cabeza, había cerrado un momento los párpados. La pregunta de su hermana le hizo incorporarse de nuevo.

—Con Nieve y con Corvino —precisó—. Heru se llevó a Yadia para encerrarlo, pero luego no regresó. Eso los puso un poco nerviosos, a los otros dos...

—¿Se lo has contado todo?

—Todo lo que sé. —Estirándose para alcanzar el plato, David arrancó un pedazo de la pizza de su hermana y lo mordisqueó—. Ahora están discutiendo lo que conviene hacer —añadió con la boca llena—. Corvino quiere ir a Vicenza cuanto antes. Es posible que tenga razón... El cuerpo de Álex podría seguir allí.

—¿Y de qué nos va a servir encontrarlo si no sabemos dónde está su alma?

El acento de desesperación de Jana hizo que a David se le formase un nudo en la garganta. De pronto, la pizza le pareció fría y gomosa. Ya no tenía hambre.

—Oye, Jana, no te pongas así —murmuró, cogiendo una mano de su hermana entre las suyas—. Lo encontraremos, ¿vale? Haremos lo que haga falta para

encontrarlo.

Jana acarició pensativa el guante de raso negro que cubría la mano enferma de David.

—Creía que estabas resentido con él —dijo, buscando la mirada del muchacho—. Por lo que pasó en la Caverna...

David retiró la mano enguantada y desvió los ojos.

—Eso ahora es lo de menos —dijo—. Tú eres lo único que tengo, Jana. Tu felicidad me importa más de lo que te imaginas.

Jana esbozó una sonrisa.

—Estás hablando como un hermano mayor.

—Y no lo soy, ya lo sé. —Bajo su sonrisa, Jana creyó notar que se sentía molesto—. De todas formas, no tienes más hermanos, así que tendrás que conformarte conmigo.

Jana meneó la cabeza, dando por zanjada la absurda discusión. Estaba demasiado fatigada para buscar respuestas ingeniosas.

—No va a volver, David —musitó—. Le he perdido... Para siempre.

—No digas tonterías. —David trató de sonreír—. Ninguno de ellos entiende nada de esta historia, Jana. No te fíes ni por un instante de lo que dicen.

—No lo entiendes. Yo lo vi. Vi en qué se ha convertido. Era él, lo sentí con toda claridad. Pero, al mismo tiempo... Era un monstruo.

—Lo sé. Yo también lo vi. Estaba allí cuando esa cosa se apoderó de él. Incluso... No sé, creo que podría haberlo impedido.

Sus ojos se clavaron, inexpresivos, en la ventana. La penumbra grisácea del cielo anunciaba el crepúsculo.

De pronto, una nueva esperanza pareció animar los rasgos del muchacho.

—Hace un rato, cuando estaba contándoles a los guardianes lo que ocurrió en la villa, Corvino dijo algo curioso. Dijo que el secreto del libro era que nadie podía leerlo si antes no lo escribía. Que la búsqueda del libro es su creación...

—¿Nosotros lo hemos creado por el hecho de empezar a buscarlo? Pero muchos otros lo han estado buscando también. Yadia, Harold y los suyos...

—Sí; pero Álex y tú sois especiales. Por eso recurrió Argo a vosotros. Porque sabía que vosotros podríais ver cosas allí donde los demás no veían nada.

—Según Corvino, esa no fue la razón de que Argo nos metiera en esta historia. Por lo visto, lo único que quería era destruirnos...

—Corvino no sabe nada —la interrumpió David—. Solo sabe lo que le contó Arawn, y lo más probable es que Arawn no estuviera interesado en que los otros guardianes supiesen toda la verdad sobre lo que le ocurrió con el Libro de la Creación. Él creía que era muy peligroso; su único empeño consistía en impedir que alguien pudiese leerlo.

—Supongo que sería por algo —murmuró Jana—. Él leyó una parte, lo suficiente como para apartarse, horrorizado...

—Justamente por eso se equivocaba; porque solo vio una parte. —A David le brillaban los ojos—. Antes, Yadia nos contó que Argo había insistido en que os llevase, a Álex y a ti, a dos sitios diferentes. Insinuó que cada uno de vosotros debía leer una parte del libro.

—Sí, pero ya oíste a Corvino. No era más que una burda trampa.

—¿Y si Corvino se equivoca? ¿Y si, realmente, Argo estaba convencido de que os necesitaba a los dos? «La búsqueda del libro es su creación». Y los dos sabíais cómo buscarlo... Habíais tenido visiones espontáneas sobre el libro antes incluso de que Argo y Yadia entrasen en escena.

—No entiendo adonde quieres ir a parar. —Jana parecía ligeramente exasperada—. Ya te he dicho que la mitad del libro que supuestamente debía leer yo no estaba en la cámara del Gólem. Allí no había nada interesante.

—Claro que no. El libro no estaba allí porque tú no lo habías creado todavía. La búsqueda del libro es su creación, te lo repito. Yo creo que ahí está la clave de todo el asunto.

—Entonces, ¿el libro tendría dos partes? Pero eso no tiene nada que ver con lo que nos contó Argo, ni tampoco con lo que creen los guardianes. Ya los oíste antes: ellos ordenaron que Argo custodiase al Nosferatu. Están convencidos de que el Nosferatu contiene el libro completo.

—Pues se equivocan —dijo David, frotándose pensativamente la mano enguantada—. Hay otra leyenda medu sobre viejos libros. Di con ella por casualidad en la biblioteca de Pértinax, mientras estaba buscando datos sobre Dayedi. Aparentemente no tiene ninguna relación con el Libro de la Creación, pero...

—¿Qué decía la leyenda?

—Habla de dos libros secretos de los kuriles: el Libro de la Muerte y el Libro de la Vida. Según el viejo texto que leí, solo quien había leído ambos libros podía entender su sentido. Pero el Libro de la Muerte debía leerlo un hombre, y el Libro de la Vida debía leerlo una mujer. Si ese hombre y esa mujer compartían su sabiduría, ambos conocerían el secreto del mundo...

—¡El Libro de la Creación!

Los dos hermanos se miraron. A los labios de Jana había aflorado una tenue sonrisa.

—Podría tener sentido —murmuró—. Para crear el libro, no basta con leerlo. Hay que compartir lo que se lee. Hay que descubrir la otra mitad a través de otra persona.

—Por eso Argo os eligió a Álex y a ti. Los dos habéis demostrado sobradamente lo extraordinarios que sois como videntes, y los dos os queréis...

La sonrisa se borró lentamente de los labios de Jana.



—Pero eso no nos ayuda a salvar a Álex —dijo—. Si el Nosferatu es el Libro de la Muerte, la cosa no pinta muy bien para él. Esa cosa tiene voluntad propia, y no lo dejará escapar con facilidad.

—Ya. Pero estaba pensando...

David se interrumpió, inseguro de si debía continuar o no.

—Di lo que sea —le apremió Jana—. No soy ninguna cobarde, ya lo sabes.

—Está bien. —David tragó saliva—. En la leyenda que leí, se decía que el Libro de la Muerte odia al Libro de la Vida. Estaba pensando que si el Nosferatu tiene voluntad propia, como tú dices, querrá evitar por todos los medios que la otra mitad del libro aparezca. Si las dos mitades se funden, él dejaría de existir... No sé si me sigues.

—Te sigo. El Nosferatu odia el Libro de la Vida. Eso significa que esa cosa que se ha apoderado de Álex... me odia.

—Representas una amenaza para él. Por eso fue a buscarte. Por eso intentó destruirte.

—Pero... pero Álex lo habría impedido. Es decir, si siguiese siendo Álex.

—Está prisionero, Jana. —Con su mano sana, David retiró un mechón de pelo de la frente de su hermana—. No puede elegir. Pero quizá podamos ayudarle. En ninguna parte está escrito que el Libro de la Muerte deba vencer al Libro de la Vida.

—Que tú no lo hayas leído no quiere decir que no esté escrito —bromeó Jana con tristeza—. Además, ¿qué es el Libro de la Vida, David? ¿Dónde está? ¿Se supone que lo tengo yo?

David meditó unos segundos antes de contestar.

—Lo reconoceremos cuando lo encontremos —dijo por fin, en un tono que pretendía sonar animoso—. Puede que no llegue a existir hasta que no tenga que enfrentarse al... al otro...

—Quizá —murmuró Jana—. En ese caso, tendría que enfrentarme otra vez al Nosferatu. Si, como tú dices, quiere destruirme, puede que no tenga que esperar mucho. Me estará buscando.

—Este es un lugar protegido, Jana. Los guardianes siguen siendo poderosos. Mientras sigas aquí, no creo que pueda encontrarte.

—Pero yo quiero que me encuentre —replicó Jana, angustiada—. Ahora más incluso que antes... ¿Qué puedo hacer para que me encuentre, David?

El joven la contempló unos instantes con sus enigmáticos ojos verdes.

—No lo sé. Y, aunque lo supiera, creo que no te lo diría. Pero sí voy a pedirte una cosa: pase lo que pase, no salgas a buscarlo. Espéralo aquí. Aquí estarás protegida... Te lo pido por favor, Jana. No puedes arriesgarte sin tenerme en cuenta. Yo te necesito... ¿Me prometes que no saldrás del palacio?

Jana asintió, más seria y pálida que nunca.

—Te prometo que esperaré veinticuatro horas —dijo con voz ronca—. Si dentro de veinticuatro horas el monstruo no ha venido a buscarme, seré yo quien lo encuentre a él.

Después de que David se fuera a su cuarto, Jana encendió el ordenador portátil y lo colocó sobre el tocador, como si se tratase de un escritorio. El espejo situado encima del valioso mueble roció la molestaba con sus reflejos, pero era el único lugar de la habitación relativamente cómodo para escribir.

Necesitaba aclarar sus ideas, apuntar todo lo que Corvino, Yadia y David le habían contado en las últimas horas sobre el Libro de la Creación para tratar de sacar algo en claro. Anotó cuidadosamente la hipótesis de Corvino acerca de que el libro lo creaban sus buscadores, el relato de Yadia sobre las instrucciones que Argo le había dado, la leyenda que le había narrado David acerca de los dos libros gemelos, el de la Vida y el de la Muerte...

Había algo en todo aquello que no terminaba de encajar, pero no conseguía ver qué era. El pulcro esquema en el que había resumido todos los datos sobre el libro la desafiaba desde la pantalla. Allí todo estaba ordenado y clasificado... Todo, excepto Álex y ella. Las dos incógnitas de aquella ecuación extraída de viejas leyendas y profecías... Dos signos de interrogación que no sabía dónde colocar.

Desanimada, Jana apagó el ordenador y lo guardó en su mochila protectora. La noche había caído a plomo sobre la ciudad, pero ella, enfrascada en el monitor de su portátil, no se había dado cuenta hasta ese momento. Se levantó del taburete del tocador y encendió la lámpara de la mesilla de noche. Luego, regresó arrastrando los pies a su asiento.

Al apoyar los codos sobre el mueble veneciano, sus ojos tropezaron con el tirador del cajón superior. Allí era donde había guardado la piedra de Sarasvati.

Con gesto inseguro, abrió el cajón y sacó el zafiro mágico que había pertenecido a su madre. Se giró rápidamente sobre su asiento, alzó la piedra y la miró al trasluz.

Tan azul como siempre, en apariencia... Parecía imposible que allí dentro, durante varios meses, hubiesen permanecido atrapadas las tres hijas de Pértinax.

No debería haberlas liberado. ¿Adónde habrían ido? Como enemigas, Urd y sus hermanas podían resultar temibles, y Jana sabía que intentarían vengarse de ella a cualquier precio por lo que les había hecho. Además, ellas se encontraban protegidas en la prisión mágica de la piedra cuando la magia de los medu se dispersó por el mundo, de modo que sus poderes debían de mantenerse intactos. Lo que significaba que, probablemente, se habrían convertido en los seres con mayor dominio de la magia sobre la Tierra... ¿En qué estaba pensando cuando las liberó?

Jana meneó la cabeza, furiosa consigo misma. Se había comportado como una irresponsable.

Sus ojos volvieron a clavarse en el resplandor azul del zafiro. Aquella piedra servía para leer viejos libros kuriles, entre otras cosas. Y, según la teoría de David, ella tenía un libro muy valioso, el Libro de la Vida del que hablaban las leyendas. Que podría ser, al mismo tiempo, la mitad del Libro de la Creación. Pero, si realmente lo tenía ella, ¿dónde estaba? ¿Por qué no era consciente de su presencia? Y, sobre todo, ¿qué se suponía que debía hacer para encontrarlo y leerlo?

Demasiadas preguntas sin respuesta.

De todas formas, no perdía nada con intentarlo, de modo que dedicó la siguiente media hora a vagar por su habitación con el zafiro en la mano, mirando a través de él sus diferentes pertenencias. Incluso llegó a observar su propio reflejo en el antiguo espejo del tocador a través del resplandor azulado de la piedra. Pero no vio nada; ni siquiera logró invocar la más tenue visión. Quizá había agotado sus últimas reservas de poder durante los acontecimientos de las últimas horas.

O quizá, sencillamente, no había nada que ver allí dentro.

Un fracaso más. Jana dejó la piedra de Sarasvati sobre el tocador y alzó los ojos para contemplarse en la penumbra del espejo. El reflejo azul de la piedra refulgía atrapado en el liso cristal, eclipsando su propia imagen.

Alargó la mano para coger el móvil de la mesilla y mirar la hora. Las once y veinticinco de la noche. Hacía más de tres horas que los guardianes habían partido hacia la villa de Vicenza, donde esperaban encontrar el cuerpo abandonado de Álex, y no los había oído regresar. A pesar de lo cansada que estaba, sabía que no conseguiría dormir sin haber hablado antes con Nieve o con Corvino. No es que albergase grandes esperanzas sobre el resultado de aquella expedición; pero, de todas formas, necesitaba oír lo que había ocurrido. Los guardianes poseían facultades que ningún ser humano corriente compartía. Quizá ellos lograsen detectar en la antigua biblioteca secreta de Dayedi alguna clave acerca de lo que le había pasado a Álex.

Esperó en silencio durante más de media hora, jugueteando de cuando en cuando con el zafiro de Sarasvati y mirando cada pocos segundos la pantalla apagada de su teléfono. Cuando el reloj de una iglesia cercana dio las doce, comprendió que era inútil seguir esperando. Lo mejor que podía hacer era acostarse. Estaba rendida, tanto que apenas conseguía hilar un par de ideas con claridad. Necesitaba descansar. Si surgía alguna novedad, Nieve la avisaría...

Sentada en la cama, comenzó a desnudarse. Al quitarse el pantalón vaquero, sus ojos tropezaron con el brazalete de plata que rodeaba su tobillo.

Ya lo había utilizado en otras ocasiones para rastrear el paradero de Álex. Si reunía el valor suficiente para concentrarse en la imagen del Nosferatu, tal vez consiguiera hacerlo de nuevo; tal vez consiguiera atraerlo hasta ella.

Jana se agachó y, con dedos temblorosos, recorrió la fina cadena de plata. Sentía el frío contacto del metal sobre su piel. Cerró los ojos y evocó la silueta hecha de

copos de ceniza que había visto en la Fundación Loredan, aquellos ojos de fuego en los que se inscribían dos ibis negros como la noche.

De pronto sintió una quemazón insoportable en la espalda. Dos agujas de hierro al rojo vivo taladrándola...

Se volvió, aterrorizada.

El monstruo estaba al otro lado de la ventana, mirándola, atravesándola con sus ojos inhumanos.

Jana notó que se le debilitaban las piernas. No se sentía capaz de enfrentarse otra vez con aquello. Se volvió lentamente, dándole la espalda a la ventana y centrando su mirada en el espejo. Allí estaban también los dos ojos incandescentes como rubíes, mirándola con fijeza. Y lo peor era que ella no podía rehuir aquella mirada. Era como si sus ojos no le respondiesen, hipnotizados por el fulgor rojizo que emanaba del monstruo.

Las manos de Jana buscaron a tientas el zafiro de Sarasvati sobre el tocador, pero no lo encontraron.

—Ven —oyó que le susurraba una voz en su interior—. Necesito que me abras la ventana; si no, no podré entrar. Soy yo, Álex...

Jana se levantó y, muy despacio, caminó hacia la ventana. La bombilla de la lámpara emitió un largo crujido, parpadeó tres veces y se apagó definitivamente. Ahora, la única luz de la habitación era la que procedía del exterior. Un charco de luz fría y pálida, procedente de un farol del muelle, bañaba los sillones y el mirador.

Jana sintió frío. Se dio cuenta de que aún tenía las piernas desnudas.

El monstruo la miró desde el otro lado del cristal. Tenía el rostro de Álex: un Álex fabricado de brasas y papeles quemados, casi irreconocible.

—No queda mucho tiempo —dijo la voz en la mente de Jana—. Tienes que abrirme enseguida. Estás muy guapa, Jana. Te deseo... Te deseo tanto como siempre.

Jana dio un paso hacia atrás. Por un instante, creyó ver los auténticos ojos de Álex, claros y limpios, en la cara del monstruo. Pero la sensación duró apenas una fracción de segundo. Enseguida, aquellos iris azules que conocía tan bien se volvieron de nuevo rojos y espesos como la sangre.

—No voy a abrirte —consiguió decir Jana. Su voz le sonó más grave de lo habitual, como si brotase de un pozo interior hasta entonces desconocido—. Sé que quieres hacerme daño, y no voy a ponértelo fácil.

Era muy doloroso tener que decirle que no a Álex, sobre todo después de haberse pasado varias horas temiendo por él; pero ¿qué otra cosa podía hacer? Álex no era dueño de sus actos; se había convertido en un prisionero de la voluntad del Nosferatu, y no debía hacerse ilusiones diciéndose que podría influir en esa voluntad a través de los sentimientos de Álex hacia ella.

Sin embargo, tampoco perdía nada con intentarlo.

Necesitaba ganar tiempo, mantener al monstruo al otro lado de la ventana tanto rato como le fuera posible, estudiándolo, vigilando cada uno de sus movimientos. Tenía que averiguar cómo destruirlo sin destruir a Álex con él. Pero, para eso, debía mantenerse a salvo. Si abría la ventana, perdería la protección que le brindaban las paredes del palacio de los guardianes. No debía renunciar a aquella ventaja a menos que fuese absolutamente necesario.

—Sé que no eres Álex en realidad —dijo, mirando fijamente a los ojos de fuego del Nosferatu—. Sé que robaste su espíritu, que se lo arrebataste con engaños. Dime qué puedo darte para que lo liberes.

El monstruo rió. Su risa retumbó en la cabeza de Jana como si una avalancha de roca se hubiese abatido sobre ella.

—Las cosas no son tan sencillas como tú crees —dijo el Nosferatu. Hablaba sin mover los labios, transmitiéndole las palabras directamente a la mente a través de la mirada—. Ahora, Álex y yo estamos indisolublemente unidos. Formamos un único ser. Intenta destruirme a mí, y le destruirás a él al mismo tiempo.

—Yo no quiero destruirlos, ni a ti ni a él. Solo quiero recuperarlo...

—Deseabas los secretos del libro. —El Nosferatu arañó suavemente el vidrio de la ventana—. Y yo los tengo. Creí que intentarías... leerme...

—El libro ya no me importa. No soy tu enemiga, te aseguro que no lo soy. Dime lo que tengo que hacer para liberar a Álex. Eso es lo único que me interesa.

—Deja de decir estupideces. Yo soy Álex. Mírame a los ojos y atrévete a negarlo. Si tanto te importo, demuéstalo... Abre la ventana.

Jana avanzó, temblando, hacia el oscuro cristal. Adelantó una mano y acarició delicadamente su lisa superficie. El frescor del vidrio la serenó un poco. Necesitaba aquel frío contra su piel para ordenar sus ideas. Sin ser consciente del todo de lo que hacía, pegó la mejilla izquierda a la ventana y cerró los ojos. Al instante, la invadió una agradable somnolencia.

—Vamos, Jana, ábreme. —La voz que oía en su interior se había transformado, de pronto, en la de Álex—. Soy yo, soy Álex, el de siempre...

Jana deslizó la mano sobre la superficie del cristal. Al otro lado, en el frío húmedo del muelle, el rostro del Nosferatu se estremeció ligeramente, como si hubiera sentido su caricia.

—Te amo, Jana —dijo la voz—. No sabes cuánto te necesito. Y tú también me necesitas a mí.

Jana sintió un escalofrío de dulzura en la espina dorsal. No podía resistir la familiaridad de aquella voz. No podía seguir diciéndole que no... El pecho comenzó a dolerle como si algo se le estuviese desgarrando por dentro.

—No insistas, Álex, por favor —consiguió decir—. Si te hago caso, no podré ayudarte...

—No me dejes aquí. —La voz se había vuelto débil y quejumbrosa—. Aquí estoy en peligro, Jana. Antes, ese espectro estuvo a punto de destruirme. Podría regresar en cualquier momento.

—Quizá... quizá te haría un favor. Podría... liberarte...

Las palabras de Jana sonaban incoherentes, deslavazadas. El cosquilleo de la espalda había avanzado por su piel, asaltando su cuello, sus brazos, sus mejillas. Como si una lluvia de caricias se hubiese abatido sobre ella.

—Te quiero, Álex —murmuró, abandonándose—. Te necesito.

Sintió unos brazos invisibles a su alrededor, estrechándola, mientras unos labios sedientos la besaban en la nuca, en el escote, detrás de las orejas...

—Basta —consiguió murmurar.

El abrazo, de pronto, le congeló la piel. Los músculos invisibles que la apretaban se tensaron alrededor de su cintura, amenazando con asfixiarla.

Al otro lado del cristal, inmóvil, seguía el Nosferatu. Sus ojos flotaban en la oscuridad como dos almendras de luz roja.

Jana hizo acopio de sus últimas fuerzas para separarse de la ventana y retroceder un par de pasos. La sensación de asfixia desapareció. Ya no notaba el contacto invisible y helado del monstruo.

—¿Por qué me haces esto? —murmuró. Notaba el húmedo calor de las lágrimas en sus ojos—. ¿Por qué me odias tanto?

La voz le llegó ahora lejana, distorsionada por una inmensa distancia en el tiempo y en el espacio.

—Deberías haberme obedecido —dijo, afilada y cristalina—. No puedes vencerme. No eres más que una sombra de lo que un día fuiste.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Quién eres? ¿Qué eres en realidad?

El mosaico que componía el rostro del Nosferatu ennegreció, adquiriendo la consistencia espesa y pegajosa del alquitrán.

—Eso deberías preguntárselo a tu hermano —contestó. Esta vez, sus labios sí llegaron a moverse, aunque sin sincronía alguna con los sonidos que llegaban a la mente de Jana—. Él parecía saber mucho sobre mí. Aunque el pobre no creo que pueda contestarte. Demasiado tarde para él...

Un terror instantáneo se apoderó de la muchacha.

—¿Qué le has hecho? —preguntó con un hilo de voz—. David...

El Nosferatu emitió una larga y estridente carcajada.

—Eso te enseñará a no intentar jugar conmigo —dijo, mezclando las palabras con los últimos ecos de aquella risa cortante como fragmentos de vidrio roto—. Adiós por ahora, Jana... No pienses que estos muros van a protegerte eternamente. Antes o después, te destruiré.

## Capítulo 6

Tambaleándose, Jana salió de la alcoba y miró a derecha e izquierda, deslumbrada por las lámparas del corredor. Se había puesto los vaqueros tan deprisa que había olvidado abrocharse el último botón.

Necesitaba recordar la estructura de aquella planta del palacio... ¿Dónde estaba la habitación que Nieve le había asignado a David?

Después de un ligero titubeo, giró a la izquierda y comenzó a caminar en aquella dirección. David ocupaba el cuarto del fondo, el mismo en el que ella había dormido durante su anterior estancia en el palacio.

Su hermano le había asegurado que se quedaría allí toda la tarde. Los guardianes no querían que los acompañara a su expedición a la villa Dayedi, y le habían encargado que cuidase de Jana antes de partir. Heru debía de encontrarse en el piso inferior, vigilando la puerta de la habitación de Yadia para que no escapara. No se oía ningún ruido en el edificio, tan solo un goteo lento procedente de uno de los canalones de la fachada trasera, que martilleaba con su música cristalina sobre las baldosas del patio.

Jana se detuvo a tomar aliento ante la puerta cerrada del cuarto de David. Por un momento, sintió la tentación de regresar por donde había venido. Tenía miedo; las piernas apenas la sostenían. David se iba a alarmar cuando la viese en ese estado...

Si es que aún seguía allí.

Respirando hondo, Jana hizo descender el picaporte de bronce. La puerta se abrió en silencio, y Jana penetró en la penumbra del dormitorio, que olía ligeramente a perfume masculino y a tabaco.

—David —susurró—. David, ¿estás ahí?

Avanzó de puntillas sobre sus pies descalzos, procurando hacer el menor ruido posible. Ya no estaba tan seguro de querer despertar a su hermano como unos segundos antes. Solo quería comprobar que se encontraba bien... Después, regresaría a su cuarto y se prepararía para una larga noche de insomnio.

Sobre la cama de David había una ventana alta y estrecha, sin postigos. La noche en el exterior estaba teñida de un resplandor lunar gastado y amarillento. ¿Qué hora sería? Jana buscó el despertador de su hermano sobre la mesilla, un viejo artefacto cuadrado de agujas fluorescentes. Las tres y media, marcaba. Las tres y media de la mañana.

Jana se inclinó sobre la cama de David. El muchacho se giró hacia ella, emitiendo un leve gemido.

En un instante, la luz de la luna cayó de lleno sobre su rostro. Estaba cubierto de

gotas de sudor, algunas tan redondas y gruesas como perlas.

Entonces percibió los detalles que hasta entonces se le había escapado: la respiración entrecortada, los párpados amoratados la expresión de intenso sufrimiento que distorsionaba las facciones de su hermano.

—¿Qué te pasa, David? —Su voz sonó como un grito ahogado—. David... ¡Contesta!

El muchacho abrió los ojos y la miró sin verla. Tenía los ojos vidriosos, y a sus labios afloró una sonrisa enloquecida.

Jana sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

Su mano rozó en una leve caricia la mejilla fría y húmeda de David.

—David... ¿Qué te ha hecho?

Bajo la colcha blanca, los brazos del muchacho formaban una uve invertida. Pero había algo extraño. El relieve del brazo derecho se hundía de un modo antinatural a la altura de la muñeca.

Era la mano enferma, la que había resultado herida en el combate de David contra Heru. Jana nunca había visto las cicatrices de la herida. David jamás permitía que nadie las viera, siempre las llevaba ocultas bajo un guante de raso negro.

Sin embargo, ahora... Jana volvió una vez más los ojos hacia la mesilla donde se encontraba el despertador. Junto al viejo reloj había un guante de raso. Le pareció raro que David se hubiese despojado de él para dormir. No era esa su costumbre.

Tal vez la herida hubiese empeorado. Tal vez le doliese la mano... eso explicaba que se hubiese quitado el guante.

Con las manos trémulas, Jana retiró hacia atrás la colcha y las sábanas.

David llevaba puesto un pijama negro. Una de sus manos, pálida como una flor invernal, descansaba plácidamente sobre su pecho. La otra...

La otra, sencillamente, no estaba.

Jana miró hacia la mano ausente con ojos desencajados. No era solo una ausencia lo que había allí, era algo más. Era... un vacío... un vacío aterrador y profundo como un agujero negro.

Parecía imposible que un vacío así pudiera existir. Jana había oído muchas veces en su infancia historias sobre los medus que sobrevivían a un contacto con uno de los inmortales. Las heridas que recibían respondían con exactitud a la descripción de lo que estaba viendo: eran grietas en la realidad por donde uno podía asomarse a la nada.

Lo que nadie le había dicho, lo que jamás había oído mencionar, era que aquellas grietas pudieran ejercer sobre la voluntad de quien las contemplaba un efecto magnético.

El pecho de David subía y bajaba rápidamente, al ritmo de su trabajosa respiración. Jana deslizó la mirada hacia su rostro: sus ojos eran como dos negros



túneles en cuyo interior brillaba un resplandor mortecino y lejano. Como si allí dentro hubiese un océano de oscuridad y David estuviese atrapado en él, enviando señales luminosas de socorro con una linterna de juguete...

Jana se tapó la cara con las manos y trató de contener sus sollozos. Contra aquella oscuridad no podía luchar. Su magia no servía para enfrentarse a tanto sufrimiento.

No podía ayudar a David.

Dejó que el llanto convulsionara su cuerpo, que la sal de las lágrimas le quemase las mejillas. Los había perdido a los dos: a Álex y a su hermano. Y lo peor era que ni siquiera lo había visto venir: estaba demasiado ocupada haciendo planes, intentando torcer los acontecimientos a su favor, cambiar su futuro y el de su clan...

¿Para qué? ¿Qué le importaba el futuro ya, después de haber perdido a los dos únicos seres que le importaban en el mundo?

En medio de los sollozos, se permitió una cínica carcajada de amargura. Acababa de recordar el rostro burlón de Argo mientras le hablaba del Libro de la Creación. Él era el culpable de todo. Si lo que quería era vengarse de Álex y de ella, lo había conseguido.

Pero ella era más culpable aún que Argo por haber caído en su trampa. Sabía que no debía fiarse de él. Nunca había dudado de que sus intenciones fuesen retorcidas. Sencillamente, no le había importado... Había sobrevalorado su astucia, creyéndose más lista que el viejo guardián. Estaba convencida de que podía tenerlo todo: el libro, Álex..., incluso Erik, si llegaba a cumplirse la profecía...

Como siempre, su arrepentimiento llegaba demasiado tarde. Ahora ya no servía de nada lamentarse: la crueldad que había visto en los ojos del Nosferatu era infinita; la destrucción que estaba contemplando en el rostro de David parecía definitiva, eterna.

Esta vez, había. Y no habría revancha. Sintió un escalofrío al comprender que había librado su última batalla.

Ya no podía cambiar nada. Lo único que le reservaba el futuro era sufrimiento. Y ella no quería seguir sufriendo.

Sus ojos se clavaron nuevamente en la herida de vacío que se había tragado la mano de David.

Había un modo de dejar de sufrir.

Si las antiguas leyendas estaban en lo cierto, aquel hueco en la realidad que Heru había dejado grabado en el cuerpo de su hermano tenía una cualidad contagiosa. Si lo tocaba, si se acercaba lo suficiente a él, aquella nada la contaminaría. Perdería la memoria, el recuerdo de cada símbolo. Nada tendría ya ningún significado para ella.

Se dio cuenta de que eso era exactamente lo que quería.

Temblando, alargó ambas manos y asió el vacío en el extremo del brazo de David. Era un vacío sólido, tan sólido como una mano verdadera, pero una mano invisible,

oculta en la más honda negrura.

Se llevó aquel hueco de sombra hacia su pecho y lo apoyó contra su corazón.

Estaba helado. El frío le entumeció primero los dedos de las manos, luego la piel del pecho, y después todo el costado izquierdo desde el cuello hasta la cintura. Era un frío agradable, un cosquilleo que terminaba disolviéndose en un extraño adormecimiento. Aquello, pensó, era lo que debían de sentir los alpinistas justo antes de morir congelados...

Insensiblemente, el frío se le fue metiendo dentro. Le heló los pensamientos, dejándole tan solo una vaga conciencia de que aún seguía viva. También era consciente de que el tiempo no se había detenido. Transcurría con infinita lentitud, pero esa lentitud ya no le producía ninguna angustia. No pensaba en el futuro, ese concepto ya no tenía ningún significado para ella. Ni tampoco el pasado.

En adelante, viviría así, sorprendiéndose de cada latido de su corazón como si fuera el primero, sin recordar que un segundo antes había sentido lo mismo.

En algún momento, la penumbra de la habitación se volvió violácea, y luego albaricoque. Jana sonrió maravillada ante el cambio de color de la luz. No entendía su origen, pero le gustaba.

Junto a ella, tendido sobre un rectángulo mullido y blanco, había un hombre joven con los ojos cerrados. Temblaba de pies a cabeza.

Jana se preguntó por qué temblaba; pero enseguida olvidó su propia pregunta. La luminosidad del exterior había comenzado a debilitarse. Se asomó a la ventana, perpleja. La atmósfera, de pronto, ya no era anaranjada, sino gris. Miró hacia arriba, hacia el cielo. No había nada en él, solo un reflejo de plomo que se volvía más oscuro a cada momento.

Sin saber por qué, Jana sintió un miedo irracional al contemplar aquel cielo sombrío. Y gritó.

Notaba los párpados terrosos, deshaciéndose en arena alrededor de sus pestañas. Abrió los ojos. La imagen tardó unos instantes en enfocarse.

Había un hombre sentado frente a ella. Su rostro la miraba con una tristeza que Jana no podía comprender. Había una expresión severa en sus ojos verdosos. Algo que no encajaba con su cuerpo juvenil ni con su agradable fisonomía.

—¿Quién eres? —preguntó Jana.

Su pronunciación era torpe, como si estuviese hablando en un idioma extranjero para ella. Y en cierto modo, lo era... Porque cada palabra la sorprendía como si fuera la primera vez que la oía; o, más bien, como si fuese un recuerdo de una palabra lejana, perdida en los pliegues más antiguos de su memoria.

—No importa quién soy yo, lo importante es quién eres tú —dijo el hombre, mirándola a los ojos—. ¿Lo recuerdas?

Jana hizo un esfuerzo por recordar. La luz era cálida y rosácea al principio, luego todo se había vuelto de color ceniza. Y eso la había asustado.

Miró a su alrededor. Los objetos parecían envueltos en sombras más densas aún que antes. La penumbra ya no era gris, sino espesa y turbia. Parda quizá... de un tono pardo que, en las esquinas, se espesaba hasta volverse completamente negro.

Volvió a sentir el mismo escalofrío de miedo que, poco antes le había arrancado un chillido animal. Sus ojos buscaron, aterrorizados, la mirada del hombre que acababa de formularle una pregunta.

—Lo siento, no recuerdo lo que me has preguntado —se disculpó—. ¿Podrías repetírmelo?

—Te he preguntado quién eres —repuso el hombre. Las arrugas de su frente se habían vuelto más profundas—. Vamos; tienes que decírmelo.

Jana volvió a mirar en torno suyo, buscando una respuesta. Había muchos objetos en aquella habitación. Algunos los reconocía, incluso sabía para qué se utilizaban. Otros, en cambio, no.

Distinguió con claridad un rectángulo opaco recortado en la pared que tenía frente a ella. Una ventana. Y, debajo, una cama en la que dormía un muchacho. O quizá no dormía... Temblaba mucho, y parecía enfermo.

—Te estás distrayendo —la regañó el hombre en tono impaciente—. No tenemos tiempo para esto. Tienes que recordar. Tienes que decirme quién eres.

Jana se encogió de hombros y esbozó una sonrisa infantil...

—No se sí —dijo—. Dímelo tú, parece saberlo todo...

—Eso no servirá de nada. Tienes que ser tú la que recuerdes. Si no lo haces por ti misma, tendré que obligarte. Y no será nada agradable, te lo puedo asegurar.

Jana lo miró con indiferencia. Sus ojos regresaron al muchacho dormido. Una forma oscura descansaba sobre su pecho, subiendo y bajando al compás de su respiración.

Sus ojos se agrandaron, fascinados. Allí estaba la respuesta que el hombre pedía. No; era otra cosa... Algo que haría que el hombre dejase de molestarla. Algo que volvería inútiles todas las preguntas.

Se levantó y al hacerlo la vista se le nubló y sintió que la cabeza le daba vueltas. Tuvo que volver a sentarse. Eso le hizo sentirse mal. Quería tocar aquella forma negra. Necesitaba sentirla cuanto antes. Era la única manera de que el hombre la dejase tranquila.

Alargó la mano en dirección al muchacho dormido.

—No —dijo el hombre que tenía enfrente sin alzar la voz.

Su tono era suave, seguro, empapado de una extraña autoridad. Jana retiró la mano y volvió a posarla en su regazo.

Sus ojos se clavaron en el rostro del desconocido, interrogándolo en silencio.

—Eso es bueno —dijo el hombre—. Empiezas a sentir curiosidad. Quieres saber quién soy... Eso es bueno —repitió.

Jana asintió sin demasiada convicción. Todavía no se había recuperado del todo del vértigo que había experimentado al levantarse. Las sombras que avanzaban sobre los muebles le producían un malestar físico, un vacío en el estómago que le hacía sentir gana de vomitar.

—No puede hacerlo —murmuró, luchando contra el peso de sus párpados—. Lo siento, no puedo... No puedo recordar.

El desconocido asintió. Su rostro reflejaba una profunda compasión, y también algo parecido al miedo.

—Entonces, tendré que ayudarte —dijo—. Habría preferido que fuese de otra manera, porque esto te va a causar un gran dolor. Pero no podemos seguir esperando. Mírame bien, Jana. Mira mi mano...

Jana obedeció, insensible al sonido de su propio nombre. La mano del desconocido estaba enfundada en un guante de raso de color marfil.

—Lo siento, Jana. Pase lo que pase, no dejes de mirar.

El hombre comenzó a sacarse el guante tirando de él con la otra mano. Cada uno de los tirones iba acompañado de un breve gemido de dolor. El hombre parecía estar sufriendo intensamente, y su dolor se acentuaba a medida que su mano iba quedando al descubierto.

Si es que aquello era una mano...

Jana contempló fascinada la bellísima estructura que hasta entonces había permanecido oculta bajo el guante. Era un maravilloso entramado de huesos, músculos y vasos sanguíneos dibujados en tres dimensiones con una tinta negra de cualidades evidentemente mágicas. Dependiendo del reflejo de la luz sobre ella, la tinta se volvía plateada en algunos trazos, de un rojo o azul transparente en otros. Los juegos de luces y reflejos revelaban una infinidad de signos ocultos en aquella delicada arquitectura de elementos corporales.

Jana alargó la mano, incapaz de resistirse a tanta belleza.

Al tocar el dibujo esculpido en tres dimensiones, sintió un dolor insoportable. Un dolor tejido de recuerdos, algunos angustiosos que habría hecho cualquier cosa por escapar de ellos, refugiándose de nuevo en el olvido.

Sin embargo, eso ya no era posible. Había tocado la herida mágica, la herida que contenía todo el poder de los antiguos símbolos.

Había tocado la herida de Heru.

Sus ojos se encontraron con los del guardián. Nunca hasta entonces se había preguntado qué secuelas le habría dejado su combate con David, cuando ambos se enfrentaron en la Caverna. Ahora ya lo sabía: la herida de Heru era el reverso de la herida de su hermano. Era como si, allí donde sus cuerpos habían entrado en

contacto, ambos hubiesen intercambiado una parte de su espíritu. En el brazo de David había quedado impreso el vacío de símbolos en el que, durante siglos, había vivido inmerso su enemigo. Y en brazo de Heru se había grabado la riqueza del mundo artístico e imaginativo de David.

Jana se estremeció. No le extrañaba en absoluto que ambas heridas resultasen tan dolorosas para sus respectivas víctimas.

—Veo que has recordado quién eres —murmuró Heru, retirando suavemente la delicada prótesis de tinta y cristal que sustituía su antigua mano—. Lo siento, Jana. Sé que habrías preferido no recordar.

Jana desvió la mirada hacia la cama en la que yacía David, tiritando de fiebre.

—No —murmuró—. Al contrario, debo darte las gracias.

Observó la densidad de las sombras que se alargaban sobre la alfombra y los muebles venecianos, y luego alzó los ojos hacia el rectángulo negro de la ventana.

—¿Qué hora es? —preguntó, desconcertada—. Cuando vine a ver a mi hermano, debían de ser las cuatro o las cinco de la madrugada. Creo que vi amanecer... ¿Por qué vuelve a ser de noche? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—No es de noche, Jana. Sigue siendo de día. Esta oscuridad es artificial. La ha provocado él. Es más poderoso de lo que todos nosotros imaginábamos.

Jana asintió. No necesitaba preguntar a quién se refería Heru. Sabía que hablaba de Nosferatu.

Por última vez, sus ojos se dejaron atrapar por el vacío negro que descasaba sobre el pecho de su hermano David. Podía sentir su inmensa atracción. Sin embargo, esta vez no se dejaría llevar por ella.

Huir no le serviría de nada. Eso no detendría al Nosferatu. Solo le haría olvidar que él seguía allí, acechando, intentando extender por todas partes su sed de destrucción.

—Si quieres, puedes descansar un poco —dijo Heru, tratando de sonreír—. Al fin y al cabo, da lo mismo lo que hagas, lo que hagamos todos nosotros. Nada lo detendrá.

—Yo lo detendré. Al menos, lo intentaré. Ahora me siento capaz de hacerlo. Tu herida me ha dado fuerzas, Heru. Gracias por mostrármela.

Heru asintió.

—Sabía que te haría reaccionar. Es monstruosa, en eso reside su fuerza.

—¿Monstruosa? —Ahora, era el rostro de Jana el que reflejaba una inmensa piedad—. Es hermosa, Heru. Es increíblemente hermosa... Algún día te darás cuenta.

Heru la miró con expresión sombría.

—Ya me doy cuenta ahora, Jana —murmuró—. Lástima que sea demasiado tarde...

—¿Por qué dices eso?

Los ojos verdes de Heru se clavaron en el hueco negro que descansaba sobre el pecho de David.

—Porque yo podría haber evitado todo esto —murmuró—. Pude hacerlo, pero no quise. Estaba demasiado ocupado luchando conmigo mismo. Con la belleza de este muñón extraño que llevo unido para siempre a mí.

Jana se estremeció, como si una serpiente de hielo se hubiese enroscado en su espina dorsal.

—No te entiendo, Heru...

—Ven conmigo y lo entenderás. Entenderás lo que está pasando... Y me reprocharás que te haya arrancado del olvido para obligarte de nuevo a sufrir.

# **LIBRO CUARTO**

## **El Libro de La Vida**

## Capítulo 7

En el pasillo, las lámparas estaban encendidas. Jana miró hacia el rellano que había al fondo, donde se encontraban las escaleras. Notaba que algo había cambiado, pero no sabía exactamente qué.

Antes de cerrar la puerta del cuarto de David, se detuvo y miró una vez más hacia la cama, indecisa.

—No deberíamos dejarlo solo —murmuró—. Está muy mal...

—Lo que le ocurre a David es lo mismo que le ocurre a la ciudad entera. Se trata de una peste, Jana. Una peste que afecta hasta el último rincón de Venecia. La ha provocado él, el monstruo. El Nosferatu.

—Pero tú estás sano, y yo también...

—No es una peste que afecte a las personas. Afecta a la belleza de la ciudad, a los edificios, a los cuadros... A todos los objetos artísticos que se albergan en ella.

—¿No afecta a las personas? —Jana cerró la puerta y miró a Heru, perpleja—. Entonces, ¿por qué a David sí?

—Tú conoces a tu hermano mejor que yo. Aunque yo también lo conozco bastante bien, después de... después de esto —dijo, acariciándose el guante marfileño con el ceño fruncido—. David es un artista. Vive para crear, para expresarse a través de su arte. Quizá por eso la plaga le ha afectado también a él...

—Pero ¿por qué? —La pregunta de Jana resonó en las bóvedas del corredor como un grito desesperado—. ¿Por qué hace todo esto? Es Álex, por el amor de Dios. Es Álex... O, al menos, una parte de él.

—No es Álex, Jana; es el Nosferatu. Álex solo es el instrumento que el monstruo utiliza para conseguir sus objetivos. Creo que está haciendo todo esto para obligarte a salir del palacio y enfrentarte con él. Aquí dentro estás protegida, no puede hacerte daño. Pero él sabe que antes o después saldrás, que intentarás detener toda esta destrucción.

—Lo sabe porque me conoce —murmuró Jana—. Me conoce a través de Álex. Es... es horrible...

Heru le cogió una mano y la arrastró suavemente hacia delante, en dirección a la escalinata.

—Ven —dijo—. Quiero enseñarte algo. Así podrás hacerte una idea más exacta de lo que está ocurriendo.

El guardián abrió la puerta del salón principal del segundo piso, encendió las luces y se apartó para dejar paso a la muchacha.

Al entrar, Jana ahogó una exclamación de horror. Las diez bombillas repartidas



entre las dos lámparas de cristal del techo apenas conseguían perforar el espesor de las sombras que se habían apoderado de la estancia. Pero, aun así, su luz debilitada y turbia bastaba para comprobar la inquietante transformación que habían sufrido los numerosos objetos de valor repartidos sobre los muebles y las paredes...

Para empezar, el lienzo de la escuela de Tintoretto que representaba a un famoso cardenal veneciano se había oscurecido hasta engullir prácticamente la totalidad del retrato. Lo mismo ocurría con un paisaje de Canaletto colgado en la pared opuesta, y con un fragmento de un fresco de Tiépolo rescatado de una iglesia en ruinas y restaurado sobre el techo de la habitación. El busto de mármol del emperador Marco Aurelio, situado sobre una pequeña columna, entre dos grandes ventanales que daban al Gran Canal, se hallaba tan desgastado como si hubiese permanecido siglos bajo el agua.

Y lo mismo sucedía con el resto de los objetos: los dibujos geométricos de la alfombra persa eran poco más que una mancha de color café con leche sobre un fondo cremoso; el reloj de bronce que descansaba sobre la chimenea había perdido sus delicados relieves bajo una espesa costra de óxido verdeazulado; incluso la tapicería de las sillas doradas se veía sucia y raída.

—Asómate al canal —indicó Heru, abriendo una de las ventanas—. Es como una pesadilla...

Jana miró hacia la hilera de palacios situados al otro lado de la corriente, cuyas aguas, más turbulentas que de costumbre, eran ahora de un desagradable color chocolate.

Todo había cambiado. Los armónicos frontones sobre las ventanas habían desaparecido, las logias adornadas de esbeltas columnas se habían derrumbado. Las puertas de madera labrada colgaban de sus goznes, medio podridas. Había trozos de cornisa atravesados en el muelle, y el fragmento de un ángel de mármol con las alas rotas se sostenía en precario equilibrio sobre el toldo de rayas de un restaurante. Las góndolas parecían vainas viejas de alguna legumbre gigante amontonadas en los embarcaderos. Parduscas, hinchadas...

—Tenemos que detenerle —dijo Jana, luchando contra el nudo que se le había formado en la garganta—. ¿Dónde están Nieve y Corvino?

—Regresaron hace un par de horas de Vicenza. La plaga ya había empezado... Volvieron a salir para intentar encontrar al Nosferatu. Si alguien puede detenerle, son ellos dos, Jana.

—Está claro que su visita a la villa de Dayedi no ha servido de nada. Si hubiesen encontrado el cuerpo de Álex...

—Aunque lo hubiesen encontrado, ninguno de nosotros sabe cómo devolverle su parte espiritual. Esa criatura que lo ha secuestrado es más antigua que nuestras tradiciones, más antigua que el hombre mismo.

—El Libro de la Muerte —murmuró Jana—. David me contó, que, según una tradición medu, existen dos libros mágicos complementarios: el Libro de la Muerte y el de la Vida. Él cree que la suma de los dos libros formaría el Libro de la Creación.

Heru la miró con atención.

—Es una teoría interesante —dijo—. No conocía esa leyenda...

—La leyenda dice también que el Libro de la Muerte solo puede leerlo un hombre, mientras que el Libro de la Vida solo puede leerlo una mujer. Y David cree que yo... que yo podría ser...

—¿Que tú podrías ser esa mujer? Jana..., ¿qué estás pensando?

—Si David tiene razón, quizá yo podría detener a ese monstruo. Podría unirlo a su otra mitad, al Libro de la Vida. Eso lo destruiría.

Heru sonrió, escéptico.

—¿Y dónde está el Libro de la Vida, Jana? ¿Tú lo sabes?

Jana hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Quizá el libro venga a mí, como su otra mitad fue a Álex. Tengo que intentarlo, Heru. Puede que sea la única forma de salvar a mi hermano. Y quizá a Álex también.

Heru arrugó el entrecejo.

—Sería una locura —murmuró—. Es justamente lo que él quiere, que salgas a buscarlo. No tienes ninguna oportunidad contra él, Jana. Es mucho más poderoso que tú.

—De todas formas, ¿qué perdemos con intentarlo? Las cosas ya no pueden estar peor.

—En eso te equivocas: empeoran a cada momento. Fíjate en las paredes. Mira...

Jana miró de nuevo hacia el canal. Algunos de los palacios de enfrente se habían desmoronado por completo, formando una humeante pila de escombros. El ángel de piedra que había caído sobre el toldo se había corroído hasta formar un muñón irreconocible.

Y lo mismo ocurría dentro de la estancia. Los marcos de los cuadros colgaban hechos pedazos de un jirón de lienzo ennegrecido. No quedaba ni rastro de su brillo dorado, de sus relieves y volutas. Solo madera rota... Astillas para el fuego.

Jana tuvo que apoyarse en la pared para luchar contra el vacío que se había apoderado de su estómago.

—Ni siquiera he oído nada —musitó—. ¿Todo esto ha ocurrido mientras hablábamos?

—La plaga silenciosa. Una enfermedad mágica que afecta a las obras de arte y a los símbolos, a las ficciones creadas por los hombres. Si no fuera por la protección de estos muros, probablemente ya habrías olvidado esa leyenda acerca del Libro de la Vida y el Libro de la Muerte que me acabas de contar.

—Yo no soy una humana cualquiera, Heru —replicó Jana con orgullo—. Soy una

princesa agmar. Tengo mis propias protecciones mágicas.

—No serán suficientes. Escúchame, Jana, por favor. Tienes que hacerme caso... Pase lo que pase, no debes abandonar la protección del palacio. Corvino y Nieve ya están buscando al Nosferatu. Ellos tienen muchas más posibilidades que tú de detenerlo.

Jana miró a los ojos al guardián.

—¿Y cómo van a hacerlo? —preguntó suavemente—. ¿Destruyéndolo? ¿Destruyendo a Álex?

—Si es necesario, sí. Aunque solo como último recurso...

—¿Y eso te parece bien? —Jana parecía a punto de perder el control—. Tú has luchado durante siglos contra los medu, contra todo lo que nosotros representamos. El Nosferatu está consiguiendo lo que tú y tus compañeros no lograsteis a lo largo de mil batallas...

—Sí. —Heru apretó la mandíbula—. Por eso hay que detenerle. Y por eso tenemos que hacerlo nosotros.

Jana contempló en silencio el agua turbia del canal y las pocas fachadas que aún quedaban en pie al otro lado, erosionadas por la peste mágica hasta resultar irreconocibles.

—No lo entiendo —dijo por fin—. Tú no eres como Nieve ni como Corvino, no has... no has cambiado después de lo de la Caverna. Nunca quisiste la paz con los medu. Has aceptado la nueva situación resignadamente, pero es evidente que no te gusta...

—Así fue, al principio. —Heru cerró los ojos un momento, y luego volvió a abrirlos—. Odié a tu hermano por lo que me hizo. Esta herida... me producía una invencible repugnancia. Estaba loco de decepción, me sentía derrotado... Y cometí un error.

Su mano derecha acarició pensativamente el guante de raso que cubría la izquierda. Sus ojos miraban hacia la chimenea, vidriosos, como si estuviesen contemplando las llamas de un fuego inexistente.

—Argo me contó lo que iba a hacer —continuó—. Quería que colaborase en su plan. Tuve la suficiente sensatez como para decirle que no, pero no se lo conté ni a Nieve ni a Corvino. Decidí... ¿Cómo decirlo? Decidí mantenerme neutral. Pensé que si Argo conseguía su objetivo, no sería tan malo...

—¿Su objetivo? —Jana intentó distinguir la mirada de Heru en la penumbra—. ¿Tú sabes cuál era?

El guardián asintió.

—Él me dijo que quería devolver a Álex a la senda del Último. Si lo piensas bien, es lo que ha hecho. Tú misma lo dijiste hace un momento: lo que está haciendo el Nosferatu es lo que se supone que debería haber hecho el Último Guardián.

—Destruir los símbolos y las ficciones de los hombres. Pero Venecia es solo una ciudad entre miles. No es posible que...

—Sí es posible, Jana. La plaga se extenderá a otros lugares, probablemente ya haya empezado a hacerlo. Tú misma has visto con tus propios ojos la rapidez con la que avanza. Incluso aquí, pese a que estamos protegidos, continúa avanzando.

Jana no necesitaba mirar a su alrededor para comprobar que Heru decía la verdad. Sus ojos no podían apartarse de los de él. Necesitaba saber todo lo que él sabía. Necesitaba respuestas.

—Si decidiste mantenerte neutral, ¿por qué estás aquí, intentando ayudarme? ¿O es que quieres impedir que salga del palacio porque temes que pueda acabar con esto?

El rostro de Heru se ensombreció.

—Cometí un error, ya te lo dije. El combate con David me trastornó, no podía soportar la idea de tener que convivir con esta herida durante toda mi vida... Pero luego, poco a poco, me he ido acostumbrando a ella. Me ha cambiado, Jana. Tú has visto cómo es hace un momento, has visto lo hermosa que es. Tienes que entender lo que me ha sucedido... Desde que vivo con esto, he abierto los ojos a muchas realidades que ni siquiera sabía que existían: la música, la belleza de un cuadro, hasta un insignificante barco de papel... Ahora siento el mundo de otra manera. Puedo captar las emociones de otras personas a través del arte que crearon. Puedo compartir esas emociones, experimentar estados de ánimo que ni siquiera había imaginado que pudiesen existir... No quiero perder nada de eso; no quiero que el arte y los símbolos desaparezcan.

Jana asintió en silencio. Sabía que Heru no le estaba mintiendo. Si hubiese seguido siendo el mismo de antes, no habría sido capaz de inventarse un discurso como el que acababa de pronunciar.

—Si lo que dices es cierto, tienes que dejarme salir —murmuró, cogiendo la mano enguantada de Heru entre las suyas—. Yo te he creído, Heru. Ahora necesito que tú creas en mí...

Un temblor silencioso hizo vibrar el suelo, haciendo caer el reloj de bronce que había sobre la repisa de la chimenea. Sus agujas se desprendieron y resbalaron sobre las baldosas.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sido eso? —preguntó Jana asustada.

Heru se había lanzado como una exhalación hacia la puerta. Jana lo oyó correr por el pasillo, descender un tramo de escaleras, volver a subir, y finalmente regresar con pasos apresurados a reunirse con ella.

—El edificio se ha hundido —dijo, volviendo a entrar—. Las bodegas se han derrumbado. El piso de abajo debe de encontrarse ahora por debajo del nivel del agua. Si no fuera por la magia que nos protege, se habría inundado...

—¿Qué podemos hacer? Tenemos que salir, Heru. Si esperamos más, puede que ya no lo consigamos.

Heru alzó la mano enferma, indicándole que se callara. Parecía estar escuchando algo, aunque en la habitación reinaba el más absoluto silencio. Era como si sus ojos pudiesen ver a través de las paredes, como si estuviesen contemplando una escena en algún otro rincón del edificio.

—Ya no será necesario —dijo, pasando un brazo sobre el hombro de Jana y conduciéndola hacia la puerta—. Está aquí. Ese idiota de Yadia le ha dejado entrar.

Jana creyó oír los latidos desbocados de su corazón.

—¿Álex? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Álex está aquí?

Heru se volvió hacia ella y la miró con ojos angustiados.

—No, Jana. No es Álex. Es el Nosferatu... Y ha entrado aquí para acabar contigo.

## Capítulo 8

Al salir al corredor, Jana notó el calor pegajoso y húmedo que había penetrado en el palacio junto con el Nosferatu. Era como una neblina transparente que hace temblar el aire sobre los pantalones tropicales durante las horas más calurosas del día.

Reinaba una penumbra grisácea, roída de sombras y telarañas. Jana avanzaba de detrás de Heru respirando con dificultad. Aquel aire saturado de agua ardiente la asfixiaba. Y el ambiente se envolvía más y más cargado a medida que se aproximaban las antiguas habitaciones de Argo.

Encontraron la puerta cerrada, tal como Heru la había dejado cuando acudió en ayuda a Jana. Maldiciendo por lo bajo, el guardián sacó una oxidada llave del bolsillo y la giró en la cerradura.

En cuanto abrieron, un latigazo de claridad cegó a Jana. La pared opuesta a la puerta se había derrumbado por el centro, formando un boquete por el que entraba la luz dorada y parpadeante del exterior. Jana penetró en la habitación temblando, con los ojos finos en aquella luz extraña. Un momento antes, el cielo de Venecia era tan oscuro como si se hubiese hecho de noche. ¿Por qué ahora volvía a parecer de día?

Además, había algo artificial en aquella luz, Jana tardó en identificar qué era: no procedía del cielo, y danzaba sobre las paredes proyectando fantasmagóricas sombras, como si fuese el reflejo de una gran hoguera.

El muro derretido era una puerta mágica; una puerta que conducía a un lugar que ni Heru ni Jana habían visto antes.

Cogidos de la mano, se asomaron al agujero. Al otro lado había un muelle iluminado por antorchas, con un sencillo embarcadero de madera situado a la orilla del canal subterráneo.

Y amarrada al embarcadero, había una barca: una antigua embarcación funeraria, con un baldaquino de terciopelo negro meciéndose suavemente sobre la cubierta, sobre la cual ardían varias docenas de velas distribuidas en cuatro enormes candelabros de plata.

Jana estudió en silencio la bóveda de piedra sobre el canal. Parecía antigua, pero sólida, y se prolongaba a derecha e izquierda iluminada por las temblorosas antorchas de las paredes hasta desaparecer en la lejanía.

—¿Qué... diablos es esto? —dijo Heru, a su lado.

—El río Coptos —contestó una voz a sus espaldas—. Habéis tardado mucho, me preguntaba si tendría que ir a buscarlos...

Heru y Jana se volvieron sobresaltados. Apoyado en un largo remo similar al que suelen emplear los gondoleros venecianos, Armand los contemplaba con una

juguetona sonrisa.

—¿Quién eres? —preguntó Heru—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Estaba aquí —repuso Armand con una chispa de ironía en la mirada—. Tú me encerraste, ¿recuerdas?

—Es Yadia —aclaró Jana, mirando con fijeza el rostro apuesto y despreocupado del ilusionista—. Recuerda que es un írido...

—No soy Yadia —replicó el aludido con extraña frialdad—. Nunca he sido Yadia. En realidad me parezco mucho más al alegre embaucador de Armand que a ese mercenario amargado al que llamáis así. Yadia no existe...

—¿Por qué has dejado entrar al Nosferatu? —lo interrumpió Heru, haciendo caso omiso de sus divagaciones—. Eres un loco; a ti también te destruirá. Nos destruirá a todos...

—Me ha liberado —repuso Armand. En sus ojos ardía un fulgor enloquecido—. Es pago más que suficiente a cambio del pequeño «favor» que le he hecho. Te está esperando, Jana... Mi señor te invita a viajar a su templo.

Jana contempló ensimismada la negra barca que flotaba sobre las aguas cenagosas del canal.

—No vayas —murmuró Heru, asiéndole una mano con delicadeza—. Jana por favor...

—Tengo que ir. Lo siento, Heru. No puedo decir que no.

Jana se desprendió suavemente de Heru y lo miró a los ojos. En el rostro de la muchacha, pálido como la muerte, apreció una confiada sonrisa.

—Entonces iré contigo —afirmó el guardián—. No puedes ir sola...

—Tengo que ir sola, y tú lo sabes.

Heru sostuvo su mirada durante unos instantes, y luego hizo un gesto de asentamiento con la cabeza.

—En ese caso, déjame que te dé algo —murmuró—. Quién sabe, podría ayudarte...

Cerró los ojos y murmuró una frase inaudible mientras extendía ambos brazos, manteniendo los puños cerrados y hacia abajo.

Al cabo de unos segundos, en su mano derecha se materializó un arco de fuego, y en su mano izquierda, la que se ocultaba bajo el guante de raso, apareció un carcaj oscuro lleno de flechas llameantes.

—Toma —dijo, tendiéndole ambos objetos a la muchacha—. En las puntas de estas flechas arde el fuego sagrado. Si hay algo que pueda salvar a Álex, quizá sea este fuego.

Jana tomó el arma y las flechas con manos temblorosas. Recordó como en un fogonazo el rostro de Erik en el instante en que una flecha de aquel arco mortal le había alcanzado en el hombro, el día que los guardianes atacaron la Fortaleza.

Si alguien le hubiera dicho entonces, aquel día, ella sostendría esa misma arma, le habría tildado de loco...

Como gesto de despedida, Jana le dedico a Heru una mirada larga de gratitud.

Después, dándole la espalda, atravesó el embarcadero y descendió los tres escalones que conducían a la barca funeraria. Armand saltó ágilmente detrás de ella. Con movimientos expertos, hundió la pértiga en el cieno del canal y apoyó en ella todo su peso para impulsar la barca hacia adelante.

Desde la orilla, Heru los observó alejarse con gesto abatido. Su figura se fue empequeñeciendo con la distancia hasta convertirse en una frágil silueta que, minuto a minuto, se hundía en las sombras.

Luego, el canal describió un amplio meandro hacia la derecha, e incluso aquella insignificante silueta desapareció.

Durante largo rato, navegaron en silencio por aquella corriente de limo oscuro, cada vez más espeso, en el que la barca parecía ir hundiéndose progresivamente, hasta que llegó un momento en que Jana había podido rozar el agua rozando el brazo por encima de la borda.

El avance era lento debido a la viscosidad de aquel líquido inmundo que fluía por el canal, sobre el cual flotaban deshilachados tapices de algas de color esmeralda. Reinaba el mismo calor húmedo y opresivo que en el palacio, un calor que adhería el fino tejido de algodón de la camisa de Jana a su espalda y le apelmazaba algunos mechones de pelo sobre la frente. La luz de las antorchas eran a veces naranjas, a veces verdosa o azulada. Olía a azufre y a algo fragante y podrido, como si alguien hubiese arrojado toneladas de frutas tropicales al agua y estuviesen pudriendo muy despacio allá en el fondo.

Armand parecía totalmente concentrado en la difícil tarea de impulsar la barca a través de aquella papilla cenagosa. Jana no dejaba de mirarlo, espiando el más leve movimiento en los músculos de su rostro. Aún no había perdido la esperanza de sorprenderle en un momento de debilidad que le permitiese desenmascararle.

Además esa ocupación la distraía de otros pensamientos más siniestros.

—¿Falta mucho? —preguntó, después de que el canal describiese un largo giro para enfilarse a continuación una recta que no parecía tener fin.

—Ten paciencia —dijo Armand, sonriendo con tanta despreocupación como si estuviesen de picnic—. Cómo sois las chicas...

—Basta —le cortó Jana con sequedad—. Deja de fingir conmigo. Estoy harta de tus mentiras. En el fondo, lo que te pasa es que eres un cobarde.

Armand se puso rígido, y la sonrisa se borró instantáneamente de su rostro. Jana creyó notar de nuevo en su piel la vibración casi imperceptible de su máscara de írido.



Haciendo un visible esfuerzo, el joven apartó la mirada de Jana y se concentró en hundir una vez más el remo en el lodo.

—Piensa lo que quieras —dijo—. Me tiene sin cuidado tu opinión.

—Todo esto te viene muy grande —insistió Jana, decidida a provocarle—. En serio, no tienes ni idea de dónde te has metido.

Armand lanzó una grave carcajada que reverberó largo rato en las piedras de la bóveda.

—Eres tú la que no tienen ni idea. Pero no te preocupes, no falta mucho para que lo averigües...

Callaron durante unos minutos, Jana seguía con la vista fija en el falso rostro del ilusionista, observando los reflejos verdes y dorados y las cambiantes sombras que proyectaban sobre él las antorchas de las paredes.

—No es cierto que lo dejases entrar a cambio de la libertad —dijo por fin, emprendiendo un nuevo ataque—. No es propio de ti.

Armand apoyó la barbilla en el remo y la miró con expresión burlona.

—¿Y cómo puedes saber tú lo que es propio de mí? —replicó—. Todo lo que conoces de mí son un par de rostros falsos. Me has visto actuar, Jana, como si estuviera en un teatro. Nunca me has visto como soy en realidad.

—Ya. ¿Y ahora también estás actuando?

—Por supuesto. —Armand volvió a hundir la pértiga en el fango con una descarada sonrisa—. Estamos llegando al momento cumbre de mi interpretación. El final de la comedia... ¿O debería decir «de la tragedia»?

Jana ladeó la cabeza, estudiando con atención su rostro.

—No lo sé —dijo—. Tú lo debes saber mejor que yo. ¿Te ha contado algo de él? Antes lo llamaste «tu señor»... Eso sugiere cierta intimididad.

—Estaba siendo irónico, nada más. Me limito a cumplir un encargo. Deja de tratar de sacarme información, Jana... Esto se está volviendo patético.

Por un momento, Jana estuvo a punto de darle la razón. Se sentía ridícula esforzándose por concentrarse en el írido y adivinar sus secretos mientras él la conducía hacia la criatura que deseaba matarla.

Quizá habría buscado una forma mejor de emplear su tiempo. Podría haber intentado elaborar un plan para cuando llegase la hora de enfrentarse al monstruo. Pero, en el fondo, sabía que habría resultado inútil... Ninguna estrategia le servía para anticiparse a los máximos movimientos de aquella criatura impredecible.

Además, no podía olvidar ni por un segundo que luchar contra el Nosferatu suponía luchar contra Álex. Era un combate que no quería ganar, pero tampoco quería perder. Había demasiado en juego, y cualquier indecisión por su parte podía acarrearle la derrota...

—Tienen que haber una manera de acabar con todo esto —murmuró para sí.

La máscara de Armand se distorsionó por un momento, dejando al descubierto una mirada limpia e intensamente azul que la contemplaba con una extraña ansiedad. El falso rostro del ilusionista se recompuso casi de inmediato, pero a Jana le bastó aquella fugaz grieta para averiguar algo más sobre el elusivo personaje que tenía delante.

—No eres tan hostil, como yo creía —dijo, asombrada—. Quieres que yo gane...

—Ni tú ni Álex me importáis en absoluto. Desde el principio he sido claro respecto a lo que quiero. Quiero el Libro de la Creación. Quiero que alguien lo lea... Confiaba en que fuerais vosotros, pero no has hecho más que meter la pata una y otra vez.

Navegaron de nuevo en silencio. El agua era ahora más transparente, y la barca se deslizaba con mayor facilidad a cada golpe de remo de su extraño barquero. Las bóvedas se hicieron más altas; el túnel iba ensanchándose progresivamente hasta convertirse en una amplia gruta natural, con largas estalactitas prendidas del techo.

El canal también se había hecho más ancho, y sus aguas ahora parecían quietas como las de una laguna subterránea. Al fondo de la gruta brillaba una luz intensa y mucho más blanca que el resplandor cambiante de las antorchas.

Se dirigieron lentamente hacia aquella luz. Jana contuvo la respiración al comprender de lo que se trataba. Un fuego de color marfil ardía sobre el altar, al final de una escalatina de piedra.

Había llegado al templo de Thot... El lugar donde Arawn había intentado leer por primera vez el Libro de la Creación y había fracasado.

La barca se detuvo con un leve chapoteo junto al muelle de piedra. Sin mirar a Armand, Jana saltó a tierra. Sus ojos no podían apartarse de las altas columnas del templo, rematadas con bellos capiteles en forma de loto o de hojas de papiro. Le parecieron mucho más grandes e impresionantes que en su visita anterior al templo, durante la visión que había compartido con Argo.

Detrás del bosque de columnas ardía el fuego blanco, y más allá, gigantesca y hundida en las sombras, había una pared cubierta de símbolos. Jana no se atrevió a mirar directamente. No había ido allí para desafiar al destino leyendo el Libro de la Creación, sino para enfrentar al Nosferatu.

Mientras avanzaba entre las columnas, esperando que la espantosa criatura le saliese al encuentro en cualquier instante, un movimiento a su izquierda le llamó la atención. Se desvió de su camino, persiguiendo a la rápida sombra.

Y entonces entre dos columnas cubiertas de antiguos jeroglíficos, apareció Garo. Su cuerpo de lobo ya no era semitransparente, sino gris. Su suave pelaje parecía tan sedoso como el de un animal vivo.

Sin embargo, Garo estaba muerto. Lo que Jana estaba viendo era un espectro, el

mismo que le había salvado la vida en su anterior enfrentamiento con el Nosferatu. Los ojos dorados del lobo se clavaron en Jana, reflexivos, y ella se sintió extrañamente reconfortada.

—Garo... Me alegro tanto de que seas tú... ¡Tengo tantas preguntas que hacerte!

—Ojalá tuviéramos tiempo para eso, Jana. —La voz de Garo era muy similar a la que había tenido en la época de ghul, cuando su apariencia era humana. Apenas movía la boca, y las palabras que pronunciaba parecían brotar directamente de su pecho—. Pero no lo tenemos... El Nosferatu te espera.

—¿Has venido a ayudarme?

—Sí y no. He venido a arrancarte una promesa. A cambio de esa promesa te ayudaré.

Jana se acercó lentamente al lobo y se arrodilló a su lado. Haciendo gestos lentos, y cuidadosos, como si temiese asustarle, se despojó del arco de fuego y del carcaj de flechas y los dejó en el suelo. Después con la misma lentitud y deliberación, alargó la mano y acarició el lustroso lomo del animal. Garo se estremeció, cerrando los ojos un instante.

—Te envía él, ¿verdad? —preguntó Jana—. Te envía Erik...

El lobo asintió con la cabeza.

—Querría ayudarte, de verdad que sí —murmuró Jana, mientras sus caricias se desplazaban a la nuca y las orejas del animal—. Pero no si podré, Garo. Para que Erik pueda regresar de la muerte, el Libro de la Creación debe ser leído. Y eso es peligroso. Además antes tendría que vencer a Álex; quiero decir, al monstruo que lo tiene prisionero.

—Te equivocas, Jana. No he venido a pedirte que liberes a Erik de la muerte, sino todo lo contrario.

Jana retiró la mano del pelaje del lobo y sondeó sus ojos del color ámbar.

—Creí que tú... que siempre le serías fiel...

Dos gruesas lágrimas afloraron a los ojos dorados de Garo.

—Si no le fuera fiel, no estaría aquí —gruñó—. No habría regresado de la muerte para pedirte algo que me destroza el corazón, pero él lo quiere así, y yo debo intentar que su cumpla su deseo.

Jana lo miró asombrada.

—No te entiendo —murmuró—. ¿El deseo de Erik no es regresar a la vida?

—Todo lo contrario. El deseo de Erik es que nadie lea jamás el Libro de la Creación. No quiere que se cumpla la profecía. No desea volver... Me ha pedido que te informe de que, pase lo que pase en el combate con el Nosferatu, no debes intentar leer el libro. Si pierdes debes impedir que Álex lo lea, si ganas, debes de evitar la tentación de leerlo tú.

—Pero ¿por qué? Si Erik está llamado a ocupar el trono vacío de los medu...

—Claro que está llamado a ocuparlo, Jana. Pero él no quiere responder a esa llamada. Quiere que sepas que, si él regresa, un mal de efecto devastadores se extenderá por el mundo. Y Erik no quiere que eso suceda.

Jana asintió en silencio. Por detrás de Garo, las sombras se habían vuelto de pronto más densas y profundas. Y avanzaban hacia ellos muy lentamente.

Jana sabía quién se encontraba atrás de aquellas sombras. El Nosferatu... Había detectado su presencia.

Garo también debía haberlo notado, porque se le erizó el pelo de la nuca y sus orejas se irguieron.

—¿Tengo tu promesa, Jana? —dijo en tono apremiante—. Por favor...

—La tienes —afirmó Jana, convencida—. Será mejor que te vayas ahora, Garo. Creo que vienen a buscarme.

Garo, sin embargo, no se movió.

—Escucha: cuando el Nosferatu intente luchar directamente contigo, no le sigas el juego. En el combate cuerpo a cuerpo, él siempre será más fuerte. Concentra todas tus energías en deshacer el conjuro de oscuridad que pesa sobre Venecia. Si la luz del sol le alcanza, la piel del Nosferatu se quebrará en mil fragmentos microscópicos, y lo habrás vencido.

—Pero eso ya ocurrió en la Fundación Loredan, y se recuperó...

—Para destruir al Nosferatu definitivamente, tendrás que hacer algo más —continuó Garo, mirando nerviosamente hacia las sombras de las columnas; cada vez más negras, que rodeaban a Jana—. El Nosferatu se regenera a partir del cuerpo sin alma de sus víctimas. Mientras ese cuerpo no sea destruido, resucitará una y otra vez.

Jana tragó saliva.

—Quieres decir que, para destruirlo, tengo que destruir el cuerpo... el cuerpo de...

—El cuerpo de Álex —confirmó Garo, clavándole sus ojos dorados—. En cuanto la oscuridad desaparezca, debes encontrarlo y destruirlo, antes de que el monstruo vuelva a regenerarse. Recuerda lo que ocurrió con Dayedi. Jamás encontraron su cuerpo; el Nosferatu lo utilizó para recomponer su piel tatuada a partir de sus despojos y seguir existiendo. Ahora intentará hacer lo mismo... No descanses hasta encontrar ese cuerpo, Jana. Tiene que estar oculto en algún lugar de su guarida. El Nosferatu no puede alejarse demasiado de él sin perder su fuerza. ¿Lo has entendido?

Jana asintió, aturdida. Pesadas telarañas de negrura cubrían ahora el espacio que los rodeaba por todas partes.

Oyeron pasos lentos y pesados al otro lado del muro de los jeroglíficos. Era él...

—No voy a poder hacerlo, Garo —balbuceó Jana. En su rostro había aparecido una expresión casi suplicante—. Yo le amo. No puedo destruirle, no puedo...

—Ya no es él, Jana. Es un despojo sin vida.

—Pero quizá hay una forma de liberarlo y de devolverle su cuerpo. Tiene que haberla...

—No la hay. Lo siento Jana, pero esto lo tienes que hacer tú sola. Yo ahora debo de irme...

Jana rodeó con sus delgados brazos el sedoso cuello del animal y apretó su mejilla contra él, cerrando los ojos.

—Dile a Erik que intentaré no fallarle —murmuró—. Y si le fallo, pídele que me perdone. Él sabe lo difícil que es luchar contra la que uno siente.

—No puedes fallarle, Jana. Recuerda lo que te he contado acerca de ese misterioso mal.

—Te repito que lo intentaré. Pase lo que pase, dile que le agradezco todo lo que ha hecho por mí. Dile que sabré estar a la altura de su sacrificio...

—¿Qué quieres decir con eso?

Jana se apartó del lobo, recogió el arco sagrado y el carcaj que le había dado Heru y se los colgó al hombro. Luego se puso en pie y, una vez más, se quedó mirando a Garo con fiereza. Poco a poco, en su pálido rostro comenzó a dibujarse una triste sonrisa.

—No te preocupes —dijo—. No te preocupes, Garo... Estoy segura de que él lo entenderá.

## Capítulo 9

Avanzando entre las columnas cubiertas de jeroglíficos, Jana se fue aproximando al lugar del que brotaban las sombras, tras la pared sobre la que, un día lejano, Arawn había leído las primeras páginas del Libro de la Creación. Detrás de las columnas había un largo muro que hacía esquina con la pared del libro, y, en mitad del muro, un rectángulo de oscuridad señalaba el lugar de la puerta. Jana se dirigió hacia allí, aunque cada paso que daba le costaba un esfuerzo mayor que el anterior.

Cruzando el umbral de la oscura puerta, penetró en el templo. Era un recinto rectangular, iluminado por el suave resplandor de un objeto suspendido al fondo la nave central. Dos hilera interminables de columnas flanqueaban aquella nave, pero Jana no podía ver más que sus siluetas, más negras que la oscuridad misma.

Al pasar entre las dos columnas, un rápido aleteo la sobresaltó. Un ave grande, de cuerpo blanco y largo cuello negro, pasó volando majestuosamente un poco por encima de su cabeza. Jana reconoció su pico curvo y robusto al instante. Era un ibis...

El pájaro fue a posarse sobre el capitel en forma de loto y se quedó allí, observándola desde arriba con indiferencia.

Un ibis sagrado. El símbolo que había utilizado en su invocación para representar a Álex, la noche en que ambos compartieron aquella visión funesta. Solo que ahora era un símbolo vivo, un ave que respiraba y volaba impulsada por una voluntad propia.

Jana tragó saliva para deshacer el nudo que estrangulaba su garganta y siguió caminando. A medida que iba aproximándose al fondo del templo, el objeto que brillaba se iba perfilando ante ella con mayor claridad. Se trataba de una balanza, una balanza antigua con los platillos de oro colgados por relucientes cadenas de una barra horizontal. Se hallaba situada sobre una mesa de piedra que, en realidad, era el capitel de una columna destruida. Un capitel en forma de loto...

Inclinada sobre la balanza había una forma humana. Tenía el rostro de Álex y los ojos de fuego del Nosferatu, con dos pájaros negros inscritos en su iris de color rubí.

Aquellos ojos espantosos se clavaron en Jana nada más notar su presencia. En el rostro de Álex, apergaminado y cubierto de tatuajes, se dibujó una sonrisa.

—Llegas a tiempo para el juicio —dijo con su voz de siempre, la que Jana había escuchado tantas veces en la intimidad de la noche, mientras ambos contemplaban abrazados el avance de las sombras—. Mira la balanza... Su veredicto es claro: culpable.

Jana se fijó por primera vez en los dos objetos que descansaban sobre los platillos

de la balanza. Fue como si la sangre se le congelara en las venas: uno de ellos era el zafiro azul de Sarasvati, y el otro...

El otro era un corazón humano, un corazón vivo, palpitante y cubierto de sangre.

Instintivamente, Jana se llevó la mano al pecho. No sintió nada, ni el más leve movimiento. Era como si su corazón se hubiera parado... O, más bien, como si ya no estuviese allí.

Volvió a fijar la mirada en la víscera sanguinolenta que brillaba en la balanza. Ella sabía que aquella no era más que una ilusión provocada por un poderoso hechizo. Su corazón seguía en su sitio, aunque ella no pudiera oírlo. Y aquella triste masa roja e informe no era su verdadero corazón; no podía serlo...

Sin embargo, allí estaba. Y, por absurdo que pudiera parecer, aquella escena golpeó a Jana como si realmente el corazón que latía en el platillo dorado fuera el suyo.

Álex la había juzgado y la había condenado. Álex, no el Nosferatu... la balanza representaba la relación entre ellos dos, su historia de amor. La piedra azul contra el corazón rojo.

Y la piedra, a pesar de su tamaño, pesaba más que el corazón.

Jana se sintió desfallecer. En aquel momento habría dado cualquier cosa por salir de allí, por apartarse lo más deprisa posible de aquella caricatura de sí misma que Álex le estaba mostrando a través de la balanza; sin embargo, por alguna razón, no podía apartar la vista de ella. Era como si un sortilegio la obligase a seguir mirando.

—El zafiro representa tu ambición —dijo Álex. La normalidad de su voz hacía aún más horripilante, por contraste, el monstruoso aspecto de su rostro y de sus ojos inyectados en sangre—. El corazón representa tu amor por mí. El zafiro pesa más; tu ansia de poder es mucho más fuerte que tu amor. Me has traicionado...

Lo peor de aquella voz dolida y quejumbrosa era que se filtraba en el alma como un veneno, contaminándolo todo. Era la voz de víctima cargada de reproches y de celos. Una voz corrosiva como ácido sulfúrico, colándose hasta el último rincón de la mente de Jana, impidiéndole pensar.

—Yo... yo te quiero —fue lo único que se le ocurrió decir—. Te lo he demostrado muchas veces.

—Mientes —escupió Álex, frunciendo su apercaminada frente cubierta de dibujos negros—. Ni siquiera tú misma crees en tus palabras.

La injusticia de Álex hizo que una rabia absurda comenzase a crecer en el interior de Jana, mezclándose con su dolor.

—En la Caverna intenté dar la vida por ti —replicó en voz baja—. ¿Cómo puedes haberlo olvidado?

—Probablemente lo que querías no era salvarme a mí, sino salvarlo a él...

—¿A Erik? —las mejillas de Jana se encendieron de indignación—. Estás loco.

—Ya. ¿Y también estaba loco cuando os vi besaros en la Caverna? Eres una...

—Cállate. Era una visión, Álex. Una maldita visión simbólica. No puedes confundir los símbolos con la realidad...

—Entonces, es incluso peor de lo que creía. ¿Ese beso era un símbolo? ¿Un símbolo de qué, Jana?

La confusión se adueñó por un instante de la muchacha. No tenía respuesta para aquella pregunta. Recordaba con perfecta nitidez la emoción que había sentido al rozar los labios de Erik; una emoción tan intensa y profunda, que por unos segundos, había llegado a confundirla con el amor...

Sostuvo la mirada de Álex no había más que odio: un odio ignorante y cruel, anterior a su amor, anterior a todo. Un odio tan antiguo como el mundo.

Y entonces, Jana tuvo una especie de revelación. Comprendió aquel odio no iba dirigido contra ella en realidad, sino contra el propio Álex, contra la parte de sí mismo más sombría y violenta; una fuerza destructiva que latía en su interior y que ni él mismo comprendía.

El Libro de la Muerte. Quizá todos los seres humanos llevasen una copia de él en su conciencia. Pero solo algunos, los más valientes, se atrevían a sacarla a la luz; a enfrentarse a sus propios demonios...

¿Y ella? Resultaba fácil dejarse atrapar por la lógica de aquel odio aplastante que Álex le escupía a la cara, porque ella también tenía demonios que sacar a la luz. En su alma latía tanta capacidad de destrucción como en la de Álex. Tenía motivos más que sobrados para sentir rencor hacia él. Estaba siendo injusto y desagradecido. Malinterpretaba a propósito todo lo que ella había hecho, empeñado en verla baja la luz más oscura posible. La odiaba...

Ella también podía odiarle.

Sobre todo, le odiaba por obligarla a sacar lo peor de sí misma. Por obligarla a defenderse de las acusaciones en las que Jana podía reconocer un germen de verdad. Era cierto que le gustaba luchar por lo que quería; que tenía ambición. Que su vida no se reducía a estar enamorada de un chico y vivir con él en un mundo de color rosa, sin preocuparse por nada más...

Podía odiarse por ello, como la odiaba Álex. Podía reaccionar contra aquel odio atacándole a él.

Podía contaminarse de su veneno y convertirse en un monstruo...

Pero también podía enfrentarse de otro modo a su propia oscuridad.

Podía vencer a sus demonios. En algún lugar, dentro de ella, dormía el Libro de la Vida.

Ahora comprendía que no se trataba de un texto hermético que solo una poderosa hechicera podía descifrar. Como otro libro, el de la Muerte, este se encontraba en todos los seres humanos.



Pero para leerlo hacía falta aún más valor que para leer el otro texto.

Hacía falta, sobre todo, más fe. Más fe en el corazón humana... Más fe en los demás y en sí misma.

Fue como si una brisa fresca entrase en su mente y se llevase el polvo y las telarañas. Ahora podía verlo todo con claridad. El odio de Álex seguía allí, materializado en apariencia monstruosa del Nosferatu. Y también en la balanza...

Pero ahora era capaz de captar unos cuantos detalles de la escena que antes se le habían escapado. En primer lugar se dio cuenta de que el zafiro no era un espejismo. Se trataba de la verdadera Luna de Sarasvati, de la piedra real. Mientras que el corazón no era más que una visión extraordinariamente realista. Por eso pesaba menos. Sencillamente, no se trataba de algo material; era tan solo una imagen.

Al mismo tiempo notó otra cosa. Del platillo sobre el cual reposaba el zafiro emanaba una negrura casi insoportable. La piedra misma era la fuente de toda la oscuridad que pesaba sobre el templo, quizá sobre toda Venecia.

¿Cómo no se le había ocurrido antes? Solo un objeto mágico tan poderoso como la piedra Sarasvati podía estar detrás de la plaga que asolaba la ciudad. El Nosferatu se la había robado en algún momento, probablemente cuando intentó entrar en su habitación. Álex conocía el poder del zafiro...

Ahora ya sabía cuál era la fuente del hechizo que amenazaba todas las obras de arte creadas por el ser humana. Era un primer paso para conjurarlo.

Lo primero que se le ocurrió fue intentar arrancar la piedra de la balanza utilizando su poder sobre ella. Después de todo, el zafiro de Saravasti había permanecido en su familia durante generaciones. Jana sabía cómo utilizarlo, lo había demostrado varias veces.

Solo tenía que concentrarse en el resplandor azul de su superficie e invocarlos para que flotase hasta su mano.

Pero enseguida desechó esa idea. Álex la conocía muy bien y en cuanto comenzase a concentrarse en el zafiro lo notaría. Debía hacer todo lo posible por distraer su atención, para que él creyera que no estaba luchando contra el hechizo sino completamente concentrada en defenderse de sus acusaciones.

Y, mientras tanto, su mente trabajaría sin descanso hasta conjurar el sortilegio de un modo más sutil.

Jana apoyó todo su peso en la columna de piedra que tenía más cerca y centró sus esfuerzos en ella. Se había trazado un plan de acción: a través de aquella columna debía canalizar todo el peso del templo hacia el platillo de la balanza que sostenía el corazón. Solo así conseguiría equilibrarla.

Sabía que lo que se proponía hacer era algo casi imposible. Para lograr su propósito, habrían hecho falta unos poderes mágicos muy superiores a los suyos.

Sin embargo, tenía a su favor aquel texto antiguo y extraño que acababa de

descubrir en su interior: el Libro de la Vida...

Lo único que debía hacer era atreverse a leerlo.

Debía confiar en sí misma.

Mientras su espalda reposaba sobre la columna sumida en la oscuridad, Jana volvió a concentrarse en Álex. Su reflexión había durado tan solo unos segundos, pero el rostro apergaminado cubierto de símbolos del muchacho parecía inquieto. Era como si temiese lo que ella podía estar pensando mientras se mantenía callada.

Jana comprendió que, para conseguir su propósito, necesitaba ganar tiempo. Necesitaba distraerlo hablando con él.

—¿Qué es lo que te propones hacer conmigo? —preguntó desafiándole con la mirada—. ¿Vas a matarme?

Álex sacudió la rapada cabeza, pesaroso.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —replicó—. Si yo no te mato, tú intentarás matarme a mí.

Poco a poco, el sortilegio de la columna empezaba a hacer efecto. Jana sentía sobre sí una opresión cada vez mayor, como si parte de la estructura del edificio hubiese descargado su peso en la espalda de la muchacha.

—Yo no quiero matarte, Álex. Pero si tú sí quieres destruirme. ¿Por qué me temes tanto?

El monstruo rió sarcásticamente.

—¿Por qué te temo? —repitió—. ¿Crees que no sé lo que te propones? Quieres quitarme de en medio para quedarte con el Libro de la Creación. Quieres leerlo y cambiar el mundo. Quieres despertar a Erik.

Jana sonrió, ocultando como podía el dolor que le producía el peso cada vez mayor que su cuerpo soportaba. Lentamente, comenzó a canalizar todo aquel peso hacia el platillo de la balanza que sostenía el corazón sangrante.

—Ahora es el Nosfretaru el que está hablando, no tú —dijo con fingida seguridad—. El monstruo no quiere que nadie encuentre el Libro de la Creación, porque sabe que sería su final.

Los ojos de fuego del monstruo se clavaron en ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Su voz sonaba ahora más cavernosa, menos humana.

—Te he desenmascarado, ¿verdad? —dijo Jana, ensanchando su sonrisa—. Tú sabes que no eres una copia del Libro de la Creación, sino únicamente su mitad. ¿Lo sabía también Álex, tu prisionero? No, déjalo. No hace falta que me contestes: no lo sabía...

—No sé de qué estás hablando —siseo el monstruo desde sus labios negros.

—Sí que lo sabes —insistió, Jana, cada vez más seguro de sí misma—. El Libro de la Creación está compuesto por dos libros: el Libro de la Muerto y el Libro de la

Vida. Créeme, Álex, dondequiera que estés: te estoy diciendo la verdad.

—Todos esos embustes no van a conseguir engañarme —rugió el Nosferatu—. Además, aunque así fuera, ¿por qué iba a temerte? Tú no tienes la otra mitad del libro, nadie la tiene. Nadie la ha visto nunca...

A medida que hablaba, las facciones de Álex empezaron a difuminarse sobre el rostro de la criatura hasta desaparecer por completo. El Nosferatu había recuperado su antigua apariencia... Un cadáver momificado sobre cuya reseca piel se amontonaban los tatuajes. Solo los ojos de fuego conservaban, al mirar a Jana, un rescoldo de humanidad enferma y maligna.

—¿Dices que nadie tiene el libro? —repitió Jana—. Te equivocas. Yo sí lo tengo. Y, gracias a ti, ahora sé cómo leerlo. ¿Qué te parece? Álex ya ha leído, al reanimarte, la parte de la Muerte. Si yo leo la parte de la Vida, habremos completado el Libro de la Creación. Habremos fusionado para siempre las dos mitades irreconciliables del libro... Lo que significa que tú habrás dejado de existir.

El Nosferatu descargó un puñetazo sobre una de las columnas de piedra que hizo temblar los cimientos del templo.

—Estás mintiendo —rugió—. Nadie tiene ese libro, nadie. Dayedi lo buscó durante años y años y no llegó a encontrarlo...

—Eso es porque no buscó con la suficiente fe. La búsqueda crea el libro, pero para eso hay que creer en él. Hay que creer en la vida.

El Nosferatu emitió una larga y sombría carcajada.

—Tú no crees en la vida, Jana —dijo con voz atronadora—. Crees en el poder. No es lo mismo.

A través del aspecto cada vez más inhumano de la criatura. Jana creyó percibir un eco de los reproches de Álex. Eso le produjo un instante de desfallecimiento. El peso mágico que su cuerpo estaba haciendo fluir hacia la columna se aligeró.

Comprendió que debía concentrar todas sus energías para recuperarlo, así que se apresuró a contraatacar.

—Todo este juico no es más que una pantomima absurda para hacerme sentir culpable —afirmó, sin apartar la mirada de los ojos purpúreos del Nosferatu—. Pero no me impresiona tu balanza de la injusticia... Ese corazón no es mío.

—Pero la piedra sí lo es —replicó Nosferatu, sonriendo de un modo siniestro—. Quizá el problema sea que no tienes corazón.

—¿Cómo me robaste el zafiro? —preguntó Jana, impávida—. Recuerdo haberlo dejado sobre el tocador, en mi habitación del palacio de los guardianes. Allí dentro se suponía que estaba protegido...

—¿Recuerdas cuando acudí a tu ventana a pedirte que me dejaras entrar? Sabía que me dirías que no. Pero aproveché el momento para proyectar mi reflejo en el espejo del tocador y robar el reflejo del zafiro. El resto fue fácil. A través del reflejo

invoqué a la verdadera piedra.

—Y yo no me di cuenta de nada. He sido una estúpida...

Mientras decía aquello, Jana se dio cuenta de que había logrado canalizar todo el peso del edificio hacia el platillo de la balanza sobre el que reposaba el corazón. El platillo descendió casi un par de centímetros.

El Nosferatu advirtió el movimiento y fijó la vista sobre la balanza, incrédulo. Solo en ese instante comprendió lo que Jana estaba intentando hacer.

Jana apoyó la nuca en la columna que tenía detrás y cerró los ojos, agotadas. Había consumido hasta la última gota de su energía, no le quedaba nada más.

Y lo peor era que el platillo del corazón no había descendido lo suficiente. El otro plato, el del zafiro, continuaba estando más abajo.

Ni siquiera proyectando todo el peso del templo sobre el falso corazón invocado por Álex había conseguido equilibrar la balanza.

¿Cómo era posible? Había puesto en juego toda su confianza en sí misma, había sacado fuerzas de donde no las había...

Y, sin embargo, no bastaba. Necesitaba algo más.

Miró al monstruo. Ya no quedaba en él ni un solo rasgo que recordase la apariencia de su prisionero. Sin embargo, Álex seguía estando allí, atrapado, en alguna parte.

Seguía estando allí. Lo único que tenía que hacer Jana era encontrarlo. Ignorar al monstruo y concentrarse en él. Hacerle comprender que confiaba en él, que nunca había dejado de confiar en él, y que todavía, a pesar de todo, lo quería.

Jana seguía mirando fijamente al Nosferatu, pero, poco a poco, su expresión empezó a dulcificarse. Y en sus ojos apareció una emoción profunda y conmovedora. Una expresión de auténtico amor.

Desconcertado, el monstruo cerró los ojos, como si no pudiese soportar aquella mirada. Y justo entonces, Jana vio surgir una mano casi transparente del pecho del Nosferatu.

La mano se apoyó con delicadeza sobre el corazón palpitante, inclinando la balanza a su favor.

En ese momento, con asombrosa rapidez, un rayo atravesó la oscuridad del templo, disolviendo a su paso el espesor de las sombras. El rayo fue ensanchándose hasta formar una larga franja deslumbrante que cruzaba oblicuamente las bóvedas para estrellarse contra la columna en cuyo capitel descansaba el ibis sagrado.

Al contacto con la luz, el plumaje negro y blanco del ave se disolvió en la nada. Y al mismo tiempo, como por arte de magia, apareció en el fuste de la columna el antiguo jeroglífico egipcio que representaba a ibis. El símbolo del dios de la escritura... El emblema del dios Thot.

Un sonido ronco, como un sollozo, brotó de la garganta del Nosferatu. Jana se

volvió a mirarle. A través de su odiosa máscara de piel pintada, Jana creyó vislumbrar por un segundo la sonrisa de Álex, confiada llena de ternura.

Pero la visión duró tan solo unos segundos. Alcanzada por la luz del sol, la piel muerta del Nosferatu comenzó a humear. Un intenso olor a carne quemada invadió la estancia.

La criatura profirió un agudo alarido.

Jana retrocedió, espantada. El sol había disuelto todas las sombras del templo excepto la que proyectaba la columna grabada con el símbolo de ibis. El Nosferatu se abalanzó hacia aquella sombra, tratando de protegerse de la luz. Sin embargo, algo se lo impidió. Una silueta idéntica a la del monstruo, pero tan tenue e inmaterial como un holograma, reverberó un instante sobre el cuerpo horrible de la criatura. Jana comprendió que era el alma de Álex, que luchaba por retener a su carcelero e impedirle que se refugiase en la oscuridad de la columna.

—Destruye esa columna. —La voz de Álex resonó con toda claridad en el pensamiento de Jana—. Allí reside su alimento, destrúyela y lo habrás vencido...

Horrorizada, Jana comprendió el significado oculto de las palabras de Álex. Si el alimento del Nosferatu residía en la columna, eso quería decir que el cuerpo de Álex se encontraba escondido allí.

—Eso es —dijo Álex, como si hubiese podido oír la deducción de Jana—. Dispara a la columna con el arco de Heru y el Nosferatu dejará de existir.

Jana asintió. Sus ojos no se apartaba del Nosferatu, que seguía forcejeando con el espíritu de Álex para escapar hacia la oscuridad.

Álex no podría retenerlo por mucho tiempo...

Con manos temblorosas, Jana se descolgó el arco, sacó una flecha de fuego del carcaj y tensó la cuerda sobre ella. Luego se giró hacia la columna y respiró hondo. Tenía que serenarse si no quería errar el blanco.

Cerró un ojo y, con el otro, calculó el punto exacto en el que quería alcanzar la columna. El ibis grabado en la piedra: allí dispararía. Utilizando todo su poder de concentración, logró estabilizar su mano lo suficiente para que dejara de temblar.

Ya lo tenía. Tres, dos, uno...

Lo tenía, pero no disparó. En el último momento, algo le impidió hacerlo. Miró hacia el Nosferatu, que la contemplaba con una horrible expresión de angustia.

Pero enseguida, sus ojos se desviaron hacia la balanza. Una fuerza misteriosa la había equilibrado... Ahora, los dos platillos se encontraban exactamente al mismo nivel.

Las sombras de las otras columnas del templo se perfilaron sobre el suelo, contrarrestando en parte la luminosa claridad de su interior. Una de aquellas sombras alargadas atravesaba el suelo de piedra justo delante del Nosferatu. Álex no pudo impedir que el monstruo se arrastrase hasta ella, huyendo de la luz.

¿Qué había pasado? ¿Qué era lo que, de repente, había hecho recuperar el poder al zafiro de Saravsti, permitiendo que las sombras recuperasen parte del terreno perdido?

Asustada por aquel nuevo avance de la oscuridad, Jana se apresuró a alzar nuevamente el arco y a apuntar una vez más hacia la columna. Tenía que acabar con el Nosferatu antes de que este recuperase sus fuerzas. Por mucho que le doliera lo que iba a sucederle a Álex, tenía que hacerlo.

Pero le dolía horriblemente. Le dolía muchísimo.

Quizá por eso, justo en ese momento de disparar, giró el torso y apuntó directamente a la balanza.

La flecha salió despedida, dejando en el aire una estela de fuego, y se estrelló directamente contra la Luna de Sarasvati.

El ruido del impacto reverberó un instante en la caverna con una breve música de cristales rotos. El zafiro había quedado hecho pedazos.

Jana había destruido la fuente de sus poderes mágicos. Ahora, el fiel de la balanza apuntaba al platillo que sostenía el corazón.

El Nosferatu tenía los ojos fijos en el platillo vacío. Parecía desconcertado.

De pronto, Jana vio cómo su piel muerta se llenaba de diminutos y frágiles hilillos de luz. Eran grietas, grietas que se iban ensanchando más y más, separando los fragmentos apergaminados que componían la superficie del cadáver y filtrando el intenso resplandor que ardía en su interior.

Jana comprendió entonces que el Nosferatu estaba ardiendo por dentro. La luz del alma de Álex lo consumía. El gesto de Jana le había dado las fuerzas que necesitaba para liberarse.

Jana no podía apartar los ojos de aquellos fragmentos de piel que se rizaban al contacto de la luz como papeles arrojados al fuego. Papeles llenos de extraños e incomprensibles dibujos cuyo significado ya nadie, nunca, lograría desentrañar.

Y con cada retazo de piel muerta que se transformaba en un copo de hollín, una parte del templo desaparecía. Las columnas, las paredes cubiertas de signos, el capitel con forma de loto sobre el cual reposaba la balanza... Todo se fue difuminando hasta disolverse en la nada.

En pocos segundos, el cuerpo del Nosferatu quedó reducido a cenizas.

Luego, también las cenizas desaparecieron. Y con ellas desapareció el último fragmento del templo que aún seguía en pie: la columna marcada con el signo de ibis.

Y allí mismo, en el vacío dejado por la columna, Jana vio un cuerpo tendido de bruces sobre el suelo pedregoso de la Caverna.

El cuerpo de Álex.

## Capítulo 10

Transcurrió casi una hora antes de que Álex pudiese ponerse en pie. Su respiración, muy débil al principio, iba ganando estabilidad a cada minuto, pero los latidos de su corazón seguían siendo demasiado rápidos y desordenados. Jana permaneció todo el tiempo a su lado, susurrándole palabras dulces al oído, palabras que ni ella misma se creía capaz de pronunciar. Álex intentaba responder, pero los murmullos que brotaban de sus labios resultaban ininteligibles. Él mismo se daba cuenta de ello, y trataba de suplir la debilidad de su voz con la elocuencia de su mirada. Jana nunca le había visto mirarla así, con aquella mezcla de respeto y ternura. Era... era como si la estuviese viendo por primera vez.

Solo cuando Álex logró incorporarse, Jana se fijó en el escenario que los rodeaba. La bóveda de la caverna se había derrumbado en parte, dejando entrar la luz del sol a borbotones. Las aguas de la laguna, antes subterráneas, reflejaban ahora todo el esplendor de aquella luz en su superficie, apenas rizada por el viento. Ahora parecía mucho más ancha que antes.

A la orilla de la laguna, unos cincuenta metros corriente abajo, flotaba una góndola; una góndola normal y corriente, amarrada a un sencillo embarcadero de madera.

El joven que la custodiaba se encontraba sentado sobre las tablas del embarcadero con las piernas colgando sobre el agua. Desde su posición, Jana solo podía verlo de perfil, pero reconoció de inmediato las facciones de Yadia.

El muchacho parecía ensimismado contemplando el fondo de la laguna, tanto que en ningún momento se volvió a mirarlos; sin embargo, estaba claro que los esperaba.

Pasándose un brazo de Álex por encima de los hombros, Jana ayudó a su amigo a caminar hacia la embarcación. Al acercarse a ella, se dio cuenta de que el canal por el que había navegado antes, junto a Armand, no terminaba en la laguna. Parecía continuar en la orilla opuesta, fluyendo a través de una estrecha hoz, entre gigantescos relieves de caliza blanca.

Cuando llegaron hasta la barca, Yadia los observó con curiosidad.

—Enhorabuena —dijo—. ¿Habéis conseguido lo que queríais?

Jana frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. Creía que el Nosferatu era «tu señor»; así fue como lo llamaste... ¿No sabes que él se ha ido para siempre?

Yadia asintió con perfecta indiferencia.

—Cuando dije eso, solo estaba bromeando. Lo que le haya ocurrido al Nosferatu no me importa ni lo más mínimo. Lo que quiero saber es si, por fin, habéis

encontrado el libro.

Jana y Álex se miraron. Ninguno de los dos había pensado en el Libro de la Creación después de la destrucción del Nosferatu.

Jana ayudó a Álex a embarcar y, después, saltó tras él. Yadia se situó en la popa de la góndola y hundió su pértiga en el fango de la laguna.

La barca se apartó suavemente de la orilla. Yadia maniobró para girar un poco la proa y dirigirla hacia la garganta de rocas.

—¿No regresamos por donde vinimos? —preguntó Jana, mirando con inquietud la galería subterránea que Yadia había utilizado para guiarla hasta aquel lugar.

Yadia sonrió.

—Esta vez navegaremos a cielo abierto. A todos nos vendrá bien un poco de luz después de la negrura de estas últimas horas. Se me había olvidado lo hermoso que es el sol... Bueno, ¿qué? ¿No vais a contarme lo del libro?

—¿Por qué tendríamos que contártelo? —repuso Jana con desdén—. Nos has mentado un millar de veces; por tu culpa, Álex ha estado a punto de morir...

—¿En serio? —Yadia desplegó una traviesa sonrisa—. Quién iba a decir que la intervención de un humilde mercenario irido iba a resultar tan importante.

—Déjate de burlas —le cortó Jana—. Álex está cansado; necesitamos llegar al palacio de los guardianes cuanto antes.

—No soy un taxista. Ni siquiera un gondolero profesional. Pero, por esta vez y sin que sirva de precedente, haré lo que me has dicho: os llevaré al palacio... Y no os cobraré nada —añadió, guiñando un ojo.

La góndola se internó en el verdoso canal que fluía a través de la hoz de roca caliza. El único sonido que interrumpía el silencio era el chapoteo de la pértiga de Yadia al hundirse en el agua. Álex contemplaba fijamente los reflejos esmeraldas del canal sobre las desgastadas moles de roca blanca. Parecía muy cansado.

—Lo único que quiero a cambio de este pequeño servicio es que me contéis lo que ha pasado con el libro —insistió Yadia—. Tengo derecho a saberlo.

Los ojos de Álex se encontraron de nuevo con los de Jana.

—El libro ha sido destruido —murmuró en tono exhausto—. Ha muerto para siempre, junto con el Nosferatu. ¿No lo has visto tú mismo? El texto estaba escrito sobre las paredes y las columnas del templo. Y el templo desapareció junto con el monstruo.

—Pero los dos estuvisteis dentro mucho rato —objetó Yadia, con un extraño brillo de impaciencia en la mirada—. Da lo mismo que el libro se haya destruido, basta que alguien haya podido leerlo...

—¿Crees que, si hubiésemos leído el libro, dependeríamos de ti para que nos sacases de este lugar? —preguntó Jana con ironía—. Se supone que ahora seríamos todopoderosos... El libro estaba allí, pero renunciamos a leerlo. Lo creas o no, es lo



que hicimos.

Una palidez mortal cubrió el rostro del nido.

—Estás mintiendo —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Crees que soy idiota? Nadie habría renunciado a leer el Libro de la Creación, y tú menos que nadie, Jana.

Álex hizo ademán de levantarse para responder a Yadia como se merecía, pero la debilidad de sus piernas se lo impidió.

—Tú no sabes nada sobre Jana —dijo, apretando los dientes—. Ella pudo elegir, y eligió renunciar a su poder.

Yadia se echó a reír, incrédulo.

—¿Cómo podéis pensar que voy a tragarme algo así? Si habéis leído el libro, no podréis ocultarlo. Y algo me dice que lo habéis leído. Si no, ¿cómo lograsteis derrotar al monstruo?

Álex iba a contestar cuando una mirada de Jana lo detuvo.

—Déjalo, Álex —murmuró la muchacha—. No se merece ninguna explicación.

El írido parecía cada vez más irritado.

—No me digáis que no tuvisteis tiempo. Los libros de los kuriles no precisaban tiempo para ser leídos; se abarcaban instantáneamente.

—Este no era un libro kuril, Yadia —replicó Álex con cansancio—. Era mucho más antiguo que los propios medu.

—Muy bien. Volcaré la góndola si es necesario; hundiré tu cabeza en el agua hasta que ella hable. —La voz de Yadia resonaba en las moles de mármol que los rodeaban con una inquietante reverberación—. Estás muy débil, no podrás defenderte...

—Basta, Yadia —dijo Jana, mirándole a los ojos—. Ni siquiera pensé en leer el libro. En ese momento, el libro era lo que menos me preocupaba. Pensaba en la plaga, en cómo encontrar la fuente de oscuridad que se había apoderado de Venecia, y sobre todo pensaba en cómo salvarlo a él. Y encontré la forma, ¿sabes? Destruí la fuente de todos mis poderes.

Yadia abrió la boca, asombrado. Luego, volvió a cerrarla.

—¿El... el zafiro de Sarasvati? —preguntó finalmente.

—Sí —confirmó Jana—. Destruí el zafiro.

La mirada de Yadia fue del rostro de Álex al de Jana, para regresar de nuevo al de Álex.

—Es cierto —murmuró, desconcertado—. Es cierto, lo veo en vuestros ojos... Pero ¿por qué? ¿Por qué, Jana? Si lo hubieras utilizado para leer el libro...

—Al destruirlo, la balanza se inclinó a mi favor —replicó Jana sonriendo—. El Nosferatu había utilizado el poder de la piedra para arrojar un conjuro de oscuridad sobre Venecia. Yo me di cuenta... Y comprendí que, si lograba destruir el zafiro, habría destruido al monstruo.

Álex sonrió débilmente al oír el relato de Jana. Aquella versión de los hechos simplificaba bastante lo que había sucedido en realidad. Pero era lógico que Jana no quisiese contar lo que realmente había hecho. Aquello, lo que había pasado en el interior del templo mágico, era un secreto entre ellos dos. Un secreto que los uniría para siempre.

Al menos, su narración había conseguido disipar las dudas de Yadia. Era evidente que el mercenario había creído a la muchacha.

Su rostro, mientras navegaban en silencio entre las rocas, reflejaba un sufrimiento tan profundo que Jana comenzó a sentir pena por él.

—¿Por qué era tan importante para ti que leyésemos el libro? —preguntó, casi con amabilidad—. Al fin y al cabo, tú no habrías ganado nada...

—Al contrario —repuso Yadia con gesto ausente—. Habría perdido mucho. Eilat rae lo advirtió en una ocasión. No entendía que yo quisiese renunciar...

Sus ojos se encontraron con los de Álex y se estremeció, como si despertase de un sueño. .

—Lo siento —se disculpó—. Estaba pensando en voz alta.

Jana advirtió una ligera vibración en la máscara que cubría el rostro del mercenario. Ya había sucedido en otras ocasiones...

Sin embargo, esta vez Jana apartó la mirada. Ya no deseaba obligar a Yadia a desvelar su verdadera identidad. Al fin y al cabo, tenía derecho a intentar proteger sus secretos. Como todo el mundo.

Poco a poco, las rocas que flanqueaban el canal fueron dispersándose, hasta desaparecer completamente. Jana observó con asombro que habían ido a parar a la gran Laguna de Venecia. Frente a ellos, a una distancia considerable, la silueta del Palacio Ducal se recortaba contra un cielo profundamente azul sobre la Riva degli Schiavoni. A un lado quedaba la isla de la Giudecca, y justo por detrás la hermosa iglesia de San Giorgio...

Al menos, debería haber estado allí. Pero no estaba.

Y, fijándose bien, tampoco el Palacio Ducal tenía el aspecto de siempre. Su silueta parecía desdibujada, como si le hubiesen amputado sus rasgos arquitectónicos más reconocibles.

Un vértigo insoportable obligó a la muchacha a cerrar los ojos.

Se había equivocado. Tanto ella como Álex estaban convencidos de que, al derrotar al monstruo y deshacer el conjuro de oscuridad, habían acabado con la plaga que asolaba Venecia.

Sin embargo, no era así. Cuanto más se acercaban al embarcadero del Molo, más evidentes eran los estragos que la peste mágica había producido en la ciudad. Las cúpulas de la basílica de San Marcos se habían derrumbado, y el viento arrastraba las telas vidriadas de sus mosaicos sobre el suelo de piedra de los muelles. Allí donde

mirara, Jana podía ver el progreso continuo de la destrucción: una cornisa que se desplomaba, un balcón que se hundía, una puerta arrancada de cuajo que flotaba en el agua, a la deriva...

Bajo la luz despiadada del sol, los destrozos se veían con total nitidez, lienzos desgarrados, trípticos rotos, muebles despedazados se acumulaban sobre los muelles en medio de un silencio sepulcral en el que solo se oía el batir del agua contra las orillas de los canales y el rumor incansable del viento.

Mirasen a donde mirasen, todo lo que los rodeaba era enfermedad y destrucción. Sencillamente, Venecia se moría.

En el palacio de los guardianes reinaba un silencio absoluto. Mientras subían las escaleras, Jana podía escuchar con toda claridad el eco de sus zapatos sobre las paredes desnudas de cuadros y adornos. Por un momento temió que no hubiera nadie, que todos hubiesen huido...

Pero justo en ese instante oyeron una puerta que se abría, y pocos segundos más tarde Nieve apareció en el rellano del primer piso.

La joven esperó a que terminaran de subir. Al ver a Álex, una sonrisa iluminó su fatigado rostro.

—Jana, lo has conseguido...

Corvino y Heru venían a su encuentro por el corredor de la derecha. Sus rostros reflejaban una honda preocupación.

Yadia se mantuvo apartado mientras los demás intercambiaban saludos y abrazos.

—El Nosferatu ha muerto para siempre —explicó Jana con precipitación—. Creí que había destruido también la fuente del mal que ha caído sobre la ciudad, pero está claro que no es así...

—El hechizo de la balanza era el responsable del manto de tinieblas —murmuró Álex—; pero aquí hay algo más.

Jana miró con ansiedad hacia el fondo del pasillo.

—¿Cómo está mi hermano? —preguntó—. ¿Se encuentra mejor?

Nieve y Corvino intercambiaron una fugaz mirada.

—Me gustaría poder decirte que sí, Jana, pero te estaría mintiendo —murmuró Nieve—. Es como si esta plaga le afectase también a él. Nada de lo que hemos intentado parece funcionar...

Sus ojos se desviaron hacia la mano enguantada de Heru. Jana captó el rictus de dolor que crispaba la boca del arquero.

—Te duele la mano —murmuró, mirándole a los ojos—. Claro, en cierto modo es una obra de arte. Una obra de David.

Haciendo un gran esfuerzo, Heru consiguió esbozar una sonrisa.

—Veo que has utilizado una de mis flechas —dijo, señalando el carcaj que

colgaba a la espalda de la muchacha—. Te dije que el arco te ayudaría.

Jana se descolgó el arco y el carcaj y se los tendió, sonriendo a su vez.

—No habría podido salvar a Álex de no ser por ti. Te debo un favor...

El rostro de Heru recuperó su gravedad.

—No me debes nada, Jana. Yo te lo debo a ti. Si hubiese hablado antes, David no estaría al borde de la muerte.

Un nudo de angustia estranguló la voz de Jana.

—¿Tan mal está? —murmuró.

—Está agonizando —repuso Heru brutalmente—. Es cuestión de horas, quizá de minutos...

Jana se tambaleó como si acabase de recibir un golpe. Álex le pasó un brazo por la cintura para evitar que se derrumbara.

—No has debido decírselo así —le reprochó Nieve a Heru—. Al fin y al cabo, ¿de qué sirve?

—Quiero verlo ahora mismo —murmuró Jana—. Por favor.

Corvino asintió.

—Lo hemos trasladado a mi habitación, en el último piso —explicó—. Las habitaciones de abajo se encuentran muy dañadas. Venid, os acompañaré. Y en cuanto a Yadia...

El guardián no terminó la frase. Tenía la vista clavada en el rincón junto a la escalera donde, un momento antes, se encontraba Yadia.

El írido había desaparecido.

En la habitación de Corvino olía a alcohol y a incienso. A través de la ventana se veía un cielo azul empedrado de nubes. La plaga parecía haber causado menos daños en aquel rincón del palacio que en el resto: los muebles sencillos y funcionales de Corvino apenas habían cambiado, y únicamente las acuarelas japonesas que decoraban las paredes se veían levemente descoloridas.

En la cama, a la izquierda de la ventana, yacía David. Tenía los ojos cerrados, y respiraba con tanta dificultad como si el aire tuviese que atravesar un desfiladero rocoso para llegar hasta sus pulmones.

Sobre la sábana, pegada a su costado derecho, la mano enferma era un pozo de oscuridad que se deshilachaba a su alrededor en una fina telaraña de sombras.

El mal había avanzado, pero David parecía demasiado agotado como para darse cuenta de ello.

Jana corrió hacia la cabecera de la cama y, arrodillándose junto a ella, apoyó la mejilla en la almohada. Quería estar lo más cerca posible de su hermano.

El debió de notar la presión en el blando tejido, porque abrió los ojos.

Al enfrentarse con aquellos ojos, Jana sintió que se ahogaba de emoción.

—Lo siento, David —murmuró—. Todo ha sido culpa mía.

Él la miraba sin verla, aturdido, como si le costase trabajo enfocar la imagen. Poco a poco, sin embargo, sus ojos verdes volvieron a la vida.

—Lo... lo has conseguido —logró decir—. Ha vuelto la luz...

—Sí. —Jana lo miraba fijamente, luchando contra las lágrimas que pugnaban por inundar sus ojos—. Álex está aquí. Lo he traído conmigo...

Álex se acercó y se inclinó sobre la cama para acariciar el pelo de David.

—Tienes que luchar —dijo—. No te rindas, por favor.

—Ya he luchado. —La voz de David fluía como un viento deshilachado entre árboles hostiles—. He luchado... y he perdido.

—No. —Jana trató de imprimir firmeza a sus palabras, pero no podía controlar el temblor de sus labios—. Estás vivo, David. Tienes que intentarlo. Hazlo por mí...

Un sollozo quebró la voz de la muchacha. Álex se arrodilló junto a ella y, con suavidad, despegó su cabeza de la almohada y la atrajo hacia sí. Jana enterró el rostro en su hombro y se abandonó a su llanto.

Desde la cama, David observaba con sus ojos febriles el convulso temblor de los hombros de Jana y el gesto de piedad con el que Álex acariciaba sus cabellos.

Un destello de esperanza iluminó sus ojos.

—Lo habéis terminado —murmuró—. Habéis terminado... el libro...

Jana separó el rostro del hombro de Álex.

—No, David. Es decir, lo encontramos... Pero lo destruimos sin llegar a leerlo.

—Jana sacrificó la piedra de Sarasvati para salvarme —intervino Álex—. Quizá con la piedra habríamos podido leerlo. Si hubiésemos sabido...

—No entendéis nada —le interrumpió David—. Habéis creado el libro y ni siquiera lo sabéis. Su búsqueda es su creación. Te lo dije, Jana...

—Está delirando —murmuró Álex, impresionado.

—No. —David había conseguido incorporarse a medias sobre un codo. Una frágil sonrisa danzaba en su rostro ceniciento—. No lo habéis destruido. Lo sé porque lo estoy viendo. Lo tengo delante de mí.

Un extraño presentimiento se abrió paso en la mente de Jana.

—Quieres decir que... —comenzó.

Pero David no le dejó terminar.

—Sí —dijo—. El libro sois vosotros.

Su voz sonaba, de pronto, más firme. Se incorporó un poco más, hasta sentarse del todo.

—El Libro de la Muerte y el Libro de la Vida. Podríais haberos destruido el uno al otro. Pero no lo hicisteis. No puedo creer que lo hayáis conseguido...

—David, no lo hemos conseguido —murmuró Jana con la voz quebrada—. Si lo hubiésemos conseguido, tú no estarías en esa cama. La ciudad habría recuperado su

antigua belleza. Tendríamos un poder prácticamente infinito...

—Ningún libro es capaz de leerse a sí mismo —la interrumpió su hermano—. Hace falta un lector: alguien capaz de interpretar la belleza oculta en sus símbolos.

Con un gesto de dolor, David se irguió cuanto pudo y estiró ambos brazos. Posó su mano sana sobre el hombro derecho de Álex, y el muñón de oscuridad de su mano enferma sobre el hombro izquierdo de Jana.

Un haz luminoso brotó del lugar en que sus dos manos habían rozado a los jóvenes. Aquella luz inundó la piel de ambos, revelando una miríada de tatuajes hechos de la más pura claridad.

Jana sintió frío en el lugar donde su hermano la había tocado, pero el frío dejó paso enseguida a un reconfortante calor. Miró a David, maravillada.

Del pozo de sombra de su brazo comenzaba a emerger la silueta de unos nudillos, una muñeca, unos dedos largos y elegantes.

Los tatuajes se fundieron con el resplandor sereno de la mañana hasta volverse invisibles.

Los tres muchachos enlazaron sus manos y se miraron, sonriendo.

Lo que acababa de ocurrir era un milagro: habían sobrevivido a la lectura del Libro de la Creación.

## Capítulo 11

Acodados en unos de los balcones de piedra del viejo palacio, Jana y Álex contemplaban distraídos las góndolas que iban y venían por el canal. La ciudad volvía a estar llena de turistas que formaban pequeños grupos sobre los muelles o compraban helados en el puesto de toledo rojo, justo delante del puente. Se oían murmullos de voces y risas con los que se mezclaba, de cuando en cuando, el tono de llamada de algún teléfono móvil o el ruido lejano y bronco del motor de un vaporreto. Aquí y allá se distinguían, cada pocos minutos, pequeños estallidos de color. La gente se entretenía jugando con su magia, utilizándola para impresionar a o divertir a los demás con ella.

Mirando a Jana de reojo, Álex se sacó un objeto del bolsillo derecho del pantalón y comenzó a jugar con él, deslizándolo entre sus dedos.

Era un anillo. Un anillo de oro. Jana lo observó con el ceño levemente fruncido.

—¿Un anillo? —preguntó—. ¿Quién te lo ha dado?

—Lo he comprado —dijo Álex con la vista fija en la góndola guiada por un anciano con camiseta de rayas—. Para ti.

Jana tendió la mano hacia él, pero Álex retiró la suya.

—¿A qué juegas? —se enfadó Jana—. ¿No ibas a dármelo?

Álex cogió el anillo entre el dedo pulgar y el índice de su mano derecha y, poniéndolo ante su boca, sopló delicadamente en su interior. El anillo se transformó mágicamente en un pájaro; un petirrojo de suave plumaje que fue a refugiarse en las manos de Jana.

La muchacha se echó a reír.

—Esto me gusta más que un anillo —dijo, acariciando al pájaro con dos dedos de su mano izquierda—. Es un encanto...

—¿Prefieres un pájaro a un anillo? ¿Estás segura?

Jana asintió, convencida.

—Puedo transformarlo en otra cosa, si lo prefieres. En una brújula, en un libro... Puedo darte lo que quieras.

—Lo sé. —Jana había dejado de sonreír—. Nos hemos vuelto muy poderosos. Demasiado, diría yo.

Jana dejó escapar al petirrojo, que huyó volando para refugiarse en la cornisa de la casa cercana. Álex suspiró teatralmente y, después de fingir que daba unos pases mágicos con una de sus manos sobre la otra, hizo aparecer otro anillo exactamente igual al primero.

—Qué manera de desperdiciar los regalos —dijo—. Creo que tendré que

insistir...

Se interrumpió, al notar que Jana lo miraba con expresión seria.

—Quizá no deberíamos jugar con la magia —murmuró la muchacha—. Quizá deberíamos utilizarla para cosas más importantes. Piensa en todo lo que podríamos hacer: desenmascarar a los criminales, curar a los enfermos, encontrar personas desaparecidas.

—Sería estupendo —admitió Álex, contemplando con ojos soñadores un vaporreto que pasaba en ese instante bajo su balcón—. Pero no podemos hacerlo, Jana.

Ella ladeó la cabeza para mirarle.

—¿Por qué no? —preguntó—. Ayudaríamos a mucha gente. Les ayudaríamos a encontrar el rumbo, a no cometer errores...

—Como si fuésemos dioses.

Álex tomó una mano de Jana entre las suyas y la miró directamente a los ojos.

—No somos dioses, Jana. Nunca lo seremos. La gente tiene derecho a elegir por sí misma, aunque se equivoque. Pase lo que pase, no podemos jugar con la libertad de los demás. No sería justo.

Jana asintió. En su mirada había un destello de tristeza.

—No sé si podré acostumbrarme a la idea —confesó—. Ser tan poderosa y no utilizar mis poderes... Me volveré loca.

Álex se echó a reír.

—Claro que sí —aseguró—. Es lo más probable...

Con una de sus manos abrió el puño cerrado de Jana, y con la otra le puso el anillo en la palma, ahora extendida.

—Te ruego que lo aceptes —dijo—. Aunque no es lo que parece.

Un ligero rubor coloreó las mejillas de Jana. Sus dedos volvieron a cerrarse sobre el anillo; pero un momento después volvieron a abrirse.

El anillo ya no estaba. En su lugar, azul y resplandeciente, brillaba la piedra azul de Sarasvati.

—No... no puedo creerlo —balbuceó. Sus ojos iban de Álex al zafiro y del zafiro a Álex, estupefactos—. ¿Cómo lo has hecho? No es posible que sea la verdadera...

—Lo es. Me ha costado trabajo reconstruirla, te lo aseguro. Una cosa es tener poderes y otra muy distinta aprender a utilizarlos. Tuve que pedirle ayuda a Nieve.

Jana se había puesto muy pálida.

—Pero yo estaba contenta de haberme desprendido de ella —murmuró—. No me ha traído más que problemas. Y me sentía feliz de haber renunciado a ella por ti.

—No tienes que renunciar a ella por mí, Jana. No tienes que renunciar a nada por mí. Eso era justamente lo que quería decirte...

Mientras hablaba, Álex había atraído hacia sí a la joven, acercando sus labios al



oído de ella.

—De ahora en adelante, no habrá más sacrificios —susurró, acariciándole el cuello con el dedo índice de la mano derecha—. No los necesito. No tienes que demostrarme nada.

—¿En serio? ¿Nunca?

—Nunca. Creo en ti, Jana. Te quiero.

Sus labios rozaron los de la muchacha. Se besaron largamente.

Un suave cosquilleo se extendió por la piel de Jana, siguiendo los trazos invisibles de los tatuajes grabados sobre su piel.

Cuando se separaron, todo su cuerpo temblaba, estremecido como un pájaro a punto de emprender el vuelo.

# Epílogo

Hacía frío en la cripta. Un frío húmedo que se colaba a través de la ropa y llegaba a penetrar en los huesos si permanecías quieto mucho tiempo. En silencio, Yadia esperaba su turno para tomar en sus manos la vela sagrada y unirse a la procesión.

Delante de él desfilaron los sacerdotes íridos ataviados con sus túnicas esmeraldas. Dos de ellos portaban el estandarte del Camaleón. Detrás venían los drakul, que eran los más numerosos: hombres y mujeres con los cráneos rapados y un dragón de plata tatuado en la nuca. Sus túnicas eran de diferentes tonos, entre el púrpura y el escarlata, según la compleja jerarquía de rangos que imperaba en el clan. Y, por último, cerrando la procesión, iba una exigua representación del clan varulf integrada por media docena de ancianos con sus túnicas ceremoniales amarillas. El cuerpo espectral de Garo circulaba entre ellos, nervioso, olisqueando el aire. Quizá intuía la proximidad de su amo, o tal vez le desconcertase el olor a cera fundida que llenaba la cripta.

Cuando llegó el momento, Yadia tomó la vela que le tendió Harold y se unió a la fila de los jefes de los clanes. Harold caminaba a su derecha con la cabeza gacha y una mirada derrotada en el semblante. A su izquierda, Eilat, el príncipe de los íridos, había adoptado su máscara más solemne, aunque Yadia lo conocía lo suficiente para notar el brillo satisfecho de sus ojos. Aquella alegría mal disimulada le hizo apretar el puño izquierdo hasta que le dolió. Qué poco lo conocía aquel anciano... ¿De veras era tan ingenuo como para creer que iba a poder sacar algún partido de su relación con el clan de los íridos?

A la izquierda de Eilat, Glauco caminaba exhibiendo los tatuajes de su clan en sus poderosos brazos. Se le veía distraído, ajeno a la solemne tristeza que lo rodeaba. Solo de vez en cuando sus ojos buscaban con cierta ansiedad el espectro semitransparente de Garo. Cuando el lobo se le acercaba en sus merodeos, su mirada reflejaba una extraña turbación.

Ante la tumba de Erik, los tres jefes y Yadia se detuvieron. Comenzaron los cánticos de los sacerdotes drakul, una salmodia hipnótica que fluía con la serenidad de un río sobre su lecho de piedra.

Todos se arrodillaron, también el mercenario. Pero, a diferencia de los demás, él no inclinó la cabeza repitiendo las fórmulas rituales de saludo a la realeza. Sus ojos permanecieron todo el tiempo fijos en el cuerpo rígido e inmóvil de Erik. No parecía un cadáver, sino un hombre dormido.

Sin embargo, su corazón no latía. Bajo su coraza de plata, el pecho del hijo de Ober permanecía absolutamente inmóvil. Ni el más leve movimiento indicaba que

estuviese respirando, que la máquina interna de su organismo hubiese vuelto a funcionar. Y su rostro sereno parecía tallado en mármol... Un mármol blanco como la nieve, que reflejaba los destellos de la corona de luz ceñida sobre su cabeza.

Tenía los párpados cerrados.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Yadia. Había esperado, contra toda esperanza, que el milagro todavía pudiera producirse. Incluso había imaginado los detalles del momento. Había llegado a soñar que, desde su sueño mortal, Erik lo reconocería, y que regresaría de la muerte por él...

Nada de eso había sucedido.

La decepción pintada en los rostros de los drakul revelaba hasta qué punto habían dejado volar sus esperanzas.

Cuando los sacerdotes terminaron su recitación, Harold se levantó. Extendiendo una mano temblorosa, tocó con veneración el acero de la espada Aranox, que Erik sujetaba por la empuñadura.

—Majestad, la profecía se ha cumplido —dijo con voz trémula—. El Libro de la Creación ha sido hallado. Vuestro pueblo os espera. Por favor, regresad...

Un silencio de muerte acogió la súplica del viejo sacerdote.

—¿Es que no hay nada que pueda hacerle despertar? —exclamó el anciano, desesperado—. Nos han mentido. La profecía era una trampa, una estúpida mentira.

Un sollozo brotó de la garganta del viejo, poniendo fin a su amarga queja.

Lentamente, la procesión comenzó a abandonar la cripta: primero los íridos, con sus cirios ceremoniales apagados; luego los drakul, que habían cubierto sus cabezas con las capuchas de sus túnicas, en señal de duelo. Y, por último, el Consejo de Ancianos de los varulf. Incluso ellos parecían apenados.

El espectro de Garo apretaba su sedosa mejilla contra la fría pierna de Erik. No parecía dispuesto a separarse de su antiguo amo. Yadia se encontró con sus ojos dorados, y una oleada de simpatía suavizó su rostro. Quizá Garo fuera el único capaz de comprenderle en ese momento. El dolor del viejo lobo parecía tan intenso como el suyo.

Los tres jefes medu fueron los últimos en abandonar la cripta. Yadia observó que los labios de Harold pronunciaban una plegaria silenciosa a modo de despedida. Parecía reacio a abandonar el lugar, pero no podía permitir que Eilat y Glauco salieran solos.

Antes de volverse hacia la salida, la mirada del regente se clavó en Yadia. Era una mirada ambigua, en la que se leía cierto desdén, pero también respeto.

—Os esperamos fuera, señor —murmuró, ejecutando una ligera reverencia.

Yadia asintió en silencio y, a su vez, se inclinó ante él.

Cuando el eco de los pasos de los tres jefes medu se perdió en la lejanía, Yadia se aproximó a la tumba de Erik y puso la mano sobre el frío acero de Aranox, tal y como

había hecho Harold.

En ese instante, la máscara del mercenario se desprendió de su rostro, revelando los rasgos nobles y delicados que se ocultaban debajo.

Aquel semblante pálido era una copia casi exacta del de Erik. Una copia más joven, eso sí, con los ojos de un azul más oscuro y el pelo de color castaño.

—Descansa en paz, hermano —murmuró—. Si eso es lo que tú quieres, que así sea. Descansa para siempre...

Su mirada escrutó el rostro céreo de Erik en busca de una leve chispa de vida, de algún signo que pudiese interpretarse como una respuesta. Pero no ocurrió nada.

Con gesto derrotado, Yadia apartó la mano de la espada y, dándose la vuelta, se alejó de la tumba.

Un gruñido de Garo le hizo volverse. El lobo se había tendido a los pies del sepulcro. Tenía los ojos cerrados, y su pelaje parecía más sedoso y blanco que antes.

Se había transformado en una estatua de piedra.

En el silencio de hielo de la cripta, las manos de Erik se crisparon dolorosamente alrededor del puño de la espada Aranox. Cuando la primera bocanada de aire inundó sus pulmones, creyó que su pecho iba a romperse de dolor. Sin embargo, su cuerpo no tardó en recordar los movimientos rítmicos y acompasados de la respiración.

El olor de la cera derretida le trajo una vaga memoria de habitaciones oscuras y silenciosas, después de la muerte de su madre. Mucho tiempo atrás, en la Fortaleza...

Sus ojos se abrieron, y sus pupilas se estrecharon al instante, heridas por los reflejos temblorosos de las llamas que ardían en los candelabros.

Había luchado contra aquello con todas sus fuerzas. Había intentado resistir a todas las llamadas, pero había fracasado.

Estaba despierto. A pesar de todos sus esfuerzos, había regresado del profundo sueño de la muerte.

Casi había olvidado cómo se sentía uno estando vivo.

Pero ahora, tendría que recordar...

Tendría que aprender de nuevo a vivir.



Ana Alonso, Bióloga de formación, es escritora y traductora. Autora de nueve poemarios, ha recibido, entre otros, el accésit del Premio Adonais de 2003 por *Vidrios, vasos, luz, tardes*, el Premio de Poesía Hiperión de 2005 por *Atlas*, por el que también recibió el Premio Ojo Crítico de 2006, y el Premio Internacional de Poesía Antonio Machado en Baeza con su obra *Rostros*. También ha recibido el premio Marius Sempere por su libro *Colores* y el Alfons el Magnànim por *Zapatos de cristal*, publicado por la editorial Hiperión. Asimismo, ha publicado la novela *Los cabellos de Santa Cristina* (Instituto Leonés de Cultura, 2003) y numerosos libros infantiles (*Versos piratas, piratas en verso*, 2009, seis títulos de la colección *Pizca de Sal*, 2010, todos ellos con la editorial Anaya). Junto con Javier Pelegrín es coautora de la serie de fantasía y ciencia-ficción dirigida al público juvenil, *La llave del tiempo*, un conjunto de novelas publicadas por Anaya, que narran las aventuras de cinco jóvenes en una fantástica civilización futura, y cuya última entrega hasta la fecha es *El palacio del silencio*, séptimo título de la serie. En el año 2008 ambos autores obtuvieron el Premio Barco de Vapor por el libro *El secreto de If* (SM, 2008). Javier Pelegrín es filólogo por la Universidad de Murcia y completó sus estudios en París y Turín. Profesor de literatura española en secundaria, es un profundo conocedor de la literatura juvenil y del género fantástico en general. Fruto de «una aventura en común y de una visión de vida compartida» son la serie *La llave del tiempo* y *El secreto de If*, escritas en colaboración con Ana Alonso.